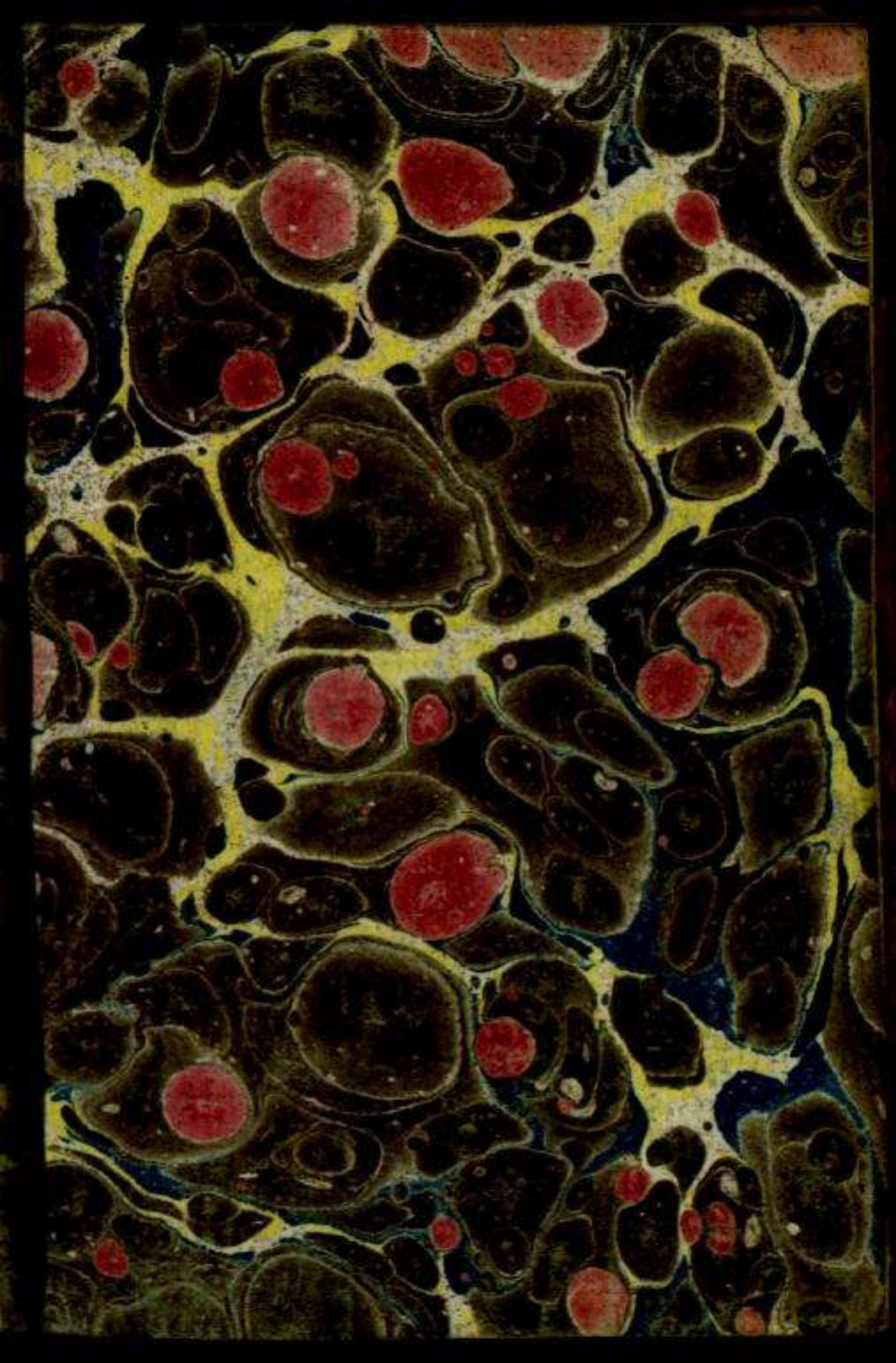


1 2 3 4 5

8

P194-4
288
CARIO
C 1

MARTIN

EL ESPOSITO.

DONACION
Dr. RAFAEL LARIO PEREZ
1 2
UNIVERSIDAD DE CADIZ
3720904256

...permanecieron abrazados Martin y el Huron;

MARTIN EL ESPOSITO,

ó

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CAMARA.

ORIGINAL DE EUG. SUE,

traducida por EL DONCEL.

TOMO IV.

MADRID—SOCIEDAD LITERARIA—1846.

Imprenta de D. Wenceslao Ayguals de Izco.

XXV.

EL CÁZADOR FURTIVO.

ARGO rato permanecieron abrazados Martin y el Huron; el ayuda de cámara fué el primero en romper el silencio, y con voz dolorosa dijo:

—Perdonadme... Claudio... perdonadme...

—Por qué me dices que te

perdone hijo mio? preguntó el cazador con acento que revelaba afeccion enteramente paternal.

—Ah! Claudio tres dias há, cuando penetrásteis en el parque deslizandoos hasta muy cerca del castillo..... á fin de verme y de participarme...

Enmudeció por un momento Martin, un vértigo de estremecimiento agitó su cuerpo y añadió luego.....

—De participarme aquel acontecimiento fatal que vuestra carta al siguiente dia...

Interrumpióse de nuevo Martin, no pudo acabar... Los sollozos embargaban su voz.

—Valor... hijo mio..... le dijo el Huron, valor... olvidemos el incidente de la otra noche... Me viste en ella aparecer amenazador... en el momento en que el conde Duriveau

ostentaba cínicamente delante de sus convidados profesar principios execrables.... temiste por la vida de ese hombre.... te echaste sobre mí..... del arma que yo llevaba se escapó casualmente el tiro.... y de ahí nació todo el tumulto...

—Sois indulgente Claudio; pero me reprocharé siempre el haberos podido creer, en mi loco espanto, capaz de cometer un asesinato... vos... asesino!.... vos, Claudio! oh! perdonadme...

—Juro ante Dios que nos oye, hijo mio, dijo con acento solemne el cazador, que llevado por una indignacion legítima queria tan solo dar á Duriveau una última y terrible advertencia delante de sus convidados y gritarle: arrepiéntete, arrepiéntete, aun lo puedes... y...

—Teneis acaso necesidad de jurármelo para que lo crea? esclamó Mar-

tin interrumpiendo al cazador; vos asesino, Claudio.... vos...

—Llegará dia en el cual seré juez y vengador á la par... dijo Huron con voz sorda, usaré de un derecho terrible... pero ser asesino... jamás.

—Lo sé, Claudio, contestó Martin profundamente conmovido. Oh! por fuerza debia estar bajo la impresion de un vértigo cruel para concebir tales temores; mas las virulentas palabras del conde, los innumerables y justos motivos de ódio que alimentais contra él...

—Luego hablaremos del conde; dijo con sequedad el cazador, y tu madre?

—No he podido verla aun; contestó Martin con doloroso abatimiento; temo hacerla sentir una impresion demasiado viva. La persona en casa de quien se la trasladó antes de ayer, me ha mandado decir que mi

pobre madre si bien no está mejor, tampoco ha empeorado.

El cazador lanzó un hondo suspiro y bajó la cabeza. No menos agitado que él, no apercibió Martin una lágrima que brotó de los ojos de su compañero perdiéndose luego en su canosa barba.

Haciéndose superior á su emocion, despues de algunos momentos de silencio, Martin prosiguió:

—Y Coscoja? mi pobre hermana?

—Te lo escribí, está fuera de peligro... únicamente sigue muy débil aun... mañana podrás verla...

—Pobre niña, dijo amargamente Martin, no supe que existia sino al saber tambien.... las desgracias que la habian segado en flor y tan pronto... Pero, no me engañais, Claudio, la veré mañana? Y la veré fuera de peligro, no es verdad?

—Sí... su juventud ha podido lu-

char contra tantos golpes.... contra tantas emociones... Te digo que está buena, y es tan cierto como es cierto que pude sacarla de ese maldito estanque.

—Sí... Claudio... honrado Claudio... una deuda mas! Esta vez como siempre os hallo en la carrera de mi vida como á un ángel tutelar, dijo enternecido Martin tendiendo ambas manos al cazador quien las apretó fuertemente entre las suyas; pero en vuestra carta, como la escribísteis tan de prisa no pudísteis decirme de qué modo lográsteis salvar á mi hermana de una muerte cierta.

—Escondido en el bosque habia presenciado aquella horrible escena del descubrimiento del niño, repuso el cazador; oyendo decir al gendarme que se dirigia al cortijo para prender á la Coscoja creí poder llegar antes que él, siguiendo sen-

deros mas cortos que el camino ordinario; esperaba ademas, en cuanto me hallara cerca del cortijo, que pegando un chillido, muy conocido de la Coscoja, la haria venir donde yo estuviese y ponerla sobre aviso; desgraciadamente los gendarmes llegaron antes que yo, y tu hermana no pudo oir mi señal. Como llegué demasiado tarde fuéme preciso ocultarme y me acurruqué en los cañaverales de aquel profundo foso que allí ves... separado del estanque tan solo por aquella compuerta... Dios me inspiraba sin duda...

—Y luego...

—Ví á favor de la luna á la infeliz. precipitarse en el estanque... al momento comprendí que podia salvarla, al efecto bajé la compuerta, estableciése una corriente al punto, que llevó donde estaba yo á la desgraciada jóven luchando con las ánsias de la

muerte; cogila por los vestidos con una mano en tanto que con la otra cerraba el rastrillo á fin de contener la salida del agua; vertióse tambien la del foso donde yo estaba y que me subia hasta la cintura, y entonces llevando en brazos á tu hermana cual si fuese un niño en mantillas, proseguí andando por el foso hasta que pude salir sin ser visto... cruzando luego por los bosques llegué á una de mis cuevas... Ya sabes lo demás...

—Y durante aquel tiempo se buscaba en vano el cuerpo de la infeliz á quien su infame acusacion impelió al suicidio... dijo Martin no pudiendo contener su llanto.

—Miserables!... acusarla de infanticidio!... á ella! esclamó el cazador; á ella, pobrecilla, que cediendo á un sentimiento irresistible de vergüenza y terror habia podido ocultar el na-

cimiento de su hijo; á ella que con valor sobrehumano iba dos veces al dia á darle de mamar á mi cueva, distante mas de una legua del cortijo; pero viendo que á pesar de sus desvelos y de los mios, la inocente criatura se moria insensiblemente en aquel lugar húmedo y falto de aire, tuve la fatal idea de llevar el niño á Vierzon donde en otro tiempo habia un hospicio. Mira, es preciso renunciar á pintarte la desesperacion horrible de aquella madre de diez y seis años en cuanto le hice la proposicion de llevarle; sí, es de todo punto imposible formarse una idea de sus sollozos y desgarradores gritos; en fin la salud de su hijo la decidió... y yo partí; acompañóme ella un dia entero, ya dando de mamar al niño, ya llenándole de besos y lágrimas..... Cuando fué preciso separarse de él... creí que no tendria nunca valor su-

ficiente... resignóse no obstante..... pero no bien habia yo dado veinte pasos cuando la ví correr tras de mí diciéndome: «deja que le abrace por última vez» y las lágrimas corrian hilo á hilo por sus megillas, y los sollozos le anudaban la garganta mientras cogiendo frenética al niño volvia á llenarle de besos exhalando amargas quejas... La infeliz sucumbió entonces al dolor y cayó sin fuerzas en el camino... como temia un nuevo incidente separéme de ella, poco tardé en oir ruido de pasos precipitados, volví la cabeza y era ella, ella que me gritaba por la centésima vez: «Otra, Claudio... oh! será la última, sí, te lo prometo.... la última!» Y yo que ya hace mucho tiempo que no lloro... yo..... yo lloraba tambien... En fin separóse de mí para volver al cortijo á fin de no dispertar sospecha alguna. Llegué yo á

Vierzon, pero ah! el hospicio no existia, lo habian suprimido para siempre.... por economía..... Como vivo en las selvas, ignoraba tan honrado cálculo.

—Por economía? dijo Martin mirando al cazador como si no hubiere oido bien sus palabras.

—Sí, por economía, repuso Huron soltando una carcajada feroz; pero no... qué digo?... si han suprimido aquel asilo, que un verdadero sacerdote cristiano, habia abierto á la miseria, al pudor y al arrepentimiento de las jóvenes seducidas... si han cerrado aquel asilo ha sido por lógica..... porque harto sabian aquellos hombres, que era herir de muerte á la mayor parte de las criaturas que hubieran hallado en tan humilde casa todos los desvelos maternales. Pero, á qué fin dejar con vida á seres que desde su nacimiento ya no deben

esperar mas que miseria fatal? dicen esos prudentes calculistas... *no hay ya un esceso de poblacion? No sobran ya convidados en el banquete de la vida?* como lo afirmaba la otra noche Duriveau citando las execrables máximas de sus evangelistas..... Pues bien! cerremos los hospicios, habrán dicho aquellos infanticidas, siempre habrá menos gente..... y el hijo de tu hermana ha sido uno menos.

—Ah! Claudio, esto es horrible! dijo Martin ocultando su rostro entre sus manos, piedad!... piedad!

—Tienes razon..... no mas ironía; ódio! ódio! gritó el cazador, sí, mengua y execracion á este mundo en el que la llegada de una criatura de un Dios bondadoso, no se bendice y acoje con tanto agradecimiento como solicitud... sí, anatema á este mundo donde el que nace pobre y

abandonado, se mira como una carga funesta y peligrosa para la sociedad, porque debe necesariamente tener por porvenir: miseria, ignorancia, infortunio y crímen las mas veces..... Anatema á ese mundo que llega á quitarme casi el derecho de afligirme por la muerte del hijo de tu hermana... en tamaño grado es hórrida la condicion que espera en la tierra á los de su clase! Y sin embargo, prosiguió el cazador con involuntario enternecimiento, si tú supieras lo que es ver ante sus ojos marchitarse poco á poco, apagarse y morir á una pobre é inocente criatura... Mira... no, no puedo esplicar los tormentos de mi ulcerado corazon durante aquella noche. en la que despues de haber llamado á la puerta del asilo donde contaba depositar al hijo de tu hermana, procuré llevarle de nuevo á mi guarida,

Ay! aunque ya muy anonadado por la enfermedad y cansancio del viaje, hubiese vivido el angelito si hubiera encontrado al llegar los perentorios cuidados que su debilidad reclamaba.... mas no.... nada.... nada... en aquella hora avanzada de la noche... noche lluviosa y fria... no habia una sola casa abierta..... yo sentia los miembros del niño atiesarse, los sentia helados; en vano le dí calor con mi aliento; agitóse con estremecimiento convulsivo... exhaló despues un corto quejido lleno de dulzura y tormento; sonrióse luego cual si sonriese á los ángeles ya.... y..... y..... murió.

Pasados algunos momentos de silencio que Martin no tuvo la fuerza de interrumpir, añadió con voz menos conmovida el cazador:

—Híceme un deber piadoso de devolver su hijo.... á tu hermana....

Para una madre es mucho, poder llorar y rogar en la tumba de su hijo... por esto volví á mi guarida llevando tan triste cuanto preciosa carga. Una casualidad funesta hizo descubrir mi cueva el dia en que volví de Viarzon sin haber podido prevenir á la Coscoja; la infeliz supo á un tiempo la acusacion de infanticida que sobre ella pesaba, y la muerte de su hijo.... era demasiado á la vez.... y quiso morir....

Ya sabes los sufrimientos de la víctima, mañana sabrás la indigna crueldad del verdugo, sabrás á qué violenta é infame sorpresa sucumbió tu hermana... un dia... un solo dia... casta siempre.... aunque mancillada... Pero, ese terrible relato... que la vergüenza y el temor han detenido siempre en mis lábios, y que ella me hizo anonadada muriéndose de confusion.... este relato, tu hermana...

te lo hará, puesto que eres... su vengador natural, sí... porque sonó ya la hora....

—Qué hora sonó ya? Claudio.

—La de dar al mundo un egemplo grande... contestó con solemne acento el cazador.

De repente Martin esclamó:

—No ois Claudio el galope de muchos caballos.

—Hace un cuarto de hora que lo oigo.... mi oido está mas ejercitado que el tuyo...

—Sabeis lo que es? preguntó inquieto Martin.

—Son los gendarmes que me persiguen; contestó friamente Claudio; se dirigen aquí para... prenderme.

Tan indiferente parecia serle al cazador el peligro, que Martin fijó en él una mirada llena de estupor y esclamó:

—Vienen á prenderos y os quedais?

Huron, sin contestar, cogió de la mano á Martin, llevólo fuera de las ruinas del horno donde ambos se habian retirado, hizóle dar algunos pasos por la calzada, é indicándole con el índice un punto lejano sito en el borde opuesto del estanque, le hizo ver á favor de la luna varios gendarmes que á galope se adelantaban por un camino que conducia directamente al cortijo.

—Los gendarmes!... gritó Martin... Huid Claudio, huid.

—Tengo cosas demasiado graves que decirte.

—Reflexionad que aquellos soldados estarán aquí antes de diez minutos.

—El Huron hizo un movimiento negativo.

—Quién les detendrá?

—La esclusa... escucha...

Y en efecto prestando Martin

atencion, oyó en medio del silencio profundo de la noche, el herviente susurro de un cascada inmensa.

—Habeis levantado segun eso el dique, Claudio?

—Sí... hace cosa de una hora..... cuando al venir aquí vi á los ginetes aparecer al estremo del estanque... porque por el camino que seguian solo podian venir aquí... Y aquí no pueden buscar á nadie mas que á mí.

—Entonces teneis razon, el ribazo queda sumergido por las aguas y los gendarmes se verán precisados á desandar lo andado.

—Y una vez metidos en los pantanos y lodazales que rodean el estanque en esta orilla, tardarán mas de una hora en llegar, y dentro de una hora ya estaré en salvo. Así pues escúchame...

—Os escucho... Claudio.

XXVI.

EL JUEZ.

ACE unos meses, dijo el Huron, descubrí por una casualidad el secreto de tu nacimiento... estabas tú ausente en pais estrangero: te escribí..... é inmediatamente volviste á Francia: entonces te conté cuál habia sido la atroz conducta de

Duriveau con tu madre... supistes que por él la infeliz se volvió loca de desesperacion... y que á tí, pobre niño, te arrancaron del seno materno para abandonarte en aquella tierna edad, asegurándote así una vida miserable..... Tambien te conté como despues de haberme despedazado el corazon... yo que nunca le hice daño... Duriveau semejante al genio del mal... me hirió segunda vez ultrajando mi honor.

—Sí, sí, lo sé... Claudio, sé de cuántas infamias habeis sido víctima.

—Y sabes tambien que un dia pude legítimamente, usando de mi derecho, aprovechando la fortuna que me lo entregaba trémulo y resignado, quitarle la vida..... mas creyendo en la solemne promesa que me hizo, le perdoné... y á poco este hombre se burló de la fé jurada..... y le perdoné tambien!...

Al oir estas palabras el rostro de Martin espresó una conmocion muy profunda y la mayor admiracion.

—Oh! amigo mio, esclamó, grande y generosa se mostró vuestra alma entonces! como en todos los actos de vuestra vida. No puedo olvidar, y han quedado para siempre grabadas en mi pecho, las palabras que me digisteis en una de nuestras últimas entrevistas, hace ya años, despues que nos volvimos á abrazar, tras de una larga separacion; escucha, me digisteis, sin que yo supiese entonces que se trataba de vos; «escucha hijo mio.. un rasgo que en «sí es una sana leccion de moral..... «Un hombre pobre y de humilde con- «dicion fué indignamente ultrajado «por un homdre rico y poderoso..... «era, ves tú, una de esas injurias a- «troces... que la ley permite castigar «con sangre. El hombre pobre estaba

«armado y le dijo al otro: vas á mo-
«rir... mi vida os pertenece; contestó
«el rico, disponed de ella... Escú-
«chadme, añadió el pobre con tono
«grave, hasta ahora habeis sido ma-
«lo... sed bueno... sed humano.....
«prometedme que ayudareis á vues-
«tros desvalidos hermanos... vos que
«no teneis piedad de su infortunio,
«prometedme que lo aliviareis, ju-
«rádmelo y os doy la vida; pero acor-
«daos que el ultraje que me habeis
«hecho, envenena mi existencia para
«siempre, me será duro soportarla,
«y por lo tanto, si algun dia perjura-
«seis la solemne promesa que ahora
«me haceis, tarde ó temprano iré á
«quitaros la vida que ahora os dejo
«para que sea útil y provechosa... y
«si faltaseis, el juez y el reo tendrian
«el mismo sepulcro... el hombre rico
«juró...»

—Sigue..... sigue, dijo el cazador

interrumpiendo á Martin con marcada y profunda ironía; repíteme todas mis palabras para que yo palpe bien cuál fué mi culpable confianza... anda... demasiado conozco cuán estúpido y criminal fuí...

—Callaos, Claudio... yo os diré que siguiendo vuestro egemplo, como lo deseabais, he tenido una conducta generosa, y esto os quita el derecho de quejaros.

—No te comprendo...

—Mas tarde... pude yo tambien á mi vez... no perdonar noblemente la vida al que me ultrajó..... pero sí salvar de una muerte segura... á un hombre poderoso..... poderosísimo tambien... y le dije acordándome de vuestro sublime egemplo: «Esta vi-«da... que he salvado, consagradla «al bien... en vuestra mano está ali-«viar á muchos... socorred á vues-«tros hermanos desgraciados!»

—Y ese tambien..... habrá sido perjuro.

—No Claudio, no, este no ha faltado, contestó Martin conmovido, hasta ahora ha cumplido con lealtad su palabra... Y así lo veis... era justo que yo os digese: á vos, á vuestra fecunda enseñanza se debe un egemplo mas de virtud, un hecho de humanidad...

—Y yo te digo, que no he tenido sentido comun, que he sido criminal esta vez, no lo dudes, dijo el cazador con feroz exaltacion. Sí, criminal, porque dejé vivir á un miserable que faltando á su juramento, ha hecho derramar torrentes de lágrimas y ha causado penas horribles... miserable que se atiene á vanagloriarse de sus vicios y los perpetúa en su raza..... No, yo no debí dejar la existencia á ese hombre... no, mil veces no... y sin embargo, ahogando mis propios

resentimientos, he hecho cuanto ha estado á mi alcance para traerlo al arrepentimiento, recordándole sin cesar la fé jurada y olvidada... nada ha movido su corazon de hierro, ni la pintura de los males que hacia, ni la dulce esperanza de trocar tanto dolor en alegría, ni la esplicacion verídica que le he dado de los desengaños que le desviaron de la senda del bien: primero me escuchó y se mofó, luego me insultó... despues guardó el silencio del desprecio, y siempre han sido desoidas mis observaciones, mis ruegos, mis amenazas... ademas, no le oiste noches pasadas...

—Sí, y confieso que nunca ví rebajar con ódio mas cínico, mas atroz, cuanto en el mundo inspira respeto y piedad, contestó Martin con sordo acento.

—Sí, era el desafio mas impudente, mas audaz que se le podia e-

char á la humanidad, y sin embargo se le ha prevenido repetidas veces. Todo esto te lo he dicho... á tí, que tienes tambien cuentas terribles que pedirle á ese hombre... te lo he dicho, y te lo repito... este estado de cosas ha durado demasiado, mi clemencia y mi paciencia se van acabando, ha sonado ya la hora de la justicia y de la condenacion. Tú me contestastes:

«Espera un poco, Claudio..... «creo que conseguiré entrar en casa «del conde... paciencia...» Estás ya en casa del conde... no ignoras cuáles son las doctrinas execrables que él patrocina..... su hijo..... digno de tal padre, ha sido el verdugo de tu hermana... y me dirás aun? ten paciencia...

Y viendo que Martin callaba y le miraba con una indefinible espresion de dolor y de angustia, Claudio

prosiguió con voz animada:

—No me contestas? qué piensas? me apruebas? me condenas? opinas acaso como yo, y dices, ha llegado la hora? Ese hombre desnaturalizado, sin entrañas, no es el azote de esta infeliz comarca, de la cual debia ser el bienhechor, la providencia! así como me lo habia jurado en el momento supremo...al aspecto de la muerte! Este hombre millonario, no es el dueño absoluto de estos terrenos inmensos, adquiridos por su padre á fuerza de fraude y de usura, así como nuestros abuelos conquistaban con la lanza y la espada? Y en estas inmensas propiedades, fruto de latrocinios infames, tolerados y casi santificados por la posesion, qué vemos? seres infelices, embrutecidos por la ignoraucia, diezmados por el cansancio, el hambre y las enfermedades; colonos arruinados por arrien-

dos tan onerosos que el conde solo se aprovecha del fruto del sudor con que riegan sus campos desde el amanecer hasta que se pone el sol; para ellos el trabajo, los cuidados de todos momentos, la miseria y la ruina... para él la tranquilidad, el ocio, los placeres, la riqueza!... y esto no basta... Un hijo indigno, viva imágen de un padre vil, heredero de sus bienes adquiridos por el fraude, perpetuará sus vicios.... para que luego este hijo tenga tambien otro que se le parezca en todo..... y de aquí vendrá que una cuarta parte de una provincia de Francia, porque ha tenido la desgracia de vivir bajo la dinastía de los Duriveau, se verá consagrada á una cadena sin fin de sufrimientos, porque un bribon supo hacerse rico; y dicen que está abolido el sistema feudal... y que ya no hay esclavitud! gritó el cazador sol-

tando una carcajada irónica: Mentira! i rrision!

Luego prosiguió dirigiéndose á Martin con aire feroz y determinado.

—Te digo que ya que el tiempo de la fraternidad humana está aun lejos, es preciso, que ahora demos un egemplo tan terrible, tan grande, que espante á los malvados, sea una garantía para los buenos, y les dé ánimo para llevar adelante su noble empresa...

Martin habia escuchado en silencio estas imprecaciones, hijas de un resentimiento intenso, exaltado hasta la ferocidad.

Varias veces su frente se enrojeció, su mirada brilló como si un sentimiento oculto le hiciera estremecer al ver la temible resolucion del cazador.

Calló aun algunos momentos y

luego le dijo á Claudio con voz afectuosa y triste:

—Claudio, habeis sufrido tanto, y hace tantos años... que no es estraño que vuestras penas agriadas por la soledad y la vida salvaje á que os condenasteis desde...

—Basta... esclamó el cazador con voz sorda.

Aun supura la llaga, no la toques.

—Sí... aun vierte sangre, lo veo, y veo tambien que se ha enconado de un modo grave; me callaré pues, Claudio, no mentaré esos sufrimientos dolorosos, desgarradores para el corazon de todo hombre, sobre todo, para el que tiene uno tan noble como el vuestro, Claudio..... pero sí os diré, que no hay sufrimiento, por agudo, por legítimo que sea, que pueda hacer de un hombre como vos, un asesino.

El cazador miró á Martin con sorpresa.

—No, por implacable que sea el conde, por culpable que haya sido en olvidar su juramento, por generoso y admirable que fuese vuestro comportamiento con él, es decir, por justísimo que sea vuestro ódio, vos, Claudio no teneis el derecho de quitarle la vida que le dejásteis, solo Dios lo tiene...

—Seré el instrumento de su justicia, dijo el cazador con el mismo aire feroz.

—No. no teneis ese derecho, reflexionadlo, y vos mismo os convencereis de que no puede ser, contestó Martin con autoridad y dulzura; porque la soledad no ha podido apagar esa brillante y noble inteligencia..... ese raciocinio tan exacto, tan poco comun, que nadie sospechó cuando egerciais las humildes y respetables

cargas de institutor de una aldea, que abandonásteis por la vida errante y solitaria..... Claudio, añadió Martin estrechando sus manos con ternura. Claudio, oh! mi antiguo amigo, si en las estrañas vicisitudes de mi vida, despues de haberos conocido, he rozado la cima de espantosos precipicios sin caer en ellos, haciéndome superior al vértigo que me arrastraba.... os lo debo á vos, á vuestros saludables consejos, cuya huella no se puede borrar; á la instruccion paternal que me disteis despues de haberme recogido, cuando, pobre niño, me veia abandonado como tantas infelices criaturitas que como yo estaban desamparadas y menos atendidas que los animales del campo... Pues bien, Claudio, porque os debo la vida del corazon y del entendimiento.... no, no quiero asociarme á vuestros proyectes, y por el contrario espero

que tomareis parte en los mios.....

—Cuáles son tus proyectos?

Y el Huron miró á Martin con ojos penetrantes y repitió:

—Tus proyectos?

—El fin es igual al de los vuestros, Claudio, solo en los medios de alcanzarlo diferimos.

—Es preciso dar un egemplo.

—Lo daremos, contestó Martin con voz solemne, un gran egemplo...

—Terrible?

—Y sobre todo saludable... vos lo habeis dicho.

—Para la raza maldita que quiero herir... no hay enseñanza posible sin esterminio.

—Quizás.

—No... el terror... un santo terror.

—Cuál es vuestro objeto, Claudio? estimular á los buenos para que si-

gan la buena senda... hacer que los malos vuelvan al buen camino.

—Y castigar á los malos por el mal que han hecho, á fin de que ese terrible castigo aterrorize á los de su raza.

—Pero y si los malos se vuelven tan buenos como malos fueron, Claudio? y si se vuelven tan humanos como inhumanos fueron antes?

—Buenos? Humanos? repitió Claudio profundamente sorprendido, segun eso no te refieres ya al conde Duriveau... *tu padre*...

Y el cazador pronunció la frase: *tu padre* con ironía cruel.

—Me refiero al conde Duriveau, mi padre...

—Y á *tu hermano*, el vizconde?

—Y á mi hermano el vizconde....

—En este caso, adios... tu librea te ha contagiado... la servidumbre es la esclavitud... y la esclavitud te

ha enervado, corrompido.....

Y el cazador hizo un movimiento brusco para alejarse.

Detúvole Martin y con acento tristemente conmovido le dijo:

—Severo estais conmigo, Claudio.

—Porque eres cobarde... porque desiertas de la buena causa, porque ya no hay en tí nada viril ni enérgico... porque dentro de un poco vas sin duda á elogiar las virtudes de *tu padre*, el conde Duriveau, y del vizconde *tu hermano*.

—Jamás he visto nada mas egoista mas duro, mas codicioso, ni mas henchido de orgullo, que el conde Duriveau, dijo Martin severa y lacónicamente.

El cazador hizo un movimiento de sorpresa.

—No he hallado alma tan cerrada como la suya á cuantos sentimientos existen de conmiseracion, ternura y

caridad; no conozco hombre alguno que haga mas cínico, inexorable y real alarde de despreciar á todos aquellos hermanos suyos que sufren y se resignan... Vos le oisteis cual yo le oí la otra noche; conocia al conde... y sin embargo no le hubiese creido capaz de ostentar con tamaña audacia sus odiosas máximas.

—Y tenias miedo... tu librea te hizo temblar...

—Sí, tuve miedo, y temblé Claudio, repuso con dulzura Martin, tuve miedo, temí comprometer y destruir para siempre los intereses sagrados que me precisan á representar el papel que desempeño á los ojos del conde... Pero ya lo veis, Claudio, juzgo á ese hombre tan severamente como vos. Y con vos digo tambien: este hombre es doblemente culpable porque hubiera podido trocar sus inmensos bienes en tierra de promi-

sion..... y los ha convertido en valle de miseria y lágrimas...

—Pues qué quieres? qué esperas? No te comprendo, gritó el cazador con impaciencia feroz. Y el hijo no es tambien digno de su padre?

—Cómo admirarse de que sea Escipion lo que es, educado en semejante escuela? No, añadió Martin con acento en el cual se marcaba dolor y conmiseracion profunda, no; ignoro que exista depravacion mas precoz, mas arraigada, mas horrible, que la de ese desgraciado jóven que juega fria y desdeñosamente con los vicios mas odiosos, cual pudiera hacerlo un adolescente que se fastidiase de andar con juguetes de niño... y apenas cuenta veinte años!

—Así pues... quieres como yo, volver á los malos al buen sendero, aterrorizándoles por medio de un grande egemplo?

—Por el terror? no; hé aquí en lo que diferimos, Claudio.

—Y me hablas así despues de pintarme á esos dos hombres con los colores mas negros! Mira... no tienes ni sangre en las venas, ni ódio en el corazon...

—Odio!... no Claudio, desde mi infancia borrasteis el ódio de mi alma por el egemplo que me dabais con vuestra resignacion angelical, con vuestra inefable serenidad en medio de vuestra cruel pobreza, amargos pesares y persecuciones de que os hacia blanco un sacerdote indigno de este nombre.

—Pasó ya el tiempo de la resignacion, contestó rudamente el cazador; ademas no se trata de mis resentimientos personales, no quiero vengar mi injuria tan solo; mas puesto que ese hombre no te inspira ni horror ni ódio, entonces qué sientes?

—Piedad... Claudio.

—Piedad! esclamó Huron soltando irónica y salvage carcajada..... piedad!

—Sí, Claudio, esperimento esa conmiseracion dolorosa y profunda á que me acostumbrasteis desde la niñez... hácia las dolencias.... y disformidades físicas...

—Seria preciso decir monstruosidades... pero la comparacion es inexacta; se trata de monstruosidades morales, y tener piedad de lo que es indigno de interés, es dar pruebas de tolerancia criminal.

—Y yo os digo, Claudio, que un niño infeliz, que educado en una atmósfera viciosa se marchita y corrompe, merece piedad! sí, merece conmiseracion síncera; y seria bárbaro é insensato hacerle un crímen de la enfermedad que le mata...

—Tienes razon; se trata de tu

hermano, de una criatura tan interesante..... y tambien de tu *padre*, personage digno de lástima, no es cierto?

—Lo mismo que su hijo, se educó en una esfera pervertida... y sin embargo, no ignorais que tuvo hácia el bien generosas inspiraciones... pasageras, no hay duda, pero en fin, lo confieso, su hijo no las ha conocido nunca...

—Basta! dijo bruscamente el cazador... el tiempo urge..... qué decides?

—Voy á decíroslo; admitid mi comparacion, Claudio. Suponed un ser atacado por una enfermedad terrible, contagiosa, que ha mamado con la leche... Llega un hombre y dice: mátese á ese miserable... la vista de su suplicio operará en cuantos son víctimas del mismo mal una revolucion tan saludable y terrible á

la par, que temiendo una suerte igual... la reaccion que haga entre ellos el terror... les curará.

—Bueno!... lo admito... así se obra con los locos furibundos... y con éxito..... se coge á uno de entre ellos... y en presencia de los demas se le castiga de un modo terrible..... el espanto emana entonces un rayo de razon en sus enfermos cerebros y vuelven á su deber; pero ahora se trata de un hombre que está en su cabal juicio, que lo aplica al mal con execrable inteligencia.

En el momento de pronunciar el cazador las anteriores palabras, la sombra móvil de dos personas, que andando casi á gatas, parecian dirigirse hácia las ruinas del horno, se proyectó en el ribazo del estanque, vivamente alumbrado por la luz de la luna.

Demasiado preocupados con los

graves intereses que agitaban sus nobles almas, Martin y el cazador no se apercibieron de este incidente y su conversacion continuó.

XXVI.

LA SORPRESA.

DIRIGIÉNDOSE Martin al cazador cuya exaltacion crecia por momentos prosiguió:

—No, Claudio... no creo en el poder infinito de los medios terribles... la humanidad los rechaza...

—La gangrena se cura con fuego... tu *padre* y tu

hermano están podridos hasta los tuétanos...

Pasóse un corto silencio; despues del cual Martin repuso:

—Mirad, Claudio, permitidme citaros un hecho raro, maravilloso casi, del que fuí testigo en casa de un médico, hombre célebre, sábio y pensador profundo, á quien servia entonces; hecho que os hará comprender mi pensamiento. Llamáronle un dia para que fuese á la cabecera de un enfermo rico; llega y encuentra á un hombre moribundo, estenuado por el esceso de todos los placeres, la sangre empobrecida, viciada en su esencia, circula con lentitud en sus venas casi secas, no ya como fluido vital, sino como fluido de muerte. Los mejores médicos habian abandonado á aquel desgraciado pronosticando un fin muy próximo..... Acuérdase entonces el sábio, el pen-

sador profundo, de aquellas historias misteriosas y horribles que hablan de sangre jóven y generosa, inoculada en las agotadas venas de ancianos extenuados por el desarreglo de su conducta.

—No te lo decia yo, que era preciso sangre! esclamó el cazador con acento de feroz triunfo.

—No, Claudio, no se necesitó sangre; pero aquella sangrienta y fabulosa historia, fué para el sábio el hilo de una idea admirable... Colgaduras de seda y oro impregnadas de perfumes funestos, cubrian las paredes de aquella estancia y la sumian en una semi-oscuridad. Arráncanse las colgaduras, el sol bienhechor penetra por todas partes, y presto desaparecen, por órden del sábio, los muros bajo verdes ramages, frescos despojos de árboles resinosos y balsámicos, que exhalan abundantemente aquellos

gases, únicos que dan un aire vital y puro; llegan luego jóvenes, sanas y robustas nodrizas que cada una á su vez presentan sus fecundos senos á la expirante boca del moribundo. Oh! prodigio! apenas aspiró el enfermo el aire vivificador y salubre que exhalaban los frescos ramages que circuian su cama, que se le ve renacer! renuévase y regenera su corrompida y débil sangre; sálvase el enfermo... vive... vive, y su curacion no cuesta ni lágrimas ni sangre... Leche pura y alimenticia, algunas ramas de verdes árboles... los bienhechores rayos del sol; tales han sido, Claudio, los instrumentos empleados en la maravillosa cura (1); lo mismo sucederá

(1) El que escribe estos renglones no puede menos de decir con orgullo filial, que sin duda se le dispensará, que fué su mismo padre, el difunto doctor Süe, el que hizo esa maravillosa cura. El agradecimiento del enfermo fué tan grande, que quiso levantar un

con los dos infelices que tanta piedad me inspiran; el desden, el orgullo, hinchan sus corazones; sus espíritus y sus almas están viciadas, pues bien! Claudio, quiero regenerar esos corazones gangrenados, quiero salvarlos sacándoles de su atmósfera corrompida y transportándoles á un centro de ideas saludables y puras en el que resentirán el calor vivificante de generosos pensamientos; quiero, en una palabra, dar á esas almas enfermas un alimento dulce, salubre y

---

monumento en memoria de lo que él llamaba su *resurreccion*: el plan de esta obra, en cuya cúspide debia colocarse un grupo de unas veinte figuras, se halla egecutado en dimensiones medio al natural, en el rico Museo de anatomía, de historia natural, geología, etc., etc., que por cláusula de su testamento legó el referido doctor Süe á la Escuela Real de Bellas Artes de París, interesantísima compilacion empezada por mi abuelo.

(N. del A.)

fuerte como la leche maternal... Decid, Claudio, decid, amigo mio, no será entonces un egemplo grande ver á esos desgraciados tornar á la vida del alma?..... y resucitar con sentimientos que poco antes insultaban?..... Esta transformacion de los malvados en hombres honrados, no será una leccion mil veces mas fecunda que el terrible, pero estéril egemplo que meditais?

—Déjame, déjame... me harás volver tan débil, tan cobarde como tú, dijo bruscamente el cazador. Olvidas que Duriveau se hallaba ligado conmigo por un juramento solemne y que á todas mis tentativas para operar en él esa regeneracion de que hablas, ha contestado con el desprecio!

—Ese carácter de hierro, se revelaba contra la idea de ceder á la fuerza.

—Y su juramento?

—Se ha burlado de él... indignamente burlado... no lo ignoro, Claudio... y todo esto no me hace perder las esperanzas...

—Tú tienes en tí el fanatismo que transporta montañas, gran taumaturgo, dijo el cazador con amargo sarcasmo.

—Tengo fé en mí, Claudio, porque me hallo en una posicion particular con respecto al conde..... soy hijo suyo... y cuando sepa...

—Tendrá un motivo mas para perseverar en el mal; dices que por orgullo no queria ceder á la obligacion que yo le imponia?..... menos cederá á su hijo... á un bastardo como te apellidará él. Conozco á ese hombre, no lo dudes... basta... basta..... mécete si quieres en ilusiones... pero yo, yo quiero dar un egemplo terrible... y lo daré.

—Ah! amigo mio, esclamó Martin, vuestra causa es demasiado santa, demasiado legítima, demasiado hermosa para mancharla empleando la violencia; ademas, yo creo, yo sé, que á pesar de cuanto digais: *no stá lejana la época*... sí, los pueblos presienten esperanzas vagas, he atravesado últimamente toda Europa. En todas partes se dá cima á un trabajo sordo, profundo, contínuo... Ya las clases, hasta ahora desheredadas, han CONCEBIDO la emancipacion universal, nosotros asistimos en este momento al lento y laborioso fenómeno del alumbramiento. Pero esa emancipacion nacerá en su dia, en su hora, amigo mio, y cuantos sufren acogerán con fraternales aclamaciones su radiante aparicion.

A pesar de su salvaje resolucion no pudo el cazador ocultar cuanto le conmovian las palabras de Martin, pa-

labras llenas de dulzura, penetrantes, y que revelaban un convencimiento profundo de que presto brillaria mejor porvenir.

—Quizás tenga razon, murmuró el cazador, la violencia es mala consejera... La vida de un hombre por malvado que este sea..... es sin embargo.,. uua cosa muy grave. Y si el ódio me cegára.... si.... si á pesar de tantas razones como parecen legítimar mi proyecto... obedeciese tan solo... al resentimiento... personal... ademas, constituirse juez y verdugo á la par... cualquiera que sea el crímen... Oh! es horrible.

Pero revelándose en breve contra tan saludables y generosas reflexiones, el cazador, esclamó de pronto:

—No! no! fuera cobarde debilidad!... y tú que me estás predicando angélica conmiseracion, gritó dirigiéndose á Martin y con acento

cruelmente irónico, ves desde las regiones de clemencia y de esperanza en que te pierdes, á tu madre.... loca?... ves á tu hermana deshonrada... precisada á pasar por muerta ó á verse vergonzosamente conducida ante un tribunal donde la acusarán de infanticida? Ves de lo alto del empíreo, desde el cual apercibes las señales de una emancipacion cercana, ves, repito, junto á los pálidos y desencajados rostros de tu madre y de tu hermana, ves los rostros insolentes é implacables del conde y de su hijo pisoteando á sus víctimas?

—Sí... Claudio... veo los tristes cuanto benevolentes rostros de mi madre y de mi hermana..... sí, Claudio, los veo, y durante nuestra larga conversacion esos semblantes adorados han estado sin cesar ante mis ojos.

—Aun en el momento que habla-

bas de hacer entrar á Duriveau y á su hijo en la senda del bien? preguntó el cazador.

—Entonces mas que nunca, amigo mio, porque cuento con mi madre... y con mi hermana para hacer que un dia el conde y su hijo sean dignos... de apretarnos la mano.

—Deliras! esclamó el cazador asombrado, tu madre.... tu madre está...

—Mi pobre madre... está loca, dijo Martin con voz segura y llena de bondad; devolveré la razon á mi madre.

—Y el honor á tu hermana?

—Y el honor á mi hermana.

Habia tamaña autoridad, tan profunda conviccion en las palabras de Martin, que el cazador alimentó por un momento las mismas esperanzas... mas reprocbándose luego aquella debilidad repuso de repente:

—Te estás mofando... adios...

—Claudio! gritó con mucha viveza Martin con acento de doloroso reproche, hablo de mi madre... de mi hermana... de mi madre loca; de mi hermana... deshonrada... y decis que me estoy mofando?

—Perdóname, dijo el cazador tendiendo la mano á Martin, perdóname.... no, no.... corazon valiente y generoso... no, tú no te mofas; pero... te alimentas de ilusiones... Llegar á los fines que te propones seria... mas no.... no.... es imposible; repito que te haces ilusion... Tus esperanzas son aéreas... las respeto; pero yo...

—Una palabra no mas Claudio; respetad mi ilusion durante un mes, á contar desde hoy...

—Qué quieres decir?

—Prometedme no intentar nada contra el conde durante este mes....

—Y luego? Y si te has equivocado, corazon noble y cándido? Y si esta enfermedad que alimentas la esperanza de curar, es incurable? Y si ese hombre persiste fatalmente en el mal, qué harás? porque, en fin, si yo admito tu suposicion... admite tú las mias!

La fisonomía de Martin hasta entonces llena de dulzura y tranquilidad tornóse sombría y siniestra, quedóse silencioso algunos momentos y luego repuso:

—Es justo, Claudio... debo admitir tambien vuestras suposiciones.... tambien yo he pensado algunas veces... sí, os lo confieso, he pensado... con terror que el mal tiene horribles fatalidades...

—Y en esas horas de desesperacion, dijo con feroz alegría el cazador, cuál era tu proyecto? Sí, pensando en cuanto Duriveau ha hecho

sufrir á tu madre... pensando en la terrible influencia de ese hombre á quien ni la fé jurada ni tus poderosas instancias... cuando sepa que eres su hijo, pudiesen conmover... has debido sin embargo...

—Claudio, dijo con acento solemne Martin interrumpiendo al cazador, juradme no intentar nada contra Mr. Duriveau durante un mes... y al fin de este mes...

—A ellos gendarmes! gritó de repente una voz atronadora.

Y mas rápido que la palabra, Beaucadet emboscado, algunos instantes hácia, con cinco gendarmes detras de las ruinas del horno en las que se habia ido deslizando, se precipitó sobre el Huron, en tanto que los demas soldados se echaron sobre Martin, quien, absorto por tan brusco ataque no hizo resistencia alguna.

No así el Huron; empeñóse entre

él y sus adversarios una lucha vigorosa y obstinada, en la que estos, no sin mucho trabajo, lograron derribarle y ponerle las esposas.

—Ah! no dije yo, polilla malhechora! dijo triunfante Beaucadet, que tarde ó temprano te echaria el guante; habia mandado algunos caballos por la parte de la esclusa pero yo he venido á pié siguiendo la orilla; por esto en cuanto levantaste el dique te creiste seguro? Qué tal, bribon?

Nada el cazador contestó:

Y Beaucadet dirigiéndose á Martin repuso:

—Y vos buena pieza; vos sois amigo íntimo de ese miserable Bamboche que tuvo la osadía de hacerse saludar por mis gendarmes! Acertado anduve en decir al señor conde: maña... maña... hagamos como si tal cosa... No nos demos por entendi-

dos... lo hicimos así y caisteis en el lazo.

—De qué se me acusa?... Preguntó con mucha sangre fria, Martin.

—De qué se os acusa, arrapiezo? de haber tenido connivencia en la per-pe-tra-cion del pistoletazo disparado contra la persona del conde tres dias há.

—Yo? dijo Martin encogiéndose de hombros. Ah! es verdad recibí una herida ligera.

—Una razon mas en apoyo de lo que digo; farsa de hombre ducho; buena alhaja, pero que por acá no cuela... Tan estabais en el secreto y sabiais que ese Huron, carcoma, se hallaba oculto en la espesura, que tratásteis de apartar al señor conde de la ventana temiendo que le descubriese... En tanto erais su cómplice, que para favorecer su evaporacion disteis unas señas que se pare-

cen á las suyas como yo á un hombre muy feo...

E interrumpiéndose añadió:

—Pero ved ahí al señor conde y á su hijo; les habia mandado avisar y ellos han querido venir para cerciorarse, por sus propios ojos, de vuestra maldad, buena alhaja.

En efecto, poco se tardó en ver bajar una ligera carretela en la que iban el conde Duriveau y su hijo. A pesar de la grave escena que habian tenido, reinaba entre ellos la mayor y mas cordial inteligencia; en una palabra, parecia que el conde habia olvidado sus pasageros pesares volviendo á su papel de padre jóven.

Instruidos del hecho, bastante grave en sí (haciendo ver: que la esplosion de que se ha hablado nacia de una tentativa de asesinato en la persona del conde, y que uno de sus criados, cómplice del culpable, tenia

con el asesino entrevistas nocturnas) quisieron Mr. Duriveau y su hijo, avisados por Beaucadet, asistir á la prision que iba á intentar, á fin de cerciorarse por sus propios ojos de la verdad.

En cuanto Beaucadet vió al conde gritó:

—Victoria..... cayeron los tunos. Vuestro criado... ha sido manso como un cordero... le hago justicia, sí, por decirlo así, salió al encuentro de las esposas..... pero el Huron se ha defendido como una hiena rabiosa.

La argentina luz de la luna iluminaba esta escena. El conde y Escipion se apearon y se metieron en el grupo de gendarmes en cuyo centro estaban Martin y el cazador.

—Por lo visto, grandísimo bribon, dijo el conde á Martin con severo desprecio, teniais, ya antes de entrar en mi casa connivencias con ese

miserable vagamundo, quien no contento con robarme la caza de mis bosques... atentaba á mi vida... y yo que os tomé como de confianza... fiaos en certificados.... y buenos informes...

—No eres tú poco inocente! dijo Escipion encogiéndose de hombros. seria lo mismo que creer en las buenas calidades de un caballo vendido por un gitano... caballos y servidumbre no se conocen sino despues de mucho uso...

Sereno y reflexivo, sonrió con dulzura Martin, sin contestar una sola palabra.

—Y tú... dijo el conde dando un paso hácia Huron; tú, pillastre, por qué intentabas?...

—Me llamo Claudio Gerard, dijo el cazador con acento solemne interrumpiendo al conde.

—Claudio Gerard! esclamó Duri-

veau tornándose pálido y retrocediendo asombrado.

Acercándose luego con viveza al cazador para examinar mas de cerca su rostro á fin de convencerse de una identidad en la cual no podia creer, repuso despues de examinarle por algunos momentos:

—Es él... no cabe duda, es él.....

—Quién es ese... Claudio Gerard? preguntó Escipion encendiendo un cigarro, mientras Beaucadet y los gendarmes se miraban unos á otros, sumamente sorprendidos de aquel incidente.

—Claudio Gerard!..... repitió por tercera vez el conde con profunda admiracion, y como abrumado bajo el peso de los recuerdos que el nombre del cazador dispertaba en él.

—Comprendes... ahora... Duriveau? dijo Huron al conde, quien mudo y anonadado en un principio,

tardó muy poco en levantar la cabeza, y con frente erguida, sonrisa irónica y desdeñosa, esclamó cruzando los brazos:

—Ah! sois vos, señor hombre de bien... el de los anónimos! sois vos, el que oculto á favor de un nombre supuesto vagabundeaba há tanto tiempo por mis bosques, y tenia la insolencia de perseguirme con sus epístolas morales? Y yo que os creia tan lejos! Y me preguntais si comprendo! Toma!..... comprendo lo demas.. Vuestra gerigonza no podia conmoverme, y habeis querido ver si vuestra carabina seria mas espresiva!... Hola! viejo tuno, hola! predicais la caridad á tiros?

—No es cierto..... no pensaba en matarte; pero há mucho tiempo que debia haberlo hecho, dijo el cazador... Acuérdate de tu juramento... Duriveau!...

—Linda muletilla!... esclamó el conde soltando una carcajada irónica.

Dirigiéndose el cazador á Martin le dijo con sordo acento:

—Le oyes... le oyes?...

—Pero tú! qué significa todo esto? preguntó Escipion á su padre.

—Vas á saberlo, dijo este lanzando al cazador una mirada en la que se hermanaban ódio y provocacion.

Y luego en tono desenvuelto enteramente á lo *regencia* prosiguió.

—Ves este hombre, pues ahí donde le ves ha sido maestro de escuela de una aldea... amaba con frenesí á una jóven muy linda..... la cual le amaba á su vez del modo que se puede amar á un pájaro de ese aspecto, medio patan, medio pedante, es decir, que le amaba como á un hermano..... yo le soplé la hermosa jóven...

—Mucho hay de eso, dijo friamente Escipion sin quitarse el cigarro de la boca.

—Algunos años despues me habia estraviado en una cacería y la casualidad me hizo encontrar á la muger del rústico pedagogo, quien se habia casado para consolarse del primer jaque... En verdad era muy graciosa... no habia tenido el tuno mala eleccion... él estaba ausente, encontré divertido soplarle la muger..... del mismo modo que le habia soplado la novia...

—No le oyes..... dijo el cazador á Martin con profunda tristeza.

—Pero quiso el diablo, prosiguió el conde, que Claudio Gerard volviese cuando menos se le esperaba, y que me sorprendiese con madama Claudia Gerard.

—Con la muger de un dómine! dijo Escipion en tono de reconvencion,

hasta ahora me habias ocultado esta falta...

Y has tenido valor para echarme en cara lo de la pobre Caramillo !!

—Sé generoso, Escipion... como iba diciendo, Claudio Gerard me sorprende con su muger en una conversacion de las mas criminales; venia armado con una escopeta de dos cañones, y como yo no ignoraba que tenia malas pulgas, francamente, me creí muerto..... adivina lo que hizo entonces Claudio?

—Escúchale..... escúchale dijo el cazador.

—Harto le escucho..... contestó Martin.

—Qué diantres habia de hacer? agazapado debajo de la cama de su muger; te pidió quizas la bolsa ó la vida?

Pegó el cazador un grito horrible

é hizo un movimiento tan desesperado, que le faltó poco para romper las esposas que le sujetaban.

—Claudio... amigo mio... le dijo Martin reconviniéndole con dulzura, calma y desprecio.

—Diste en el item, hijo mio, contestó el conde á su hijo; el tal Claudio me pidió la bolsa... no para sí... pobrecillo! sino para los que él llamaba sus hermanos en humanidad.

—Me quedo en ayunas; contestó Escipion.

—Eres rico, me dijo Claudio..... júrame que socorrerás á aquellos hermanos tuyos que padecen.... y te perdono la vida... si no... no.

—Hola! hola! esta cartilla es de nueva invencion... te cantó la cartilla filantrópica, dijo Escipion con glacial sarcasmo, y volviéndose al cazador añadió: oiga! sabeis señor mio que si todos *los maridos engaña-*

dos pensasen como vos..... no habria mas pobres en este mundo?...

Al oir el conde la insolencia de su hijo soltó una estrepitosa carcajada...

Un nuevo incidente interrumpió aquella esplosion de hilaridad.

XXVII.

LA ESPULSION.

DESVELADOS los arrendadores del cortijo por el ruido y pisadas de los caballos se habian levantado, y á poco supieron que el conde Duriveau su *señor*, como ellos le llamaban, se encontraba allí.

Aterrados por la suerte que les aguardaba, una vez espulsados, quisieron maese Chervin y su muger

tentar el postrer arbitrio que les quedaba, y con las lágrimas en los ojos y juntas las manos en ademan suplicante, ambos esposos se acercaron tímidamente al conde en el momento en que Escipion acababa de proferir su último é insolente sarcasmo.

—Señor conde, dijo la arrendadora con temblorosa voz, en nombre de Dios! compadeceos de nosotros.

—Cómo? Quién sois? qué me quereis? preguntó el conde mostrando altanera impaciencia.

—Somos los Chervins, los arrendadores del Enebro, señor de mi corazon. Se nos ha embargado cuanto teniamos y se nos echa del cortijo despues de cuarenta años de estar en él... Hemos trabajado siempre tanto como hemos podido sin hacer jamás daño á nadie... si estamos algo atrasados no es por culpa nuestra, y sin

embargo, si nos echais, bondadoso señor, qué va á ser de nosotros en la edad que tenemos?

—Ay! es verdad, añadió el arrendador, quien, mas cortado que su muger, no se habia atrevido á ser el primero en hablar. Qué va á ser de nosotros si nos echais, señor conde?

Desdeñosamente habia Mr. Duriveau escuchado en un principio tan humilde súplica; pero pensando de repente que aquella circunstancia le deparaba una coyuntura para poner en accion, digámoslo así, el desprecio con que miraba el juramento hecho á Claudio en otro tiempo, dirigióse á este y le dijo:

—Ya ois, señor hombre de bien, ya ois á vuestros *hermanos en humanidad*, como vos los apellidais... Por mi vida! que me solaza la aventura, puesto que me proporciona un medio de probaros el caso que hago de

una promesa arrancada por la violencia... y que hubiese hecho todo hombre desarmado para libertarse de las garras de una especie de fiera. No perdais un ápice de lo que vais á ver, señor Claudio Gerard, y puesto que decís no haber hecho fuego contra mí, lo que os será muy fácil probar, veremos si en cuanto os halleis en libertad, osais poner por obra la amenaza que hasta ahora habeis tenido la *escesiva bondad* de no egecutar... Y para que veais mi lealtad voy á hacer que no os falte pretesto...

Y dirigiéndose á Beaucadet añadió:

Sargento, se ha mandado embargar los enseres de aquel cortijo, una de mis posesiones, y la evaluacion de ellos se ha verificado ya; en consecuencia os ruego, bajo mi responsabilidad, que hagais salir ahora mismo de la casa al arrendador, y que

dejeis á uno de vuestros hombres en ella hasta mañana por la mañana, hora en que yo mandaré á alguno de mi confianza á tomar posesion, á fin de evitar el que se sustraiga alguna cosa.

—Vírgen santa! echarnos á estas horas, esclamó aterrada la arrendadora; estando mi pobre pariente enfermo como está, vais á matarle, señor conde; oh! de fijo le costará la vida...

—Por piedad, señor conde, concedednos algunos dias! añadió el arrendador con suplicante ademan.

—Ni un momento, dijo con sequedad el conde, sáqueseles la cama fuera del cortijo puesto que la ley se la deja, prosiguió dirigiéndose al sargento.

A no haber exasperado su odioso orgullo la presencia del cazador, reconvencion vengadora, remordimien-

to perene, que el conde se mecia en arrostrar, no hubiese hecho gala de tan implacable dureza (aunque otras veces habia dado órdenes semejantes pero sin presenciar su ejecucion), mas el temor de parecer que cedia entonces á la amenaza, junto con la inexorable conviccion que tenia de hallarse en su *derecho legal*, al cual lo sacrificaba todo, por costumbre, arrastraron al conde á tan deplorable estremo.

Como se dijo, se hizo.

El arrendador y su esposa fueron cruel y bárbaramente echados del cortijo en mitad de la noche á pesar de sus súplicas, y despues de una escena desgarradora y que fácilmente se imaginará el lector.

Mudos é impasibles Martin y el cazador asistieron á aquel acto de inaudita crueldad.

En cuanto se hubieron cumplido

las órdenes, dirigióse el conde á Huron y con desdeñoso ademan é irónica provocacion le dijo:

—Ahora, señor Claudio Gerard, hasta mas ver, y si os atreveis..... como no dependerá de mí el que seais puesto en libertad, lo sereis pronto y os aguardo sin temor.

Dicho esto, cogió el conde el brazo de su hijo y ambos se encaminaron á donde les esperaba el coche.

En el momento de subir llegóse Beaucadet al conde y le dijo:

—Se me ocurre una idea famosa, señor conde, quizás tenga ese malvado Martin algun otro cómplice en vuestra casa; antes de que sepan los demas criados que está preso, haced una visita domiciliaria en su cuarto y guardad la llave hasta mañana..... De este modo nada podrá estraerse antes que llegue la hora de nuestro reconocimiento que haré yo con mil

amores en cuanto amanezca.

—Decís bien, sargento, dijo el conde, no dejaré de hacerlo así que llegue al castillo.

Padre é hijo subieron al coche el cual se alejó con suma velocidad.

—Vamos, en marcha buenas piezas, dijo Beaucadet volviendo á donde estaban sus dos presos.

—Qué tal Martin? dijo lentamente el cazador, ves tus esperanzas? pobre y noble corazon! ves tus ilusiones, pobre loco!

Bajó Martin la cabeza con mucho abatimiento, sin contestar una sola palabra.

Gendarmes y presos se alejaban del cortijo del Enebro algunos momentos despues.

Maese Chervin y su muger, deshechos en llanto, tiritando de frio, se hallaban sentados encima del jergon de su cama, que les habian echado á

la orilla del estanque á corta distancia del cortijo.

La buena é infeliz Robin sentada á sus piés, lloraba con sus amos y los consolaba como mejor sabia.

XXVIII.

EL APOSENTO DE MARTIN.

En cuanto llegó el conde al castillo se fué á su cuarto, cogió una luz, pasó de allí á un vasto gabinete, y subió luego una escalerita que conducia al aposento de Martin, especie de nicho oscuro sin aire, casi inhabitable y cuyo techo apenas distaba unos cinco

piés del suelo. Pero al conde le importaba muy poco la mayor ó menor comodidad de su ayuda de cámara, lo que le interesaba era tenerle *á mano* como vulgarmente se dice.

Tenia aquella pieza una puerta de escape que daba á una escalera de servicio; puerta que cerró al momento el conde guardando la llave en su bolsillo; puso en seguida el candelero encima de una mesita y miró en derredor con cierta curiosidad? Como se veia precisado á andar encorvado, por lo bajo del techo, no pudo menos de decirse á sí mismo con mucha candidez:

—No concibo que haya quien pueda vivir aquí!...

Dió el conde principio á una pesquisa que debia terminarse pronto; pues todo el ajuar del cuartucho se reducia á una percha donde estaba colgada la ropa de paño de

Martin, una cómoda encerrando la blanca, una mesita, un par de sillas y la cama.

Nada sospechoso encontró el conde en la cómoda, nada que pudiese darle alguna luz sobre la clase de relaciones que podian existir entre Martin y Claudio Gerard, por sobrenombre el Huron.

Iba ya á retirarse el conde buscando en vano cómo penetrar aquel misterio, cuando en un rincon oscuro apercibió una maleta vieja, cerrada con una cerradura. Bajar á su tocador, coger las tenazas de la chimenea y servirse de ellas á manera de palanca á fin de forzar la cerradura fué en el conde obra de muy pocos momentos.

El primer objeto que hirió su vista fué un paquete cuadrado de dos ó tres pulgadas de espesor poco mas ó menos, cuidadosamente atado y en-

vuelto en hule; en una targeta pegada encima se leia:

Al señor baron de Frugen.

Bastante sorprendido, no titubeó el conde en abrir aquel paquete.

Envolvia el hule una caja de madera blanca cerrada por una pequeña cerradura, encima de la caja habia un ancho pliego conteniendo una carta y un papel doblado, con los siguientes renglones:

Muy señor mio:

«Una persona de confianza os remitirá el cofrecillo adjunto.»

«Segun la órden que debeis haber «recibido, servíos hacer llegar á «manos del rey el cofrecillo, con la «mayor brevedad posible, como tam«bien la carta que vá en el pliego «que lo acompaña.»

El sobre de la carta sellada y que Martin anunciaba en su esquela al baron decia: Al Rey; y á traves del

papel se tocaba una llavecita que sin duda era la de la cajita.

Quedóse estático el conde; no podia creer en sus propios ojos; leyó y volvió á leer la esquelita de Martin creciendo su sorpresa y estupor. Qué relaciones podia tener su ayuda de cámara con un rey?

Aquel hombre que sin el menor escrúpulo habia forzado la cerradura de la maleta de un criado suyo y cometido sin remordimiento gravísima indiscrecion, titubeó en proseguir el curso de sus violaciones; pero la tentacion era demasiado fuerte: cedió á ella y con mano algun tanto temblorosa rompió el sello de la carta dirigida al rey; encontró una llavecita en efecto y leyó lo siguiente:

«Señor.

«Remito á V. M. las memorias «que deseaba leer.»

«La costumbre de formar una es-

«pecie de diario de mi vida data ya «de muy lejos como os lo he dicho «ya.»

«Desde el dia en que de resultas «de mi vida errante y pesarosa fuí «testigo ó actor de singulares aven- «turas, juzgué curioso, instructi- «vo y hasta útil para mí (me he con- «vencido en varias ocasiones de esa «utilidad) escribir un memento y «conservarlo.»

«Salvo algunas reflexiones interca- «ladas en el testo de muy poco tiempo «á esta parte y que me he tomado la «libertad de dirigiros, señor, estas «memorias refieren mi vida desde mi «infancia hasta el presente, y están «do mismo que las escribí antes y «despues del dia en que la casualidad «me hizo tener algunas relaciones «con V. M.»

«La primer condicion de semejan- «te trabajo, segun yo lo he compren-

«dido, es una sinceridad absoluta, «inexorable; jamás he flaqueado en «este deber.»

«Los juicios severos que sobre mí «mismo he formado, en algunas cir- «cunstancias de mi vida, creo me «autorizan á mostrarme no menos «severo con los demás.»

«Solo con el tiempo y á favor de «las lecciones que sacaba de los acon- «tecimientos de mi vida, ha madura- «do mi ingenio, se ha desarrollado «mi inteligencia formado mi crite- «rio y se han fijado, en fin, mis prin- «cipios.»

«Por esto he puesto todo mi cona- «to, en conservar en las adjuntas «memorias esa transformacion lenta «de mis ideas, convicciones y senti- «mientos, que por entre mil inciden- «tes me ha conducido del bien al «mal.»

«Durante mi primera juventud

«reflexionaba poco; entonces fué «cuando escribí cuanto se liga con «mi infancia y adolescencia. Estas «páginas, como vereis por las di- «ferentes fases del relato, llevarán «las mas veces el sello de la incuria «y ligereza de aquella edad... Lue- «go ya empecé á buscar las causas «de los varios hechos de que todos «los dias era testigo.»

«Si en el curso de una existencia «tan abundante en aventuras me he «desviado desgraciadamente del ca- «mino recto algunas veces, para vol- «ver á él y para siempre, advertireis «quizás que la causa fatal de tales «desvíos ha sido el hallarme en una «atmósfera en que yo, pobre y aban- «donado huérfano, me veia precisado «á vivir.»

«Creed, señor, que por honroso «que me sea satisfacer vuestra bené- «vola curiosidad, si he recopila-

«do estas páginas, há tanto tiempo «escritas, es con la esperanza que «ellas arraigarán mas en vos vuestras «generosas tendencias.»

«Aunque muy humilde, aunque «muy oscura... ó quizás por lo mis- «mo que es muy humilde y muy os- «cura, lleva mi vida consigo alguna «instruccion; la historia síncera de «un hombre que ha vivido cual yo he «vivido y esperimentado lo que yo, «puede no ser estéril para vos, se- «ñor, porque en muchas partes mi «historia es tambien la de la inmensa «mayoría de los hombres pobres y «abandonados á ellos mismos..... es «decir la historia de las diversas con- «diciones en que por fuerza debe vi- «vir el pueblo...»

«Recibid de nuevo, señor, las se- «guridades de mi adhesion.»

«Sin duda, el grande cuanto san- «to deber que debo llenar en Francia

«me fijára en ella para siempre, pe-
«ro cred que está fijo en mí el re-
«cuerdo de vuestras bondades, y que
«doy todos los dias gracias al Todo-
«poderoso por haberme proporcio-
«nado salvar una vida que en vues-
«tra mano está hacerla cara y pre-
«ciosa para la humanidad toda...

«Tengo el honor de ser

«Señor

«Vuestro mas humilde servidor

«Martin.»

. . . . . .

Es imposible espresar las mil im-
presiones del conde Duriveau en
cuanto leyó aquella carta, y la impa-
ciente curiosidad con la cual abrió
el cofrecillo, cárcel de las *Memorias
de Martin*.

Componíanlas un lio de papeles de
varios tamaños, escritos evidente-
mente en distintas épocas. El tiempo
habia ya echado su amarillento sello

en la primera parte del manuscrito.

Apoderóse del lio el conde Duriveau, bajó precipitadamente á su cuarto, donde se encerró, y á la luz de las bugías empezó la lectura de las Memorias de Martin.

El reloj del Castillo de Tremblay daba en aquel momento la una.

FIN DE LA INTRODUCCION.

F. Perez lit. Lit de Ayguals.

MEMORIAS DE MARTIN.

I.

EL ALBAÑIL Y SU PERRO.

Solo he conservado una idea confusa é incompleta de los sucesos de mi vida, anteriores á cuando llegué á los ocho ó nueve años. Sin embargo de aquel oscuro pasado, tan lejano ya, recuerdo á una hermosa jóven cuyos ágiles dedos agitaban casi conti-

nuamente los palillos de una almohadilla de estas en que se hace encaje, almohadilla cubierta de brillantes alfileres; paréceme oir aquel sonoro chis-chas de los fusillos; inocente diversion que me bastaba en aquellos primeros años, la alegría que esperimentaba yo durante el dia mientras veia el movimiento de los bolillos, se trocaba por la noche en admiracion; acostado en mi camita veia á la misma jóven, obrera infatigable (y quizás mi madre) trabajar á la luz de una vela cuyo vivo resplandor tomaba incremento atravesando un globo de cristal lleno de agua límpida; el aspecto de aquel foco luminoso me causaba una especie de alucinamiento y éxtasis cuyo único término era el sueño.

Sigue luego un grande vacío en mi memoria dimanado segun creo de una enfermedad.

Pero desde los once años, poco mas ó menos, despiértanse todos mis recuerdos no ya confusos pero sí claros, exactos, sin interrupcion é increiblemente fieles con respecto á las personas que he conocido.

A la edad de diez ú once años servia, segun mis fuerzas, de ayudante ó amasador á un peon de albañil: pegado á él siempre como su sombra seguíale yo constantemente, sumiso y pronto á obedecer su menor señal, por esto sin duda solia decir la gente al vernos pasar: allí van *el albañil y su perro*.

Siguiendo la costumbre de aquella comarca, llevaba yo fija al hombro, sujeta al nacimiento del cuello, la artesa en la que amasaba el mortero que llevaba luego á mi amo. Era esta carga tan pesada para mi corta edad, sobre todo cuando era preciso subir con ella á la cúspide de los

edificios, que contrage durante mucho tiempo la costumbre de andar siempre encorvado y con la cabeza baja; hasta mi busto se desvió algun tanto del centro de gravedad, si bien es verdad que mas adelante me enderezaron, gracias á medios muy sinlares para el caso.

Iba en todo tiempo con piés y cabeza desnudos, y por todo vestido algunos harapos, despojos del albañil; de lo que mas me acuerdo entre otras cosas, es de un pantalon de droguete amarillento, remendado en veinte partes, con pedazos de paño todos de diferentes colores; habíalo heredado despues que el albañil hubo hecho con él dos campañas, y adviértase que el mismo el albañil habia sido el quinto ó sexto heredero. Gracias á mi baja estatura habíanme fruncido al rededor del cuello aquel pantalon cercenado en las rodi-

llas, por medio de un bramante introducido en la jareta de la cintura, sirviéndome de bocamangas los dos bolsillos de él. Tan singular vestimenta, duramente enyesada y teniendo por cimientos la mugre que engendra el uso, se asemejaba mas á una pared que á una tela cualquiera, jamás se rasgaba, pero se le abrian grietas, y el albañil componia con suma inteligencia aquellas pequeñas demoliciones parciales por medio de una pulgarada de yeso fino desleido en agua, estendiéndolo é igualándolo luego con su hermosa paleta de cobre con mango de ébano.

Era mi alimento, invariable; componíase de un pedazo de pan negro y duro reforzado á las nueve y á las tres, con una cabeza y una cola de arenque curado, unidas ambas estremidades por la espina dorsal.

Reservábase el albañil lo que falta-

ba entre cabeza y cola; y yo daba la preferencia á esta última que encontraba infinitamente mas sabrosa que la primera.

Por la noche al volver del trabajo hacia mi amo una sopa de pringue, que comiamos caliente dos veces por semana, despues de cuya colacion nos acostábamos en un gergon cubierto en invierno con una especie de colchon de heno asaz ético.

Contra la costumbre casi general de sus compatriotas no volvia mi amo *á la tierra* al acabar el otoño. Habia el albañil obtenido permiso para construir una mala zahurda en un terreno pedregoso y abandonado no lejos de una aldea bastante grande y cuyo nombre se me ha olvidado; en aquella choza habitábamos mi amo y yo.

Durante la estacion de las obras, tenia el albañil trabajo casi siempre,

pues el sobrestante del lugar, dejaba rara vez de emplearle; si luego á pesar de la huelga forzosa habia algun trabajo de mampostería urgente, encargábase el albañil de él, y si no se ocupaba en los caminos en tanto que yo recogia estiercol que mi amo amontonaba para venderlo despues á un jardinero.

Nos acostábamos y levantábamos con el dia sin gastar luz jamás; en la época de los grandes frios pasábamos las interminables noches de invierno y tambien los dias algunas veces, cuando faltaba trabajo, en una especie de aletargamiento helado, que debia tener bastante semejanza con el sopor letárgico en el que permanecen adormecidos ciertos animales durante el invierno.

No era aquello ni dormir, ni estar dispierto, era una especie de suspension momentánea de la vida y de

sus necesidades: recuerdo haber estado en la época de los hielos, un dia ó dos sin comer ni sentir hambre; aquel estado no era enteramente doloroso. Me parecia sentir que mi sangre se enfriaba por grados, y que se me cuajaba la médula de mis huesos; á esa sensacion verdaderamente penosa sucedia un embotamiento soportable en tanto que permanecia inmóvil y concentrado en mí mismo; el menor movimiento me causaba un dolor agudo.

Cuatro ó cinco veces al mes, es decir, los domigos, un incidente asaz raro turbaba la monotonía de una vida tan sóbria y laboriosa.

Era el albañil hombre de unos cincuenta años, alto flaco, musculoso y robusto; segun decian sus compañeros de trabajo parecia estar siempre meditabundo; su carácter era afable é igual; trabajador asíduo, hábil,

incansable, no se le oia distraer jamás su labor con una copla; taciturno siempre, hablaba como á su pesar, y en cuanto nos hallábamos en casa, no me dirigia las mas veces una palabra hasta el dia siguiente á la hora de volver al trabajo.

Pero no así los domingos, pues en ellos el albañil era otro hombre; habia completa metamórfosis.

Al amanecer del dia dominical, llegaba á nuestra zahurda la moza del mesonero de la aldea, arreando á un borriquito en cuya albarda llevaba un cesto conteniendo un pedazo de tocino, algunos huevos duros, medio pan blanco y una botita de vino de la tierra, de unas diez botellas de cabida poco mas ó menos; apenas salia la muchacha, se parapetaba nuestra puerta, colocaba el albañil la botita cerca del gergon para tenerla á mano y encima de este los

huevos, el tocino y el pan; hechos estos preparativos, empezaba á trincar hasta perder totalmente la razon.

Jamás olvidaré un dia en que despues de haber el albañil bebido dos ó tres botellas y que conservaba todavía alguna hilacion en sus ideas, desarrolló sobre la embriaguez la siguiente y original teoría:

—«Mira Martin, decia, los do«mingos me pertenecen; si no me «embriagase en estos dias, lo haria «luego en todos los de la semana, y «ademas me volveria perezoso, en«vidioso, pendenciero y llegaria dia, «con el tiempo, en que seria ladron y «quizás peor aun...»

«Me conozco perfectamente... si «el trabajo no tuviese descanso, si «yo debiera trabajar siempre y sin «parar, pareciéndose entonces la fae«na á esos caminos rectos de cinco ó «seis leguas que apenas se pone uno

«en marcha y los ve uniformes, has-
«ta perderlos de vista, se le cae el
«alma á los piés... si esto me suce-
«diera conozco que seria para mí
«demasiada fatiga y demasiada mi-
«seria.»

«Yo, todos los domingos, en vez
«del camino interminable de mi *pi-*
«*cara* existencia sembrada toda de
«arenales abrasadores y pedriscos
«cortantes, veo cristalinas cascadas
«despeñarse por entre montañas cu-
«biertas de flores y palacios encanta-
«dos; en fin hijo mio... veo un mar
«de delicias: por esto los hermosos
«castillos donde trabajo, me parecen
«luego pocilgas y topineras sus par-
«ques elegantes.»

«Cuando vuelvo el lunes de estos
«paseos, qué me importa arrostrar
«seis dias de perro? Qué! no veo un
«domingo despues de ellos?»

«Yo jamás bebo en las tabernas,

«porque la embriaguez se exhala allí «en cólera, injurias, gritos y riñas; «allí la embriaguez se corrompe y «se degrada, ó mejor dicho, pierde «algo de su dignidad; yo, yo no be- «bo para andar en pendencias, ni «por aficion al vino..... pésima dro- «ga, bebería aguardiente si no fuese «tan contrario á la salud; bebo y «tengo derecho á beber para ir á «viajar, no sé adónde, cuatro ó cin- «co veces al mes. No es esto prefe- «rible en mucho á odiar la vida?»

«Todos los verdaderos borrachos «hacen lo mismo que yo, con la sola «diferencia que no reflexionan.»

«Juan bebe para olvidar que ha «oido durante toda la semana llorar «de hambre á sus hijos, y quejarse «contínuamente de miseria á su mu- «ger; y bebe sobre todo, para olvidar «que les oirá de nuevo la semana si- «guiente.»

«Simon bebe á fin de olvidar que «ha oido y oirá los gemidos de su en- «ferma y anciana madre, del lunes «al sábado.»

«Y finalmente, beben otros, para «distraerse del trabajo que les mata.»

«Harto sé que los mozos, que no «tienen miseria ni fatigas que olvi- «dar, y que pueden con su dinero «procurarse toda clase de placeres y «diversiones honrosas, y que no obs- «tante se emborrachan como los in- «gleses por aficion al buen vino, di- «cen al vernos borrachos:

«Se concibe que haya hombres tan «cochinos, tan crapulosos y borrachos «tan furibundos, que se sienten al re- «dedor de una mesa grasienta en una «hedionda taberna, y que traguen «con furor ese maldito y repugnante «brevaje, bebida con que se embor- «rachan esos canallas?»

«Pero ya que así hablais de noso-

«tros, decidnos, vosotros los de «buena conducta, despues de una «semana entera de privaciones, tra- «bajo y pesares, dónde diablos en- «contrariamos distracciones honro- «sas, placeres delicados al alcance «de nuestra bolsa y de la ignorancia «en que se nos deja vivir? y parti- «cularmente, decid, decid, dónde «hallariamos el *olvido* de cuanto nos «desespera?»

El albañil era consecuente y seguia rigorosa y fielmente ese modo de juzgar la embriaguez; en cuanto empezaba á trabajar, é invariablemente empezaba todos los lunes, era imposible hallar obrero mas laborioso, inteligente, sóbrio y honrado.

Preguntéle una vez por qué no se embriagaba todas las noches ya que tan dulce era la embriaguez, y me contestó con voz muy severa:

«O robaria á fin de tener con que

«emborracharme sin trabajar, y yo «no quiero robar, ó ganaria lo bas- «tante para embriagarme todos los «dias y en ese caso me bastaria la «ganancia, seria feliz, y no tendria «ya necesidad de beber para olvi- «dar.»

Ahora comprendo el verdadero sentido de las palabras de mi amo, y su lógica me sorprende.

Abandonado de niño, he vivido bastante entre la indigencia y los sufrimientos de todas clases para saber que casi siempre, en nosotros, hijos del pueblo, nace el embriagarse de la necesidad que hay de cerrar los ojos á males sin cuento y privaciones crueles; entre las condiciones mas precarias y deplorables, se desarrolla la propension á la embriaguez de un modo horroroso; á medida que las clases son menos iufelices, disminuye y es tanto mas rara, cuanto

mejor es el bienestar ó cuanto mayor es la instruccion ó la inteligencia.

Hay escepciones, sin embargo; muchos años despues de haberme separado del albañil, me hallé de criado de confianza de un gran señor, de quien hablaré mas adelante, hombre jóven y dueño de una fortuna inmensa; tenia una muger llena de gracia y virtudes... y muchas veces fuí á buscar secretamente á ese gran señor en las mas inmundas tabernas de los barrios bajos de París, donde pasaba toda la noche emborrachándose en compañía de las gentes mas crapulosas de la capital; era muy entrado el dia ya, cuando yo le sacaba sin poderse tener en pié de aquellos lugares, acompañándole luego y haciéndole entrar por una puerta oculta en el antiguo y espléndido palacio que contaba dos siglos de pertenencia á su noble familia, y que

su padre le habia legado, cual él á su vez debia legarlo á su hijo, porque ese hombre tenia tambien un hijo...

El abuso casi inevitable de la riqueza, adquirida sin trabajo, la aversion á los placeres de buen tono, la saciedad, y el hallarse ya gastado en todos los goces, debian conducir á aquel opulento señor al mismo punto que al albañil, pobre trabajador, sufriendo cuantas privaciones pueden imaginarse.

Así pues, el rico buscaba en una bulliciosa y enlodada embriaguez el olvido de su opulencia..... el pobre (mas digno en esto) buscaba el olvido de su infortunio en una embriaguez solitaria.

Encerrado á solas con el albañil los domingos, durante todo el dia, en el fondo de nuestra desierta zahurda, asistia yo sin comer y en una admiracion estúpida, con mezcla de temor

á las extravagancias, é incoherencias que el vino inspiraba á mi amo.

Algunas veces me precisaba tambien el albañil á desempeñar papeles secundarios en las escenas raras que suscitaba su alucinamiento; su embriaguez, constantemente inofensiva, era unas veces tan estrambótica que rayaba en grotesca, y otras encerraba tamaña tristeza que hacia saltar las lágrimas... pero jamás dispertaba en él sentimientos de amargura ú odio. Otras veces habia en las que contaba en alta voz y á cajas destempladas las visiones maravillosas que le arrobaban, y tambien algunas hablaba muy quedo con seres imaginarios.

Una de las ilusiones mas frecuentes y predilectas en mi amo, era creerse el único guardian de todos los paraguas de Francia, y hasta cuando estaba en su cabal juicio, soñaba

con tener uno de esos gigantescos paraguas de cotonada azul ó encarnada que generalmente usan los albañiles; pero para hecerse él con uno, hubiera sido preciso quitárselo del vino dominical, y no podia resolverse á tamaño sacrificio; es justo decir que mi amo lejos de pensar en esconder aquellos muebles, los distribuia con pródiga mano á cuantos los necesitaban, esceptuando sin embargo de su prodigalidad á los que iban en coche; inexorable sobre tal materia, no encontraba términos asaz enérgicos para ahogar la avidez de aquellos egoistas, que sin necesitarlo querian *arramblar* con los paraguas de la gente pobre.

En esas comedias solitarias, yo era la multitud á quien mi amo distribuia paraguas á millares, representados por su baston de acebo.

Tomando luego mayor vuelo la

ambicion del albañil, veíase de pronto vestido de tambor mayor, sentado en un carro tirado por seis caballos blancos con caparazones escarlata, y llevando la granadera en la cabeza y el palo en la mano. No podia sufrir objecion alguna en cuanto al número, color y jaeces de aquel tren. Probablemente el uniforme de tambor mayor era á los ojos del albañil lo ideal en la magnificencia que podia caber en un trage: puesto encima de un escaño cojo, elpuño izquierdo apoyado en la cadera, su vara de medir en la derecha, y bamboleándose algun tanto, saludaba mi amo á todos lados con la cabeza, sonriendo con mucha afeccion y afabilidad: mientras él era tambor mayor, yo debia gritar con cuanta fuerza permitieran mis pulmones y como haciendo veces de multitud masculina:

—*Viva el buen albañil!*

Trocaba yo luego mi papel por el de público femenino, y gritaba con voz muy delgada y aguda:

—*Viva el hermoso albañil!*

Mi amo acogia esta demostracion doblemente lisonjera, sonriendo con amenidad y coquetería.

Por lo que puedo acordarme de las palabras incoherentes del albañil, durante aquella especie de alucinamiento, me figuro que se creia *elegido* unánimemente como el mas hermoso y honrado chico de todos los albañiles del globo terrestre; por eso sin duda recibia y trataba fraternal y suntuosamente á sus electores en el templo de Salomon. Siguiendo luego en sus felices visiones, hacia la descripcion de aquel santo lugar; descripcion maravillosa que me llenaba de asombro: en aquel entonces, hambriento casi siempre, porque no me atrevia á tocar siquiera los restos de la co-

mida de mi amo, escuchaba suspirando la enumeracion del monstruoso banquete que el albañil ofrecia á sus hermanos de oficio, haciéndoles servir por los doce apóstoles en trage de salvages (quizás emanaba aquella imágen de alguna de las ceremonias que han lugar en el rito de compañerismo): parecíame divertida la comida, pero monótona; todos los platos de ella se componian de morcillas y ensalada de pepinos.

A tan grotescos alucinamientos seguian las mas veces visiones melancólicas que enternecian á mi amo hasta hacerle brotar lágrimas.

Recuerdo que un dia creyó ver y oir á la madre comun de todos los niños, destinados, cual yo, á un trabajo penoso desde su mas tierna edad, y á quienes la miseria, el cansancio y las enfermedades hacen morir con muerte precoz.

Esperaba aquella madre la vuelta de sus numerosos hijos con impaciencia alegre é inquieta á la par; alegre, porque esperaba volverles á pronto, inquieta, porque tardaban tanto en volver...

A fin de distraer su zozobra, preparaba aquella madre bondadosa como mejor podia una cantidad inmensa de camitas, pero los niños no llegaban.

Entonces la infeliz iba, volvia y venia de un lado para otro, escuchando atentamente, fijando su mirada á lo lejos... mas nada sus ojos distinguian... nada, y la noche se acercaba.

Y cuando ya era de noche... pobre madre! decia el albañil, quien parecia presenciar todas sus maternales zozobras, refiriéndolas con acento en cuyo temblor se revelaba una tristeza profunda.

En fin, la madre comun oia á lo

lejos un susurro tumultuoso y ligero á la vez, que se acercaba mas y mas.

—Mis hijos! esclamaba la buena muger llorando de alegría...

Y como la claridad que despedia la luna era sumamente fuerte, preservaba sus ojos con las manos para no quedar deslumbrada, mientras que radiante, llena de inefable esperanza, procuraba descubrir en el horizonte á sus innumerables hijos.

Pero por singular rareza el ruido iba aumentando progresivamente... y la madre no veia nada.

«—No veis nada! pobre y bonda-«dosa madre!... ya lo creo, decia el «albañil con voz conmovida y vinosa, «contando aquella vision é interrum-«piéndose de vez en cuando con lar-«gas pausas; no veis nada, ya lo creo, «lo que ois no son las pisadas de una «multitud de niños, es un ruido pa-«recido al vuelo de millares de pája-

«ros, que se oye por cima de nues-
«tras cabezas... mirad... mirad...
«hélos allá... oscurecen la luna...
«son vuestros hijos... cómo!... están
«pálidos todos y tienen alas... hélos
«allá... pobrecitos; hay centenares,
«miles, millones de ellos... Les ois...
«cual gorgean rozándoos con sus a-
«las... les ois decir con acento lleno
«de dulzura: *Adios, madre... ya no*
«*sufrimos... nos han libertado de todo*
«*padecer*... Oh! ved, ved, pobre ma-
«dre, cual suben... suben... suben
«aun... vedles en las nubes, y se ha-
«llan ya tan altos... tanto, que solo
«se les vé cual puntitos blancos en
«medio de las estrellas. Vamos, ma-
«dre bondadosa, valor... ya no su-
«frirán mas... Oiga! la madre... no
«contesta.... bambolea... cae.... ha
«muerto!... Pues no hay mas, ha
«muerto!... Hola! qué es aquella luz
«blanca que asciende allá donde su-

«bieron los niños?... Bueno... la «luna se pone y se oscurece, cayó «en su lecho... Voy á imitar á la «luna... Vaya, pues, buenas no- «ches...»

Y el albañil sin fuerzas, aturdido por aquella doble embriaguez en la que la imaginacion tenia tanta parte como el vino, caia exánime en nuestro miserable gergon.

Ora divertido, ora aterrado ó conmovido por aquellos relatos ó mas bien por aquellos estraños monólogos, pasaba yo todos los domingos en calenturienta agitacion; sueños raros, reproducciones ó continuacion de las escenas que habian pasado durante el dia, prolongaban en mí las alucinaciones de mi amo.

Levantábase el albañil los lunes, como si nada hubiese habido; su rostro, gestos y voz tan animados el dia anterior, habian vuelto á su acos-

tumbrada calma y frialdad; á la fluidez de la víspera seguia taciturna flema.

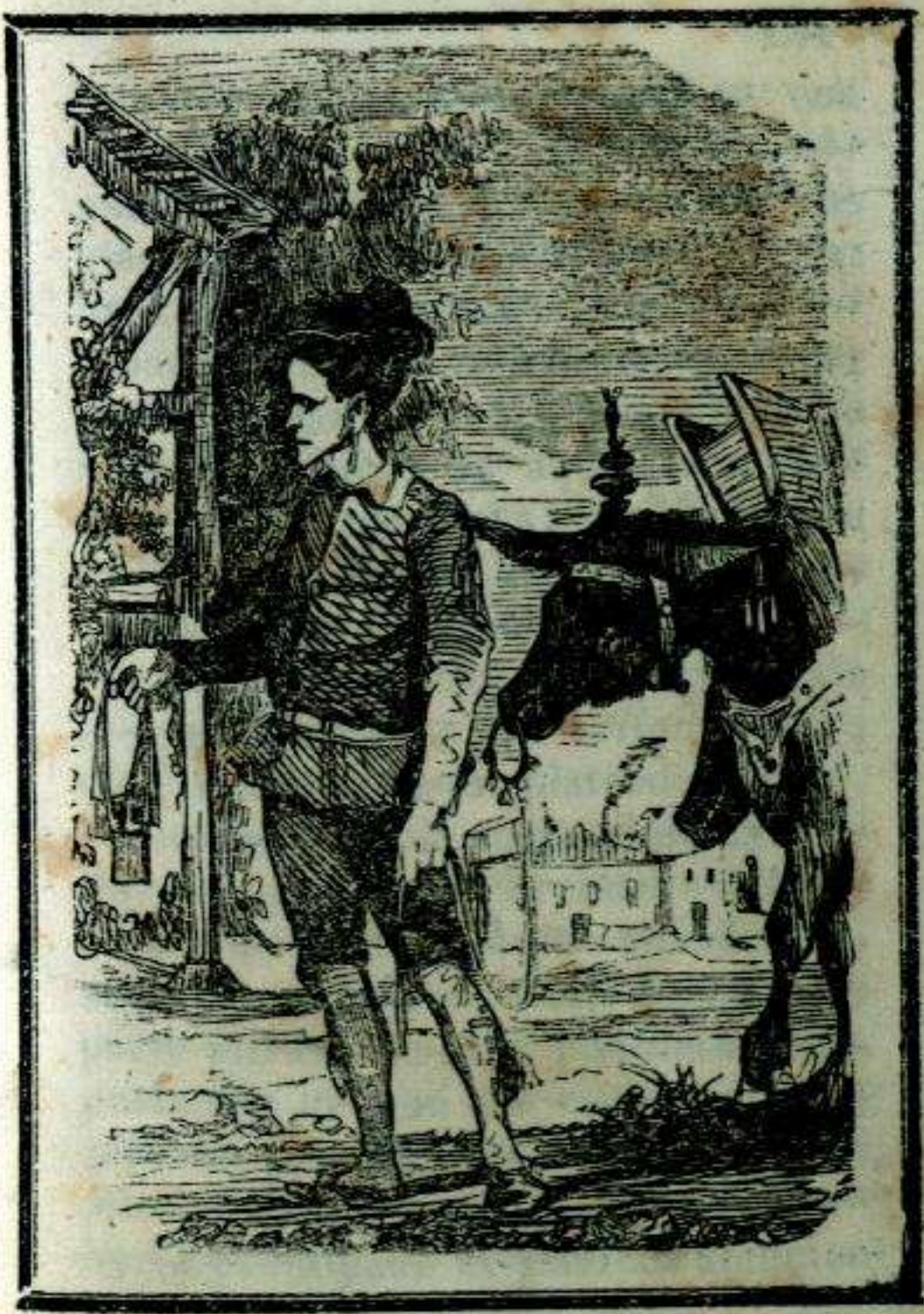
Empezaba de nuevo mi amo los trabajos cuotidianos con su ardor ordinario, siendo siempre el primero en llegar y el último en salir de su faena; en el curso de la semana no me dirigia veinte veces la palabra.

Antes de continuar mi relato me es indispensable hablar de un personage que desempeña un gran papel en las presentes memorias.

II.

LEBRELIN.

El personage de quien quiero hablar era un buhonero muy conocido en toda aquella comarca, llamado por mote Lebrelin; este hombre parecia tener ya antiguas relaciones con mi amo, pues contra las costumbres de nuestra vida solitaria, habia el buhonero pasado el dintel de nuestra zahurda muchas noches



Lebre'in y Lucifer.

y tenido largas conversaciones con el albañil; algunos ademanes, algunas palabras, lo secreto de sus pláticas, que eran siempre en voz baja, algunas miradas que se cruzaban entre ellos, me hicieron creer que hablaban de mi, pero jamás he sabido el objeto de aquellas misteriosas conversaciones; recuerdo tan solo que un dia el albañil en consecuencia de una de aquellas entrevistas me pidió que le dejara examinar lo que él llamaba mi *reliquia*. Era esta, un boton viejo, plateado y de librea, que yo traia suspendido al cuello por un cabo de bramante; jamás he sabido cómo ni desde cuándo poseia aquel objeto, al cual por otra parte miraba yo con poquísima importancia, y que sin embargo conservaba por costumbre. Volvióme el albañil mi *reliquia* despues de haberla examinado con mucha atencion

y con aire pensativo, sin que me hablara de él luego mas que otra vez; diré mas adelante por qué.

Serviase Lebrelin de su profesion de buhonero como de una capa para encubrir toda clase de ilícitos y aventurados oficios; á juzgar por las apariencias iba de poblacion en poblacion vendiendo estampas, canciones, almanaques y objetos piadosos, pero en realidad era hechicero, predecia la pronta muerte de los animales ó les libertaba de ella, hacia encontrar los objetos perdidos, curaba las enfermedades que segun decia se las llevaba en un saco misterioso (todo mediante retribucion metálica), vendia en fin de oculto, libros de magia, y en mayor abundancia, libros y láminas obscenas.

Supe mas adelante esos detalles y algunos mas que omito.

Viajando por varias provincias de

Francia, llegando segun decian hasta el mismo París, jamas parecia el buhonero por nuestra aldea ni en los alrededores durante la primavera, estacion en la cual egercia la profesion de saltimbanquis. No se le veia en el lugar mas que en invierno, y esto aun dejando pasar mucho tiempo de una á otra vez; ignoraban todos dónde vivia; daba sus audiencias ó sus consultas en las casas de los parroquianos que le mandaban llamar y rehusaba recibir en su casa á quien quiera que fuere.

Aquel hombre jóven aun, tenia una cara dificil de olvidar; completamente imberbe y hasta sin cejas por serlo mas, tenia sin embargo una cabellera negra como tinta y larga cual la de una muger; iba peinado á la china; llevaba sujeto su áspero moño por un peine de cobre que colocado en la coronilla hacia un

contraste singular con su rostro linfático y aceitunado con el cual hacia muecas contínuamente; porque Lebrelin llamó en un principio la atencion de la multitud por medio de sus ademanes, muecas y rareza de su trage. A pesar de tantos elementos grotescos, el aspecto de aquel rostro era mas bien siniestro que bufon; sus dos ojos amarillos, redondos y penetrantes como los de una ave de rapiña, sus lábios hundidos casi imperceptibles, anunciaban astucia y maldad.

Su barba imberbe, su estraña vestimenta compuesta de una chaqueta redonda guarnecida de pieles, y de una especie de saya encarnada puesta por encima del pantalon, le habia valido el apodo femenino de Lebrellina que se trocó luego en Lebrelin, merced quizás á algunos hombres á quienes disonaba aquel nombre del

sexo débil dado á un semi-halcon; la razon que sin duda habia decidido á llamarle Lebrellina, era porque corria noche y dia por montes y colinas, como una liebre hembra llamada vulgarmente Lebrelina en aquella comarca.

Un asno robusto y negro, bautizado con el nombre de *Lucifer*, cargado con las bulitas, libros y láminas del buhonero-brujo-saltimbanquis, tenia tambien una fisonomía particular; de sus agujereadas orejas colgaban balanceándose dos enormes pendientes de cobre. Gracias al peso de aquellas joyas las orejas de Lucifer en vez de ser rectas estendíanse horizontalmente; un ancho anillo tambien de cobre con signos simbólicos grabados en él, y adornado con siete cascabeles puesto en las narices del asno completando su adorno cabalístico, armonizaba su raro aspecto

con el no menos raro de su amo.

La inteligencia de Lucifer, era tan conocida en toda aquella tierra como su malignidad; si pateando el suelo con su herradura indicaba la hora, en compensacion se paraba siempre ante la jóven mas linda del corro, mientras que Lebrelin repartia almanaques y canciones; veces hubo en las cuales Lucifer se habia precipitado frenético hácia los espectadores procurando hacerles cuartos á bocados; aquel asno me aterrorizaba tanto como su amo; asi fué que á las tres ó cuatro visitas nocturnas de Lebrelin á mi amo, el terror me habia causado calenturientos insomnios.

Habiéndome en nuestra última entrevista mirado muy atentamente el buhonero-brujo, me llamó á sí, ó mejor, me arrastró y me hizo crujir. no sin causarme muchísimo dolor,

las coyunturas de mis brazos y piernas; despues de lo cual pareciendo quedar muy satisfecho habló muy quedo al albañil, quien respondió bruscamente y con airado ademan:

—El?... jamás... jamás...

Desde aquel dia no volvió mi amo á ver al buhonero, quien se separó de él murmurando entre dientes palabras de maldicion.

A consecuencia de aquella entrevista fué cuando mi amo me mandó guardar cuidadosamente mi *reliquia* sin darme mas ámplias esplicaciones sobre aquel asunto.

. . . . . .

Preciso fué llevar una vida casi animal como la que yo llevaba, para embotar si no para destruir en mí la sensibilidad de que la naturaleza me habia dotado.

Asaltábanme muy á menudo accesos de enternecimiento involuntario;

hinchábase mi corazon, latia con mayor rapidez, anegábanse en llanto mis ojos y una irresistible necesidad de afeccion que me hacia mas asíduo aun en cumplir mi deber, me arrastraba á hacer demostraciones de adhesion acogidas siempre, por aquellos que eran objeto de ellas, con indiferencia ó sarcasmo.

Por esto muchas veces al volver á nuestra zahurda, sumamente feliz por haber cumplido fielmente mi penosa tarea, y creyendo, no sé por que, encontrar en el rostro frio é impasible de mi amo, señales de bondad que me animaban, le habia tomado la mano, besádosela con ardiente efusion y deshecho en llanto.

Sin duda alguna porque no comprendia el albañil absolutamente aquel sentimiento, me miraba sorprendido, y se encogia de hombros luego, diciéndome:

—Bueno Martin..... quieto, chico.....

Lo mismo que si se hubiese tratado de un perro, cuyas caricias llegan á fastidiar.

Era tal mi sufrimiento entonces, que sentia partírseme el alma; echábame en nuestro gergon, ahogando mis suspiros, ocultando mis lágrimas por temor de ser importuno ó de dar que reir á mi amo, y me dormia deshecho en llanto.

Despues de haber procurado en vano captarme el cariño de mi amo, viendo mis demostraciones de adhesion infantil acogidas siempre con profunda indiferencia, cuando no lo eran con disgusto, caí en un abatimiento total.

Con mas esperiencia, comprendo mejor ahora y disculpo la frialdad del albañil; aquel hombre, gracias á su costumbre y género de embria-

guez, no vivia por decirlo así en este mundo... todo cuanto habia en él afectuoso y simpático, encontraba espansion en las ilusiones á que se abandonaba. Aquel hombre, por lo comun tan frio, triste y taciturno, derramaba tiernas y dulces lágrimas en cuanto se hallaba bajo el imperio de sus alucinamientos, y espresaba los sentimientos mas tiernos ó se entregaba á la locura mas bulliciosa; segun eso el que yo le fuese ó no adicto debia serle de todo punto indiferente.

Rechazado por él, traté de hacerme con otra amistad.

Habíamos aquel año trabajado durante el otoño en una casa de campo, cuyos dueños estaban ausentes; la jardinera jóven, rolliza y frescota, de unos veinte años, habia parecido manifestarme algun cariño; ya me habia ayudado, cuando pasaba por delante

de nuestra obra, á cargar una pesada artesa; ya me habia dado alguna fruta á la hora de nuestro rancho, y tambien otras veces me habia hecho entrar á su casa para calentarme, cuando habia permanecido horas enteras aguantando una lluvia fina, fria y penetrante sirviendo á mi amo, hombre que miraba con suma indiferencia la intemperie de las estaciones.

Mi corazon conservaba una gratitud profunda hácia las bondades de Catalina; quise manifestar como mejor pudiese que aquel profundo sentimiento llenaba mi alma; y por lo mismo que mi amo habia rechazado siempre mis infantiles demostraciones de cariño, sentia vivísimo deseo, imperiosa necesidad de manifestar mis simpatías, mi afecto, á un ser cualquiera; movido por tan dulce sensacion me acerqué con timidez

á la jardinera arrasados los ojos de lágrimas, lleno de esperanza y ternura el corazon, y le dije:

—Señora Catalina... dejad que os ame, quereis? sois tan bondadosa conmigo!...

Fijó la robusta moza en mí, sus redondos ojuelos por un momento, con sin igual sorpresa, y luego soltó de pronto una fuertísima carcajada que hizo vibrar su macizo cuerpo; luego esclamó:

—Eres demasiado pequeño.

Volvióme á mirar despues y riendo como una loca añadió:

—Vaya... habrá mocoso! quién lo hubiera creido? á su edad?...

Y diciendo algunas palabras mas, sumamente groseras, cuyo sentido no comprendí entonces, me arrimó como por chanza ó castigo un soberbio puntapié ó patada, pues no merece otra calificacion el golpe que con su

duro zueco me hizo sentir en mis espaldas.

Aquella organizacion brutal, no podia comprender que una pobre criatura en quien suponia una precocidad cínica, queria decirle:

—*Dejad que un pobre huérfano que jamás conoció á padre ni madre, os ame como hubiese amado á esta última.*

No me espresé así porque no sabia cómo espresar el vago y puro arrobamiento que me lanzaba hácia la afeccion maternal, afeccion que jamás habia probado, y afeccion sin embargo cuya inefable dulzura sentia por instinto en el fondo de mi alma.

Así fué que á pesar de mi candor natural, sentí unirse á mi cruel turbacion un sentimiento de hastío, al ver que Catalina acogia de aquel modo mis ofrecimientos de ternura.

Aquel nuevo desengaño no estin-

guió la voraz necesidad de afecto que mi alma tenia, pero me desanimó, me causó un penoso desaliento, y recurrí por consuelo á los recuerdos de mi infancia. donde como estrella luminosa se me aparecia aquella muger jóven, de hermosura peregrina, á quien habia visto trabajando á lado de mi cuna; recordaba los fusillos siempre en movimiento, y la veia á ella alumbrada por aquel glóbulo, cuya luz mágica hacia resplandecer de nuevo ante mí, la estancia donde niño me parecia haber dormido en el regazo de una hada misteriosa; dulce aparicion que me enagenaba, pero cuya memoria no podia llenar la sed de ternura que tenia mi alma.

Poco tiempo despues de haber sido cruelmente rechazado por Catalina, quise probar si podia grangearme un amigo, pensé en escoger un muchacho carpintero que trabajaba con

nosotros en la obra de la casa de campo, tenia un carácter dulce y afectuoso y varias veces me habia hablado con interés; un dia estába yo preocupado, sentado con tristeza, pensando de qué modo podria esplicarle mi cariño: era la hora del desayuno y muy metido en mí, no pensaba siquiera en comer; tenia á mis piés un trozo de pan y un pedazo de sardina salada, cuando ví venir hácia mí al mismo obrero en quien estaba pensando; este, á quien llamaban el Belcayrano, acompañaba á Catalina; al ver mi almuerzo en el suelo me dijo el primero.

—Qué! no comes muchacho? y me dió unos golpecillos en la espalda con cierto movimiento afectuoso.

Si no come, observó Catalina riendo á carcajadas, es porque tiene un pesar.

—Por qué? preguntó el Belcayrano.

—Toma, porque ese pilluelo que ahí ves, y Catalina siguió riendo, ha querido... vaya, ha querido... *ser mi novio* (las espresiones de Catalina fueron demasiado categóricas para que yo pueda reproducirlas aquí).

—El! esclamó el Belcayrano, tomando parte en la algazara de Catalina, á su edad... Cáspita con el chico, no es mal lagarto.

La vergüenza, el dolor encendieron mi rostro, quise responder pero no pude articular una sola palabra.

—Ah! ah! ah! añadió el trabajador riendo con mas fuerza, él..... si aun tiene frenillo, bah!.. bien dice el refran, de casta le viene al galgo el ser rabilargo.

—No me llameis can, dije resueltamente al Belcayrano, no soy perro.

—Tú, contestó él, tú que no tienes padre ni madre.., eres menos

que un perro, eres hijo de...

No comprendí la significacion injuriosa de esta última palabra; pero sentí lo grosero del ultraje por la conmocion fuerte que me causó, haciendo hervir mi sangre de tal modo que por primera vez de niño tuve un sentimiendo de ódio profundo y de ciego furor; iba á precipitarme sobre el Belcayrano cuando por una reaccion inesplicable lo olvidé todo al acordarme de estas palabras: *tú que no tienes padre ni madre*, palabras que me llegaron al corazon, y me hirieron con tal fuerza que caí al suelo sobre la dura piedra donde estaba sentado sollozando, y cubriéndome la cara con las manos.

—Vamos Martin, no llores, qué diablos, no se puede bromear un poco? me dijo el Belcayrano enternecido al ver mis lágrimas, porque en el fondo era un infeliz, aunque él y

Catalina se chanceasen, como lo hace toda pobre criatura sumida en la mas completa ignorancia.

—Vamos, *novio querido*, dijo Catalina pasándome la mano por la barba para hacerme levantar la cabeza; ven á casa conmigo te daré un poco de sopa de judias, y esto te consolará, chico.

Le agradecí esta oferta hija de un buen sentimiento, pero no la acepté; dieron las diez en esto, y volví á mi tarea, perdida la esperanza de que el Belcayrano fuese mi amigo.

Entonces, triste, abatido, desesperado.... se me ocurrrió la idea que mi amo, merced á la embriaguez, tenia un dia cada semana en el cual la miserable realidad se trocaba en maravillosas ilusiones...

Presenciaba yo todos los domingos la especie de delirio que se apodera-

ba del albañil cuando borracho, y representaba un papel pasivo en las escenas tiernas ó grotescas suscitadas por esta efervescencia de su imaginacion escitada.

Al oir los estraños monólogos, la descripcion de los paises encantados que mi amo veia en aquellos momentos me acometió varias veces una singular curiosidad, que no dejaba de atemorizarme.

Parecerá particular que esas ganas de emborracharme no me hubiesen asaltado desde el primer dia que presencié las raras alucinaciones del albañil, y particularmente desde el momento en que él me esplicó su teoría sobre la embriaguez, tal como él la entendia, es decir, como la panacea del desgraciado que encierra el olvido de lo pasado, de lo presente y tambien de un porvenir siempre miserable. Hasta entonces la esperanza

de merecer por mi buena conducta el afecto de mi amo, me habia libertado de toda mala inclinacion, pero los repetidos desengaños que sufrí al buscar su cariño, el modo brutal con que se hollaron todas las aspiraciones de mi tierno corazon, me exasperaron, y creí tener el derecho de probar si la embriaguez me daria tambien el olvido de lo pasado, del presente y del porvenir.

El temor de afligir al albañil, no podia contenerme; no le profesaba amistad ni ódio; esto se comprenderá fácilmente si se considera que si bien no me trataba con dureza, nunca oí de su boca una sola palabra afectuosa: cuando trabajábamos nunca me hablaba, y solo de vez en cuando me gritaba con su ronca voz y como por rutina: *trae!!* y yo le llovaba el cuero lleno de argamasa é inmediatamente volvia á llenarlo; por la

noche volviamos á nuestra casucha y cenábamos sin desplegar los lábios; en fin, yo ganaba con mi trabajo el pan que me daba.

Ningun vínculo de amistad, de gratitud ni de respeto me unian á aquel hombre, y por consiguiente no podia ser un freno para mí; sin embargo, con tantos motivos para flaquear resistí aun algun tiempo á la tentacion, en parte por virtud, en parte porque no era fácil hurtarle vino á mi amo, y mucho mas porque á pesar de mi ardiente curiosidad no podia calmar los terribles temores que me causaba la idea de arrojarme como él, á aquella esfera de estraordinarias visiones y misteriosos hechizos.

Al fin cesaron mis escrúpulos y vencí mi indecision.

Era lo primero procurarme vino, empresa árdua, porque el albañil ca-

si nunca apartaba la vista del mágico barrilito, y tenia tal costumbre de engullir todo el líquido que contenia, que jamás se dormia antes de que quedase del todo exhausto. Largo tiempo discurrí mis medios de *ataque*, y bien madurado mi plan esperé una buena ocasion para ponerlo en egecucion, no tardó esta en presentarse: un jueves decidí mi proyecto y el domingo que seguia lo puse en planta.

Me acordaré siempre que era el último domingo del mes de noviembre, hacia un frio intenso; y una espesa capa de nieve cubria la tierra: habia pasado la noche agitado y en el insomnio; por la mañana, segun costumbre de antaño, la criada de la taberna del pueblecillo vecino llegó á la puerta de nuestra casuca, llevando en la albarda de su burro la pipa de vino y las provisiones: en cuanto

se hubo marchado atrancó mi amo la puerta con mucho cuidado y puso el tonel, que tenia su correspondiente canilla, en la cabecera de nuestro gergon, se apoderó inmediatamente de una especie de vaso viejo de hoja de lata y se sentó, siempre taciturno, en nuestro miserable lecho, empezando á beber, y uno tras otro vació vasos y mas vasos sin decir una palabra, como solia sucederle casi siempre, pues mientras el vino no se le subia á la cabeza, no hablaba.

Durante estos preliminares, estaba yo adrede acurrucado en el rincon mas oscuro de nuestro cuarto siguiendo con mirada oblícua todos los movimientos del albañil.

Quizás por causa del mucho frio ó por cualquier otra predisposicion natural, tardó mucho mi amo en sentir los efectos de la embriaguez, pero poco á poco ví derretirse la ca-

reta de hielo que durante toda la semana parecia cubrir sus facciones, su pálido rostro fué tomando color, sus apagados ojos brillaron y se incorporó bruscamente y con voz vibrante entonó una copla báquica, luego siguiendo la borrachera en progresivo aumento empezó á hablar en voz alta, aquel dia sus visiones ó impresiones eran muy alegres, y de vez en cuando reia á carcajadas, y aplaudia ruidosamente como si asistiese á alguna chistosa escena. Demasiado preocupado para prestar atencion curiosa á aquellas divagaciones oia sin entender, escondido en la oscuridad fingiéndome inmóvil, dormido, juntas mis manos sobre las rodillas, y la cabeza puesta sobre mis manos hacia con una lentitud imperceptible, como en un cuarto de hora un pequeño movimiento, arrastrándome contra la pared de manera que

en unas dos horas me acercaria del barril como unas cinco ó seis pulgadas.

El dia se iba oscureciendo mas y mas, la nieve volvia á caer en gruesos copos, nuestra habitacion solo recibia luz por dos ventanillas colocadas en frente de la puerta, y era tan escasa, que apenas se distinguian los objetos; estas medias tinieblas me servian á las mil maravillas para poder menearme y seguir mi peligroso camino hácia el barril.

De pronto mi amo me llamó riendo hasta desternillarse.

No contesté y me quedé quieto imitando la respiracion del que duerme.

—Bah! dijo el albañil, se ha dormido... me iré solo á la boda.

Y siguió hablando con agitacion y grande alegría.

El éxito feliz de este primer paso

me dió valor; dos horas mas tarde estaba ya al lado del tonelito, metido entre la pared y la cama: aprovechándome de un momento en el que mi amo habia vuelto la espalda, me zambullí en un hueco que quedaba entre la pared y el barril, y arriesgué el todo por el todo, pues en este mismo instante el albañil me llamó con la voz temblona y cada vez mas vinosa.

De nuevo me quedo callado é inmóvil, mi amo cayó pesadamente en nuestra pobre cama, luego se puso de codos, y tomando el barril por almohada apoyó la barba en su mano izquierda, mientras que en la mano derecha tenia el vaso de lata para llenarlo otra vez, pues aun habia vino en la bota.

Veia á mi amo de perfil; llevaba por todo vestido una camisa y un pantalon hecho girones, la claridad

dudosa que filtraba por los cristales de las ventanitas se concentraba en su marchito cuanto radiante rostro.

Cantaba el albañil una cancion jocosa; aquel rostro impregnado de serenidad y beatitud inefables, destacábase luminoso y radiante de puro feliz en las tinieblas de nuestra casucha... en tanto silbaba el cierzo en lo esterior y hacia arremolinar la nieve que cubria la desierta llauura.

Sentí aun otro escrúpulo en el momento de quitarle el vino á mi amo, mas al ver la dicha ideal que parecia proporcionarle inesplicables goces en medio de nuestra miseria, decidíme al fin.

Un clavo muy grueso, cuya punta habia afilado, y el tubo de una pipa de uno de nuestros compañeros de trabajo, que como por casualidad habia roto mientras comiamos, fueron los instrumentos de que me habia

provisto; con aquellos auxilios llevé á cabo mi hurto; agujereada fácilmente la parte inferior de la bota, empecé á aspirar y sorber el vino con cuanta fuerza podia, lleno de zozobra y palpitándome azorado el corazon...

El sabor acre de aquel vino espeso y cargado de melaza, causóme en un principio suma repugnancia, pero me hice superior á aquella repulsion y presto un calor desconocido circuló por todas mis venas; cual si un martillo interior diese en las arterias de mis sienes, agitáronse estas fuertemente, turbóseme la vista y á alucinamientos fatídicos, siguió un vértigo tan violento, que me agarré con las dos manos á la bota, cual si la tierra, arrostrada por un movimiento de rotacion, en estremo rápido, me hubiera faltado, y en presa á aquella fascinacion grité aturdido:

—Socorro!... amo mio... socorro!

Perdí sin duda el conocimiento entonces, porque no recuerdo casi nada de cuanto siguió á lo que llevo dicho últimamente.

Me parece no obstante que ví al albañil ponerse en pié al otro lado de la bota, perder el equilibrio despues y caer de nuevo encima de nuestro lecho soltando una carcajada estrepitosa...

Cuando volví en mí, un frio muy crudo embotaba todo mi cuerpo, abrí los ojos, me encontré en un bosque, tendido encima de la nieve, y ví las sombras de los árboles dilatarse á la escasa luz del crepúsculo...

Sentia un dolor de cabeza violento; turbada mi razon aun, miré en torno mio con terror y curiosidad...

¿Cómo habia ido yo á aquel bosque que jamás habia visto? ¿Qué habia pasado entre el albañil y yo? Me

hallaba lejos de nuestro albergue? ¿Me habia echado mi amo? ¿Pesaba sobre mí aun, el imperio de aquellas visiones tan familiares en el albañil? Estos pensamientos incoherentes iban, vagaban y revoloteaban, chocándose entre sí, en mi mente, cuando un ruido lejano y que hartas veces habia oido, me hizo estremecer. Causábale un retintin de sonoras campanillas, dominado de cuando en cuando por el timbre claro y agudo de una voz que entonaba la siguiente copla de una cancion muy antigua:

La Borbonesa bella,
no os ofendais, amigos,
tiene alma de centella
y de ascua el corazon.

Era la voz de Lebrelin, el bubonero, cuyo canto acompañaban las campanillas de Lucifer.

III.

EL ENCUENTRO.

En cuanto oí á Lebrelin, quise huir, pero no tuve fuerzas para hacerlo; mis piernas entumecidas flaquearon y caí al pié de un árbol.

Poco tardé en ver por entre los pinos que dejaban claros bastante espaciosos, al buhonero y su asno, que á su

paso ordinario se acercaban hácia donde yo me hallaba. A pesar de lo crudo de la estacion, iba Lebrelin, siguiendo su inveterada costumbre, sin nada en la cabeza y peinado á la china; su chaqueta de grueso y negro paño se destacaba fuertemente sobre la raida saya de encarnado oscuro; el asno ataviado siempre tan estrambóticamente como su amo, desaparecia casi del todo bajo un hule enorme, negro y flotante, que servia para preservar de la lluvia ó nieve los paquetes de géneros del buhonero; hubiérase tomado aquel hule por un caparazon fúnebre: el velludo y enorme hocico, coronado por largas orejas sobrecargadas de adornos metálicos y cabalísticos, aumentaba con aquellos funerarios arneses el horror que tan repugnante bicho me habia constantemente inspirado.

A cada paso que daba el buhonero

hácia mí, crecia mi espanto; intenté huir por segunda vez, mas helada la sangre por el terror, me fué imposible hacer el menor movimiento. Quedóme sin embargo una esperanza, única; el crepúsculo daba una luz dudosa, y en muchas partes las sombras eran ya muy fuertes, caian lentamente desprendiéndose de un cielo cubierto de negros celages algunos copos de nieve y creí no ser quizás apercibido, merced al enorme tronco de un árbol detrás del cual procuré ocultarme del mejor modo posible.

Ya Lebrelin estaba muy cerca de mí cantando con voz cuya fuerza aumentaba por grados, á fin de distraer el ócio del camino, la siguiente copla que jamás olvidaré:

La Borbonesa bella,
no os ofendais, amigos,

tiene alma de centella
y de ascua el corazon.

Luego y á guisa de estribillo soltaba una carcajada y repetia:

Ah! ah! ah! ah!

Todo este canto iba acompañado de cuantas muecas, grotescos y repugnantes gestos pueden imaginarse; tales contorsiones hacia, que ninguno de los músculos de su rostro quedaba en reposo; ya elevaba tan violentamente los ojos al cielo, que sus pupilas desaparecian enteramente de puro metidas bajo los párpados, ya los contraia y el borde de ellos se tornaba rojo y sanguinolento; ya en fin abria tan enorme boca, que esta parecia llegarle de una á otra oreja.

El acceso ó mas bien la convulsion de alegría solitaria de aquel hombre y sus raras carcajadas, colmaban mi terror en vez de disminuirlo. Interrumpió de repente sus

F. Perez lit. Lit. de Ayguals.

muecas y cantos Lebrelin; acababa de apercibirme; paróse delante de mí y su borrico le imitó.

Sobrecogido por el terror, tuve sin embargo la fuerza de levantarme hasta quedar de hinojos; juntar las manos en ademan suplicante y de gritar sin saber lo que decia:

—Piedad!

Volví á caer luego acurrucado, hecho un ovillo, y temblando de piés á cabeza.

Cesaron de todo punto los gestos del buhonero al verme, miróme con ademan sorprendido, y acercándose á mí, en tanto que su asno negro parándose al mismo tiempo inclinaba el hocico junto á mí cabeza olfateándome con recelo, me dijo Lebrelin:

—Qué haces aquí tan lejos de la casa de tu amo?

No me atreví á contestar.

—Está por ahí el albañil?

Proseguí en mi silencio.

—Contestarás! gritó el buhonero con irritado ademan bajándose y sacudiéndome vivamente el brazo.

Lleno de miedo recurrí á un embuste.

—Mi amo me ha echado; dije temblando.

—Por qué?

—Porque..... porque... era perezoso.

Como el buhonero no me quitaba ojo, sospechó que yo mentia; pues con acento que revelaba mucha incredulidad repuso:

—Te ha despedido el albañil porque eras perezoso? mucho me estraña eso, jamás se me habia quejado de tu pereza.... bien, que como hace ya cinco ó seis meses que no he visto á tu amo... y luego añadió:

—Segun eso te has vuelto malo y perezoso?

—Oh no! esclamé.

—Entonces, por qué te ha despedido tu amo?

No supe qué responder.

Despues de un largo silencio durante el cual me habia mirado fijamente; Lebrelin repuso:

Qué vas á hacer ahora?

—No sé.

—Y tus padres?...

—No tengo ni padre ni madre.....

—Dónde estabas antes de ir con el albañil?

—Lo ignoro.

—Quién te colocó en su casa?

—Lo ignoro.

—Qué! no hay nadie en el mundo que se interese por tí?

—Nadie...

Calló de nuevo Lebrelin, acercóse mas á mi á fin de examinarme mejor, pero no juzgando bastante completo su exámen me dijo:

—En pié!

Era mi miedo tal, que no pude obedecerle; pero Lebrelin, con una fuerza de que jamás le hubiera creido dotado, me cogió por el cuello de mi ropon con brazo de hierro y me puso recto como un palo; recorriendo entonces todo mi cuerpo con sus duras y huesosas manos, dijo á media voz y á medida que adelantaba en sus investigaciones:

—Buen pecho... buenos miembros... bien formado... no está enfermizo, los alimentos le robustecerán; si tuviera dos años menos seria mejor, pero está en edad aun y pronto adquirirá agilidad y fuerza...

En cuanto hubo Lebrelin terminado este exámen, manantial que doblaba mis pánicos terrores, díjome:

—No quieres volver á casa de tu amo, eh?

—Oh, no! tengo mucho miedo.

—Haces bien, porque te clavaria á su puerta como á un murciélago ó quizás peor aun...

Un vértigo cruel dominó mi cuerpo todo.

—Dónde dormirás esta noche?

—No lo sé...

—Y las noches siguientes?

—Tampoco lo sé...

—Entonces morirás de frio en los bosques ó te comerán los lobos.

Amargo llanto salió de mis ojos al oir tan fatal vaticinio.

—Vamos, vamos, no llores..... te llamas Martin, no?

—Sí señor.

—Pues bien! Martin, lo que es por esta noche, la pasarás en mi casa.... despues ya veremos... vas á subir al asno...

A pesar de la desesperada posicion en que me hallaba, pegué un agudo grito en vez de aceptar la hospi-

talaria oferta de Lebrelin, y levantándome bruscamente eché á correr lleno de espanto; pero alcanzóme Lebrelin en dos brincos de sorprendente agilidad y gritó:

—Ah!... tienes miedo de mí...

—Sí...

—Me haces un feo?

—Prefiero morir en este bosque y ser comido por los lobos á ir con vos! esclamé juntando las manos y cayendo de rodillas.

—Y por qué me temes? Martinillo? me dijo Lebrelin con acento meloso que lejos de disminuir mi terror lo acrecentó mas; nada temas..... yo seré tu protector.

—Prefiero volver á casa de mi amo.

—Es demasiado tarde..... ya no volverás á verle..... me dijo el buhonero.

Y enlazándome con sus nudosos

brazos, dominó fácilmente mi débil resistencia; sacó luego una correa del bolsillo, atóme las manos sólidamente detrás de la espalda y levantándome cual si yo fuese una pluma, llevóme junto á su asno, y despues de quitar el negro caparazon cobertor de sus géneros y paquetes, me tendió encima de ellos dejando caer luego el hule encima de mi; hecho esto me dijo con sarcasmo:

—Buenas noches, Martinillo, buenas noches.

Y dirigiéndose á su asno añadió:

—En marcha Lucifer!

Y en efecto el asno echó á andar.

Como habia caido durante el dia una gran cantidad de nieve, el ruido de los pasos del asno y de los de Lebrelin amortiguábase completamente; sobrecogido por el miedo, abandonando mi cuerpo á los vaivenes de la marcha del asno, solo oia

de cuando en cuando en medio del sepulcral silencio de la noche, que á mas andar se nos habia echado encima, la voz clara y penetrante de Lebrelin que entonaba su monotona cancion con acompañamiento de grotescas muecas:

La Borbonesa bella,
no os ofendais, amigos,
tiene alma de centella
y de ascua el corazon.

Ignoro durante cuánto tiempo andovimos de aquel modo por el bosque; recuerdo solamente que dos veces el chapuzar del asno en agua me hizo apercibir que atravesábamos lagunas, en tanto que Lebrelin las pasaba por los vados sin duda, pues entonces parecia alejarse su voz.

Despues de haber marchado así durante dos ó tres horas, poco mas ó

menos, parôse de repente el maldito Lucifer.

Oí el ruido de una campanilla violentamente agitada, y algunos momentos despues, una voz gruesa, viril y ronca, que con acento sumamente grosero preguntó:

—Quién vá? Quién llama á esas horas?

—Yo... tia Mayor, contestó Lebrelin; porque fuerza es decir qué aquella voz formidable á que contestaba el buhonero era la voz de una muger.

—Soy yo, soy yo, abuela, repitió Lebrelin.

—Y quién es, yo?

—Quién ha de ser yo? tu pariente; gritó el buhonero con acento que revelaba enojo; qué! no me conoces?

—Rayo de Dios! eres tú! Quién demonio podia esperarte con el tiempo que hace... si tú y Lucifer teneis

mas trazas de ser dos montones de nieve que otra cosa, ya bajo... hijo mio, ya bajo...

Poco tardé en oir el crugido de una pesada puerta al abrirse; avanzó el asno con mucha precaucion porque bajamos una pendiente muy rápida, al término de la cual paró el inteligente bruto.

Oyóse de nuevo la voz de Lebrelin.

—Lleva alguna lumbre á la chimenea del cuarto de las cabelleras.

—Para qué? si tu cuarto está enteramente arreglado; contestó el vozarron.

—Llévala, no importa...

—Está bien... voy.

—Hay donde acostarse en el cuarto?

—Toma! ya lo creo, hay una manta puesta encima de una pajaza de maiz muy fresca.

—Lleva tambien pan, cerveza y un pedazo de tocino.

—Al cuarto de las cabelleras? repuso el vozarron denotando cada vez mayor sorpresa.

—Sí, dijo el buhonero.

Algunos momentos despues del anterior diálogo sentí que levantaban el hule que me cubria porque el aire frio y sutil de la noche hirió mi rostro.

—Quieres andar ó quieres que te lleve en brazos, Martinillo? me preguntó Lebrelin siguiendo en su meloso tono.

Y ayudándome á bajar de encima los fardos, desató la correa, lazo que oprimia mis manos.

—Puedo andar, contesté lleno de indecible terror.

—En ese caso dame la mano y ten cuidado, no tropieces, porque está el piso resbaladizo con la escarcha,

Siguiendo los pasos de Lebrelin, y no sin haber tropezado varias veces al bajar algunos escalones resbaladizos, entré en un cuarto abovedado. La llama que despedian algunas ramas de álamo que cubrian la chimenea alumbraba aquel cuarto con cálida y vivificante claridad.

—Hé aquí tu albergue, tu cena y tu cama, me dijo Lebrelin señalando con el dedo una caja llena de maiz y un escaño encima del cual habia un pedazo de pan, otro de tocino y un jarro con cerveza.

—Y ahora, añadió pellizcándome la oreja con ademan paterno, come con apetito, buen provecho y buenas noches, Martinillo.

Dicho esto salió Lebrelin del cuarto cerrando la puerta con llave.

Ya solo y calentado por el ardor del fuego del hogar, empecé á volver en mí, porque hasta entonces

lo habia creido todo un sueño.

No tardé en mirar al rededor con espanto y curiosidad á la vez; las ramas de álamo mezcladas con sarmientos que, chispeando en la chimenea, elevaban una llama regeneradora, despidiendo ademas aromatico y salutifero perfume, bastaba para alumbrar las desnudas cuanto blancas paredes de aquel cuarto.

Habiendo levantado, por casualidad, los ojos hácia el techo, noté entonces no mas, que de las vigas salientes pendian cuidadosamente colocadas, alisadas y con sus correspondientes rótulos, un gran número de largas cabelleras de todos colores, negras, rubias, castañas y hasta rojas; algunas habia tan espesas y lucientes que se hubieran tomado por enormes madejas de seda.

Tan raro espectáculo despertó en mí nuevo terror, imaginé que aque-

llas cabelleras habian pertenecido á cadáveres; en la exaltacion de mi espíritu, parecióme que algunas de ellas estaban ensangrentadas; creciendo cada vez mas el terror en mí, corrí hácia la puerta, halléla sólidamente cerrada, y no pudiendo huir procuré no levantar ya mas los ojos hácia el horroroso techo.

La vista de los demás objetos que me rodeaban distrajo felizmente mi miedo; la espaciosa caja que hacia veces de cama estaba llena de hojas de maiz muy secas, sobre las cuales ví medio doblada una manta de lana; el tocino que me habian puesto en el escaño me parecia muy refrigerante, el pan era blanco y la fermentacion de la cerveza, cuya espesa espuma rodeaba el borde del tarro de greda, manifestaba su confeccion reciente; jamás habia tenido á mi disposicion ni tan buen cuarto, ni tan buena ca-

ma, ni tan buena cena, y sin embargo, me fué imposible probar un solo bocado; á pesar de mi fatiga no me atrevia tampoco á tenderme en el lecho de maiz; sentéme temblando en el suelo junto al hogar cuyo calor calentaba mis embotados miembros.

Viéndome en poder del buhonero, en un lugar desconocido, pareciame haber dejado á mi amo desde mucho tiempo, y hallarme á una distancia enorme de nuestra zahurda, de la cual, sin embargo, me habia alejado hacia muy pocas horas; algunas veces tambien me creia aun bajo el imperio de la embriaguez, y entonces los acontecimientos de que era actor y testigo; me parecian ilusiones y sueños, de los cuales dispertaria tarde ó temprano en nuestra pobre cabaña.

Me sucedia una cosa muy singular cuando admitia aquella suposicion; lejos de arredrarme por haber que-

rido penetrar, por primera vez, los misterios de la embriaguez, encontraba una especie de arrobo en aquellas zozobras y pensaba en mi alegría, cuando recobrando la razon me hallaria en nuestra triste y tranquila morada.

Pero cuando mi pensamiento me decia que me hallaba realmente en poder del buhonero y que no volveria á ver mas á mi amo, que si bien era frio, taciturno é indiferente nunca me habia tratado con dureza ni tirania, resentia amargos remordimientos, angustias horribles y maldecia mi fatal curiosidad.

La tension de mi espíritu, hija de tales pensamientos, junto con el terror y cansancio, me sumieron á poco en una especie de abatimiento, al que siguió un sueño fatigoso y agitado á la vez.

Ignoro cuánto tiempo hacia que

estaba durmiendo, cuando disperté sobresaltado por las desgarradoras súplicas de un niño.

Era casi de noche; una luz, débil reflejo del crepúsculo ó reverberacion de la nieve, filtraba al través de los cristales de una ventanita situada frente al hogar junto al cual me habia dormido.

Los gritos del niño que me habian dispertado cesaron por un momento, y entonces oí y reconocí la voz gruesa de la muger que salió á abrir á Lebrelin á su llegada, á quien este habia llamado la tia Mayor.

—*Harás el aro*, Bribon?.... (1) decia aquella muger con acento que revelaba enojo.

—No puedo... estoy cansado, contestaba una voz doliente.

---

(1) Mas adelante verán nuestros lectores lo que significa esta frase.

—Quieres? á la una, á la dos?

—Pero, si os digo que me muero! no puedo estar mucho tiempo en esta postura, juntando cabeza con piés... me ahogo! contestó el niño.

—Ya verás como yo te quito las ganas de ahogarte... yo te enseñaré á... repuso la muger con voz atronadora.

Y al través de las tablas que separaban mi cuarto del otro, oí varios golpes secos y precipitados, y en medio de ellos una esplosion de gritos y lamentaciones del niño, quien fuera de sí, ya por el dolor, como tambien por la cólera, juraba y echaba ternos que me hicieron estremecer.

—Harás el aro... ahora? repuso la muger.

—Me pegais tan fuerte... que voy á probar otra vez, contestó el niño; cuyos dientes oia rechinar.

Siguió un corto silencio, interrum-

pido por la voz de la muger que, con acento triunfante, dijo:

—No ves, Bamboche! te ahogabas, eh! bribon! la pereza, te ahogaba, tunante.

Mientras la muger se espresaba en estos términos, un acceso violento de tos convulsiva, oprimida y entrecortada de cuando en cuando por silbidos guturales, se apoderó del infeliz muchacho á quien se hubiera podido juzgar muy próximo á morir sofocado.

—Hola! maulon, finges ahogarte, dijo la voz gruesa; espera, espera, ya verás como yo te hago cantar muy recio, y te ensancho de dos varas la garganta!

Y por segunda vez retumbaron con mas fuerza los secos y precipitados golpes.

Ni un grito pegó el niño; aquella vez solo se oyó á la muger que, e-

chando venablos, gritaba:

—Habrá pillo como ese Bamboche! me ha hecho saltar la sangre de un mordisco.... Ese pillo es mas traidor que un gato montés... me muerdes! Ven, ven, voy á pagarte en la misma moneda, pero no aquí, sino en la cueva, porque no quiero que tus gritos dispierten al *novato*.

Y despues de un ruido, engendrado por una lucha débil, acompañada de gritos sofocados y dicterios que se iban alejando, volvió á quedar todo en profundo silencio.

Temblé como un azogado; el *novato* era sin duda yo.

Qué exigian de aquel muchacho, cuando le mandaron *hacer el aro?* Qué significaban tan raras palabras? Debia ser una cosa muy dolorosa, puesto que el niño estuvo á pique de ahogarse: me aguardaba una suerte igual?

Recordé entonces que la víspera

había Lebrelín estraña y minuciosamente examinado todas las partes de mi cuerpo, y sobre todo palpado varias veces mi pecho, pronunciando palabras incomprensibles; era tanto mayor mi espanto y crecia mas y mas, por cuanto se trataba de cosas desconocidas y misteriosas. Aquella casa solitaria, aquellas cabelleras de mil colores distintos, colgadas en el techo, aquel niño, al cual se martirizaba sin duda en una cueva, á fin que sus gritos no llegáran á mis oidos, todas aquellas circunstancias, en una palabra, aumentaron á tal punto mi espanto, que dando al olvido mis infructuosas tentativas de la víspera me lanzé hácia la puerta, halléla cerrada con llave y corrí á la ventana, al través de la cual empezaba á colorear la aurora, pero, ay! fuertes barras de hierro en la parte esterior hacian inútil cualquier tentativa.

En presa á indecible desesperacion arrojéme encima de mi lecho de maiz, esclamando con voz entrecortada por los sollozos :

—Quién tendrá piedad de mí?..... Nadie... nadie... no tengo padre ni madre!

Abrióse de pronto la puerta y Lebrelin entró.

IV.

LA TIA MAYOR.

UENOS dias Martinillo, dijo al entrar Lebrelin con acento melífluo y acercándose á mi cama, creyendo sin duda al verme echado boca abajo con el rostro escondido entre mis manos, que estaba descansando; luego añadió:

—Con que dormimos como un liron, eh?

Y me sacudió un poco para dispertarme; me incorporé con los ojos anegados en lágrimas y esclamé con las manos juntas en ademan suplicante:

—Dejadme salir de aquí... y volver á casa de mi amo.

—Cómo? cómo? marcharte, Martinillo? dijo Lebrelin con voz agridulce.

—No quiero quedarme aquí!

Lebrelin soltó una estrepitosa carcajada.

—Ah! ah! ah! quieres volver á casa del albañil, para que te cuelgue por las orejas en su puerta, verdad?

—Prefiero ir á morir á casa de mi amo antes que morirme aquí; y saltando de la cama donde seguia arrodillado y suplicando, me abalancé hácia la puerta, que habia quedado entre-abierta, pero en el umbral me agarró Lebrelin, me volvió á llevar

al lado de la cama, sin haber conseguido ningun resultado aquella loca tentativa de evasion, y me dijo:

—Juicio, juicio, Martinillo... quieres escaparte... para volver á casa de tu amo? es una locura... quién te enseñaria el camino? no vive un alma en los bosques que hemos atravesado, y sin mas tardar esta noche misma volverias á hallarte en la situacion que te encontré ayer, medio muerto de frio y de hambre, y espuesto á ser devorado por los lobos. Y en fin... añadió Lebrelin con tono amenazador, yo no quiero que salgas de aquí... lo oyes... y ademas no tengas cuidado, los cerrojos son seguros y las paredes son altas, y solo cuando yo salga fuera te llevaré conmigo y... no te pesará, Martinillo, me dijo con su voz dulce y empalagosa.

Comprendí inmediatamente que

me hallaba bajo el poder de Lebrelin sin remision, y no busqué medios de enternecerle ni dije una sola palabra para hacer variar su determinacion; pero fuera de mí y agoviado de dolor, caí sobre mi lecho diciendo, como lo hacia siempre cuando algun incidente me llevaba al colmo de la desesperacion:

—No tengo padre ni madre, nadie tendrá compasion de mí!

—Qué estás diciendo muchacho, que no tienes padre ni madre? Tranquilízate, hijo mio; yo... seré tu padre y te daré una madre, ya verás, añadió con sonrisa sardónica, oh! una madre como tú no la hubieses nunca soñado; es bien seguro.

Y Lebrelin acercándose á la puerta gritó con voz clara y chillona:

—Eh! tia Mayor.

Una voz atronadora que pareció salir de las entrañas de la tierra con-

testó:—Espera, *estoy acabando de mecer á Bamboche;* era sin duda la misma muger que se habia llevado el niño á la cueva, y entendí muy bien el significado de esas palabras: *Estoy meciendo á Bamboche.*

Lebrelin observó con ironía.

—Qué tal, eh!... qué buena madre, oyes? está meciendo á sus *hijitos queridos*, á tí tambien te mecerá, Martinillo.

—Oh! sí, sí, no lo dudo... contesté estremeciéndome.

—Mamita, ven pronto, date prisa, repitió Lebrelin.

—Paciencia con mil diablos! fuego de Dios; ya voy, contestó la tia Mayor con tal estruendo que temblaron los vidrios de la ventana. A poco entró en mi cuarto la tia Mayor.

Era esta una muger de unos treinta y seis años, de cerca de seis piés

de alto, gruesa en estremo y cuadrada, un bigote tan negro como el de un hombre cubria su lábio superior, y las cejas espesísimas eran de igual tinta: su cara de color rojo subido y su facha ahombrada, su voz ronca y fuerte, su fisonomía dura y descarada, en fin, todo su porte varonil hacia un estraño contraste con el esterior del buhonero.

Mas adelante pude ver el partido que estos dos seres, tan estrañamente constituidos, sacaban de la casualidad que á el hombre lo habia dotado de un rostro lampiño y de una voz de tiple, mientras la muger tenia voz viril y poblado bigote, rareza singular que aseguraba el lucro de sus grotescas representaciones. Entre los varios oficios, asaz peligrosos, que egercia Lebrelin, uno de ellos era el de saltimbanquis errante, y puede asegurarse que era el mas predilec-

to, pues si bien durante el invierno lo dejaba y recorria los lugares haciendo de buhonero y de hechicero ambulante, es porque las funciones dadas al aire libre solo son factibles en las estaciones benignas, y tambien porque la cuadrilla de Lebrelin solia desbaratarse á menudo.

Al citar los oficios de este hombre debe mencionarse el de *comprador de pelo cortado sobre la marcha*, y este era el orígen del crecido número de despojos capilares que colgaban del techo de mi cuarto.

Sí, Lebrelin era tambien uno de esos chalanes industriosos que á cierta época del año, cuando el frio es mas fuerte, el trabajo mas raro y el salario mas corto para el menesteroso, cuando la miseria es mas espantosa, recorren todas las provincias mas pobres de Francia ofreciendo á las infelices jóvenes tres ó cuatro

reales por sus hermosas cabelleras, único adorno y joya de las desgraciadas que la venden por un pedazo de pan.

La esposa de Lebrelin, la agigantada tia Mayor, cuyo apodo le fué dado por su semejanza y su estatura parecida á la de un tambor mayor, era la que justamente representaba el papel de *muger giganta*, cuando se efectuaban las funciones públicas. Digna por su fuerza colosal del nombre de Alcides—hembra, se la veia alabearse sostenida sobre los piés y manos con la cabeza echada atrás, invitar á tres hombres escogidos entre los mas vigorosos de la apreciable concurrencia á que le hiciesen el gusto de pasearse por su vientre, esperiencia que siempre la dejaba lucida; pues ni un minuto vacilaban sus riñones: concluido este pequeño ejercicio desafiaba al mejor tirador

de armas, y acababa por levantar pesos enormes con los dientes, etc., etc.

Cuando la tia Mayor entró en mi cuarto, vestia un trage especial que la dejaba libre los movimientos para cualquier ejercicio corpóreo, pues para enseñarle á Bamboche á hacer *el aro* (es decir, estando de pié, á combarse hácia atrás de modo que la cabeza tocase casi con los talones) era preciso que ella misma repitiese este ensayo con el niño.

Componiase el trage de la giganta, de una red de malla rasgada y remendada en diferentes sitios, que primitivamente pudo ser de color de salmon; esta vestidura dibujaba sus piernas de Hércules y sus toscas rodillas y escabrosas como los nudos de un roble; una especie de túnica rota hecha con un pedazo de una saya negra y mugrienta, le sujetaba la cintura, mientras un chal viejo, en-

carnado, envolvia su monstruoso pecho, y se atacaba por detrás; en fin, para que nada le faltase para parecerse á un varon llevaba su pelo negro, espeso y tieso como puas, cortado del mismo modo que los hombres.

Tal era la tia Mayor cuando la ví por vez primera, armada con unas disciplinas.

—Vamos, mamá, acaba de llegar, dijo Lebrelin á la giganta; aquí tienes á Martinillo que no tiene madre y que clama por hallar una, tú ocuparás el lugar de madre, no es cierto?

—Algo... algo, contestó con su voz de bajo.

Y acercándose me tomó en brazos como si hubiese sido un niño en pañales y me puso delante de la ventana para poder examinarme mejor.

—Vamos, al fin es preciso que yo vea á este novato, dijo ella; alto

el testuz, hijo mio, tengo que pasarte revista... no tiene mala traza, y despues de *acepillado* será ágil como una ardilla. A ver los brazos... las piernas? son flexibles?... bueno, bueno, no se presenta mal, puede desunirse, desosarse esto.

Y la tia Mayor al decir estas palabras me torció los brazos y las piernas de mil modos haciendo crugir todas las articulaciones, lo que me causó tal dolor, que chillaba atrozmente mientras hacia esfuerzos inútiles para desasirme.

—Así pues estate quieto, y cállate, chico, parece que se te estuviera desollando, dijo la terrible tarasca.

Y siguiendo su exámen palpándome los riñones añadió:

—Tiene buenos lomos el tunante... y es aun tiernecillo, vamos, bueno, solo falta desconyuntarle. Voto á brios! quieres callarte ó te sacudo!

Y blandió las disciplinas.

A pesar de esta amenaza y del aviso enérgico de la tia Mayor, que en aquel momento tenia puesta su enorme rodilla en medio de mi espalda, cogiéndome los hombros con una fuerza tan estraordinaria para echarme atrás que creí que se me hundian las costillas, dí nuevos gritos de agudo dolor.

—Martinillo, Martinillo, si no eres bueno me enfadaré, dijo Lebrelin mirándome de reojo.

—Por Dios... tened piedad de mí, decia yo llorando á la tia Mayor.

—Piedad... piedad... todos cantan esa misma copla con igual retornelo; les enseña uno á trabajar, se les dá un oficio de balde y parece que se les *destripa*, esclamó la tia Mayor encolerizada, y luego dirigiéndose á mí añadió:

—Ea, ea, qué, te has figurado que

se te vá á alojar, mantenerte y vestirte por el amor de Dios? Es preciso que ganes tu vida..... y la ganarás, voto á brios! la ganarás, tienes buena traza, eres jóven, delgado, y harás el aro, tan bien como otros ó mejor, antes de dos meses yo te aseguro que harás el *paseo turco* y el *salto del conejo* á las mil maravillas; sin contar que andarás con las manos, con la cabeza abajo y los piés arriba, como si en tu vida hubieses hecho otra cosa que pasearte así, baston en mano...

—Lo que será un ahorro de calzado, pues que no te pones guantes, Martinillo, dijo sentenciosamente Lebrelin.

No me esplicaba lo que querrian hacer de mí, pero sí me pareció que no me matarian, pues que se me hablaba de ciertos ejercicios que yo haria á los dos meses; me tranquilizé

algun tanto con esta idea, y tambien porque á pesar de su ronca voz, de su bigote, de su enorme corpulencia, de su tono brusco y de las disciplinas, la tia Mayor me asustaba menos, si cabe, que el saltimbanquis, y felizmente ella era la que debia ocuparse de mi educacion.

—Vamos, hijo mio, ven acá á dar un beso á mamá, dijo la tia Mayor; sé bueno y mañana te daré la primera leccion, por hoy te doy asueto para que tengas tiempo de conocer á Bamboche; un chico de tu edad. Dentro de algunos dias tendremos mugeriego... sí, pillastres, una niña de vuestros años, entonces sí que os divertereis... bribones.

Concluida esta peroracion la tia Mayor me hizo seña que la siguiese, y se paró delante de una escalera abobedada que iba sin duda á la cueva y gritó:

—Sube, Bamboche... te perdono en festejo de tu nuevo compañero... podreis jugar hoy en el patio... pero mañana haremos el aro y de firme... Ea, acabarás de subir, Bamboche?

El niño no subia.

—Bueno, quédate en el fresco si te divierte... tú jugarás solo, Martinillo; pero desconfia de Bamboche, es malo y socarron, es de la piel del diablo... Ah! se me olvidaba... para animarte á trabajar, quiero enseñarte los hermosos vestidos que tendrás si te portas bien, ven.

Y la tia Mayor me llevó á un cuarto donde estaba un gran baul: lo abrió y sacó de él una chaqueta vieja, turca, de terciopelo encarnado, deslucido y bordado de lentejuelas sin brillo.

—Ponte eso, Martinillo, bien; mira qué guapo estás!

La chaqueta desmedidamente larga

para mi estatura, parecia una levita, pero con todo y mis zozobras, confieso, que aquel espléndido trage me deslumbró, y á pesar de mis temores sentí cierto gozo al pensar que algun dia me pondria aquel magnífico vestido.

—Cuando con esto, te ponga una red de color de carne, con unos pantalones con lentejuelas y botines verdes, guarnecidos de piel de gato parecerás un ángel, añadió la tia Mayor, ahora ves á buscar si quieres á Bamboche en la cueva ó si no juega en el patio.....

La tia Mayor fué á juntarse con Lebrelin y me quedé solo en un patio grande, circuudado de altas paredes deterioradas, pero herméticamente cerrada por una fornida y pesada puerta; las ventanas de aquella casa de un aspecto bastante mísero daban al patio, bajo un cobertizo habia un

gran faeton que sin duda estaba destinado á las correrías de Lebrelin y su cuadrilla cuando estaba completa.

La altura de los muros no me dejaba ver si la casa estaba situada en una aldea, en un pueblo, ó si estaba aislada enteramente.

Por penible que pudiese ser mi existencia futura, no era posible que fuese mas triste, mas miserable que mi vida pasada, habia allí un muchacho de mi edad! esta idea... la de hallar en fin un compañero, un amigo, me parecia dulce compensacion de cuanto sufriera.

Habian sido tan infructuosas hasta entonces las tentativas hechas para grangearme un corazon, que el encuentro de Bamboche era para mí doblemente feliz; mi pecho oprimido por el dolor dilatábase y se trocaron mis angustias en vagas, pero suaves esperanzas. Olvidélo todo en aquel

momento, solo pensé en buscar al desgraciado niño, que estaba castigado y sufria, y creí portarme como buen camarada yendo á consolarle, y esperé que este fuese un medio de principiar á merecer su afecto.

La tia Mayor me habia enseñado la puerta del sótano, donde estaba encerrado y corrí á ella.

La escalera abovedada daba al patio; baje algunas gradas aun cubiertas de nieve y llegué á un descanso donde estaba la puerta de la cueva. Mi vista acostumbrada á la oscuridad y un rayo de luz que entraba perpendicular por una pequeña claraboya, hicieron que distinguiese perfectamente á Bamboche acurrucado en un rincon de la cueva con los brazos sobre las rodillas, su barba apoyada en el hueco de sus manos.

Lo que de pronto me llamó mas la atencion, fué el brillo salvage de los

ojos grandes, pardos de aquel muchacho; parecíanme quizás mayores por la palidez y por lo enjuto de su rostro: aparentaba tener de doce á trece años, y su estatura era mucho mas alta que la mia: sus megillas ahondadas, hacian resaltar los juanetes de la cara, su boca cuyas estremidades medio caidas y sus lábios casi imperceptibles le daban un aire malo y sardónico: tenia el pelo negro, duro, muy rapadito, rematando en punta y descubriendo del todo las sienes: el estraño contraste de la raiz negra de su pelo que se dibujaba de un modo tan singular sobre la blancura mate de la frente, era tal, que en la oscuridad parecia tener puestos dos cuernos blancos.

Bamboche estaba vestido con una pobre blusa agujereada; cuando me presenté delante de él, calló, me miró sorprendido y con ferocidad.

—Debes tener mucho frio y fastidiarte mucho, le dije con dulzura acercándome; quieres venir arriba?

—Déjame en paz, no te conozco, contestó brutalmente Bamboche, intercalando estas palabras con otras que el decoro no nos permite reproducir.

—Yo tampoco te conozco, pero como he de quedarme aquí con Lebrelin, oí esta noche tus gemidos.... y lo he sentido mucho.

Bamboche se rió y me repuso:

—Vaya un chico animal, es un... pues no siente que peguen á los demás?

Tal era el modo de espresarse de aquel niño de doce años... lenguage desmoralizado que usó mientras duró nuestra conversacion y de la cual suprimiré, repito, los votos y las blasfemias que acompañaban cada una de sus palabras.

Estrañando la contestacion de Bamboche y afligido por ella, proseguí aun con mas dulzura:

—He tenido un sentimiento en saber que te pegaban, qué! si á mí me pegasen no te sucederia lo mismo?...

—No; me alegraría al contrario... no me pegarian á mí solo.

—Por qué me tienes mala voluntad? nunca te hice daño.

—Qué me importa?

—Eres pues malo... tú?

—Márchate!...

—Escúchame... te lo ruego...

—Toma! lo quieres... pues toma pisto.

Y Bamboche se tiró á mí con la agilidad de un gato: descuidado como yo estaba, pues nada temia, y siendo él mas vigoroso que yo, pudo derribarme; agarróme por la garganta sin duda para ahogar mis gritos, y con la mano que le quedaba li-

bre me pegó en la cara y en el pecho.

Sorprendido de pronto por este brusco ataque, no hice ningun esfuerzo para defenderme, pero luego escitado por el dolor, por la cólera que me dió tanta maldad, me desasí de las manos de Bamboche, luché, le volví golpe por golpe y aun pude tumbarle; teniéndole entonces en mi poder, inmóvil, bajo la sujecion de mi rodilla, no quise abusar de mi victoria, y mas entristecido que irritado por aquel modo salvage con el cual habia acogido mis proposiciones amistosas, le dije:

—Para qué pegarnos? no vale mas que seamos amigos?

Y abandonando generosamente la buena posicion que ocupaba, solté á Bamboche y le dejé libre; se aprovechó de ello para echarse sobre mí con furor creciente, y me mordió

tan atrozmente el carrillo, que me ensangrentó el rostro.

A la vista de la sangre, la cólera de Bamboche se trocó en frenesí; sus ojos chispearon, y fuera de sí dejó de pegarme para rasgar la tela que me cubria y morderme...

Creí que me iba á matar... mas no hice la menor resistencia, no por miedo ni cobardia, mas sí por una profunda tristeza al ver la desesperacion hija de la maldad de aquel niño, hácia quien yo habia sentido tan súbita simpatía.

Quedéme inerte, y mi sufrimiento moral era tan grande, que no hacia ya ni un solo movimiento, ni sentia casi los agudos mordiscos de Bamboche; lloraba silenciosamente.....

Los carácteres violentos, vengativos se exasperan siempre en la lucha, hay como una especie de embriaguez en ellos mientras dura, pe-

ro cuando no se les escita, suelen sosegarse al no hallar resistencia; así sucedió con mi antagonista, se levantó cubierto de sangre y creyéndome desmayado.

La claraboya del sótano daba suficiente luz para qne Bamboche pudiese distinguir perfectamente mis facciones, cuando por segunda vez me tiró al suelo: mirábale yo fijamente y sin cólera... y díjome despues que lo que mas le chocó fué ver la dulzura y tristeza de mi fisonomía, donde no leyó ni ódio, ni cólera, ni miedo..... pero sí un dolor inmenso...

—Tienes los ojos abiertos... no te defiendes! y lloras, esclamó, toma... manton.

Y me volvió á pegar.

—Mátame anda..... no por eso te aborreceré.

—No me aborrecerás?

—No, y si hubieses querido ahora estariamos como dos hermanos.

—Pero que emperrado está este chico! esclamó Bamboche confundido por mi resignacion, que á pesar suyo le conmovia; cuanto peor se le trata, habla con mas afecto.

—Te hablo sin acritud, porque te compadezco.

—Compadecerme!... tú, á quien yo he rociado y mordido..... tú eres el digno de lástima y no yo.

—Tambien te compadezco porque te niegas á ser mi amigo...

—Véte, me dijo bruscamente Bamboche, cada vez mas atónito al ver mi resignacion; márchate eres lo mismo que mi perra *Mica*.

—Qué perra?...

—La encontré un dia y apartaba de mi racion para mantenerla... á fin de tener á quien pegar y desahogarme... por mas daño que la hiciese,

nunca pensaba en devolvermelo..... cuando sufria de un modo atroz, ni siquiera se atrevia á ladrar, sus dientes rechinaban de dolor... venia luego á lamerme las manos y se acostaba á mis piés.

—Y al fin, le dije conmovido por aquellas palabras, al fin amastes á ese pobre animal.

—Al fin, viendo que no podia sacar nada bueno de ella, la zambullí en el agua, con una piedra atada al cuello...

—Mejor fué que atormentarla....

—Y puede que tambien me juzgues mas digno de lástima que á mi perra eh? me preguntó Bamboche con aire sardónico.

—Eres mas infeliz que ella... porque la matastes..... no cabe duda, y ahora estás solo, en lugar de tener á tu lado á un pobre animal que te era adicto, consagrado á amarte, compa-

fiero inseparable tuyo, que te hubiese defendido.

—Y á quien yo pegaba siempre.

—Podias pegarla si te acomodaba, pero con todo, siempre te hubiera venido á lamer las manos y á acostarse á tus piés.

—La... muy cobarde hubiera hecho como tú.

—Mira como me has mordido..... mira como corre mi sangre! He gritado por eso? me he quejado acaso? pues un poltron es el que grita y se queja.

Esta respuesta conmovió á Bamboche, pero se esforzó para disimularme aquella impresion.

—Por qué la segunda vez no te has defendido como la primera? preguntó él, aunque eres mas pequeño eres tan fuerte como yo... bien lo he conocido.

—Porque la vez primera estaba

colérico... y la segunda triste viendo que seguias teniéndome mala voluntad.

El rostro de Bamboche iba suavizándose, y algo acallada ya su ciega maldad, empezaba á sentir, si no simpatía, al menos una viva curiosidad; luego con impaciencia como si aun tratase de luchar con los buenos sentimientos que empezaban á despertarse en él me dijo:

—Si no me conocias..... por qué querias ser mi amigo?

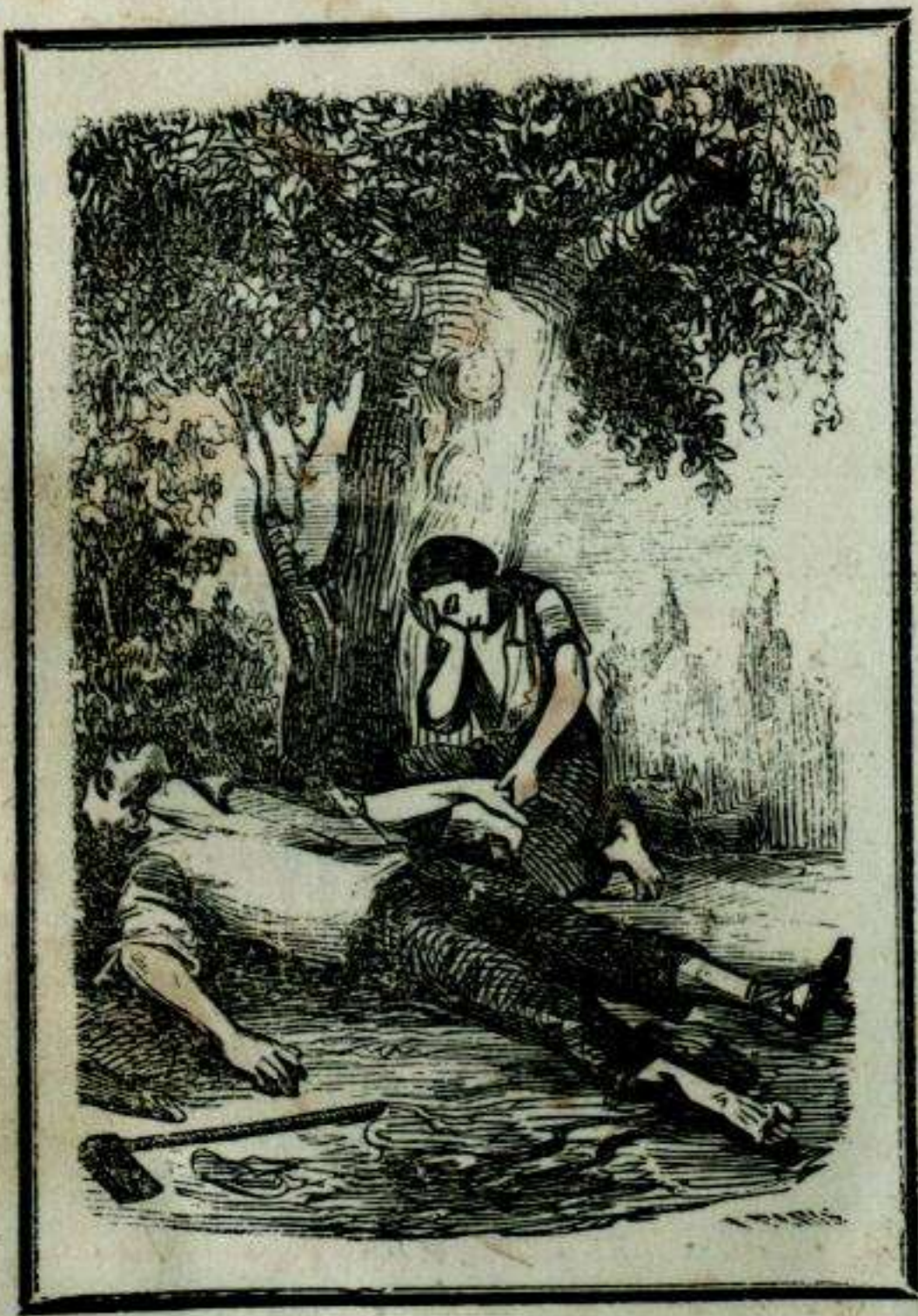
—Te lo he dicho, porque esta noche te oí gritar, porque eres de mi misma edad, porque eres desgraciado como yo... y quizás tambien porque no tienes ni padre ni madre.

A estas palabras anublóse el rostro de mi compañero bajó la cabeza y suspiró profundamente.

FIN DEL TOMO CUARTO.

MARTIN

EL ESPOSITO.



el hipo mortal se apoderó de él... cayó de espaldas y... murió.

MARTIN EL ESPOSITO,

ó

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CAMARA.

ORIGINAL DE EUG. SUE,

traducida por EL DONCEL.

TOMO V.

MADRID—SOCIEDAD LITERARIA—1846.

Imprenta de D. Wenceslao Ayguals de Izco.

V.

EL LEÑADOR AMBULANTE.

ARGO rato permaneció Bamboche sumido en silencio, y hubiera durado mucho mas aquella situacion si yo, viendo que se prolongaba demasiado, no hubiese repetido mi pregunta.

—Quizás tú lo mismo que yo, le dije, no tienes ya padre ni madre?

—Jamás conocí á mi madre, me contestó bruscamente, pero en tono menos sardónico y menos áspero.

—Y tu padre?

—Mi padre era leñador ambulante.

—Cómo leñador ambulante?

—Sí, viajaba y se detenia cuando encontraba sitios, en los que se cortaban bosques; al dar con uno de estos parages, construiamos una cabaña con faginas y tierra en la selva, y nos quedabamos allí mientras duraba el corte.

—Así pues tú trabajabas ya con tu padre?

—Le ayudaba en lo que podia, haciendo haces de la leña que él cortaba.

—Y dónde está tu padre ahora?

—En el bosque, me contestó Bamboche con siniestra sonrisa.

—En el bosque?

—Sí, en el bosque; estaba un dia trabajando y de un hachazo se cortó casi en redondo la pierna... la sangre manó inmediatamente de la herida como una fuente, y salia con tanta fuerza que el chorro iba á mas de diez pasos de distancia.

—Dios mio!

—Yo tuve miedo, lloré, empecé á dar voces y á pedir socorro con cuanta fuerza podia, dijo Bamboche con acento conmovido.

—Ah! lo mismo hubiera hecho yo.

—Entretanto mi pobre padre sujetaba su pierna con las dos manos, para impedir que la sangre saliera; pero á pesar de esto manaba del mismo modo por entre sus dedos; y entonces me decia: hijo mio, arranca musgo... traémelo... pronto..... pronto... yo arrancaba cuanto podia y se lo llevaba á mi padre, quien lo aplicaba muy apretado en la heri-

da... pero apenas lo habia hecho, cuando el musgo se volvia todo colorado...

—La sangre no se estancaba?

—No; y viéndolo mi padre me dijo: traéme tierra húmeda... quizás esto detenga mas la sangre que el musgo.

—Y bien?...

—La tierra se empapaba en sangre tambien y se coloreaba al momento... y de allí á poco la voz de mi padre empezó á debilitarse.

—Qué! no se podian recibir socorros de ninguna parte?

—Socorros!..... y Bamboche se encogió de hombros. Ya me dijo mi padre: corre hijo mio, corre á la avenida grande del bosque que se ha dejado rasa; verás en ella á un labrador que está con el arado trabajando en el desmonte, vé y pídele auxilio... Fuí volando y le dije: mi

padre acaba de cortarse una pierna y pide socorro; está lejos el lugar? —Pobrecillo! me contestó, hay acaso cirujanos en las aldeas?... Las gentes son demasiado pobres... esto se queda para las grandes villas y la mas cercana dista cuatro leguas.—Ya que esto es así, venid vos á socorrer á mi padre.—No entiendo pizca en heridas, no soy pastor y ademas no puedo separarme de los caballos, se matarian á bocados y coces en cuanto me alejase, lo romperian todo y mi amo me despediria. Finalmente insistí tanto y rogué tan encarecidamente, que el labrador se dispuso á seguirme; pero apenas habia andado diez pasos, cuando los caballos empezaron á alborotarse.—Ya ves, me dijo, que no puedo ir contigo, y diciendo esto acudió á sujetar los caballos, en tanto que yo volví donde estaba mi padre.

—Qué desgracia!

—Llegué; estaba en el mismo sitio, la cabeza pegada á la pierna de puro encorbado y sujetándola con ambas manos en medio de un charco de sangre. Apenas me vió, incorporóse; su rostro estaba pálido, blanco ya, un sudor copioso bañaba su frente y sus lábios eran cárdenos. —No podemos hallar socorros sino en la villa y está á cuatro leguas, le dije; el labrador venia conmigo pero han empezado á pelearse los caballos y ha tenido que volverse. Qué hacer, padre mio, qué hacer?—Lo que yo, perder toda mi sangre, me contestó en voz tan débil, tan débil que apenas la percibia; cirujanos... socorros... se quedan para las gentes de las grandes poblaciones. Para nosotros... mira, hijo mio, mira los que vienen á ayudarnos cuando morimos. Y me indicó una manada de

cuervos que pasaban rasando los árboles del bosque; haciendo entonces mi padre un esfuerzo á fin de incorporarse, soltó la pierna que estaba cubierta de sangre y me tendió los brazos diciéndome: abrázame, abrázame, pobre hijo mio... No trabajabas mal para tu edad.... qué será de tí, Dios mio!... qué será de tí? Y luego... mi pobre padre... quiso hablar de nuevo, pero fué en vano; el hipo mortal se apoderó de él..... cayó de espaldas y... murió.

Al proferir Bamboche las últimas palabras, llevó las manos á sus ojos y prorumpió en doloroso llanto.

La compasion que sentí por aquel pobre niño, fué sumamente profunda y lloré tambien; le juzgaba mas digno de lástima que yo..... Habia visto morir á su padre sin poderle socorrer.

—Y qué hicistes luego? pregunté

á Bamboche despues de un corto silencio.

—Quedéme junto al cadáver de mi padre, llorando hasta que vino la noche, pero la fatiga pudo mas en mí y me quedé dormido... Cuando me disperté era ya de dia, apenas abrí los ojos sentí un frio muy intenso; el cuerpo de mi padre estaba ya atiesado y la blusa blanca que lo cubria, toda manchada de sangre. Volví á la avenida del bosque para buscar al labrador de la víspera, y decirle que mi padre habia muerto á fin de que lo enterráran, pero no ví mas que el arado; el labrador no estaba... Esperé un rato, pero viendo que no parecia volví á nuestra cabaña que distaba bastante de la avenida. Tomé en ella un pedazo de pan porque tenia mucha hambre y regresé junto al cuerpo de mi padre. Los cuervos se habian posado en él y desgarraban

ya su rostro con atroces picotazos.

—Ah! Dios mio! esclamé estremecido.

—Pude hacerles huir con una varilla, pero no se iban muy lejos, permanecian al rededor del parage en que nos hallábamos, revoloteaban por encima del cadáver, y venian muy cerca á posarse en las ramas de los árboles contiguos; viendo aquello, cogí el hacha de mi padre que apenas podia mover, procuré hacer un agujero para enterrar el cuerpo; pero no pude, porque era todo roca viva y raices muy fuertes. Púseme un poco mas allá, hallé en efecto la tierra menos dura, mas como no tenia fuerza, no adelantaba casi nada y los cuervos que me veian alejar volvian de nuevo á colocarse encima de mi pobre padre. Acercábase la noche, cogí dos haces de sarmientos, coloquélos á los dos lados del cuer-

po; tomé luego otros, púselos cruzados, encima de los primeros, sujetándolos despues con los mayores troncos que pude levantar; no contento con eso eché piedras tambien; tomé luego el morral, la gorra y el cuchillo de mi padre, dejando el hacha que era demasiado pesada y los zuecos que me venian demasiado grandes. Volví en seguida á nuestra cabaña, cogí el pan que nos quedaba, y anduve, anduve hasta que encontré un camino real.

— Y así que hallaste á alguien, no le digiste que tu padre habia muerto, y que era preciso ir á enterrarle para que los cuervos no se le comieran?

Soltó Bamboche una carcajada salvage y gritó:

—Nada les importaba á los demas que mi padre, muerto sin auxilio como un animal en el bosque, fuese

presa de los cuervos... tampoco se rien los hombres unos de otros! y como decia el (1) *anfisbena*, un mendigo con el cual pedí limosna: no hay mas que los lobos á quienes no se coman, es preciso que seas lobillo rapazuelo, mientras llegas á ser lobo.

—Y tu padre, te queria mucho? pregunté á Bamboche á fin de despertar en él pensamientos mas tiernos.

—Sí, me contestó volviendo á ponerse triste en vez de manifestarse sarcástico; sí... oh! él no me hubiera pegado nunca... no me hacia trabajar en los bosques sino segun mis fuerzas; que no eran gran cosa, porque apenas tenia ocho años. Si llo-

---

(1) Hemos dado este nombre á los que andan con las posaderas y piés pegados al pescuezo, porque en español no hay término técnico que lo esprese.

N. del T.

via, me echaba su delantal de cuero encima los hombros, ó me hacia una guarida con haces de sarmientos para que yo pudiese cobijarme; si cuando llegaba el sábado andábamos escasos de pan, él jamás tenia hambre... Los domingos cuando hacia buen tiempo me alcanzaba nidos en el bosque ó los pasábamos cazando ardillas; si en estos dias llovia, nos quedábamos en la cabaña y él me hacia carritos con su cuchillo á fin de distraerme; algunas veces me cantaba coplas tambien; mira, cuando pienso en aquellos tiempos... sufro mucho.

—Porque echas de menos un tiempo en que alguien te queria, esclamé enternecido. Ya ves que es una cosa buena verse uno querido... y á falta de un padre... por un hermano... déjame ser tu hermano.....

Bamboche permaneció mudo. Me

aventuré á cogerle la mano que en un principio no retiró, mas luego haciendo un movimiento brusco para huir de mí dijo:

—Bah!... esto son majaderías..... los lobos no tienen amigos, y yo seré lobo como decia el anfisbena.

No atreviéndome á insistir mas, temiendo irritar á Bamboche, repuse:

—Y cuando te hallaste en el camino real despues de la muerte de tu padre... qué te sucedió?

—En cuanto hube comido todo el pan que habia en el morral, entré en una casa muy hermosa para pedir otro, diciendo que mi padre habia muerto en el bosque; un señor gordo que llevaba un pañuelo de seda en la cabeza y que estaba almorzando bajo un emparrado donde habia muchas rosas, y á quien me habia dirigido, me contestó con dureza: No doy jamás limosna á los vagamundos;

anda á trabajar, perezoso.—Mi padre ha muerto y no tengo trabajo, repliqué.

—Estoy acaso encargado yo de procurartelo? Largo de ahí, tus harapos hieden de tal modo que me harian vomitar.—Caballero un poco de pan... repuse con mucha humildad...—Castor Castor... dijo el señor gordo, llamando á un perrazo que acudió desde el fondo del jardin..... kís... kís... búscale. Escapeme entonces, mas volví luego ocultándome detrás de una cerca próxima á la hermosa casa; cogí luego piedras y rompí dos cristales... su cabeza hubiera debido romper... pillo! en vez de darme un mendrugo, queria hacerme morder por su perro, dijo Bamboche animado aun por su rencoroso recuerdo, oh! no olvidaré jamás aquel hecho... no lo olvidaré no..... po... añadió con ira concentrada.

—Qué hubiera sido para él darte un pedazo de pan? segun eso era muy malo?

—Los ricos... son todos infames; no dan mas que lo que se les pilla decia el ánfisbena. Y tenia razon, añadió Bamboche.

—Qué hicistes cuando no tuvistes pan, viendo que rehusaban darte?

—Era esto durante el otoño, habia manzanas en los árboles, cogí y comí cuantas pude.

—Y el viejo mendigo de que me has hablado?

—Estaba durmiendo un dia en una especie de foso de una cerca no lejos pe un camino, oigo ruido, me dispierto y miro á mi alrededor; parecia un anfisbena, pues con las piernas hácia arriba, andaba con las posaderas á rastra y á gatas, con las manos metidas en unos zuecos á guisa de guantes; sentóse á poco rato, desató los

andadores que le sujetaban las piernas al cuello, estirólas, se puso en pié y empezó á patear, saltar y dar brincos á fin de desentorpecerlas; el maldito era tan anfisbena como yo.

—Por qué fingia serlo si no lo era?

—Para engañar á las gentes y pillar limosnas... Yendo y viniendo á lo largo de la zanja, me apercibió... montado en cólera al verse sorprendido, cogió uno de sus zuecos, atravesó la zanja, y me dijo:—Si tienes la desgracia de decir que me has visto y que no soy anfisbena, te abriré la mollera con los zuecos. Tuve miedo y me eché á llorar porque en aquel tiempo era *marica* como tú ahora y... lloraba.—A quién quereis que se lo diga? le contesté. —A tus padres, si eres de por aquí. —No soy de aquí ni tengo padres tampoco.—Entonces cómo vives?

—Mira, dije yo á Bamboche in-

terrumpiéndole; del mismo modo á corta diferencia encontré yo á Lebrelin.

—Lindo encuentro hiciste aquel dia! me dijo Bamboche, y luego prosiguió:

—Cómo vives? me preguntó el mendigo.—Duermo al raso y como uvas y manzanas cuando las encuentro.—Quieres pedir limosna conmigo? Me fastidia mucho ir con las piernas atadas, me da calambres y se me hacen callos las manos; quiero hacerme ciego por variar, tú serás mi hijo, me llevarás de la mano, ganaremos dinero y lo pasarás grandemente.—Consentí en ir con él, esperamos la noche, la cual apenas llegó nos pusimos en marcha para alejarnos de aquella tierra donde le conocian, y al dia siguiente empezamos á pedir limosna; él pasando por ciego y yo por hijo suyo.

—Era malo para contigo?

—Cuando no reuniamos muchas limosnas, me echaba la culpa á mí, y al llegar la noche me baldaba á puro golpes.

—Y no dejaste á tan mal amo?

—Le aborrecia, pero no le dejé; dónde hubiera ido? Con él estaba casi seguro de comer, por lo menos, y luego me enseñaba unas cosas..... unas cosas...

—Cuáles?

—Toma! me enseñaba qué vida es preciso llevar para no dar de hocicos.

Miraba yo atónito á Bamboche; no le comprendia.

—Tampoco es tonto el niño! dijo con desden.

Y luego, como si condescendiera en ser mas esplícito en favor de mi sencillez, añadió:

—Enseñábame el estropeado fingi-

do, que solo los lobos medran, y que es preciso ser lobo; que si uno mas fuerte nos hace daño, es preciso vengarse en otro mas débil; que nadie se cura de uno, y que es preciso no curarse de nadie; que se puede hacer todo, con tal de no dejarse atrapar; que las gentes honradas son unos *bolos* y los ricos unos tunos; que solo los imbéciles trabajan, y que su recompensa es morirse de hambre.

—Tu padre no creia esto, no te lo decia nunca, verdad?

—Mi padre trabajaba como un camello, y ha muerto abandonado, medio comido por los cuervos; yo no pedia mas que un pedazo de pan y trabajo..... y se me echó, queriendo hacerme morder por un perro, contestó Bamboche con una amarga risotada. El anfisbena no hacia mas que pasearse, engañar á todo el mundo y vivia en la abundancia... Con las li-

mosnas recogidas durante el dia, teníamos muchas veces cenas opíparas... Ya ves que el mendigo tenia razon.

Cortado á mi vez, callé, pues no hallaba qué contestar.

Cual si se hubiese mecido en aquellos recuerdos, prosiguió luego :

—Y luego me hablaba de las *mugeres!* dijo Bamboche, cuyos ojos chispeaban con precoz ardor.

—De las mugeres? repetí con cándida sorpresa.

—Pues! sí, de sus queridas, á las cuales pegaba y le daban dinero.

No entendia una palabra, pero temiendo merecer las burlas de mi compañero, le dije :

—Y al fin... te separaste del mendigo?

—Nos pusieron presos á los dos.

—Quién?

—Los gendarmes.

—Y por qué?

—Se lo dijeron al anfisbena... pero no á mí; se nos encerró en una granja, desde donde se nos debia conducir á la poblacion mas cercana al dia siguiente; estaba yo durmiendo ya, cuando á media noche ví despertando, que el anfisbena agujereaba la pared para escapar sin mí; entonces le dije: que si no me llevaba consigo empezaria á dar voces; tuvo miedo, le ayudé y ambos nos fugamos... En cuanto nos hallamos lejos, me dijo: Tú me estorbas y me harias descubrir, y acompañó estas palabras dándome un palo tan fuerte en la cabeza, que caí en tierra sin conocimiento creyéndome muerto; pero soy de casco duro y volví en mí. Cuando me ví solo, seguí algun tiempo mendigando por los caminos, parando en la puerta de los mesones, haciendo la *rueda* delante de los coches, gana-

ba algunos cuartos, y finalmente, jamás pasé mas de un dia sin comer. Hará cosa de un año encontré á Lebrelin con su cuadrilla y su faeton; hacia la rueda delante de él para que me echára algun cuartejo, juzgó que yo era ágil y me preguntó si tenia padres.

—Lo mismo que á mí.

—Contestéle que no los tenia, y que andaba pidiendo limosna. Díjome que si yo queria, me enseñaria un buen oficio, me daria vestidos bonitos, bien de comer, algunos cuartos para el bolsillo, y que en vez de ir á pié iria en coche... acepté al momento; me hizo subir á su faeton y díjome que me llamaria *Bamboche* en lugar de Pedro. Seguí luego con él... y seguiré hasta...

Bamboche no prosiguió.

—Hasta cuándo estarás con él?

—Nada te importa, contestó Bam-

boche con sombrío y meditabundo ademan.

—Y el oficio que Lebrelin debia enseñarte?

—Hace un año que lo estoy aprendiendo... Tambien te lo enseñarán á tí... ya verás lo que es.

—En qué consiste?

—En hacer piruetas y habilidades para divertir á las gentes.

—Para divertir á las gentes?

—Sí, cuando las ferias.

Miré de nuevo á Bamboche sumamente sorprendido.

—Sí, sí... yo ya he trabajado en público; la tia Mayor me sostenia por los piés con la cabeza hácia abajo y los brazos cruzados, y yo cogia una moneda de dos cuartos con los dientes: ó bien me ataba una pierna al cuello y yo brincaba de aquel modo con la otra pierna... en fin, cosas todas por ese estilo...

—Esto es lo que van á enseñarme? esclamé con terror.

—Sí, y esto se enseña por medio de fuertes disciplinazos y rompiéndole á uno todos los huesos; tus gritos me dispertarán mas de una vez como los mios te han dispertado la noche pasada.... dijo Bamboche con sonrisa cruel.

—Dios mio! cuánto debes haber sufrido!

—En los principios no mucho, porque la tia Mayor me enseñaba el oficio, pero muy despacio y sin pegarme; además me vestia bien y me daba golosinas á escondidas de Lebrelin... Y cuando empezamos á trabajar en público, me ayudaba y hacia que las cosas me fuesen mucho mas fáciles; pero ahora la mala zorra me deja rebentar; me pone á pan y agua mas veces de las que debiera, y me desloma á puro golpes por na-

da; me es preciso aprender lo mas difícil en ocho dias... y me llena de cardenales porque yo me ahogo cuando estoy mucho tiempo con la cabeza hácia abajo.

—Y por qué era tan buena contigo la tia Mayor antes y es ahora tan mala?

—Toma! porque antes era su querido y ahora no quiero serlo mas, contestó Bamboche con desdeñosa fatuidad.

Quedéme por tercera vez sin comprender las palabras de Bamboche, y cediendo á mi candor le dije:

—Cómo? su amante? Qué es eso?

Soltó mi nuevo amigo una estrepitosa carcajada y me respondió:

—Vaya que eres muy necio *para la edad que tienes*. No sabes lo que es ser el amante de una muger?

(Contaba yo once años, poco mas

ó menos, y Bamboche trece á corta diferencia).

—No, le contesté sumamente confuso, viéndome tan ignorante.

Entonces Bamboche con increible aplomo y acento de burlona superioridad, sin escrúpulos ni rodeos instruyó mi inocencia infantil y me contó de qué modo *le habia seducido la tia Mayor*.

Sin tener casi nociones del bien ni del mal en aquella época, no podia chocarme cuánto horrible y repugnante encerraba la monstruosa depravacion de aquella muger satánica; por esto la cínica revelacion de Bamboche no produjo en mí sino una sorpresa asaz grande, hermanada con esa especie de vergüenza, hija del miedo que da el parecer ridículo; porque, en verdad, yo me avergonzaba mucho de haber estado tanto tiempo en la ignorancia.

—Y por qué no quieres ser ya el querido de la tia Mayor?... le pregunté sumamente turbado aun por la inesperada cuanto repentina revelacion que me acababa de hacer.

No fué tan pronta la respuesta de Bamboche... permaneció en silencio algunos momentos, y luego, obedeciendo á esa necesidad de espansion natural en los enamorados de todas las edades, y pensando por la primera vez (despues me lo confesó) que un amigo era un confidente comprometido, y cediendo tambien á un sentimiento de simpatía tan inesplicable como involuntario, que yo le habia inspirado, me dijo con sinceridad y emocion:

—Escucha.... cuando viniste tuve un placer en hacerte daño, porque há mucho tiempo que me lo hacen á mí... te defendiste con brío, me echaste debajo, y esto me hizo ser

peor aun !... Mira, en aquel momento te hubiese ahogado; pero luego cuando ví que no tratabas de defenderte y que llorabas, no por los golsino porque yo no queria ser amigo tuyo... no sé, pero eso me hizo un efecto muy raro... muy tierno... me sentí conmovido cual no lo habia estado nunca desde la muerte de mi padre... y no sé cómo me ha venido en seguida la idea de hablarte de él y de contarte mi historia que á nadie habia contado... Por esto ahora, si quieres ser mi amigo....

Asaltado por un movimiento de indecible alegría, iba á precipitarme en los brazos de Bamboche, pero él contuvo mi transporte diciéndome:

—Espera, si hemos de ser amigos... quiero ser el amo.

—¡Serás el amo!

—¿Harás lo que yo quiera?...

—Todo lo que tú quieras.

—Si me hacen daño... tú me vengarás.

—No lo dudes... no soy mandria.

—Me dirás todo lo que digan Lebrelin y la tia Mayor?

—Todo.

—No me ocultarás nada de lo que pienses?

—Nada... ni tú tampoco?

—Lo que quiero que hagas por mí yo lo haré por tí, esclamó Bamboche con viveza, salvo mandar yo, porque soy así; te lo diré todo, tú me lo dirás todo, te vengaré, me vengarás... y conspiraremos siempre juntos; acomoda?

—Admitido... y con toda mi alma, esclamé sumamente feliz y fiero viendo mi fin despues de tantas penas, y poseer un *amigo*.

—Ahora, me dijo Bamboche, con una precipitacion que me probó cuán gozoso estaba por haber hallado un

confidente; ahora es preciso que te diga de quién estoy enamorado.

—Ah! no es ya de la tia Mayor? le pregunté sorprendido.

Encogióse de hombros Bamboche y contestó:

—Segun veo no pasarás nunca de ser un *bolo?*

Y añadió luego en tono de afectuosa compasion:

—Veo que me costará trabajo quitarte el pelo de la dehesa... pero yo seré para tí lo que para mí el anfisbena.

—Gracias, Bamboche; le dije sumamente agradecido, pero veamos de qnién estás enamorado, sino es ya de la tia Mayor?

—Voy á decírtelo.

Y ardiendo en curiosidad esperé ansioso el relato de Bamboche.

VI.

LOS AMORES DE BAMBOCHE.

Al pronunciar Bamboche las palabras: «voy á decirle de quien estoy enamorado» chispearon sus grandes ojos, coloreóse su pálida tez, y su rostro que hasta entonces me habia parecido llevar el sello de sarcasmo y dureza, tomó una espresion de apasionada dulzu-

ra que le hizo parecer casi hermoso.

—Cuando entré en la compañía, me dijo, componiase esta de un payaso, un albino que tragaba hojas de sable, y una niña de diez años muy fea, flaca como un clavo, negra como la tinta, la cual cantaba, tocaba la guitarra, y no secundaba mal á la tia Mayor; pero como la pobrecilla en aquellos ejercicios andaba siempre desnuda de piernas y brazos y era de constitucion muy endeble, tiritaba siempre y tenia una tos muy seca. En cuanto habia concluido su trabajo, se metia en un rincon sin hablar casi ni reir jamás; habia en sus pequeños ojos azules tamaña dulzura y tristeza, que le gustaba á uno mirarla á pesar de su fealdad. Celosa de ella, segun creo, la tia Mayor, aumentó su crueldad para con la infeliz desde mi ingreso en la compañía, y fué tanto y tanto, que

la niña cayó enferma y murió en una de nuestras correrías. No he sabido nunca ni de dónde habia venido, ni de qué modo Lebrelin la trajo á la compañía.

—Pobre niña! dije á Bamboche; creí que era de la que estabas enamorado.

—No, no, ya verás. Habiala bautizado Lebrelin con el nombre de Vascona, como á mí con el de Bamboche. No bien hubo muerto aquella dijo Lebrelin á la tia Mayor: «Es «preciso hacernos con otra Vascona, «pero mas linda; nna muchachita de «esa edad arma una compañía, ma«yormente cuando es bonita, y sabe «cantar coplas verdes que alarman á «los babiecas.—Dices bien, contestó «la tia Mayor, es preciso buscar otra «Vascona.» Hará cosa de dos meses, al concluir la temporada, quedó en cuadro la compañía, porque el Albi-

no tragó una hoja de sable atravesada y está en el hospital, y nuestro payaso nos ha dejado por entrar en un seminario.

—En un seminario?

—Sí; en una casa donde se aprende á ser cura; es lástima, porque no habia charlatan mas agudo que Alelí!

—Quién es Alelí?

—Nuestro payaso, hombre, nuestro payaso. Añádase á esto que sus cabellos eran de color de zanahoria oscuro, lo que le economizaba una peluca de colita encarnada. Quedamos solos entonces la tia Mayor, Lebrelin y yo; acercábase el mal tiempo; ya se habian acabado las piruetas por aquel año, y nos volviamos aquí donde suele pasar Lebrelin todos los inviernos, cuando una noche despues de un dia entero de marcha nos detuvimos en una aldea para componer el faeton algun tanto es-

tropeado; llevóselo Lebrelin á un carretero y volvió al meson alegre como unas castañuelas. «Dí con lo «que necesitábamos, dijo á la tia Ma- «vor, he encontrado una Vascona.— «Quiá!... dónde?—En casa del car- «retero; tiene once hijos; el mayor «de ellos es un muchacho de catorce «años; toda esa caterva se come los «dedos de hambre; es aquello una «miseria atroz, sin contar con la ma- «dre que está enfermiza: pero vamos «al caso; sabes lo que he visto en «medio de aquel plantel de babosos? «una niña de diez años, un ángel!... «un tesoro.... cabellos rubios como «el oro y naturalmente rizados: ojos «negros, grandes, tamaños como el «dedo; una boca cual una cereza, «talle esbelto, cintura de mimbre, y «en fin, un rostro picaresco y gra- «cioso..... oh! derramando sal. En «verdad está algun tanto pálida, pe-

«ro es porque se muere de hambre, «como los demas de la familia; mas «con buena carne y gruesa leche se «volverá blanca y tendrá buenos co- «lores. Me parece verla ya en ju- «bon encarnado, con antejuelas de «plata, haciendo sus habilidades en «lo alto de la pirámide humana, ó «cantando con su hermosa vocecilla «coplas á cual mas picantes; esta «chica hará llover en nuestros bol- «sillos tantas monedas blancas como «lo hacia de cobre la tísica, temblo- «na y negra mozuela que se murió. «—Pero bien: cómo hacernos con «ella? preguntó á Lebrelin la tia Ma- «yor.—Espera, muger, ten calma; «he dicho al carretero: buen hom- «bre, el frio, la sed y el hambre aca- «ban con todos vuestros hijos.—Es «cierto, me ha contestado el patan «con acento dolorido; once hijos «casi en mantillas y una muger pos-

«trada en cama es mas de lo que un «hombre puede sustentar; solo ten- «go dos brazos y he de mantener «doce bocas.—Quereis que se reduz- «can á once, buen hombre?—Míro- «me entonces el patan medio alela- «do.—Sí; me encargo de la mayor «de vuestras hijas, mirad, de aque- «lla rubita que nos mira con ojos ta- «maños; yo me la llevo, me la deja- «reis hasta los diez y ocho años y yo «la enseñaré un oficio lucrativo.— «Juanita, mi tesoro! esclamó lloran- «do el carretero, es mi única ale- «gría, mi único consuelo, no poseo «mas en el mundo. ¡Oh! nunca, «nunca.—Vamos, vamos, no seais «tonto, buen hombre; tendreis una «boca menos que alimentar.—No sé «si os daria otro cualquiera de mis «hijos; y si lo hiciese, no seria «sino con mucho sentimiento. Sin «embargo... es muy grande nuestra

«miseria..... el llevárosle seria para «bien suyo... pero Juanita! Juanita! «oh! nunca.—Lo que es llevarme «otro de vuestros hijos en vez de la «rubita, gracias por el regalo; figú- «rate, muger, una manada de mo- «chuelos, añadió Lebrelin dirigién- «dose á la tia Mayor; luego prosi- «guió: no puedo comprender cómo «ha podido salir tan bella alondra de «tan feo nido. Por esto dije al car- «retero: Juanita y solo Juanita; vaya «seré mas generoso aun: os doy cien «francos uno sobre otro ahora mis- «mo, si me dejais la rubita hasta que «tenca veinte años.—Cien francos!... «cien francos! repetia suspirando el «carretero, sin poder ocultar cuanto «le halagaba en su miseria aquella «suma; suma que para él era un «verdadero tesoro... Al ver la cara «de tonto que ponia, contaba yo con «que iba á dejarmela, porque ade-

«mas la tomó en brazos, besó, re-
«besó su frente y la comió á caricias
«llorando como un bobo..... pero
«quiá! pues no le dió la gana al muy
«bruto de decirme sollozando: sa-
«lid, salid, me quedo con Juanita...
«si nos morimos de hambre no im-
«porta, nos moriremos de hambre,
«pero no se apartará de mi lado.—
«Segun eso no tenemos á esa Vas-
«concita? peguntó la tia Mayor.»

Y la tia Mayor dijo esto sin acritud á Lebrelin, añadió Bamboche á guisa de paréntesis, porque aquel contratiempo apagaba sus despertados celos.

—Espera hasta el fin, muger, repuso el buhonero; y luego añadió:

—Escuchad: «Dije al padre: no
«quiero abusar de vuestra posicion,
«buen hombre; pensadlo antes ma-
«duramente; os doy hasta mañana á
«las doce; ya no os ofrezco cien

«francos por Juanita sino trescien-«tos; hasta mañana á las doce, me «encontrareis en la posada del Gran-«Ciervo; y si mas adelante os deci-«dís á aceptar mi proposicion po-«dreis escribir donde os dejaré es-«crito. En esto me separé del car-«retero y estoy seguro de que mañana «le tenemos aquí, con su rubita, en «cuanto amanezca.»

—Y fué el padre? pregunté á Bamboche.

—No; pero yo que fingiendo estar dormido, habia escuchado cuanto Lebrelin dijo á la tia Mayor, ardiendo en deseos de conocer á la nueva Vascona, levantéme muy de mañama, salí de la posada, pregunté por la casa del carretero, volé á ella... y...

La gruesa y ronca voz de la tia Mayor interrumpió el relato de Bamboche, gritando desde la entrada del sótano:

—Eh Martin.... Bamboche..... al rancho!!

—Nos llaman, me dijo con precipitacion mi nuevo amigo; pero acabaré mi historia en dos palabras; en cuanto llegué á casa del carretero, lo que allí ví y lo que habia oido de Juanita, me hizo quedar tan enamorado... tan enamorado!! que desde aquel dia me paso la vida pensando en ella. Aquella vez no quiso darla su padre... pero cosa de ocho dias há, oí á Lebrelin que decia á la tia Mayor, que el carretero acaba de escribirle... y que en cuanto llegára un *hombre-pez*, á quien espera, partiriamos juntos, pasariamos por la aldea y nos llevariamos de paso, con nosotros, á Juanita, la nueva Vascona.

—Estais sordos, con mil de á caballo, gritó de nuevo la tia Mayor, tendré que bajar yo, malos bichos?

—Ahora vamos, ahora vamos! gri-

té, y echándo luego los brazos al cuello de Bamboche, le dije con efusion:

—Somos amigos, no es verdad.... amigos para siempre?

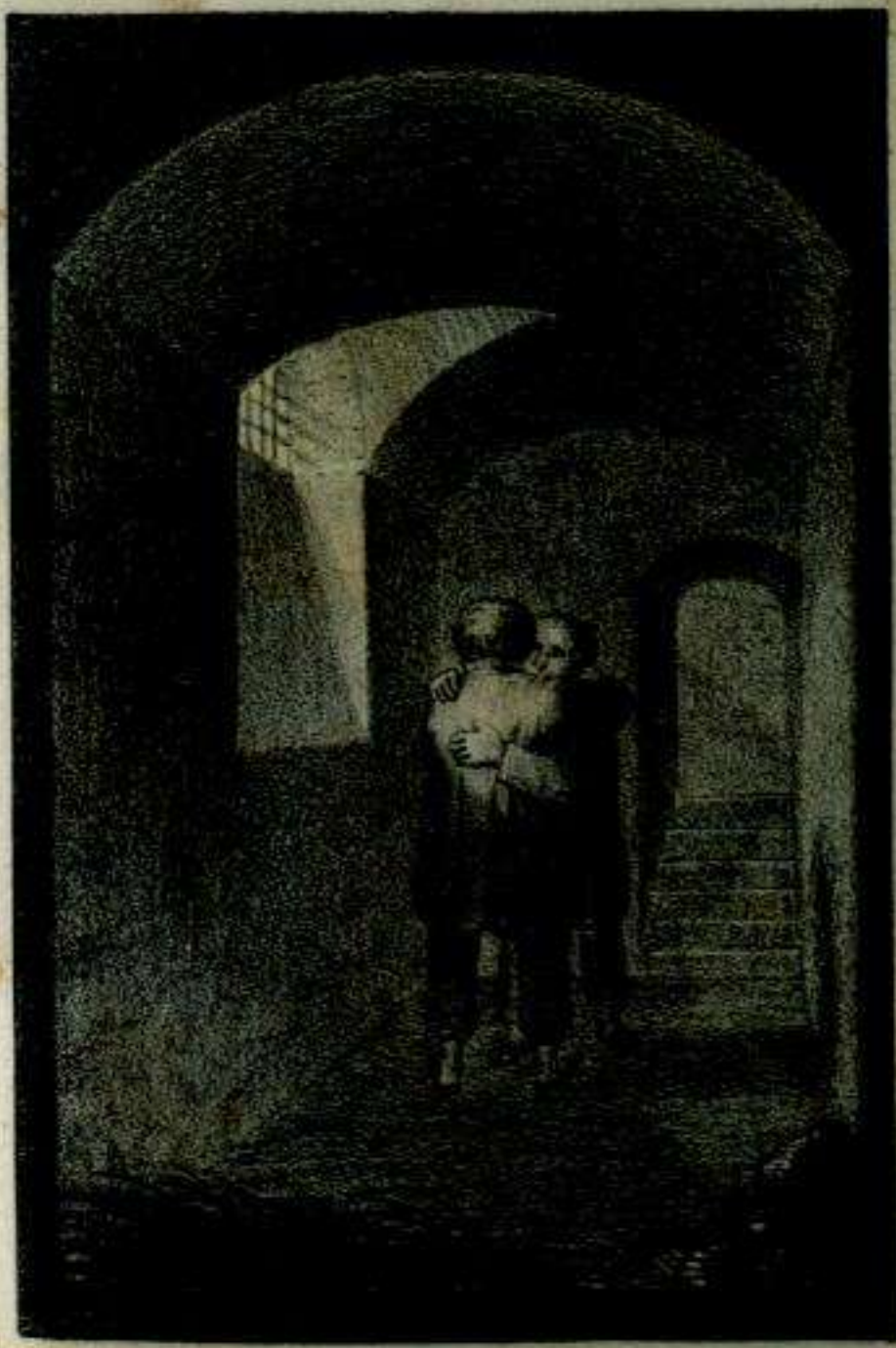
—Sí, amigos; me contestó Bamboche, correspondiendo cordialmente á mi estrecho abrazo, muy amigos... y para siempre.

. . . . . .

Y hed aquí, señor, desde cuando data mi amistad con Bamboche.

Algunas semanas despues conocí á Vascona.

Personages raros, casi indefinibles, á quienes he amado siempre cual ellos me han querido, y que debia encontrar tantas veces, y en tan diversas circunstancias, durante mi vida, no menos aventurera que la suya.



F. Perez lit.º Litª de Ayguals

VII.

MARTIN Á UN REY.

En este punto del manuscrito habia una nota marginal, dirigida por Martin al rey, del cual hemos hablado, concebida en los siguientes términos:

«Setiembre de 1845.»

«Señor: Por pueril que á primera vista pueda pareceros la historia de los primeros años de un pobre niño abandonado, dignaos reflexionar, y

han comprado con su insuficiente salario un pan insuficiente para su hambrienta familia cuando tambien la fatiga diaria les pone á ellos hambrientos; su muger está famélica, estenuada tambien por su último hijo en mantillas, al cual da un seno exhausto, y á pesar de esto, se abandona el insuficiente alimento á niños escuálidos, á niños-cadáveres.»

«Y sin embargo, durante su insomnio, padre y madre les oirán gritar: pan! pan! su hambre no puede quedar saciada!!...»

«Así pues... este hombre se levanta con la aurora todos los dias, corre á su faena y trabaja... á pesar del pensamiento de desesperacion que debe asaltarle.»

«Por mucho que me afane, dice el «trabajador, por incansable que mi «celo sea... esta noche aun, como las «demas, habré concluido mi penosa

«tarea sin haber ganado lo bastante «para apagar el hambre de los mios... «y tambien esta noche... y tambien «todas las demas... sus quejidos me «tendrán penosamente despierto hasta «la madrugada... en que suena la hora «del trabajo, y agotaré mis fuerzas, «mi vida entera, girando sin la menor «esperanza en esta esfera fatal.»

«Un hombre tal es venerable y estóico, porque por algunos sueldos tomados de su jornal, podria como otros muchos, hallar en la taberna, durante un dia entero... *un dia entero!!!* lo oís, señor, el OLVIDO de renacientes preocupaciones que sin cesar le devoran.»

«Y porque hombres tan virtuosos son dignos de veneracion, porque resisten á los halagos de un vicio casi inevitable en su horrible estado, porque sufren resignados é inofensivos... es justo abandonarles siem-

pre á tan cruel agonía? Porque el inocente resistió al tormento, es preciso prolongar el suplicio?»

Pero desgraciadamente no todos los proletarios están ni pueden estar dotados de energía tan estóica....

Hay tambien muchos á quienes la ignorancia embrutece, á quienes la miseria degrada y á quienes el haber perdido toda esperanza exalta y estravía; estos ceden á los funestos atractivos de la embriaguez, en los cuales encuentran el olvido de sus males... otros en fin mas degradados aun, y estos son poco numerosos, son aficionados á la embriaguez por la embriaguez.

Estos últimos son dignos de vituperio... Pero lo son doblemente los que condenan sin piedad á aquellos desgraciados á la ignorancia, á la desnudez y pérdida de toda esperanza, causas primordiales y horribles del vi-

cio deplorable en el que hallan el embrutecimiento, las enfermedades y la muerte...

Otras razones menos crueles, pero de consecuencias no menos fatales, arrastran tambien á la embriaguez á las víctimas del pauperismo.

El hombre tiene, sin que quepa la menor duda, necesidad de reposo, distraccion y placer despues de una semana de rudos trabajos.

Hay entre los proletarios hombres que gastados por la costumbre de una resignacion austera, ó debilitados por las privaciones, encuentran los domingos una compensacion suficiente á sus fatigosas faenas, en la apatia y reposo de pensamiento en la cual dormitan.

Otros hay dotados de cierta instruccion, de cierta delicadeza en sus pensamientos y de una finura de inclinaciones que no pueden des-

truir los trabajos mecánicos.

Entre estos últimos, buscan unos, linitivo y placer los domingos en la lectura de obras poeticas ó filosóficas; recréanse otros y se solazan en la inteligente contemplacion de las obras maestras del arte, espuestas al público; estos se complacen admirando con cierta gratitud las bellezas de la naturaleza; la encuentran adorable, espléndida en su inmensidad y en sus creaciones mas insignificantes, sintiéndose igualmente admirados, ó religiosamente conmovidos, por la vista de la deslumbradora magnificencia, que presenta una radiante puesta de sol, por el efecto que produce una noche serena de estío con su cielo azul en el que fulguran millares de mundos, ó por el curioso exámen de un pequeño grupo de flores agrestes, ó de un insecto, cuyas transparentes alas, cual gasa purpú-

rea y cuyo cuerpo de oro y esmeralda brillan á los reflejos de la luz.

Pero no son necesariamente muy numerosos los que á pesar de sus quebraderos de cabeza, fatigas y condicion laboriosa, ruda y precária siempre, cuando no es deplorable y embrutecedora, pueden conservar esa finura de percepcion, esa virginidad de impresion delicada y esa nobleza en el pensar, nobleza indispensable para los goces intelectuales.

Muchos de la clase proletaria, aunque laboriosos y probos, han sido educados en la ignorancia y grosería, agenos de esa educacion liberal que solo ella eleva y lima todos los instintos y hace hallar gusto en los solaces escogidos y en las recreaciones delicadas.

Qué sucede? que despues de una semana de privacion, abstinencia y trabajo ceden á la necesidad na-

tural é irresistible de placer.

Arrastrados por el ardor de la juventud, por una especie de calentura de espansion se abalanzan con fogosa impaciencia en los únicos lugares que les presentan distracciones al alcance de su pobreza.

Entonces horribles bodegones, en los que se venden vinos venenosos, manjares nauseabundos y jóvenes infectas, rebosan una multitud turbulenta; en aquellos inmundos lupanares pululan por todas partes saltimbanquis charlatanes, en medio de escenas crapulosas, degradantes; el lenguage obsceno sirve allí para apostrofar y escarnecer cuanto hay mas digno y respetable en el hombre. Vénse en segundo término copleros, y entre ellos á ancianos, mugeres ó niños los cuales rivalizan á porfía en cantos obscenos para escitar la alegría de los que sentados al rededor de una mesa

se entregan al vino sin freno alguno.

Poco tardan esas pasiones furibundas y desencadenadas, en bramar cual tempestad dominada apenas por el agudo sonido del clarinete de los saltimbanquis, por el redoble de sus tambores, por el tin-tan de las campanas á vuelo, que sirven de señal para atraer espectadores. Sofocante y fétido polvo revolotea en aquella atmósfera, y cubre de una especie de niebla aquella grande orgía del pauperismo.

Llega la noche; rojas luces iluminan aquellos rostros vinosos é incandescentes; aumentan y crecen los gritos, los cantos cínicos y la brutal alegría entonces; rato hacia que la embriaguez bramaba sordamente; estalla en fin.

A los acentos de grosera hilaridad, siguen injurias, amenazas, brutali-

dades y violencias, y corre sangre las mas veces.

Aquellos rostros alegres y purpúreos no há mucho, merced á la embriaguez, se vuelven lívidos en unos, apagados en otros, y hasta sanguinolentos en algunos; ya no son hombres, tampoco fieras indómitas, sino locos furibundos. La espantosa accion del vino-veneno que se les vende, sume á aquellos miserables en el frenesí de la locura... Veces hay en las que sus mugeres, sus hijos presencian temblando y con lágrimas en los ojos aquellas horribles escenas; mugeres, niños y jóvenes, despues de haber tenido que ahogar durante el dia todo pudor, y de salir manchadas por los gestos y cantos de los charlatanes, ven á un marido, á un padre ó á un hermano víctima de una riña de Canibal; vénle caer cubierto de sangre á sus piés, roto, salpicado de

sangre y l
fiesta; vénl
boleando, y
guez á sere
prodigarle
Cuando e
las luces y
aquellas voc
llonas, tarta
pegan al pala
midos; aquel
cos hacia un
ellos mismo
Un silencio
do de vez en c
gritos lejanos, ha r
roroso tumulto; muc
á la razon ya, y averg
tidos, arrepintiéndos
mente á sus casas
tristeza se echan
pajazas, pensando
del siguiente dia.

esto es re-
ginacion se
corazon se
las criatu-
dotadas de
rmen de lo
bajando á
res.
dígase dón-
ceres nobles
la altura de
mbio de sus

citud se dá á
das? Bien se han
para tomarlas por
trabajo, para esplo-
s, su inteligencia y su
ándo se ha curado
laceres?
es, y por qué no
Se ha pensado una
llos mas que otros

porque su condicion es ruda, necesitan distracciones y linitivos que les hagan mas soportables sus largos dias de ímprobas faenas? Se ha tratado nunca de ennoblecer y realzar sus solaces? A ellos que enriquecen el pais durante la paz, que lo defienden cuando hay guerra! se han abierto en nombre del pais vastos locales donde todas las semanas pueda cada uno de ellos encontrar placeres honrados, recreaciones sencillas y puras que les distraigan, consuelen y enseñen?

No, no... ¿con qué derecho se critica entonces á aquellos desgraciados si se enlodan en placeres groseros únicos en razon directa con su miseria é inteligencia, que jamás desarrolló la menor educacion?

No seré esplícito, señor, permitidme tan solo añadir algunas palabras.

En este relato sincero de los varios acontecimientos de mi vida, vereis aparecer muchas veces á los dos compañeros de mi primer infancia...

A Bamboche, hijo de un leñador, niño abandonado, quien despues de haber visto morir á su padre sin recurso alguno en el fondo de un bosque, se vió rechazado de un modo tan cruel, cuando por la vez primera pidió *pan* y *trabajo*... á un hombre rico.

Aquel niño que cayó primeramente en manos de un odioso vagabundo quien le enseñó la infamia y el modo de engañar; que luego conducido por la casualidad y la miseria entre saltimbanquis, encuentra en ellos una depravacion y brutalidad tamaña, que solo engendraron rencor y vicios en él.

Vascona... hija de un artesano desgraciado, que reducido al último estremo por una miseria horrible, se

vé precisado á vender á su hija á unos charlatanes... quienes se preparan á esplotar de un modo infame aquel tesoro inocente de belleza, gracia y candor.

Cualquiera que sea el porvenir de estas dos criaturas, señor, dignaos recordar lo que fué su infancia... antes de pronunciar un fallo inexorable... y quizás la piedad ahogará toda acusacion... oh sí! resentireis no lo dudo, piedad profunda... dolorosa piedad...

Y no creais que estos dos séres sean escepciones, señor; entre cuantos caen por desgracia en los abismos sin fondo de perversidad é infamia, son muy pocos.... muy pocos los que no hubieran sido buenos y honrados si no hubiesen empezado su vida en el abandono, en la miseria ó en una atmósfera corrompida y corruptora.

VIII

LA EDUCACION.

TEMIENDO sin duda Lebrelin y la tia Mayor que tratára de escaparme, íbanme á la mano; pero sus precauciones eran de todo punto inútiles.

—Seremos siempre amigos, me habia contestado Bamboche consecuente á nuestra entrevista, que empezó por

mogicones y acabó con un abrazo cordial.

Bamboche se mostró tan fiel como yo en la observancia de aquella promesa de recíproca afeccion. Por un contraste singular, aquel niño de indomable carácter, precoz perversidad, pillería jesuítica y hasta de fria ferocidad algunas veces, manifestóme desde entonces la adhesion mas tierna, el afecto mas desinteresado. Confieso que sin aquel afecto fraternal por tanto tiempo soñado, sin los lazos que presto me ligaron estrechamente con mi compañero de infortunio, hubiera procurado sustraerme, por medio de la fuga, al cruel aprendizage de mi rudo oficio.

Pasaba con Bamboche todo el tiempo que no empleaba en mis *lecciones;* oiale hablar de Vascona con ardor y pasion tan síncera, que al recordarlo ahora me parece estraor-

dinario en un niño de su edad; ya se deshacia en llanto pensando en la suerte cruel que aguardaba á aquella pobre criatura, porque traia á la memoria la vida y fin, harto tristes, de la primera Vascona; ya saltaba de puro gozo pensando que dentro de pocos dias, la niña estaria con nosotros, y ya tambien prorrumpia en furibundas amenazas contra Lebrelin y la tia Mayor al solo pensamiento de que la hija del carretero llevaria como nosotros fuertes azotes.

A fuerza de oir hablar á mi compañero de nuestra futura compañera con admiracion tan apasionada; se habia dispertado en mí, tanto por afecto hácia Bamboche, como por vivísima curiosidad harto escitada, vivísimo deseo de ver llegar á Vascona.

Sea que la tia Mayor no me juz-

gase digno de suceder al infiel Bamboche en sus *afecciones*, sea que disimulase sus proyectos, temiendo asustarme (en lo que no se hubiera equivocado) no me decia una palabra de *amor* y se mostraba conmigo sumamente severa.

A pesar de sus favorables pronósticos, prediciéndome que antes de dos meses haria de modo muy satisfactorio el *salto del conejo* y otros ejercicios, mi constitucion aun mas que mi voluntad, se habia mostrado rebelde en un principio, á las lecciones de mi institutriz.

Mi primer estado de peon de albañil, me habia acostumbrado á andar cargado de espaldas, bajo el peso de una artesa demasiado pesada para mis fuerzas, y la tia Mayor exigia de mí todo lo contrario, no solamente que borrase mi antigua propension, sino arquear mi cuerpo en sentido

inverso. Mi primer progreso fué andar derecho en vez de andar encorbado segun acostumbraba; mi busto que indudablemente hubiera salido de la vertical, se vió así forzosamente enderezado; esta es quizás la única gratitud que debo á la tia Mayor.

Imponíame todos los dias una especie de tortura procediendo á lo que ella apellidaba en término técnico de su oficio mi *desosamiento*. Su modo de enseñarme esas nociones elementales é indispensables de mi *arte*, era el siguiente:

Cada mañana me ataba, alternativamente ya en uno ya en otro puño, un peso de tres ó cuatro libras; obligándome luego, so pena de una correccion durísima, á describir con el brazo y paralelamente al cuerpo un movimiento de rotacion, lento en un principio, pero cuya rapidez

iba en progresivo aumento y del cual era la espaldilla, por decirlo así, el eje sobre el cual se movia el brazo.

Una vez impelido por el peso sujeto á mi muñeca, lo que centuplicaba la velocidad de aquel movimiento, sentia heridas todas mis articulaciones con crueles sacudidas, (esta sensacion estraña era muy dolorosa) parecíame luego que mi brazo se alargaba... se alargaba más de lo regular segun aumentaba la rapidez de aquel movimiento.

Una niñería inesplicable me hacia cerrar los ojos algunas veces á pesar de los sufrimientos vivísimos, á fin de que fuese para mí completa la ilusion, y en efecto, hubiese jurado entonces que mi brazo á medida que describia los círculos llegaba á tener de ocho á diez piés de longitud.

En nuestra conversacion con

Bamboche llamábamos á este ejercicio *hacer los brazos largos.*

Sometianme luego las piernas á una evolucion análoga, empleando siempre pesos fijos ya en uno ya en otro pié.

El movimiento de rotacion se sustituia aquí por otro de vaiben del cual la cadera formaba el punto de apoyo y el pié cargado con algun peso enorme el péndulo; renovábanse los mismos dolores, y quizás mas intensos, en las articulaciones del muslo, rodilla y pié; igual ilusion me hacia creer que mis miembros se alargaban á medida que el ejercicio á que se me sometia aumentaba en rapidez.

Terminábase la leccion por lo que la tia Mayor llamaba el *molinete de cabeza.*

Habíame dicho Bamboche que cuando empezó á sufrir aquella nueva

tortura, estuvo á pique de volverse loco. Creílo exageracion suya, pero instruido por la esperiencia, reconocí cuán verídicas eran las palabras de mi compañero.

Cogíame la tia Mayor la cabeza à la altura de las orejas, sujetando estas con el índice y el pulgar, á fin de pellizcarme hasta hacer manar la sangre en cuanto yo opusiera la menor resistencia al cumplimiento de sus diabólicos ejercicios; sujeto de este modo mi cráneo, apretábalo con sus dos viriles manos, cual pudiera haberlo hecho una tenaza llevando luego mi cabeza de un lado á otro y de alante para atras, é imprimiendo tamaña rapidez á aquellos movimientos sucesivos que mi cuello quedaba, por decirlo así, hecho rosca. A poco rato de evolucion me sentia sobrecogido por un vértigo, junto con latidos tan agudos, que me parecia que mis

ojos salian de sus órbitas, y que mi cerebro despegado chocaba ya en uno, ya en otro punto de su huesosa cubierta. Cada uno de estos choques me causaba hórrido cuanto indecible sufrimiento.

Ese ejercicio, finiquito de mi leccion, producia casi siempre en mí un embotamiento pasagero.

Confieso que por lo demas el *desosamiento* daba sus frutos; poco á poco y á costa de crueles dolores adquirí de aquel modo una agilidad sorprendente; empezaba á familiarizarme con ciertas posiciones y enlace de miembros, que me hubieran sido físicamente imposibles; pero no se contentó con eso mi terrible institutriz, encontrándome ya bastante *deshuesado* quiso hacerme *trabajar* de alma *el paseo á la turca*. Ignoro porque á la turca, pero voy á esponer á que se reducia.

Hacíame sentar encima de una pajaza, me ataba el pié derecho á la mano derecha y la izquierda al izquierdo, luego me hacia rodar así en linea recta por una série de volteretas cuyo menor inconveniente era deslomarme y salir en seguida con una especie de inflamacion que mi institutriz curaba por medio de un cubo de agua con el cual me ponia hecho una sopa. Aquella catarata repentina me hacia recobrar el perdido conocimiento y pasábamos luego á otro ejercicio.

El paseo á la turca debia ejecutarse en público, sin traba alguna, es decir, que en vez de tener las manos atadas á los piés y de recibir una *impulsion de otra persona* debia cogerse uno mismo las estremidades inferiores del cuerpo, y dar las volteretas por un movimiento propio.

Así pasaron muchas semanas durante las cuales hizo Lebrelin escur-

siones frecuentes y en varias veces llevó numerosas cabelleras de todos colores, pues no habia cesado en su comercio de traficar con el pelo de las jóvenes indigentes.

Iba en aumento mi afecto hácia Bamboche, por la misma razon que siendo malo é insolente para con todos, se mostraba siempre bueno y cariñoso para conmigo... bueno y cariñoso á... su modo; habia él sido testigo de mis sufrimientos y en particular de los que engendró el *paseo turco*, pero sorprendióme en sumo grado ver que ni me consoló ni compadeció; parecióme que andaba distraido y preocupado durante muchos dias; víle dirigirse á menudo á un granero semi-desvan donde permanecia largo rato; ocultábame sin duda un secreto, pero por amor propio no quise ser el primero en pedirle su confianza.

Un dia en que se habia prolongado mucho el paseo turco, salia de mi leccion deslomado, medio entontecido y con una hinchazon en la muñeca, pues habia caido mal una vez, cosa que me valió fuertes disciplinazos, encontré á Bamboche con rostro sumamente alegre; como he dicho sufria cruelmente, y en cuanto lo supo Bamboche, prorumpió en denuestos y amenazas contra la tia Mayor, examinó mi mano con solicitud fraternal, y mirándome luego lleno de tristeza y voz conmovida me dijo:

—Felizmente será esta la última vez que te peguen!

—La última? esclamé admirado.

—Mañana no estaras aquí ya, me contestó Bamboche despues de un corto silencio.

—No estaré aquí ya?

—Escúchame: ayer oí que Lebrelin decia á la tia Mayor, que mañana

llega el hombre-pez; yo conozco al carretero que le trae, es un hombre de bien; he cogido una cuerda que estaba en el granero, he hecho nudos en ella, y la he escondido perfectamente; hay una ventanita en el desvan que da al campo, tu cuerpo cabe y pasará fácilmente por ella, puesto que he probado pasar yo que soy mas alto que tú y paso perfect...

—Y por qué debo pasar yo por ella?

—Espera hombre... ataré la cuerda antes, para cuyo fin me he hecho ya con una estaca; así que salga de aquí el carro que haya traido al hombre-pez, te descolgarás por la ventanilla, rogarás al carretero que te lleve hasta donde no te alcancen las garras de Lebrelin, cuando estes á tres ó cuatro leguas te será fácil hallar algun peon de albañil á quien servir, y si no, pedirás limosna.

Sentíme desfallecer al oir esta proposicion... mi llanto interrumpió á Bamboche.

—Qué diablos tienes? me dijo con rudeza.

—No me quieres, le dije tristemente.

—Yo! esclamó con acento en que se marcaba reproche y enojo... Yo!... cuando me ocupo de hacerte escapar... Hace quince dias que no pienso en otra cosa. No te habia dicho una sola palabra para no darte una alegría falsa! y hé aquí tu pago!

—Sí, repuse yo con amargura, sí, lo mismo te dá que esté ó no contigo... te es indiferente...

Una lluvia de puñetazos fué la contestacion de Bamboche, quien se me echó encima repentinamente.

Aunque acostumbrado á las estrañas maneras de mi amigo; me irritó mucho aquel brusco ataque cuyo sig-

nificado no comprendia entonces. Substituyo la cólera al pesar y devolví á mi compañero golpe por golpe.

—Y yo que me privo de tí!... yo que he estado á pique de romperme la crisma viendo si la cuerda era bastante larga, toma... chúpate eso, y acompañó ese tierno reproche con un vigoroso puñetazo.

—Y no me habias dicho tú que nunca nos separariamos? toma... agarra, dije contestando con un puntapié.

—Qué! no sé yo cuánto padeces aquí... pillo! repuso Bamboche prosiguiendo en aquella escena de pugilato, vuelve á por otra!

—Y qué! no sabes que por tal de estar juntos, estoy contento aunque me hagan morcillas!... repuse pegándo á mi vez.

—Así, pase, dijo Bamboche cal-

máudose gradualmente. Pero si yo me quedo es para esperar à la Vascona.. qué! no haria sin esto un siglo que hubiera pegado fuego á la pocilga esta, para asar en ella á Lebrelin, á su *murciélago,* y tomado nosotros la rauta? mas puesto que yo debo permanecer aquí, toma el portante solo.

—No quiero, porque una vez aquí Vascona, si tú quieres marcharte con ella, ambos me necesitareis...

Suspendióse la lucha por un momento.

Violento siempre Bamboche tanto en su amistad como en su ódio, hizo un movimiento para precipitarse sobre mí. Como no conocia sus intenciones preparéme para defenderme á todo trance. Inútil precaucion, aquel muchacho singular me estrechó en su seno con efusion diciéndome conmovido:

—Jamas olvidaré esto, Martin..

—Tampoco yo, Bamboche.

Y le devolví su amistoso abrazo, con tanto gusto como le habia devuelto sus puñetazos.

—Mal año... qué diablos me has hecho tú? díjome despues de un corto silencio. No sé, por mas que me lo pregunto, no sé.

—Ni yo tampoco; tú eres con todos el mismo diablo en tanto que para mí... eres todo lo contrario, y francamente no comprendo por qué.

Pasados algunos momentos de silencio profuudo, con aire medio zumbon, medio triste, repuso Bamboche:

—No sé como te hablé de mi padre..... cosa de la cual á nadie habia dicho una palabra... antes... vamos, eso me humedeceria una parte del corazon... Tú te habras engastado en el pedazo húmedo y te habrás queda-

do en él como el lagarto incrustado en una piedra que Lebrelin enseña en sus representaciones... Y eres tanto mas como el lagarto en la piedra, por cuanto á pesar de estar yo chocho por Vascona no por eso te has despegado. Ademas, mira... paréceme que desde que soy amigo tuyo, me divierte mas ser malo para con los otros, y que tengo derecho de serlo.

—Está dicho; yo seré tu lagarto, Bamboche, me mantendré siempre en mi rinconcito, pero no volveras á hablarme de escapar sin tí, eh?

—No... algunos dias despues que Vascona esté con nosotros, cuando se nos presente una buena ocasion... tomaremos el portante los tres.

—Y á dónde iremos?

—Donde Dios quiera.

—Y cómo lo haremos para vivir?

—Pediremos limosna diciendo que

somos tres hermanos huérfanos de padre y madre; los *bolos* que nos vean se compadecerán de nosotros, y como decia el anfisbena ganaremos buenos cuartos.

Ademas lo pasaremos grandemente sin mas trabajo que el de pedir limosna.

—Y cuándo no nos den?

—Robaremos... nadie desconfia de los niños...

—Hum! robaremos... repuse con pensativo ademan, pensando en el albañil mi antiguo amo, á quien tanto odiaba el robo. Este recuerdo me hizo añadir:

—Mejor fuera no robar.

—Por qué?

—Porque es mal hecho.

—Mal hecho? cómo?

—Yo no sé; pero decia el albañil que era mal hecho.

—Y yo digo que no es malo. Das

mas crédito al albañil que á mí?

—Decia él que era preciso ganarse la vida trabajando.

—Mi padre trabajaba... y solo ganó la muerte, contestó Bamboche con sombrío acento; el anfisbena pedia limosna y robaba cuando podia..... lo que no nos impidió de comer entonces mejor, cuando comiamos mal, que cuando mi padre comia, segun él, muy bien... Tambien yo pedi trabajo á cuantos encontré despues de la muerte de mi padre. Mis deseos eran buenos... me sentia con fuerzas... se me dió trabajo? No. Quién se curó de mí? nadie... Trabajan los lobos acaso? El lobo come cuando tiene hambre... Trabajar! ya baja!... Ni Lebrelin ni la tia Mayor trabajan; roban niños de nuestra edad, nos retuercen los huesos, nos muelen á palos y nos hacen bailar en público como á monos sábios, y con ese ofi-

cio comen siempre como arzobispos y llenan su bucha... Dí tú que yo dé con su bucha, verás que paso lleva. Si no esperase á Vascona, diciendo esto chispearon los ojos de Bamboche y dilatóse su ancho y robusto pecho, estariamos lejos ya, pero un poco de paciencia.... y verás qué vida tan regalada pasamos con ella! vida de pájaros; libres y picoteando como ellos. Digo! piden estos á los demas lo que toman donde pueden, lo que necesitan para vivir y para vivir bien? Qué hubiera contestado á esto tu albañil *bolo?*

—Si! pero nosotros no somos pájaros.

—Somos acaso mas ó menos? Te crees ser mas que un pájaro? preguntóme Bamboche con sublime acento de dignidad.

—Me creo mas que un pájaro, contesté con mucha conviccion, mer-

ced á mi amigo que acababa de darme alguna luz sobre el valor individual.

—Segun eso, repuso Bamboche revelando ya el triunfo que alcanzaria su dilema, somos mas que los pájaros y no tendriamos el derecho de hacer lo que ellos hacen? No tendriamos cual ellos el derecho de robar para vivir?

Lo confieso, dejóme cortado el dilema y no supe qué responder.

Ademas, yo no tenia cual otros muchos niños abandonados, nocion alguna del bien ni del mal, de lo justo y de lo injusto. Sin embargo, habia por lo menos conservado en la memoria algunas palabras de mi antiguo amo contra el robo; pero esas palabras sencillamente afirmativas, no podian dejar muy profundas huellas en mi espíritu, y menos luchar contra los seductores sofismas de mi

compañero, porque lo confieso, aquella vida de *pájaro por entre selvas* con Bamboche y Vascona, aquella vida errante y libre que nos proporcionaria llevar la caridad de las gentes caritativas, y que yendo lo peor posible, podriamos sostener con medios aventurados, me parecia entonces lo ideal de la felicidad.

IX.

EL HOMBRE-PEZ.

La misma noche del dia en el que me negué á aprovecharme de los medios dispuestos por Bambocho para mi fuga, Lebrelin me hizo seña con la mano, indicándome que le siguiese al cuarto de las cabelleras.

Los gestos convulsos de este hombre, su sangre fria, su sourisa falsa

y picaresca, su voz chillona, sus lábios delgados y sardónicos me asustaban mucho mas que la voz fuerte y los fornidos puños de la tia Mayor, que alguna vez al verme medio muerto de cansancio, cubierto de sudor, acometido de bahidos, los ojos sanguinolentos, interrumpia mis lecciones de volatines y me dejaba descansar; pero si por desdicha, Lebrelin se hallaba presente, oia sin piedad mis quejas.

—Vamos, vamos, Martinillo, solia decirme con su voz empalagosa é irónica, tienes calor, no vayamos á resfriarnos... es dañino... si te paras tendré que tomarte, á latigazos, la medida de una elástica propia para conservar la salud..... pero que solo podrás llevar cuando cumplas setenta y un años...

Y me hacia una mueca grotesca.

Con estos antecedentes no estraña-

rá el lector que temblase al hallarme solo con Lebrelin en el cuarto de las cabelleras, cuando cerró la puerta y me dijo:

—Martinillo, tu conducta es buena, y para manifestarte lo contento que estoy, voy á darte una prueba de confianza.

Maravillado abrí tanto ojo y escuché.

—Leonidas llega mañana.

—Cómo, maestro? (era regla comun que llamásemos *maestro* á Lebrelin).

—Sí, añadió Lebrelin, es el hombre-pez, y como tú eres el mas bisoño, Martinillo, á tí te tocan las cargas pesadas.

—Qué carga, maestro?

—Carga toda de confianza, se entiende, porque ese tuno de Bamboche seria capaz de ahogarle, ó de dejarle sin agua.

—Y mi empleo cuál será, maestro? en qué consistirá?

—Tu ocupacion será la de hacer comer al hombre-pez, pues solo tiene aletas... y no son muy cómodas para servirse de un tenedor y de un cuchillo, pobre morroncho.

—Tendré que hacer comer al hombre-pez! maestro?

—Y ademas mudarle el agua cada dia, Martincillo, porque en su calidad de pez de agua dulce, está metido en una gran vasija.

—Cambiarle el agua! esclamé al oir la esplicacion estraña de mis futuras funciones.

—Ademas, dos veces al dia, le harás beber agua del Nilo, de la cual trae una buena provision, pues solo de esta agua puede beber por ser la de su rio nativo; pero cuidado con tus dedos, porque muerde... costumbre hija de su orígen, pues procede

en línea recta, por parte de su abuelo, de la familia real de los cocodrilos de Egipto, y por la de sus ante-pasados de la de los sagrados caimanes, á los cuales honra y rinde culto aquel pueblo embrutecido.

Estas palabras dichas con el tono de un titiritero que con la varilla en mano *enseña* un fenómeno, fueron interrumpidas por la brusca aparicion de la tia Mayor, que invadió el cuarto de las cabelleras con la furia de un huracan.

La alcides-hembra entró con aire terrible, amenazador, y traia en la mano una cuerda, mas bien cable enorme, muy lavada y hecha nudos de trecho en trecho.

Por presentimiento adiviné que esta cuerda debia ser la misma de la que me habló Bamboche y que debió servir para mi fuga.

—Bamboche querria escaparse es-

clamó la tia Mayor, lo sospechaba yo, y por lo tanto cuando le ví marchar hácia la buhardilla á paso de buey, le seguí sin que me viese, y le he sorprendido con esta cuerda debajo del brazo...

—Ah! ah! dijo Lebrelin con una mueca jocosa que me hizo temblar.

—Hay mas; ha puesto un garfio en el barrote de la buharda para enganchar su cuerda... y por allí tomar las de villa-diego...

—Oh! oh! añadió Lebrelin con un ademan mas grotesco aun que el primero.

—He atado al malvado en la cueva; miren de qué sirve educar á semejantes fulleros! se les enseña un oficio y luego se escapan cuando saben ya trabajar! gritó la tia Mayor, pero voy á...

Lebrelin la detuvo.

—Alto ahí, chiquita! Ya va acos-

tumbrándose demasiado á tus *dulzuras;* chillas mucho, y mas es el ruido que las nueces... yo, á mátalas callando, como un topo en su agujero... doy mis consejitos, y entran mas adentro en el pellejo que tus temblores furiosos... Está en la bodega el pobrecillo Bamboche?

—Sí, y atado sólidamente... aunque me queria devorar.

—Voy á hacerle una visitita, dijo Lebrelin con su dulce voz, y se encaminó á la puerta con paso ligero y calcado, como el de un gato montés que vá á emboscarse para acechar á su presa.

Nunca, desde que estaba con Lebrelin, habia él castigado á Bamboche, de modo que las amenazas y la partida del maestro me helaron la sangre en las venas y temblé por mi amigo.

La tia Mayor llevó mi espanto á

su colmo, cuando ví que paraba á Lebrelin y le dijo en voz baja:

—No vayas á propasarte, eh?

—Tranquilízate, pichona, *no le necesitamos* hasta dentro de quince dias, contestó Lebrelin, no te apures... no oirás nada... no meto ruido yo... nada, nada de ruido...

Y salió repitiendo esas palabras haciendo un gesto indefinible.

—No importa, balbució la tia Mayor, dominada por una cruel inquietud á pesar de su dureza, y olvidando quizás que yo estaba allí, no importa, voy yo tambien con él..... es mas prudente... Lebrelin tiene esta noche en la mirada algo malo.

Y tirando el rollo de cuerda que tenia bajo el brazo, se adelantó hácia la puerta, dejándome sumido en la mas honda desesperacion, pues por mí, por haberme querido proporcionar los medios de escapar-

me, iba á sufrir Bamboche un castigo, que por ser misterioso, me parecia doblemente terrible.

Entonces agarrando á la tia Mayor por el brazo esclamé:

—Yo era el que queria escaparme... para mí habia Bamboche preparado esa cuerda... yo se lo pedí... y yo solo soy el culpable... á mí se me debe castigar.

—Ah! querias escaparte..... tú! No es malo saberlo, dijo la tia Mayor examinándome con atencion, y ese bandido Bamboche te ayudaba... bueno... tal para cual, quereis hurtarnos el oficio que os damos, pero chito... estoy aquí!

Y al decir esto la tia Mayor me dejó en el cuarto de las cabelleras y tras ella cerró la puerta con llave.

Movido por un irresistible dolor me tiré al suelo, llorando á mares, porque me acusaba de ser la causa

involuntaria del castigo de Bamboche.

Pasada esta primer crísis de angustia, escuché para ver si oiria los gritos de mi compañero.

Nada turbó el profundo silencio que reinaba. Me encaramé hasta lo alto de la ventanilla, cuyo enrejado consistia en dos barras de hierro puestas en cruz: nada ví.

Se hizo de noche, y á la hora de cenar oí llamar á la puerta y poco despues la voz de Lebrelin.

—Martincillo..... te acostarás sin cenar y se calmará tu agitacion; mañana llegará el hombre-pez y este nuevo conocido te consolará.

Pasé una noche penible, cien veces peor que la del dia que llegué á casa de Lebrelin.

A cosa de media noche, rendido de cansancio y de pesar, me dormí pero con sueño agitado por mil visio-

nes siniestras; veia á Bamboche sufriendo horrorosas torturas, y oia qne me decia «Martin, Martin, es culpa tuya» y luego en medio de esos sueños espantosos me aparecia la figura monstruosa del hombre-pez, y no podia desasirme de él y de sus crueles mordeduras.

Dos fuertes golpes dados en la puerta, me dispertaron de pronto en medio de esta pesadilla. Era de dia, escuché, y oí á Lebrelin decirme:

—Martincillo, Martincillo, corre, corre... el hombre-pez acaba de llegar, y está esperando á su pequeño servidor.

Y abrió la puerta.

La realidad continuaba tan bien mi sueño que espantado miré á Lebrelin con adéman esquivo, pero recordando súbitamente los varios incidentes ocurridos la víspera, dije:

—Y Bamboche?

—Bamboche? es mas feliz que tú... se cuida, toma el fresco y tiene asueto... por algunos dias.

Luego, despues de unos instantes de silencio, Lebrelin añadió:

—Ah! tú querias escapar Martinillo! no se deja así á papá y mamá... ingrato!

—Dónde está Bamboche quiero verle, esclamé, qué le hicisteis ayer?

Y como por toda contestacion Lebrelin me hizo una mueca sardónica, enseñándome la puerta, me callé, reflexionando que mis preguntas eran ociosas, pero decidido sí, á aprovecharme de la libertad que me concediesen para acercarme á mi compañero.

Cuando llegué al patio con Lebrelin hallé á la tia Mayor, la que con fuerza colosal, ayudaba á un hombre á bajar de un carromato muy parecido á los que emplean los que car-

gan toneles, una caja bastante pesada y de forma singular, donde estaba encerrado el hombre-pez, como lo patentizaba el cartelon en cuyo centro blanco se leian estas palabras escritas con tinta colorada:

EL HOMBRE-PEZ,

pupilo del señor Lebrelin, artista aerobata.

Aquella caja oblonga, bastante semejante á un gran baño cuadrado, cuyos dos lados estuviesen mas bajos, se hallaba cubierta por una especie de capota formada de planchas de hierro. Dos claraboyas circulares y con cristales sin bruñir daban paso á la luz en el interior de la caja, en tanto que en la parte delantera de la capota se veian muchos agujeros destinados á favorecer la circulacion del aire, pero que burlaban toda mi-

rada indiscreta y curiosa.

Debajo de la cobertera hácia la parte posterior de la caja hallábase fijo un embudo que parecia tener por objeto recibir el agua con la cual se llenaba la caja, agua que cuando se queria cambiar, podia verterse segun se quisiera por medio de una fuente colocada en la estremidad inferior de la caja. Cuando esta se halló en el suelo despues de haberla hecho resbalar por los brazos del carromato, el carretero hombre en cuyo rostro se leia honradez y llaneza, y hombre que parecia mirar á su carga con cierta curiosidad y temor, dijo á Lebrelin:

—Paréceme, maestro, que estareis satisfecho de este acarreo? salí ayer y llego hoy, la noche era tan serena que solo he parado á dar un pienso á los caballos: como veis me he tragado veinte y dos leguas en quince horas y....

Lebrelin interrumpió al carretero.

—No habeis, sin duda, cambiado el agua á mi hombre-pez... como os lo han prevenido?

—A mí, señor Lebrelin... no me han hablado de tal cosa.

—Ah! desgraciado! gritó Lebrelin fingiendo un miedo terrible, qué olvido!

—Pero si el señor Bonlingrin, en cuya casa recogí el pez... no... quiero decir el hombre-pez, nada me ha dicho...

—Cómo, no os ha dicho nada?

—No, señor Lebrelin, solo me dijo: tio Lefevre, ahí teneis una caja que encierra un hombre-pez, no necesita nada; le he echado dos carpas y una anguila para comer, y...

Sin dar ya mas oidos á la justificacion del carretero, precipitóse Lebrelin hácia la caja, y pegando su boca á uno de los agujeros que ser-

vian para la respiracion, dijo:

—Leonidas.... pobrecillo.... cómo estas?

Una voz doliente contestó en un principio algunas palabras en idioma desconocido, palabras que nos hicieron todo orejas al carretero y á mí. (Supe despues que era una citacion de Séneca en latin). La misma voz añadió luego pero en muy buen francés:

—Mudar el agua.... mudar el agua...

—Habeis oido, tio Lefevre, dijo Lebrelin al carretero con soberbio ademan; es tan perentoria en él la necesidad de mudar de agua que en un principio lo ha dicho en lengua egipcia!

—Eran palabras egipcias?

—Sí, egipcias puras, del mismo Nilo... Ya sabia yo que él queria que le mudasen el agua, porque es en es-

to delicado como una sanguijuela. Ah! tio Lefevre, añadió el buhonero en tono de solemne reproche: vos sereis quizás causa de una gran desgracia!

Y volviéndose luego á la tia Mayor gritó:

—Venga agua!.. pronto... pronto... agua fresca! podia morir si no.

En tanto que la tia Mayor y yo íbamos á llenar los cubos en el pozo, abrió Lebrelin la fuente y salió abundante agua de la caja.

Tomó luego los cubos Lebrelin y fuélos vaciando uno tras otro parándose en los intérvalos necesarios para que el agua no rebosára.

—Ah! cuánto consuela esto... dijo la voz con espresion de estrema beatitud y sin que se notára en ello el menor deje estrangero. Cuánto consuela.

Algunas palabras latinas siguieron

tambien á esta última esclamacion.

El pobre carretero estaba en sumo grado contrito por haber comprometido involuntariamente la preciosa existencia de un hombre-pez egipcio, y que hablaba el francés con tanta pureza.

—Y eso que hemos andado tanto tiempo costeando el rio! esclamó el carretero con sentido acento; decir que no ignorando que llevaba en la carga á un hombre-pez, no se me ha ocurrido meter mi jaco en el agua para que cubriese todo el armatoste... podia haberle dejado así durante una hora en la corriente, se hubiera podido refrescar mas de una hora ese buen hombre, digo, ese digno pez; es decir, ese digno hombre-pez!... vaya que estoy en bábia...

Apenas hubo el carretero espresado sus tardíos sentimientos, cuando

el habitante de la caja pareció agitarse violentamente como si le hubiera aterrorizado la hidráulica combinacion de su conductor.

—Desgraciado! esclamó Lebrelin dirigiéndose al malhadado carretero, os hubiérais portado á fé.

Inclinándose luego hácia las aberturas de la caja añadió:

—Leonidas... mono mio... estamos mejor ahora?

—Mejor... mejor... dijo la voz, pero al rio nunca... oh! nunca! decídselo al carretero.

—Ese rapaz se ha echado á perder con frecuentar el Nilo, dijo Lebrelin muy ensimismado; no puede estar en otro rio... Aristócrata! añadió dirigiendo la voz hácia la caja.

—Ah! señor Lebrelin dijo el carretero meneando la cabeza, cuánto dinero vais á ganar en todas partes! En todas las aldeas y lugares un gen-

tío inmenso ha ido siguiendo mi carro. Todos decian á porfia, al ver el rótulo: un hombre-pez. Un hombre-pez! debe ser cosa muy curiosa.— Sí amigos mios, les contestaba yo, se lo llevo al señor Lebrelin de quien es propiedad, y como él volverá por aquí con su cuadrilla vereis al hombre-pez... y...

Interrumpió Lebrelin al carretero.

—Has pasado por Sain-Genet? le dijo.

—Sí, maestro.

—Y mi encargo?

—Remití la carta. Ay maestro! se me despedaza el alma! el pobre carretero está muriéndose.

Híceme todo oidos al oir estas últimas palabras, pues completó sus revelaciones diciéndome el nombre del lugar en que vivia el infeliz padre de Juanita, la futura Vascona de la compañía.

—Segun esto, el carretero está muy malo! esclamó Lebrelin no pudiendo disimular su alegría. No me engañaba su muger en la carta que me escribió, y dí, vistes á la muger?

—Sí, enferma siempre, y tambien en cama. Ah! maestro, despedaza el corazon ver á aquel padre y madre, circundados por un rebaño de niños, cubiertos de harapos y muriéndose de hambre.

—Ya lo ves, el carretero está muribundo, repitió Lebrelin con reflexivo ademan mirando á la tia Mayor.

—Eso te prueba que debemos salir de aquí cuanto antes, repuso la hercúlea muger.

—Sí, sí, cuanto antes mejor, contestó Lebrelin.

Esa determinacion del buhonero me causó inesplicable gozo; seria tan dichoso Bamboche al saber que presto veria á la Vascona! No ví

desde entonces el momento de ir en busca de mi compañero á fin de participarle tan feliz nueva.

Dirigiéndose Lebrelin al carretero, le puso algun dinero en la mano diciéndole:

—Vamos! toma, para tí; ya tus caballos han descansado, véte.

—Oh! oh! maestro, yo no me marcho así, necesito dos cosas antes, contestó el carretero.

—Qué cosas?

—En primer lugar, maestro, quisiera ver á Bambochito, á ese monito, malo como él solo, pero á quien á pesar de su malignidad, yo quiero.

—Bamboche está durmiendo, contestó rudamente Lebrelin.

—Qué le haremos; lo siento; la segunda cosa es: una propina.

—Juré en el lecho de muerte de mi abuela, no dar jamás la menor propina.

—Esperad pues, maestro; os pido como propina que me dejeis mirar un minuto al hombre-pez; he procurado muchas veces verle durante el camino mirando por los agujeros, pero no he visto nada.

—Cuando vayamos á d'Apremont, te daré una entrada gratis, el dia siguiente al de la última representacion.

—Pero maestro...

—Vaya! te burlas de mí? Tampoco te harias tú lenguas para contar en todos los pueblos del tránsito cuanto vieras en el hombre-pez! y como hay tunos que se contentan de haberlo visto por ojos agenos me harias un corte atroz á mis ganancias.

—Os juro, maestro, que...

—Baste ya, repuso Lebrelin; has prevenido en las aldeas que cuando pase compraré pelo?

—Sí, sí, dijo el carretero ahogan-

do un suspiro, viendo su curiosidad burlada. He dicho que hariais vuestra cosecha, insigne segador de cabellos, y que este año como hay escasez por lo caro del pan, tendreis cabelleras á pote y por poco dinero.

—Vamos, véte, y feliz viage, dijo Lebrelin indicando con el índice la puerta al carretero.

—Así pues, maestro, no quereis?...

—Te irás? repuso Lebrelin dando una patada.

A corto rato giraban sobre sus goznes las pesadas puertas y quedamos solos Lebrelin, la tia Mayor y yo junto á la misteriosa caja, cárcel del hombre-pez.

A pesar de la vivísima inquietud que sentia respecto á la suerte de Bamboche, á pesar de la preocupacion que me causaba mi deseo de verle, á fin de comunicarle la próxi-

ma llegada de Vascona, confieso que habia en mí aguijoneante curiosidad por saber quién fuese aquel estraño personage, á quien segun las órdenes de Lebrelin yo tenia que prestar muy asíduos cuidados.

X.

UN PREMIO DE HONOR.

Habiendo sin duda oido el hombre-pez que las puertas del corral acababan de cerrarse, dijo con voz tímida que parecia salir de los agujeros:

—Puedo salir ahora?

—Espera, dijo Lebrelin, es tan curioso ese pícaro carretero que es capaz de enca-

armarse por cima del carro á fin de mirar por la parte superior de la puerta ó de pegar sus ojos á la cerradura. Tia Mayor, vete arriba y mira si se aleja.

Apresuróse á obedecer el alcides-hembra, desapareció por una de las puertas y presto se la vió en una ventana de la buhardilla, desde la cual siguiendo con la vista la carreta dijo:

—Ya no hay cuidado... el tio Lefevre está lejos... acaba de volver la esquina de la tapia...

—Vamos, Leonidas.... puedes tomar el aire, dijo Lebrelin al hombre-pez abriendo la caja.

Las palpitaciones de mi corazon fueron sumamente rápidas en aquel momento, la curiosidad y el temor lo agitaban á la vez; iba por fin á contemplar el misterioso fenómeno.

Levantóse á poco la cobertera del armatoste.

Un hombre bajito salió lenta y penosamente de lo interior como si tuviese los miembros entumecidos por un embotamiento prolongado. Lo que me chocó en un principio, fué ver completamente seca la especie de largo hábito ó saco sin mangas en que se hallaba embozado aquel personage; trage que ocultaba completamente sus brazos; esperaba verle por lo contrario salir chorreando, pues traia á mi memoria los dos ó tres cubos de agua que Lebrelin habia echado en el embudo que comunicaba con la caja.

Leonidas-Tiburon (este era su nombre, nombre enteramente predestinado) parecia tener unos veinte y cinco años; facciones irregulares y grotescas, reproducidas tales cuales ellas eran, se hubiesen parecido á un mamarracho trazado por una mano inesperta; su ojo derecho y el pár-

pado superior, medio cerrado casi siempre, á causa de un defecto físico, se hallaba colocado mucho mas alto que el ojo izquierdo constantemente abierto. De semejante configuracion resultaba la mirada mas original que darse pueda. La punta de la espaciosa y larga nariz de Leonidas, en vez de ser perpendicular á su raiz, cargaba en sumo grado en la megilla izquierda; incorreccion grave que le hacia la boca ridícula, aunque estuviera como estaba en su lugar á corta diferencia, y muy marcada por dos lábios gruesos bajo los cuales huia bruscamente la barba; tenia la cabeza enorme, poquísimos cabellos de color castaño mate sin el menor reflejo; algunas matas de pelos esparcidos y distantes entre sí, asomaban sus puntas por entre un cútis escrofuloso, cruelmente surcado por los hoyos de las viruelas.

Habia tanto candor y timidez en aquel rostro de fealdad, sumamente ridícula, que en vez de escitarme risa la vista de nuestro nuevo comensal me inspiró cierta especie de interés.

—EGO ET ANIMAL SUM ET HOMO, NON TAMEN DUOS ESSE NOS DICES (1). *Soy hombre y animal á la vez sin que se pueda decir que soy dos.*

Tal fué la cita latina con la cual nos saludó el hombre-pez, Leonidas-Tiburon, en cuanto salió de su fingida piscina.

Es inútil decir que en aquella época de mi vida, no distinguia siquiera las palabras que Leonidas pronunciaba; oí tan solo incomprensibles sonidos; pero como luego, en el curso de mi vida aventurera, encontré en varias partes á Leonidas-Tiburon, siempre en condiciones no menos di-

(1) Cartas de Séneca, CXIII.

versas que raras, y hemos mencionado tantas veces nuestra primera entrevista en casa de Lebrelin, que he sabido lo que significaba aquella cita tomada de Séneca, autor favorito del hombre-pez, quien mas que otro alguno debia practicar la estóica filosofía de su maestro.

Encuentro en los papeles el fragmento de una carta que Leonidas me escribió. A pesar de la ínfima posicion en que entonces me hallaba, creia poder asegurar á mi antiguo compañero una posicion mas feliz y mas decorosa.

En esa carta destinada á darla á leer á otra persona, presentaba Leonidas con la franqueza mas llana las causas que le habian conducido á aceptar y desempeñar su papel de hombre-pez.

A continuacion pongo este fragmento, él dará á conocer y hará es-

timar al nuevo personage, que mas de una vez encontrará el lector en el curso de las presentes memorias.

XI.

FRAGMENTO DE UNA CARTA DE LEONIDAS-TIBURON.

«.... ABIA nacido yo para sastre, y todo me dice que hubiera sido buen sastre; no lo quiso mi ambicioso padre; respetemos su memoria... porque era el corazon mejor del mundo, si bien la mollera mas obtusa, mi querido Martin.»

«Servia el autor de mis dias de «portero en casa de M. Raymond, «director de un colegio sito en el «*boulevard* Monte-Parnaso (donde «se pueden tomar informes). Mi tio «pobre sastrecillo de buhardilla vivia «cerca del colegio y arreglaba los «destrozados vestidos de los pupilos; «cuando yo le llevaba alguna ropa «para componer, y le veia manejar «diestramente la aguja con las pier-«nas cruzadas encima de su banque-«ta, trabajando en su habitacion, «muy caliente en invierno, merced á «una estufa de zinc, y fresca en vera-«no por la frescura del *boulevard*, no «hallaba mi cálculo condicion mas «feliz; el chis-chis de sus enormes ti-«jeras de acero, cortando á diestro y «á siniestro en una pieza entera de «paño, semejante á un buque que «corta las ondas del inmenso mar, y «el ver los ovillos de hilo de todos co-

«lores me llenaban de alegría ines-
«plicable; pero la admiracion que há-
«cia mi tio sentia, rayaba en venera-
«cion y casi en fanatismo cuando me
«devolvia, en apariencia, vírgen de
«toda rotura, los pantalones de un
«discípulo de primer año de latin...
«que es cuanto decir se pueda, te-
«niendo en cuenta el estado en que
«yo se lo habia llevado.»

«Debo tambien confesar que la
«inmovilidad corpórea á que suje-
«ta esa hermosa profesion, profesion
«que transforma los harapos tan ma-
«ravillosamente, me seducia en gra-
«do sumo; porque yo débil é indo-
«lente cual soy, ódio el movimien-
«to; un presentimiento secreto me
«decia ademas que siendo moralmen-
«te muy tímido y fisicamente muy
«feo, de fealdad ridícula y necia,
«con un ojo colgado en las nubes y
«otro en los infiernos, dejando á

«parte mi larga y torcida nariz, po-
«dria tener todas las mencionadas ir-
«regularidades sin que estas hicieran
«mal tercio al oficio de sastre... ni á
«la confianza que pudiesen tener en
«mí los parroquianos.»

«A pesar de tan felices disposicio-
«nes, la fátua vanidad de mi padre
«dió en tierra con mi lisonjero por-
«venir... ET FICUT ET FACTA ISTA
«SUNT! *(y tales cosas se cometen y se
«cometerán siempre!)* como dice... el
«divino Séneca.»

«Era en la noche del dia en que se
«habian distribuido los premios en
«el colegio; habia mi padre visto pa-
«sar por la portería tantos discípulos
«coronados, y llevando debajo del
«brazo hermosos libros lujosamente
«encuadernados; habíale exaltado
«tanto la música que egecutaba sus
«tocatas despues del nombramiento
«de cada uno de los premiados, y fi-

«nalmente, le habian herido de tal «modo las palabras del Excmo. señor «ministro de Instruccion pública, «quien se dignó honrar con su pre- «sencia la ceremonia, prociamando «él mismo á los jóvenes candidatos «GLORIA DE FRANCIA, que aquella «misma noche rogó mi padre á «Mr. Raymond me tomára por ca- «ridad en su casa á fin de hacerme «seguir los estudios necesarios para «entrar en los rudimentos latinos al «siguiente año, á pesar de mis sen- «timientos y de mis miras constante- «mente dirigidas hácia el pequeño «establecimiento de mi pobre tio, el «sastre. Mr. Raymond que no tenia «por otra parte mas que motivos de «deferencia de mi padre, me confió «á un pasante y desde entonces em- «pezó mi educacion universitaria.»

«Desgraciadamente, en razon di- «recta de mi rostro ridículo, timi-

«dez, cobardia y condicion social de «hijo de un portero, Ay! llegué á «ser en pocos años discípulo bueno, «escelente, estraordinario...»

«No tomeis lo que acabo de decir «por un sofisma, querido Martin; es- «carnio, mofa y blanco de mis com- «pañeros, quienes me habian tomado «por hazme-reir, dirigí todo mi co- «nato en hacer grandes progresos, á «fin de ser algun tanto protegido por «los profesores, y procuraba ser «el *primero* muchas veces, para con «esto hallarme tan lejos como mis «fuerzas me permitieran de los ban- «cos inferiores ocupados general- «mente por los *chiquillos ricos*, mis «mas encarnizados perseguidores, en «su calidad de *reácios* y *alborotado- «res*.»

«A tener yo la menor vanidad, «presto me hubieran hecho caer de «mi empíreo esos *ricos*, pues pla-

«cíanse en hacerme dar de rondon «en el suelo, cruzando sus piernas á «lo largo cuantas veces subia yo á «ocupar el sólio en las primeras gra- «das.»

«Uno de los dias mas aciagos de mi «vida fué uno que estando en primer «año de latinidad, hirió los aires mi «nombre por la vez primera salien- «do del aparato construido en el pa- «tio del colegio de Luis-el-Grande. «para la distribucion de premios.»

—«*Leonidas-Tiburon!* gritó con «voz de stentor el regente encarga- «do de nombrar á los premiados.»

«A nombre tan singular, contestó «una carcajada general y la banda «militar estrepitosamente con la mú- «sica de la romanza cuyo primer ver- «so es: *Eres bella cual ninguna.*»

«Hallábame yo sentado en el ban- «co donde estaban los demas discípu- «los de mi colegio. Apenas hirió a-

«quel llamamiento mis oidos, sobre-
«cogióme el espanto con solo pensar
«que debia atravesar aquella lujosa
«multitud, subir al entarimado al son
«de mil instrumentos y..... vamos,
«hubiera consentido en dejarme ha-
«cer añicos, antes que salir de mi
«asiento.»

«Leonidas-Tiburon! repitió el
«censor con voz mas fuerte aun. La
«hilaridad aumentó y el acompaña-
«miento musical fué en *crescendo*.
«Perdiendo enteramente los estribos
«entonces, echéme á gatas debajo
«del banco, en el momento en que la
«música se interrumpia de pronto.»

«Tiburon está aquí..... escondido
«debajo del banco.»

«Gritó uno de mis compañeros...
«un verdadero *reácio* como lo pre-
«sumireis. A estas palabras que so-
«bresalieron chillonas en medio del
«repentino y profundo silencio que

«habia, volviéronse todos los espec-
«tadores hácia donde yo estaba; ví
«mucho movimiento á mi alrededor,
«unos reian, otros chillaban, y los
«mas llamaban á Leonidas-Tiburon
«en todos los tonos mas burlescos,
«con los epitetos mas estrambóti-
«cos... Cogiéronme dos de mis com-
«pañeros por los piés, mas yo me
«defendí como un leon pegando hor-
«ribles aullidos; crecian progresiva-
«mente las burlescas risas, y tomaba
«el lance todos los visos de un escán-
«dalo; á fin de impedir que aquello
«pasase adelante, el censor me dió
«por *ausente*. Prosiguió la distribu-
«cion sin mas incidente que el de
«renovarse la hilaridad, cuando se
«me nombró por dos veces mas, pues
«habia ganado dos primeros premios
«y un segundo.»

«Cuanto acabo de decir no es mas
«que ridículo, pero lo que sigue

«sube de algunos puntos mas.»

«Al volver de la distribucion «mandóme pasar á su despacho mon- «sieur Raymond y despues de algunas «reconvenciones llenas de indulgen- «cia sobre mi invencible timidez, «me dijo:»

«Vos, Tiburon, debeis ser y sereis «la honra de mi establecimiento; de «hoy en mas ya no os considero co- «mo á un discípulo, sino como á hijo «mio; yo mismo seré vuestro maes- «tro y comereis en mi mesa.»

«Mi otro padre.... el tio Tiburon, «que apenas de vuelta me habia vapu- «leado de lo lindo, padre querido! «para enseñarme á no dar tales feos «á su paternal orgullo, estuvo á pi- «que de morir de gozo al saber las «bondades de Mr. Raymond. Os he «dicho que estas bondades eran fero- «ces, vais á juzgar de la verdad de mi «aserto.»

«Desde el dia en que pasé á ser el «discípulo favorito de Mr. Raymond «fuí para él un anzuelo, una divisa, «un reclamo viviente destinado á po- «ner en candelero su institucion, por «la fama de mis estraordinarios cono- «cimientos y premios; atribuidos ne- «cesariamente á la escelente educa- «cion que se debia recibir en el cole- «gio de Mr. Raymond.»

«Habia constantemente huido de «las *recreacciones*, las cuales á pesar «de la protectora vigilancia de los «profesores, no eran para mí mas que «horas de tribulaciones de todas cla- «ses. Pasaba pues el tiempo desocu- «pado metido en la porteria, refu- «gio inviolable, en donde no sabien- «do que hacer, estudiaba. Pero en «cuánto fuí discípulo de Mr. Ray- «mond no solamente continuaba tra- «bajando, mientras las *recreaciones*. «sino que tambien los domingos, dias

«festivos, acostándome á las doce y «levantándome á las cinco; para mí «ni vacaciones habia; trabajaba sin «reposo noche y dia. A causa de esa «contínua tension de espíritu, me ha- «llaba casi siempre atacado por agu- «dos dolores de cabeza, pero no me «atrevia á confesar este mal, lo so- «brepujaba y proseguia trabajando á «pasto.»

«En una palabra, digámoslo así, «Mr. Raymond me ponia en un in- «vernadero, á fin de sacar de mí, por «medio de un estudio forzoso, cuan- «tos frutos precoces podia dar mi «jóven inteligencia. Aquel buen se- «ñor creia sin duda que á los dos ó «tres años, se marchitaria aquella «planta estenuada por tan apresura- «da produccion; esto le importaba «un comino á Mr. Raymond con tal «que produgese efecto en el público; «débil y delicado como resistia yo á

«aquellos trabajos exagerados, á «aquellos sufrimientos físicos casi «contínuos? No sé. Pero seguí flo- «reciendo mas y mas cada año esco- «lar, y á doblarme bajo el peso de «las palmas universitarias.»

«Triunfaba Mr. Raymond; todos «los años se leia en los periódicos el «siguiente y triunfante reclamo:

«El colegial Leonidas-Tiburon que «acaba de obtener aun este año, tres «premios en la grande oposicion y «cinco en el colegio de Luis-el-Gran- «de, pertenece al famoso colegio de «Raymond, sito en el Boulevard «Monte-Parnaso. Es inútil recomen- «dar tan escelente casa de educacion «á la solicitud de los padres etc...»

«No se os ocultará mi querido «Martin, que tenia rara vez tiempo «para pensar lo que de mí harian; «pero cuando por casualidad me su- «cedia era para hacerlo con amargo

«sentimiento de el establecimiento «de mi tio, pobre sastrecito; por- «que lo que llamaban mis triunfos «distaban mucho de trastornarme el «cerebro; no me hago el modesto, «habíame prometido á mí mismo (y hasta entonces habia cumplido tercamente mi promesa) no arrostrar ja- «mas el triunfo de la *coronacion* en «público; cuando llegaba la distribu- «cion de premios se me daba siempre «por ausente, renunciando de esto «modo á la sola recompensa que hu- «biera podido causarme algun vérti- «go de orgullo. Así despojados mis «lauros de todo prestigio y reducidos «á su mas simple espresion, se reasu- «mian para mí á golpes, palizas, bur- «las y otras demostraciones de la «celosa animadversion de mis condis- «cípulos, quienes á pesar de la pro- «teccion de que se me rodeaba, halla- «ban siempre medios de tomarme

«por su cuenta; ademas, como mi ti-
«midez, rudeza, cobardia y concien-
«cia de mi ridícula fealdad me volvian
«muy salvage y muy huraño, se me
«creia orgulloso por mis conocimien-
«tos, y de ahí nacia el llover siempre
«sobre mí puñadas y golpes á la me-
«nor ocasion propicia.»

«Y sin embargo Martin (lo que me ha hecho tener en algo mi buen sentido) á pesar de mis coronas á doce-
«nas, y de reconocerme escelente
«educando..... me encontraba since-
«ramente muy asno..... El peor de
«los reacios tenia en la conversacion
«mil veces mas chispa, iniciativa y
«fluidez que yo.»

«En sacándome de mis traduccio-
«nes del latin al frances ó del fran-
«ces al griego ó latin, ejercicio mo-
«nótono y esteril, en el que todo es
«cual la penosa evolucion de la ar-
«dilla en su jaula; en sacándome de

«estas pesadas tareas que prolongá-
«das durante siete ú ocho años ador-
«mecen, embotan ó apagan las mas
«veces cuanta viveza, penetracion y
«talento existe en la inteligencia de
«los niños y de los adolescentes era
«yo verdaderamente estúpido.»

«Tuvo Mr. Raymond dos ó tres
«veces la pobre idea de quererme
«presentar á mí, su *fenómeno*, en
«pequeñas reuniones de amigos. Es-
«taba en ellas atontado, incapaz de
«tomar parte en una conversacion
«cualquiera á menos de tratar sobre
«autores latinos y griegos, y de la
«mas ó menos feliz apropiacion del
«idioma frances para espresar fiel-
«mente el testo..... y aun en eso ti-
«tubeaba sin poder llegar á produ-
«cir mis ideas con lucidez. Fuera
«de los mencionados asuntos, me
«volvia tan completamente idiota,
«que poco tardó Mr. Raymond en

«fastidiarse de mi clásico indivi-
«duo.»

«Alhagábame mucho esta esclu-
«sion, y si hubiese podido sentirla,
«hubiérame consolado de mi necia
«timidez diciendo con el divino Sé-
«neca: *Sed semel hunc vidimus in be-*
«*llo fortem, in foro timidum* (vése
«muchas veces al hombre valiente
«en la guerra y tímido en el foro).»

«Cuántas pruebas pudiera enume-
«rar, oh! Martin, sobre mi necia in-
«capacidad!... ahí vá una... entre...
«mil.»

«Habia ido mi padre á pasar algu-
«nos dias en Normandia, y como le
«queria mucho, quise escribirle una
«carta. Hice veinte borradores tan
«ininteligibles y necios unos como
«otros. Estaba de tal modo acostum-
«brado á vivir únicamente con las
«palabras y pensamientos de los
«otros, que me fué preciso renunciar

«á espresar mis sentimientos con pa-
«labras mias con frases mias.»

«Por un contraste asaz chistoso el
«mismo dia en que yo habia renun-
«ciado á escribir á mi padre, recibí
«carta de un reacio de la pension.»

«Participábame el *reacio* en su
«misiva, que en mi calidad de co-
«barde, adulador... (cobarde, oh! si,
«pero adulador... no hubiera osado
«serlo nunca) y discípulo muy ins-
«truido, le era sumamente desagra-
«dable mi persona, que le atacaba
«singularmente los nervios, y en una
«palabra, que yo le *cargaba*; y que
«si en adelante no me arreglaba de
«modo, á estar en la cola algunas
«veces, *como todo el mundo* (aña-
dia el reacio) podia tener por muy
«segura, á pesar de mis protectores
«la soba mas linda, y á gozar á sa-
«bor de la paliza mas abundante
«que hubiera jamás medido las car-

«gadas espaldas de un discípulo *de-*
«*masiado bueno.*»

«No espreso mas que la sustancia
«de la carta, mi querido Martin, pe-
«ro era un escrito que rebosaba
«chispa é imaginacion; en toda mi
«vida hubiera escrito yo una carta
«como aquella.»

«Terminábala el reácio proponién-
«dome, si es que yo era bastante
«noble para no abusar de mi posi-
«cion, de *apostar á quién comete-*
«*ria mas barbarismos en la próxima*
« *composicion para los premios*, único
«medio, decia, de nivelar las armas
«entre nosotros.»

«Ese audaz y cínico desprecio de
«la *composicion para los premios*, lo
«mas sagrado de la religion univer-
«sitaria, me pareció monstruoso, a-
«quel reácio se me figuró un sacríle-
«go; soñaba yo que se le quemaria
«á guisa de auto de fé en una pira

«compuesta de todas sus composi-«ciones de castigo que formaban una «montaña, tantas eran. Disperté de «mi estupor pidiendo que se le per-«donára... y que se abandonase al «desgraciado á sus vengadores re-«mordimientos!»

«Pero hay naturalezas indómitas. «Aquel reácio debia llenar la medida «de sus crímenes, fumando anis en «una pipa y dando (no acierta uno á creerlo) un grandísimo puntapié en «el vientre al señor censor, quien le «habia roto dicha pipa entre los dien-«tes.»

«Con el andar del tiempo he vis-«to el nombre del reácio (á quien vos conoceis, Martin, puesto que habeis sido criado suyo) figurar en «letras encarnadas tamañas de un «pié, detras de los cristales de todos «los gabinetes de lectura. Ha llega-«do á ser uno de nuestros poetas

«mas célebres... Y yo *ehu miser!* (ay mísero!) en quien S. E. el mi-«nistro de Instruccion pública veia «una de las glorias futuras de la «Francia, me he visto precisado á «abdicar mi dignidad para conver-«tirme en hombre-pez...»

«Sin embargo, ya fuera de la vi-«da de *humanidades*, he aprendido, «con la esperiencia, á espresar bien «ó mal mis ideas, y puedo ahora es-«cribiros una carta cual la presente, «mi querido Martin, cosa que me «hubiera sido completamente impo-«sible en la época de mis mas bellos «triunfos escolares...»

«Añadiré algunas líneas mas, á fin «de llegar á nuestra primera entre-«vista... (hace ya quince años) en «casa de ese odioso saltimbanquis «llamado Lebrelin, donde os encon-«tré muy de niño; con esa *ligacion* «sabreis la historia de toda mi vida.»

XII.

CONTINUACION DE LA CARTA DE LEONIDAS.

«Os lo he dicho ya, mi que-
«rido Martin, Mr. Raymond triun-
«faba en mí y triunfaba con fruto;
«afluian pensionistas á su estableci-
«miento y mis obstinados lauros te-
«nian una pequeña parte en aquella
«afluencia; pero no carecian de preo-
«cupaciones los triunfos de Mr. Ray-
«mond.

«Concluia entonces yo la retórica.
«Desde el funesto dia en que me ha-
«bia escondido debajo del banco an-
«dando á gatas á fin de libertarme de
«la coronacion, ni mi padre, ni mis
«profesores, ni el mismo Mr. Ray-
«mond habian podido vencer mi ter-
«ca y negativa resolucion respecto
«á una ovacion pública con acompa-
«ñamiento de banda militar y de
«abrazos ministeriales, episcopales,
«municipales y otros.»

«Mi obstinada modestia satisfacia
«por un lado á Mr. Raymond; por-
«que si por mis lauros era yo el re-
«presentante mas ilustre de su casa,
«hubiera sido, físicamente hablando,
«el mas despreciable y grotesco
«representante de su colegio, y
«cualquiera sea la circunstancia, lo
«ridículo es peligroso siempre.»

«Conocia perfectamente monsieur
«Raymond cuanto acabo de decir;

«y tal era el débil obstáculo que im-
«pedia á aquel digno sibarita de des-
«cansar voluptuosamente en mis
«triunfos; si hubiera sido posible
«hacer salir en mi lugar en el enta-
«rimado de la Sorbona á algun reá-
«cio descarado, rico, apuesto y her-
«moso, como lo son todos estos des-
«dichados! el triunfo de Mr. Ray-
«mond hubiera sido completo. Pero
«esta substitucion en los individuos,
«era una cosa muy grave y fué preci-
«so ni pensarla siquiera.»

«En esto y á fines del año escolar
«cayó enfermo mi pobre padre de
«una enfermedad de languidez. Igno-
«ro por qué, ni cómo tuvo la maldi-
«ta idea de pedirme por favor que le
«hiciera gozar del espectáculo de mis
«próximos lauros, porque ya no se
«ponian en duda; se consideraba des-
«de mucho tiempo, que entrar yo
«á optar era ganar los premios; tra-

«tábase del premio de *honor*.»

«Segun mi padre, la sensacion que «resentiria viéndome *marchar en mi* «*gloria*, daria por fruto una revo- «lucion feliz en la enfermedad que «le sojuzgaba; por desacertada que «fuese tal idea, llegó á ser muy «pronto en mi padre fija, una mo- «nomanía; en cuanto yo me negaba, «lloraba de un modo tan cruel, y «parecia ser tan feliz, y me atrevo á «decir á estar tan *curado* á la menor «esperanza, que algunas veces le ha- «cia entrever vencido por su dolor, «que á pesar del terror que me infun- «dia una ovacion pública.. resigné- «me y prometí...»

«A esta promesa saltó del lecho «donde yacia cerca de dos meses sin «poder menearse, y echándome los «brazos al cuello esclamó:»

—«Tú me devuelves la salud, Leo- «nidas.»

«Un pensamiento horrible asaltó «mi espíritu en el momento de la «composicion... trage á mi memoria «la sacrílega proposicion del reácio «de *apostar á barbarismos;* sí, Martin, «pensé por un momento en hacer un «discurso latino tan pésimo, que no «me quedára ninguna probabilidad «de éxito; de este modo me libertaba «de la temida ovacion pública... pe- «ro retrocedí ante semejante baje- «za.....»

«Llegó el dia fatal, *omnia patien- «ter ferenda* (fuerza es sobrellevarlo todo con paciencia) me dije para «mi coleto, endosando la única casaca «de mi padre, la casaca de grande «ceremonia (mi tio el pobre sastre- cillo habia muerto; á no ser así qué hermoso frac de finísimo paño me hubiera hecho!). Aquel frac de- «masiado pequeño para mí y cuyas «mangas me llegaban apenas á los

«puños, hacia parecer mis manos «dos veces mas grandes y coloradas «de lo que realmente eran; llevaba «al cuello una corbatita con las dos «puntas bordadas, arrollada como «cuerda; un chaleco rayado de color «problemático, cortado de alguna sa- «ya de mi difunta madre; un panta- «lon estrecho de mahon blancuzco «que me llegaba al tobillo; calcetas «de lana negra y zapatos de pensio- «nista *de limosna* (los de los carrete- ros son escarpines en parangon): «añadid á semejante vestimenta el «rostro tímido y espantado que me «habeis visto, mi querido Martin, y «vedme acompañado de Mr. Ray- «mond y de mi padre, quien segun «decia, recuperaba el vigor de quin- «ce años, subir á un coche simon pa- «ra ir al suplicio... es decir á la Sor- «bona, donde se distribuyen los pre- «mios del grande *concurso*.»

«Tengo el derecho de haber sido y «ser cobarde toda mi vida, porque «manifesté aquel dia un valor he- «róico.»

—«Leonidas... dijo mi padre a- «pretándome la mano en el momen- «to de separarnos para ir á tomar «asiento en los bancos reservados «para los candidatos; Leonidas..... «tendrás miedo?»

—«El que tuvo Leonidas en las «Termópilas..... contesté con fie- «reza.»

«Y dicho esto me senté.»

«No habia comprendido mi padre «la alusion, pero mi rostro le tran- «quilizó.»

«Dióse el primer premio á un tal «Adrian Borel, del colegio de Carlo- «Magno. Estoy seguro de que yo lo «hubiera obtenido sin la preocupa- «cion en que me habia sumido la fa- «tal promesa que hice á mi padre;

«adjudicóseme el segundo premio de «honor, y despues de la fórmula de «costumbre, la voz fatal aclamó:»

—«Leonidas-Tiburon!»

«Y la música contestó con la mar- «cha de *Hernan-Cortés*.»

«Un murmullo sordo de curiosidad «acogió mi nombre; las grandes no- «ticias se comunican con rapidez «eléctrica; sabiase ya (cómo se sa- «bia?) que el famoso discípulo del «colegio de Mr. Raymond que, de- «jándose vencer por exagerada mo- «destia, habia hasta entonces eludido «triunfos tan lisonjeros, consentia por «fin en ser coronado públicamente.»

«En cuanto oí mi nombre, pro- «nunciado al son de los instrumen- «tos retumbantes, se me fué la vis- «ta, zumbáronme horriblemente los «oidos; pero me dije: valor... mi pa- «dre me observa...»

«Hecha esta reflexion, me levanté

«y anduve audazmente hácia la iz-
«quierda..... debia tomar á la dere-
«cha.... Una mano compasiva me hizo
«dar media vuelta y alguien me dijo:
«sigue de frente.»

«Seguí la hilera de los bancos.»

—«A la izquierda ahora! me gri-
«tó el mismo implacable acento.»

«Volví á la izquierda y me hallé
«en el vasto espacio que separando
«la sala en dos partes, conducia al
«entarimado. Dirigíme á él sin pes-
«tañear, ni mirar al suelo ni á lado
«alguno, como si atravesára una tabla
«colocada á guisa de puente para sal-
«var un precipicio..... Habia tomado
«por único ojetivo la esplendente to-
«ga de S. E. el gran ministro de la
«universidad.»

«Guiado por aquella especie de es-
«trella polar, llegué por fin á los
«primeros escalones del estrado; pe-
«ro los subí con tamaña precipitacion,

«ó mas bien tan preocupado, que en-
«redándose mis piés en la alfombra,
«dí conmigo en mitad de la grada; mi
«azorada fisonomía, mi ridícula vesti-
«menta, el conjunto de nombres sin-
«gulares que me daban á conocer, ha-
«bian dispuesto á todo el auditorio á
«la mayor hilaridad, y mi caida fué la
«señal de una esplosion de generales
«carcajadas.»

«Estuve heróico en aquel momen-
«to, pensando en la angustia que a-
«quel incidente debia producir á mi
«pobre padre; levantéme valerosa-
«mente arrostrando las risas; lleguê
«por fin al entarimado, y me precipi-
«té con los ojos cerrados, en los bra-
«zos del gran maestre, quien lejos
«de aguardar ósculo tan brusco,
«se preparaba á colocar en mis sienes
«la corona de hojas de encina; logrólo
«sin embargo aunque bastante emba-
«razado por mi intempestivo abrazo;

«mas ¡oh fatalidad! la corona dema-
«siado ancha se me coló hasta los
«ojos, ocultándolos enteramente bajo
«su espeso follage; en vez de qui-
«tarmela se me fué la cabeza, estendí
«las manos maquinalmente y lo de-
«mas de la ovacion se trocó para mí
«en una especie de *gallina-ciega*. Mil
«gritos de *adivina quién es!* retum-
«baron por todas partes dominando
«la hilaridad; tuve en fin la *dicha* de
«caer tan violentamente desde lo alto
«del entarimado al suelo de la sala,
«en mis azoradas evoluciones, que el
«golpe me dejó sin sentido.»

«Esa caida fué en efecto una *dicha*
«para mí, querido Martin, porque el
«desenlace, un si es no es grave, de
«tan burlesca escena, hizo que se
«compadecieran de mí; como duró
«poco mi parasismo, tuve la escelente
«idea de fingir que seguia aun, y de
«dejarme transportar fuera del salon

«con el rostro lleno de sangre, mer-
«ced á una herida poco peligrosa; así
«pude oir por todas partes cuando yo
«pasé toda clase de palabras llenas de
«interés ó compasion.»

«Pobre diablo!... decia uno, por un
«miserable premio de honor..... es-
«taba tonto si cabe... pero es lástima
«que haya dado semejante porrazo.»

—«Yo, decia otro, siento que no
«haya durado mas la gallina ciega se
«me figuró que iba á coger al obispo
«por la cabeza.»

—«Ah!... ah!... es verdad! aña-
«dia otro, no puedo acordarme de
«ello sin reir... etc. etc.»

«Tiernas pruebas de solicitud que
«me acompañaron hasta la puerta de
«la valla.»

. . . . . .

«Ocho dias despues de mi último
«*triunfo*, perdí á mi pobre padre; el
«pesar que le causó en un principio

«verme escarnecido, y el susto lue-«go, cuando me vió llevar en brazos «con el rostro lleno de sangre, causa-«ron en él una revolucion tal, que el «infeliz sucumbió.»

«Mr. Raymond, hombre hábil, «habia vendido su casa de educacion «en el momento en que habia llegado «á un punto del que solo podia de-«caer, y mientras yo asistia á mi pa-«dre en sus postreros momentos habia «instalado Mr. Raymond á su sucesor «y salido para Turena, donde contaba «descansar para siempre de sus tra-«bajos; solo recibí de él cuatro ren-«glones en los cuales me decia que, «temiendo distraerme de las penosas «preocupaciones que me detenian al «lado de mi padre, partia de París «sintiendo mucho no verme, pero «que me habia eficazmente recomen-«dado á su sucesor.»

«En suma, ya no servia de nada

«á Mr. Raymond y se daba el para-
«bien de haber hallado aquella oca-
«sion de desentenderse de mí.»

«Sumamente cortas y sencillas fue-
«ron mis relaciones con el nuevo di-
«rector; era este un hombre frio, en
«estremo fino; pero, segun me pare-
«ció, odiando alimentar ilusiones y
«marchando sin rodeos á sus fines.»

«Hé aquí el lenguage con que me
«habló, á corta diferencia.»

—«Mi querido señor Tiburon, vos
«fuisteis el mejor alumno del cole-
«gio, acabaron ya vuestros brillantes
«estudios y la muerte de vuestro pa-
«dre os deja enteramente dueño de
«vos mismo. Sin embargo, si no juz-
«gais conveniente salir ahora de esta
«casa cuya gloria y orgullo fuisteis,
«me consideraré muy feliz en proba-
«ros mi estimacion á vos, uno de los
«mas instruidos alumnos de la uni-
«versidad, ofreciéndoos cama y mesa

«en el colegio, durante... quince «dias... pasados los cuales, mi que- «rido señor Tiburon, creed que mis «deseos de prosperidad os acompaña- «rau en la carrera que juzgueis opor- «tuno seguir.»

«A las palabras: *seguir una carre- «ra* me quedé hecho un zote, aturdi- «do, como de estuco.»

«Qué carrera iba á seguir? En to- «da mi vida habia pensado en ello y «Mr. Raymond esplotando mi presen- «te, no se curó ni por ensueños de «mi porvenir. Para qué servia yo? á «qué podia dedicarme con mi pacoti- «lla compuesta de unas treinta coro- «nas marchitas y ciento cincuenta to- «mos lujosamente encuadernados sin «contar con mis calidades de escelen- «te humanista? Entonces me cercio- «ré de cuan acertado anduve en «creerme sumamente necio, apesar «de mis lauros, y entonces eché mas

«de menos el establecimiento de mi «pobre tio, el sastre.»

«Adivinó mi perplexidad el suce- «sor de Mr. Raymond y me dijo:

—«Mi querido señor Tiburon, pa- «ra que vuestros brillantes conoci- «mientos produzcan fruto, es indis- «pensable que os gradueis de bachi- «ller en letras primeramente, y que «luego sigais los estudios de leyes, «medicina, ó que entreis en la escue- «la normal á fin de haceros abogado, «médico, notario ó profesor; mas «para seguir estos estudios, teneis «con qué vivir? teneis con qué pagar «matrículas?»

—«Nada poseo á no ser mis coro- «nas, mis libros y el ajuar de mi pa- «dre que se reduce á una cama, una «cómoda, una mesa y dos sillas.»

—«Esto no basta; me contestó el «nuevo dueño del colegio con acento «seco y metódico; ya os hubiera pro-

«puesto yo quedar aquí de pasante;
«pero un profesor que ha sido el
«compañero de casi todos los alum-
«nos no puede estar revestido nunca
«de autoridad necesaria para domi-
«narles, mayormente cuando su ti-
«midez natural... y me atreveré á
«decir tambien... cuando su físico...
«por desgracia, no es enteramente
«apto para exigir el respeto debido;
«sin el cual es imposible toda subor-
«dinacion.»

—«Es cierto, yo no tengo medios
«para estudiar leyes, medicina ni na-
«da, esclamé de mas en mas atonta-
«do; que mis discípulos si los tuviese
«se reirian de mí en mis propias bar-
«bas, es corriente; que yo no tendria
«nunca el valor ni firmeza necesaria
«para imponerles respeto, harto se
«vé; pero entonces, qué quereis que
«haga?»

—«Es esta una pregunta á la cual

«no puedo responder, mi caro señor «Tiburon; yo no he resuelto el pro- «blema de vuestro porvenir, os lo he «planteado con claridad; la solucion «futura os toca á vos, y como he te- «nido el honor de deciroslo al prin- «cipio de nuestra conversacion, cua- «lesquiera sea la carrera que sigais «contad siempre con mis buenos de- «seos.»

—«Pero señor, puesto que ten- «go cerradas cuantas carreras pudie- «ra seguir, porque soy pobre, á que «fin darme la educacion que se me «ha dado? Qué vá á ser de mí?»

—«He tenido ya el honor de haceros «notar, querido señor Tiburon, que «planteaba el problema de vuestro «porvenir, sin resolverlo...»

«La resolucion de él es cosa esclu- «sivamente vuestra... Por lo tanto «repito que mis buenos deseos..... «etc. etc.»

«Y me fué imposible sacarle de «sus trece.»

«Durante los quince dias de *gracia* «que tan generosamente me habia «concedido el sucesor de Mr. Ray- «mond, quedé completamente iner- «te, abatido, alelado, incapaz de to- «mar una resolucion, por el esce- «lente motivo que no podia tomar «ninguna. Como las personas que no «tienen la energía de tomar un parti- «do decisivo, pensando sin embargo «en que se acerca un acontecimien- «to fatal é inevitable, mecíame en «la esperanza de que el nuevo direc- «tor me concederia quince dias mas, «y luego otros quince. Debo confe- «sar que aun cuando me hubiera con- «cedido dos meses, y luego dos meses «mas, mi situacion al fin de los cua- «tro meses no habria variado en na- «da. Aquel dignísimo varon rebosaba «prudencia, fino tacto y penetracion,

«reflexionó por mí, porque á los «quince dias, al dar las doce, entró «en la desierta sala donde acostum- «braba á estar yo, pues todos los dis- «cípulos estaban en vacaciones, y ten- «diéndome la mano con ademan triste «y formal á la vez me dijo:

—«Vengo á despedirme de vos, «querido señor Tiburon... mi muy «querido señor Tiburon...»

«Comprendí que no me quedaba «ya término medio, y lanzando un «suspiro de resignacion contesté:

—«Vamos! voy á partir. Os pido «tan solo tiempo para ir en busca de «un mozo de cordel para llevarme «los muebles de mi difunto padre, «mis coronas y mis libros.»

—«Segun eso habeis alquilado un «cuarto?»

—«No señor.»

—«Y ese ajuar... y libros... dón- «de los hareis llevar?»

—«No lo sé.»

—«En verdad me dais mucha lás-«tima me dijo el sucesor de monsieur «Raymod, y aunque tengo por ley no «aconsejar nunca á nadie, hay en «esto una responsabilidad demasiado «grave; lo siguiente os propongo: «vuestros libros de premios y vues-«tras coronas, estarian perfectamen-«te colocados en la biblioteca del «colegio, como atestiguando el re-«cuerdo de vuestros honrosos lauros, «cededme unos y otros; me queda-«ré tambien con los muebles de vues-«tro padre, servirán al conserje que «le reemplaza, y si me quereis creer «tomad un cuarto amueblado, es mu-«cho mas cómodo para un jóven. «Voy pues á quedarme con vuestros «libros á cinco francos tomo, que «es mas de lo que os daria ningun «librero; un prendero de la vecin-«dad evaluará los muebles, yo co-

«braré del total el costo de los exe-
«quias de vuestro padre, cuya cuenta
«pagada os entrego, y lo restante lo
«guardaré hasta que vos dispongais
«de ello.»

«Dos horas despues salia yo del
«colegio de Mr. Raymond con un
«lio debajo del brazo y 720 fran-
«cos en el bolsillo.»

XIII.

FIN DE LA CARTA DE LEONIDAS-TIBURON.

«UNO de los inconvenien-
«tes mas graves de la educacion que
«yo, cual otros muchos, habia reci-
«bido, era el de ignorar completa-
«mente los primeros rudimentos de
«la vida práctica, de la vida real, en
«esa condicion, desgraciadamente
«harto comun, de: *un hombre entrega-*
«*do á sus propios racursos*, *cuyos re-*

«*cursos se reducen á su saber en hu-*
«*manidades.*»

«Yo bien decia con el divino Sé-
«neca. *Bonis externis non confiden-*
«*dum* (es preciso no contar con los bienes esteriores). Esto era de muy
«fácil aplicacion; nada poseia y tam-
«bien se me habia enseñado á no de-
«jarme dominar jamás voluptuo-
«samente por las riquezas. Esto hu-
«biera sido muy bueno si se me hu-
«biese enseñado antes el medio de
«adquirirlas.»

«Una vez comidos los 720 francos
«me sentia incapaz de procurarme
«lo necesario siquiera. Débil y acos-
«tumbrado á cierto trabajo intelec-
«tual, puramente mecánico, nadie
«era mas inepto que yo para mozo
«de cordel, y este hubiera sido mi
«único espediente hallando algo que
«llevar, si yo hubiese tenido bastante
«fuerza para cargar con ese *algo*.

«Fuerza es añadir que, una de las «consecuencias de semejante educa- «cion, es la de hacer al que la ha «recibido, incapaz de un trabajo «manual, ya que necio orgullo le «aleje de él, ya que la impotencia «física se lo impida; ya en fin que «el pensamiento de trabajos mecáni- «cos no pueda hallar jamás cabida «en su imaginacion, ni albergar idea «tan atroz y tan fuera de la esfera en «que se le ha acostumbrado á vivir «á uno.»

«Harto comprendereis, querido «Martin, que yo no descollaba en co- «nocimiento del *mundo*. No habia sa- «lido nunca del cuarto da mi padre «ó de la clase de Mr. Raymond mas «que para ir al colegio, y durante el «tránsito de la pension á la universi- «dad apenas volvia los ojos en derre- «dor, absorto siempre en mis leccio- «nes, y curándome poco de los in-

«cidentes que pasaban en la calle.
«Tan estrangero en la vida y costum-
«bres de Paris como el habitante de
«los montes, juzgad cual seria mi
«perplegidad hallándome solo en el
«barrio Latino, precisado á buscar
«un cuarto, y á subvenir á todas mis
«nccesidades.»

«Un tendero, hombre servicial, á
«quien me dirigí, me indicó una mo-
«desta casa de huéspedes de la calle
«de la Harpe en la que me quedé.
«No sabiendo donde ocultar mi teso-
«ro, mis 720 francos, para que no
«me los robáran, tuve la feliz idea de
«depositarlos en manos del patron,
«quien se encargó con mil amores
«del depósito.»

«Conmovido por aquel acto de
«*condescendencia*, me sentí al mo-
«mento impelido á hacer de él una
«estrema confianza, y le pregunté
«donde podria hallar trabajo.»

«Su primera pregunta (que se me «ha repetido muchas veces) fue:»

—«Qué sabeis hacer? para qué «sois apto?»

«Mi contestacion, que tambien he «repetido muchas veces, fue la si- «guiente:»

«—Hé ganado el segundo premio «de honor, sé perfectamente el grie- «go y el latin.»

«—En este caso, enseñad el griego «y el latin, me contestó con mucha «sensatez el posadero.»

«—A quién?»

«—Eso, amigo mio, no lo sé; «buscad... yo me curo de mi esta- «blecimiento y no de hallar díscipu- «los.»

«—Qué! no hay mas que buscar? «y dónde podia buscar yo, y sobre «todo hallar, con mi completa igno- «rancia de lo que es el mundo, y fal- «to de relaciones? El consejo se pa-

«recia mucho á un sarcasmo, porque «yo no podia preguntar al primero «que pasase por la calle si me queria «dar lecciones.»

«Puse en juego sin embargo algu- «nas tentativas y entre otras perso- «nas entre las que me dirigí, recuer- «do á dos estudiantes vecinos mios; «uno de ellos me prometió bajo su «palabra de honor, que me encarga- «ria de enseñar el latin al primer hijo «varon de su estudianta, y el otro me «contestó que en lenguas antiguas no «le gustaban sino el *box* y el *vino de* «*cien años*.»

«Vergonzoso y tímido, no tuve el «valor de arrostrar nuevas pullas y «desengaños; y de nuevo quede su- «mido en una apatía semejante á «aquella en que habia vejetado du- «rante los quince dias de gracia que «pasé en casa del sucesor de Mr. Ray- «mond.»

«Habia creido eternos aquellos «quince dias. Creí tambien en la «eternidad de mis 720 francos; ilu- «sion desgraciadamente alimentada, «por la precaucion que habia toma- «do de rogar al posadero que se co- «brase mi alimento y cuarto sobre «los 720 francos de que era deposi- «tario. Tamaño candor, sumamente «raro en el barrio latino, conmovió «al buen hombre, quien me hizo co- «mer demasiado bien á mi *cuenta y «riesgos*.»

«Transcurria veloz el tiempo. Su- «mido en un abatimiento inerte, «salia poco, y no tenia mas que un «objeto: desviar mi pensamiento del «porvenir que me esperaba una vez «agotado mi tesoro; alguna habia en «que vagas y locas esperanzas me en- «gañaban.»

«Es imposible me decia á mí mis- «mo, que un jóven que ganó un se-

«gundo premio de honor, y que fué «mas de cien veces premiado, mue- «ra de hambre y de miseria. Cómo «saldré yo de ese limbo en que la fa- «talidad me estrecha? No sé, pero «un presentimiento secreto me dice «que saldré de él.»

«Algunas veces, sin embargo, me «esforzaba en sacudir aquel abati- «miento apático, y recordaba con an- «sia mis estudios escolásticos, único «recurso que se me ocurria.»

«*Vana optari, vana timere reme- «dium á philosophia petendum*, decia «yo con Séneca (solo la filosofía cura «los deseos vanos, los temores ima- «ginarios) y agotaba mi sabiduría «para encontrar las sublimes máxi- «mas siguientes :»

«*Desprecia las riquezas.*»

«*Sufre con resignacion.*»

«No tenia riquezas que despre- «ciar, y segun el consejo de los sá-

«bios sufria con resignacion; pero «con todo esto, no se resolvia el in- «trincado problema de mi porvenir, «y me hallaba en el mismo punto sin «adelantar ni atrasar un paso.»

«Entró el mesonero muy gozoso en «mi cuarto una mañana, y me dijo:»

«Os he encontrado un discípulo, á «razon de treinta francos mensuales, «un franco por papeleta. Se trata de «un buen chico, cuyos estudios no «han sido muy brillantes, y quiere «ahora trabajar con un buen maestro «para ponerse en estado de sufrir el «exámen de Bachiller en letras.»

«Creí tocar el puerto de salvacion, «pues si bien *in petto* juzgaba mi au- «toridad moral y física no muy *im- «ponente*, mi zozobra fué calmándose «al considerar que á solas con mi dis- «cípulo me seria fácil vencer mi na- «tural timidez.»

«Era el jóven tan tímido, tan feo,

«casi tan ridículo como yo, pero de «una pasta angelical: desde luego «tuvo conmigo el miramiento mas «respetuoso y creí estar fuera de sus- «tos; le dí la primera leccion.»

«Aquí tropecé con un terrible es- «collo, cuya existencia no habia sos- «pechado siquiera. Comprendí desde «aquel momento lo que nunca imagi- «nára, que se podia tener una ins- «truccion sólida, saber mucho, y ser «completamente, absolutamente inú- «til para enseñar: me espresaba con «dificultad suma y la menor objec- «cion me turbaba, me aturdia; ade- «mas no se me ocultaba la necesidad «que tenia, para que mis lecciones «fueran provechosas, de traducir en «alta voz y mezclar oportunas refle- «xiones al testo para que el discípu- «lo las comprendiese bien: era pre- «ciso corregir al mismo tiempo las «faltas, y razonar mi crítica; mas ay

«de mí! nunca tuve tamaña facilidad «ni tampoco estilo oratorio; fuí «siempre lo que se llama vulgarmen-«te un *porfiado cavador*, pues no hay «palabra que esprese tanto cuán pe-«nible, tardio y pesado era mi modo «de trabajar.»

«Con todo no perdí la esperanza, «se me figuró que la costumbre me «trillaria aquella senda penosa, me fi-«guré que en las lecciones sucesivas «iria cobrando mayor confianza con «mi discípulo, y que al fin podria «enseñarle bien... pero me engañé, y «como á pesar de todo yo era honra-«do, al cabo de ocho dias confesé «francamente á mi discípulo que «darle mas lecciones era robarle su «dinero.»

—«Efectivamente, me contestó «con ingenuidad; notaba que me ha-«llaba hoy tan adelantado como el dia «en que dimos la primera leccion.»

«Me entregó luego ocho francos, «precio de mis ocho papeletas, y nos «separamos los dos con recíproca «y profunda estimacion.»

«Aquel golpe fué cruel, decisi- «vo, pues me hacia conocer palpa- «blemente cuan inútiles me eran los «recursos que podia proporcionarme «mi educacion; sin fuerzas para lu- «char mas, zambullíme de nuevo en «mi ápatico entorpecimiento, repi- «tiendo mi sentencia favorita: *omnia* «*patienter ferenda* (todo se debe su- «frir con resignacion).»

«Unos cuatro meses trascurrieron «así; el mesonero volvió á mi cuarto «y me dijo: señor Tiburon, vengo «á avisaros que cumplida esta quin- «cena, solo os quedan veinte francos; «y os lo prevengo, no porque tema «algo, á Dios gracias! pues que nada «me debeis, al contrario; pero me «parece bueno informaros del esta-

«do de vuestros fondos.»

«Me quedé aterrado.»

«Habia creido que con mis sete-«cientos veinte francos viviria un a-«ño, dos ó tres, quizás siempre! qué »sé yo? El mesonero, al ver mi es-«tupefaccion pensó que yo ponia en «duda su integridad y su honradez, «y á poco entró con un gran cartapel «en la mano, donde estaban inscritas «una á una mis diferentes comidas, «manjares harto delicados para mi «bolsillo, y que yo habia comido con «la mayor distraccion.»

«El mesonero me dijo con digni-«dad al remitirme mi cuenta y mis «veinte francos:»

—«Señor Tiburon, tomad vuestros «veinte francos: por la primera vez «de mi vida veo poner en duda mi «probidad: once dias os quedan que «permanecer en mi casa, pues que «pagásteis por adelantado, pero cum-

«plido ese término, me alegraré ver «otro huéspede en vuestro lugar.»

«Y salió del cuarto dejando el di- «nero encima de mi cómoda.»

«El círculo fatal en que vivia, se «estrechaba cada vez mas.»

«Gastélo todo hasta mi último o- «chavo, y luego dejé aquella casa, «donde no podia permanecer ya.»

«Hacia tiempo que el estado de «mi ropa indicaba de un modo evi- «dente, el descuido filosófico llevado «al mas alto grado: por todos lados «me colgaban tiras, mis zapatos agu- «jereados, apenas cubrian mis piés, «mi desformado sombrero no merecia «ya ese nombre, y mas bien podia pa- «sar por una singular antigüedad; es- «taba en ayunas desde la víspera y mi «estómago desfallecia, devorado por «hambre canina, no sabia tampoco «dónde me albergaria, pues no tenia «un solo maravedí.»

«Seguí andando sin pensar á don-«de iba, y llegué por la calle del Del-«fin al puente Nuevo, costeando ma-«quinalmente los muelles, recor-«dando, por via de consuelo, á falta «de otro mas sólido, mis máximas de «clásica filosofía: entre la multitud «de ellas, se me ocurrieron las si-«guientes aplicables en un todo á mi «actual situacion.»

«*Nam ut quandoque moriaris, e-«tiam invito positum est; ut quum vo-«les, in tua manu est, quid in mora «est? Nemo te tenet; evade, quâ vi-«sum est! Elige quamlibet rerum na-«turæ partera! Quam tibi præbere exi-«tum jubeas! Hæc nempe sunt et ele-«menta, quibus hic mundus adminis-«tratur, aqua, terra, spiritus! «Omia ista, tam causæ vivendi sunt, «quam viæ mortis, etc. etc.*»

«(Morir algun dia, cuando menos «lo desees, es tu mision; morir cuan-

«do quieres, este es tu derecho. Qué «esperas? nadie te detiene. Huye por «el camino que mas ames, escoge «uno de los elementos de la natu- «raleza, cualquiera de los tres que «constituyen el conjunto de las co- «sas, el agua, la tierra ó el aire «siempre orígen de vida ó agentes de «muerte, escoge, y cualquiera de «ellos te abrirá paso, etc, etc.»

«Esta doctrina franca, ámplia có- «moda, del suicidio, no me pareció «nunca tan sábia como en aquel ins- «tante; miré el rio; corria el agua «mansamente, límpida y reflejándose «en el sol con graciosa coquetería... «Dulce tentacion... seguí no obstante «hácia los Campos-Elíseos.»

«Presto oí el lejano tañido de una «campana, nunca he sido devoto; «pero aquel sonido melancólico, tra- «yendo á mi memoria, lo que sabia «de la moral cristiana, me hizo ver

«cuan vanos consuelos podia ofre-
«cerme, al menos... en mi posicion
«presente...»

«Aquella moral, como la de los sá-
«bios de la antigüedad predicaba el
«desprecio de las riquezas, la resig-
«nacion, la esperanza de una mejor
«vida, ensalzaba y recomendaba cier-
«tamente la fraternidad humana, di-
«ciendo á todos:—Sed hermanos.....
«amaos unos á otros!... Ay!..... no
«pedia yo mas que ser querido por
«alguno de mis hermanos... por uno
«que me dijera: No tienes un asilo?
«ven... yo te ampararé. Tienes ham-
«bre?... ven... y come. Pero dónde
«hallar ese hermano segun Jesucris-
«to? La caridad depende del que
«puede practicarla, no del que la im-
«plora; esta es una verdad de Pedro
«Grullo.»

«Bien considerado, parecíame la
«doctrina del suicidio muy superior,

«pues solo en el hecho de poderse «practicar por uno mismo, de estar «al alcance de todos, de ser uno de «esos principios cuya realizacion no «pende de la buena voluntad ó de la «caridad de un tercero, pero sí del «libre arbitrío de cada uno... de un «momento de valor..... y luego..... «otra vida, y á fé mia, que fuese de la «clase que fuese, no era probable «que esa nueva existencia pudiera «ser mas miserable que la presente: «mi conviccion era profunda, mas «yo seguia andando, teniendo á la iz- «quierda el bondoso Sena dispuesto, «siempre dispuesto... á... servirme, «pronto á ampararme; y esta seguri- «dad me hacia sentir una dulce cal- «ma, turbada unicamente de vez en «cuando por los ardores y desmayos «de mi pobre estómago condenado á «sentir una hambre de chacal.»

«Llegué de este modo á los Cam-

«pos-Eliseos y de pronto un ruido «estrepitoso de clarines y címbalos «llamó mi atencion; á pesar mio vol- «ví la cabeza y ví varios teatrillos de «charlatanes, colocados á todos vien- «tos.»

«Delante de uno de ellos sobre un «alto estrado, un payaso y su amo «representaban cierta farsa burlesca «invitando á los transeuntes á que «entrasen en el cerco de lona, en cu- «ya parte superior se veia un cua- «dro pintado y en él un gigante a- «briendo una boca descomunal, en «la que dos hombres armados con te- «nedores largos como horcas, echa- «ban enorme cantidad de pavos asa- «dos, salchichones y pasteles.»

«Debajo escrito en letras mayús- «culas se leia este letrero:»

«EL OGRO VIVO.

«Come delante del respetable públi-
«co diez libras de carne, un pastel de
«cinco, un pan de seis, y un queso de
«Holanda!!!»

«La curiosidad de los espectadores «estaba escitada al mas alto grado, «acudian todos á aquel tablado para «ver la exhibicion del ógro, sin cui- «darse de los otros espectáculos ente- «ramente desiertos, y cuyos dueños «mirabau con ojos tristes y llenos de «envidia la feliz suerte de su vecino «el ógro.»

«Qué oficio tan magnífico!... tan «fácil... y tan cómodo... y sobre «todo nutritivo... qué estado tan fe- «liz el de ógro... decia yo sonrién- «dome con pena. Hé aquí un hom- «bre predestinado! Ah!... si asegu- «rasen semejante porvenir á los que

«han conseguido el premio de ho-
«nor!!!»

«Y pasé, dejando atras á los char-
«latanes, al ógro y á las sonatas leja-
«nas de los clarines que me hicieron
«ocurrir otra reflexion, mezclada con
«cierto orgullo:

—«Tambien para mí sonaron cla-
«rines!»

«Llegó la noche tibia y dulce, co-
«mo de primavera aunque estábamos
«en invierno, iban poco á poco de-
«sertando las gentes del paseo, y
«pronto me quedé enteramente solo,
«y meditando sobre mi hermosa teo-
«ría de suicidio me acerqué á lo lar-
«go del rio sumamente elevado en
«aquel sitio...

«De repente los estirazones agu-
«dos del hambre me atormentaron
«cruelmente, sentí como un vértigo
«apoderarse de mí, me decidí á po-
«ner coto á mi triste vida... y vol-

«viéndome de espaldas al rio me de-
«jé caer.»

«La frescura del agua despertó en
«mí el instinto de la conservacion,
«forcejé maquinalmente y noté, no
«con poca sorpresa, que en lugar de
«ir á fondo, un objeto invisible me
«sostenia á flor de agua, pero al
«hacer un nuevo movimiento zam-
«bullendo la cabeza primero, me sen-
«tí, á pesar mio, ó quizás por mis
«violentos esfuerzos, mas y mas en-
«redado en las mallas de una red e-
«norme; tragué en aquel instante
«una gran cantidad de líquido, que
«me sofocó y perdí el conocimiento.

«Qué sucedió despues?... no lo sé,
«pero sea que la corriente hubiese ar-
«rastrado la red que sin duda arran-
«qué con mi caida de los palos donde
«estaba atada, sea que mis bruscos sa-
«cudimientos, sin saberlo yo, me a-
«proximasen á la orilla, lo cierto es,

«que cuando abrí los ojos brillaba la «luna, y yo estaba blandamente re- «costado en el suelo, alfombrado por «dayerba, en la márgen del rio; tenia «medio cuerpo fuera del agua, y so- «lo mis piernas se mojaban aun, pe- «ro estaba tan enredado en la dicho- «sa red como pudo estarlo Gulliver. «Al quererme desembarazar movién- «dome en todas direcciones, sentí «bullir, brincar á mi alrededor di- «ferentes cuerpos húmedos, resbala- «dizos, que vuelto ya en mí, conocí «ser hermosos pescados.

«Al cuarto de hora, estaba yo «sentado en la ribera mojado hasta «los huesos, pero desenredado de «las mallas que me envolvian, y son- «riéndome al ver los saltos prodigio- «sos, que por placer de la holgura, «hacian una docena de carpas y bar- «bos que tendidos estaban á mi lado «encima de la yerba.»

T. Perez Litº

Litª de Ayguals

«Os lo confieso, mi querido Mar-
«tin, mi primera impresion fué la de
«sentir un gozo indefinible por ha-
«ber escapado de la muerte, y la
«segunda, que me aseguró mas posi-
«tivamente que aun formaba parte
«del género humano, fué una ham-
«bre devoradora. Fuerza es decirlo,
«es grosero, material, pero en fin su-
«cedió así... y advertí... á la luz de
«la luna el vientre plateado y brillan-
«te de un barbo; cogílo..... y.....
«horror!... despues de haberlo aton-
«tado golpeándole fuertemente la
«cabeza en el suelo, lo devoré pal-
«pitante... Pues bien! aquella carne
«fresca y blanda no me causó la me-
«nor repugnancia... muy al con-
«trario y tras del barbo me comí una
«carpa, solo que como todo hombre
«sacio, y mal acostumbrado, para de-
«vorar mi tercer víctima, escogí los
«manjares... con la delicada preocu-

«pacion que emplea un gastrónomo «sentado en la mesa mejor servida «y mas espléndida.»

«Aquella comida de Ictiófago me «rejuveneció, pero tiritaba de frio; «viendo á lo lejos una luz en la ori- «lla, sacudí mi embotamiento y lle- «vando conmigo el pescado que me «quedaba, en una tira de la red, me «encaminé hácia la claridad noctur- «na: eran unos marineros que preci- «sados á marchar al siguiente dia en «cuanto amaneciese, calentaban al- «quitran para con él, empegar algu- «nas partes de su embarcacion.»

«Con poderosa inventiva que me «admiró, y que jamás habia aplicado «en mis amplificaciones latinas ó fran- «cesas, me vendí por aficionado e- «nergúmeno á la pesca, afirmando «que al sacar mis redes acababa de «caer en el agua de cabeza; mis ves- «tidos chorreando y el pescado que

«llevaba, atestiguaban suficientemen-
«te mi veracidad.»

«Aquellos buenos marineros me
«acogieron cordialmente, me convi-
«daron á secar mis vestidos junto á
«su hoguera, y si queria, á esperar
«el dia en uno de los colchones de
«su camarote. Llevaron la hospitali-
«dad hasta ofrecerme una calabaza
«llena de aguardiente; acepté el col-
«chon, usé comedidamente de la ca-
«labaza, y seco ya, me tendí en la
«cámara, con el cerebro bastante
«exaltado por el aguardiente y por
«la evocacion de los raros recuerdos
«de aquel dia, terminado *pescándome*
«á mí mismo por decirlo así y cenan-
«do anguilas y carpas crudas.»

«Ignoro de qué modo el recuerdo
«del ógro que nombraron los mari-
«neros me vino á la imaginacion;
«pero en el estado de excitacion ce-
«rebral en que me hallaba, hizo aquel

«recuerdo nacer en mí un pensa-«miento burlesco, irónico y sério.»

—«A qué atormentarme sobre el «porvenir? me decia. Tengo un es-«celente oficio, un oficio á pedir de «boca. Los charlatanes enseñan el «*ógro*... cuyo talento asaz media-«no... (juzgaba yo al ógro ya como «á un artista rival), cuyo talento «mas que mediano se limita en resú-«men á tragar una cantidad enorme «de alimentos; no es mas que un «hombre colocado en una grande es-«calera que tiene mucha hambre y «que come... esto nada tiene de par-«ticular, es muy comun, mas hay, «repugna ver á... aquel gladiador, á «aquel zote, (pasó á injuriar al infe-«liz ógro) entregándose á una vo-«racidad que dá asco. No seria una «cosa mucho mas original, curiosa y «de mejor gusto... (ved á donde me «arrastraban mis celos) enseñar á

«un adolescente familiarizado con las «bellas letras de la antigüedad, que «obtuvo un segundo premio de ho- «nor en la Sorbona... treinta ve- «ces premiado.... entregándose por «feliz contraste al interesante ejer- «cicio de comer pescados vivos?... «(me sentia con valor para comerlos «vivos y elevarme sobre las ruinas «del ógro).»

«Esto supuesto, por qué no iré yo «mañana á proponer mis servicios á «uno de aquellos dos saltimbanquis «cuya multitud desertaba ayer de la «taberna para precipitarse al rede- «dor del teatro de aquel ógro insí- «pido, de aquel farsante voraz? (a- «cabé por execrar de veras á aquel «rival).»

«Vuestro vecino enseña un ógro «diré á los charlatanes, os arrebata «parte del público; repudiad á ese «público inconstante y voluble, en-

«señándole, no ya un ógro, sino un «fenómeno que vive de pescados «crudos... Mejor si cabe! esclamé «sintiendo exaltarse mi imaginacion «y completarse mi primer idea por «nuevas é ingeniosas mejoras, sí, «mejor aun, enseñadles un hombre-«pez... que vive en el agua... y que «en vez de brazos tiene... aletas... «qué tal!... señores! que os parece «del efecto del cuadro que podeis «oponer á vuestro rival, un hombre «con aletas en vez de brazos, su-«mergido en una cuba inmensa y «comiendo toda clase de pescados? «Puedo decir con franqueza sin de-«masiado orgullo pero concienzuda-«mente... señores, que para atraer «á la multitud.... qué es un ógro «comparado con un hombre-pez?»

«Lo grande de mi proyecto me te-«nia estasiado, así como el porvenir «tranquilo y lucrativo que podia o-

«frecerme; ninguna dificultad me «detenia en el arrebato de mi ardor. «Permanecer en agua durante mi re- «presentacion qué era en resumidas «cuentas? Un baño prolongado!..... «Faltabanme aletas, en cuanto á esto «no podia hacerme la menor ilusion «pues no tenia.. Pero á puro bus- «car me pareció que por medio de «tiras de pergamino, cortadas y dis- «puestas cual aletas de hermoso azul «celeste, en las que sumiria mis «brazos fijándolos en mis espaldas «por medio de una especie de corpi- «ño de escamas de lata se podria, «ayudado por la oscuridad, llegar á «causar alguna ilusion. Era sin duda «informe ese proyecto, estaba sola- «mente en bosquejo; pero si los «charlatanes, muy duchos en esta «clase de transfiguraciones, tenian «un poco de talento, debian fecun- «dizar mi idea y bacerla fructiferar.

«En estas y otras parecidas ideas «me dormí hasta el amanecer, hora «en que me dispertaron los marine- «ros. Dejéles despues de haberme «despedido de ellos, llevándome «cuantos pescados me quedaban... «Mis ideas de la víspera relativas á «mis proyectos de rivalidad con el «ógro, en vez de parecerme locas ó «absurdas, me parecieron muy prac- «ticables, posibles y lógicas.»

«Sobrepugé mi natural timidez y «me dirigí hácia los carricoches nó- «madas que servian de albergue á los «saltimbanquis vecinos del ógro.»

«Juzgad, juzgad, querido Martin, «cual seria mi alegría cuando á la «hora de conversacion con el tio Bu- «lingrin, artista-alcides y profesor «de pugilato, segun él se titulaba, le «oí adoptar mis proyectos lleno de «entusiasmo.»

«Despues de haberme visto, co-

«mer unas carpas y un barbo, pro-
«púsome el apreciable aerobata el fa-
«buloso contrato siguiente:»

«Veinte y cinco sueldos diarios.»

«Comida y casa.»

«Pagadas aletas y gastos que pro-
«dugeran para conservarlas en buen
«estado.»

«Ocho dias despues, durante los
«cuales el tio Bulingrin me hizo
«construir ingeniosamente las aletas,
«se inauguraba en la puerta de nues-
«tro *circo* un cuadro magnífico en el
«que estaba yo sacando la mitad del
«cuerpo de un vasto estanque, des-
«plegadas las aletas y mascando un
«pescado de fantástico aspecto. Leía-
«se en la parte inferior del cuadro el
«siguiente pomposo anuncio que yo
«habia contribuido á redactar encar-
«gándome de las partes científica,
«geógrafica é histórica:»

«EL HOMBRE-PEZ.

«*Fenómeno vivo y sobrenatural* «*pescado por los mamelucos del bajá* «*de Egipto en el rio Nilo, situado en* «*el pais de los faraones y de las pirá-* «*mides. Este fenómeno no puede vivir* «*mas que en el agua, y come solamente* «*pescados vivos; en vez de brazos tie-* «*ne dos aletas que no se dejarán to-* «*car sino á las señoras y á los mi-* «*litares, seres privilegiados de Fran-* «*cia.* (Tal honor concedido al bello «sexo y á la gloria de la patria, se «debia enteramente al tio Bulingrin; «lo confieso con toda humildad). *Es-* «*te increible fenómeno puede contes-* «*tar en cuatro idiomas á las pregun-* «*tas que gusten hacerle cuantos com-* «*pongan el respetable público. Estos* «*cuatro idiomas son:* EL LATIN EL «GRIEGO EL FRANCÉS Y EL EGIPCIO DEL «NILO.»

«Habiamos convenido con el tio «Bulingrin que en la dudosa hipóte-«sis de que un honorable miembro «del público me preguntase en egip-«cio, contestaria yo por una geri-«gonza composicion mia, por medio «de lo cual mi imprudente interlo-«cutor seria sospechado y convenci-«do luego de no hablar el verdadero «*egipcio del Nilo.*»

«Prodigioso fué el efecto que «nuestro cuadro causó; el *ogro* se «vió con desprecio abandonado por «el hombre-pez (tuve remordimien-«tos de aquel triunfo). Nuestra pri-«mer recaudacion ascendió á la enor-«me suma de *treinta y dos francos*, «*cincuenta céntimos.*»

«Encontré mas adelante llevadera «la condicion de hombre-pez; acom-«pañé á Bulingrin en sus peregrina-«ciones hasta el dia en que abando-«nando su vida nómada, por una e-

«xistencia menos aventurada me pro-
«puso hacerme contratar por Lebre-
«lin bajo las mismas condiciones que
«hasta entonces acepté, y al entrar
«en casa de mi nuevo amo fue cuan-
«do os ví por primera vez; vos erais
«muy niño mi querido Martin.»

«Sabíais toda mi vida hasta aquel
«dia, ahora la sabeis entera, gracias
«á los detalles de retroceso que aca-
«bais de ver.»

. . . . . .

«Tales eran los antecedentes de
«Leonidas-Tiburon, del hombre-pez
«que entró á aumentar el personal
«de la compañía de Lebrelin.»

XIV.

LA MARCHA.

ESTAS eran las causas y los sucesos que condujeron á Leonidas-Tiburon á la carrera de los *fenómenos vivientes*.

—Ea patron! dijo cuando la tia Mayor se hubo cerciorado de la marcha del carretero, vamos, ya estamos en familia..... puedo mover los brazos?

Grande fué mi sorpresa, pues hasta entonces habia creido ingénuamente que el vestido talar sin mangas que llevaba el hombre-pez cubria sus aletas: Lebrelin no disimuló el disgusto que le causaba la indiscrecion de su nuevo comensal, y le hizo una seña espresiva para hacerle entender que no le desmintiesen y añadió:

—Si te empeñas en llamar brazos á tus aletas, para parecer un hombre semejante á los demás... buen provecho te haga... muchacho; pero si te he de hablar formalmente, te diré que ahí tienes á ese galopin que te ayudará y servirá en todo, y sus dos brazos suplirán á los tuyos.

Leonidas miró atónito á Lebrelin, y observó juiciosamente:

—Al contratarme, el tio Boulingrin, no me espresó esta condicion; cómo... ni aun *en familia* me será

dado servirme de mis brazos? qué! me meterian en la boca la papilla como á un niño ó á un valetudinario? Vamos, patron, basta con haber estado inmóvil en la piscina durante el viaje; delante del público represento mi papel lo mejor que puedo... pero en el santuario de la vida privada, vuelvo á conquistar el uso de mis derechos naturales, y entre otros, este.

Y dicho y hecho, el hombre-pez sacó de unas aberturas laterales que tenia su trage, dos brazos flacos, sugetos por una apretada elástica de lana, los estiró en todos sentidos como para descansar de un penoso y largo entumecimiento.

—Torpe! esclamó Lebrelin, aprende si no lo sabes, que para que el público tome asiento en nuestros *bancos*, es forzoso que seamos banqueros nosotros, y las habladurias de ese mocoso (y me señaló) pueden compro-

meter el resultado de nuestra estratagema; no valia mas, díme, tenerle por compadre, sin descubrirle la maraña?... Ademas, cada cual de su capa hace un sayo... Leonidas, el dia que no crean en tus aletas, eres hombre al agua.

—Patron, esto es una gran verdad filosófica, contestó el hombre-pez con gravedad cómica: toda la ciencia de la vida se encierra ahí: *hacer creer en sus aletas.*

. . . . . .

La llegada del hombre-pez solo pudo distraerme momentáneamente de la inquietud que me causaba la suerte de Bamboche, algunos dias pasaron sin que todos mis esfuerzos fueran bastantes para conseguir ver á mi amigo: cada mañana veia á la tia Mayor bajar á buscarle para darle la leccion y siempre volvia á subir furiosa, diciendo que se rehusaba resuel-

tamente á egecutar el menor ejercicio aerobático.

Entonces Lebrelin solia escabullirse, rozando ligeramente el suelo con la misma destreza que un gato salvaje, hácia la cueva donde permanecia cosa de un cuarto de hora á lo mas, siu que durante aquel tiempo se oyese el menor ruido, ni quejido alguno; y si cuando Lebrelin volvia preguntaba yo por mi compañero, no me contestaba, y me hacia un gesto grotesco y de burla.

Leonidas-Tiburon afectuoso para todos, de natural apático y medroso, no deseaba otra cosa mas que el descanso; por otra parte parecia completamente feliz, y escuchaba con calma estóica las desvergüenzas de la tia Mayor ó las palabras maliciosamente hipócritas de Lebrelin; comia bien, dormia hasta muy entrado el dia, y luego buscaba un rinconcito bañado

de sol para estenderse allí á leer y releer su divino Séneca, filosofando á sus anchas é interrumpiéndose solo de vez en cuando para ponerse en posicion de egercitar sus aletas postizas y comer un pescado crudo á fin de tener siempre *las manos á la obra*, como decia Lebrelin.

Mas adelante me confesó Leonidas que en un principio no le pareció mi suerte muy desgraciada, pues comparando mi educacion aerobática, tan propia para desarrollar mi vigor, mi agilidad y mi destreza, sin inutilizarme para otras profesiones, la juzgó preferible á la estéril educacion universitaria que él habia recibido.

Cierto dia me llamó y me dijo que si queria me enseñaria á leer, pero aunque tenia un deseo vehemente de instruirme, le dí las gracias, temiendo faltar al afecto síncero de Bamboche correspondiendo al de mi nuevo

compañero, estableciendo entre los dos una confianza demasiado íntima.

Aquel hombre-pez simulado, fué como una prueba febaciente de la teoría de malos principios adoptada por Bamboche, pues un dia estando Leonidas-Tiburon acostado al sol sobre la yerba del patio ocupado en saborear las sanas sentencias de su querido Séneca, despues de haber despachado un reverendo almuerzo me dijo con el mas afectuoso abandono :

—Quién dijera que á este pescado crudo que estoy comiendo, debo la vida feliz que gozo ahora, mientras antes con todo mi saber, con el mayor deseo de hallar en qué trabajar para ganar honradamente un pedazo de pan, me moria de hambre... y actualmente engaño á la pobre gente con mis aletas y holgueo como un bajá.

—Bamboche tenia pues razon, re-

petia yo, hé aquí otro hombre que solo ha alcanzado la felicidad desde que engaña y miente!

No sabiendo qué medio imaginar para reunirme con mi amigo, se me ocurrió la idea de que quizás imitándole y negándome á hacer ejercicios como él, nos encerrarian juntos: una mañana pues, me negué á todo.

—Martincillo, me dijo Lebrelin con su voz melíflua, no te daré ni siquiera un papirote; pero ya que no quieres hacer el aro, le daré doble racion á tu amigo Bamboche... por consideracion á tí.

Esta amenaza me aterró, conocia bien á Lebrelin: probé otro medio.

—Enseñadme la voltereta mas difícil, el brinco mas temible, lo aprenderé, le dije, aunque me rompa la nuca; pero á condicion de que cuando lo sepa perdonareis á Bamboche.

—Bueno; contestó Lebrelin con

sonrisa burlona y mal intencionada; cuando sepas hacer el *salto del conejo*, perdonaré á tu amigo Bamboche.

Nada hay mas penible, mas peligroso que esa vuelta, que consiste en lanzarse desde una especie de plataforma alta de una toesa, egecutando una voltereta en el aire y cayendo de piés: la menor torpeza, un movimiento mal hecho por leve que fuese puede ocasionar una caida en falso y quebrarse algun miembro ó desencajarse el cuello, lo que siempre es mortal; pero yo no pensaba en nada de eso, y la esperanza de conseguir el perdon de Bamboche duplicaba mis fuerzas, tanto que llegué á cansar á la activa tia Mayor: por momentos sentia mi cabeza trastornarse, pero animado mi físico por una escitacion moral, seguia trabajando con el mismo ardor, hasta que al fin, en medio

de mis evoluciones, me flaquearon las piernas, me desmayé, y caí de un modo tan desgraciado que me rompí el brazo izquierdo.

Lebrelin no pudo menos de compadecerse de mi estado, y una vez siquiera sintiendo piedad por el daño que sufria, me concedió el perdon de Bamboche. Acababan de llevarme á la cama Leonidas y la tia Mayor, cuando mi amigo entró en mi cuarto; nunca he sabido por qué ni con qué objeto Lebrelin le habia dicho la causa de hallarme yo herido, pero es imposible pintar el efecto que produjo en aquel niño, insensible al dolor, á los golpes y que jamás se quejaba, ni lloraba, ni cedia en lo mas mínimo, verme á mí tendido en la cama; echóme los brazos al cuello llorando y esclamó:

—Por mí... para obtener mi perdon, te has roto el brazo?

—Y tú, no estás castigado hace ocho dias por mí, le dije, estrechándole tiernamente y con una alegría indecible.

Si detallo con tanta municiosidad las pueriles pruebas de afecto, que mútuamente nos dimos Bamboche y yo durante nuestra infancia, es porque son la base de ese cariño inalterable, que aun despues, colocados en diversas posiciones, teniendo las convicciones morales mas opuestas, nunca se debilitó, y fué el móvil de los mayores sacrificios que ambos cumplimos religiosamente.

Cuando estuve solo con Bamboche, le miré mas despacio, y la alteracion notable de su rostro me asustó: estaba aun mas pálido que de costumbre, y se veia claramente que debia haber sufrido de un modo horrible.

—Te han hecho pues mucho daño? le dije.

—Oh! sí... me contestó con sonrisa siniestra y con alegría salvaje, Oh sí!... mucho mal! á Dios gracias!

—A Dios Gracias?

—Sí, porque un dia tengo que hacer sufrir tanto á Lebrelin...

—Segun eso es muy terrible el tormento que te ha dado, dí?

—Me hacia *ver las estrellas*, contestó Bamboche riendo con ademan feroz.

—Qué quieres decir?

—Me ataba en los piés uno de los pesos de hierro que sirven para nuestros ejercicios, y luego me cogia por debajo de las orejas sosteniéndome así en alto durante algunos minutos, y repitiéndolo dos ó tres veces.

—Ya no me maravilla que dijera siempre, que sus correcciones se hacen sin meter ruido alguno.

—Un hombre á quien le arrancasen el pellejo no padeceria tanto..... me

dijo Bamboche con voz sorda: algunas veces me parecia que mi cabeza no estaba ya unida con el pescuezo, y que pasaban delante de mi vista llamas azuladas: entonces ya no resistia á Lebrelin, su fuerza es superior á la mia, de qué me servia luchar?.. pero no cedia y me decia á mí mismo: anda, anda, tortúrame; siembra, luego recogerás... espera que Vascona esté con nosotros... verás cómo te pagaré todo eso en *moneda roja*...

Me espantó la espresion y el modo con el cual pronunció Bamboche esta última amenaza...

Los remedios que era preciso aplicar á mi herida, no muy mal cuidada por la tia Mayor, acostumbrada algun tanto á estos accidentes, y tambien una carta que recibió Lebrelin relativa á Vascona, aceleraron los preparativos de nuestra marcha.

Como todos los saltimbanquis,

nuestro patron poseia un gran charaban, que en sus escursiones servia de habitacion para toda la compañía á la par que se transformaba en especie de teatrillo en las ferias donde ejecutábamos los ejercicios aerobáticos.

Aquel coche de quince piés de largo y diez de alto, se dividia en tres departamentos que recibian la luz por unas claraboyas esteriores, y se comunicaban interiormente por varias puertecillas; el departamento de adelante servia de almacen, el del medio de cocina, y el último de habitacion general: esta especie de cuarto bastante capaz, estaba amueblado como el camarote de un navio; ocho camas de siete piés de largo y tres de ancho estaban colocadas en dos filas, una arriba, otra abajo y una abertura enrejada muy semejante á la escotilla de los buques daba suficiente cla-

ridad: de pueblo en pueblo alquilaban tres caballos para uno ó dos dias y aquellos tres cuadrúpedos bastaban para hacer rodar nuestra casa ambulante, que ademas tenia un doble suelo en el que llevábamos los telones, todos los enseres necesarios para colocar en cualquier parte el teatro donde representábamos con aquel faeton, una tartana suplementaria tirada por por Lucifer, donde por turno iban la tia Mayor ó Lebrelin para vigilar desde afuera la marcha del enorme charaban y el carromato para llevar el hombre-pez. Abandonamos una mañana la casa alquilada hasta entonces por Lebrelin.

Iba yo en el faëton junto á Bamboche, quien estaba frenético de pensar que pronto nos reuniríamos con Juanilla.

Decidió Lebrelin que hariamos nuestra primer parada en el lu-

:

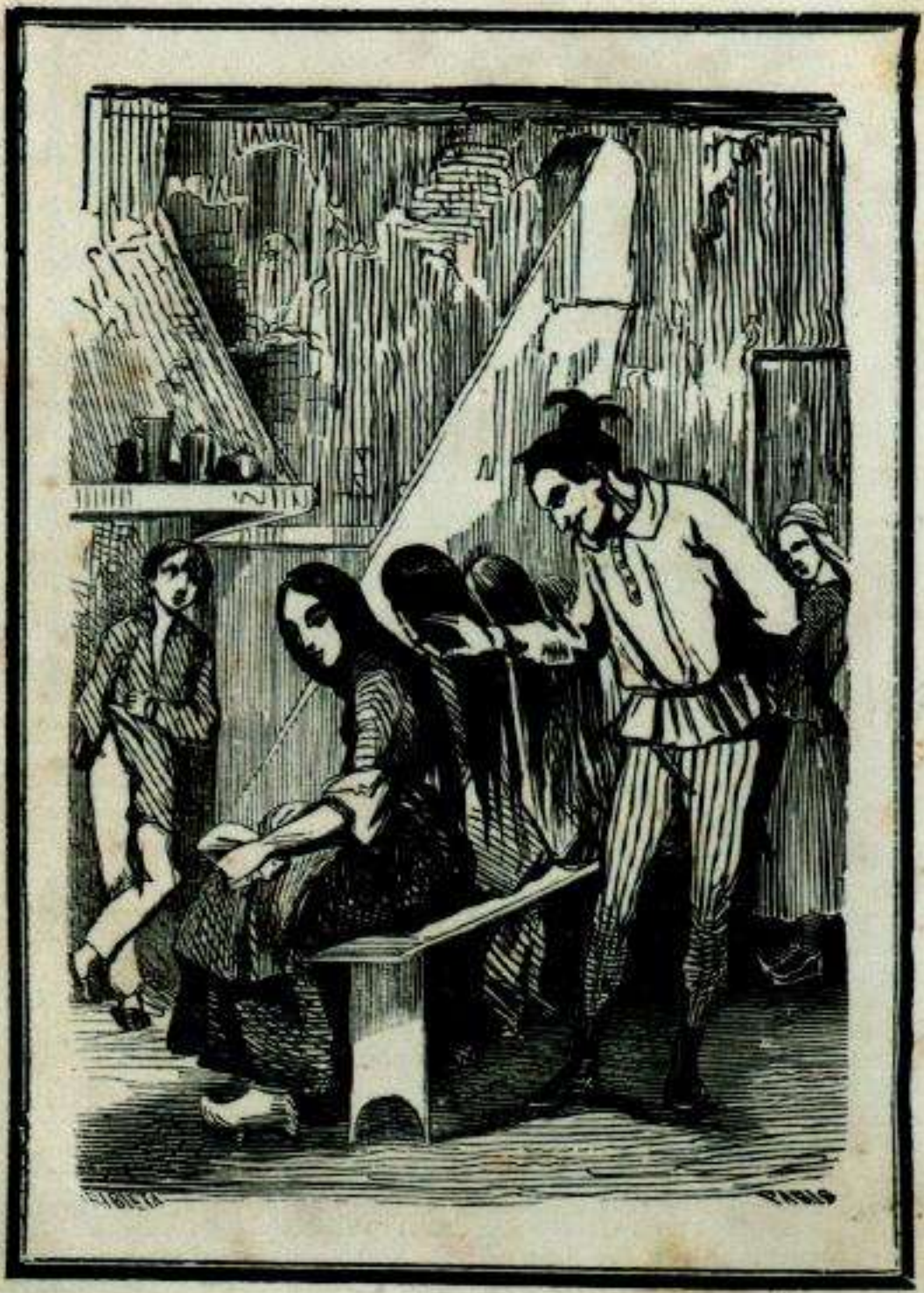
gar mas cercano, para que un cirujano aplicase otro vendaje á mi herida. Tambien debiamos encontrar en aquel pueblo algunas jóvenes, quienes sabiendo la llegada de Lebrelin, le esperaban ya para venderle sus cabelleras, segun se lo habia avisado de antemano el carretero.

Al dia siguiente, llegábamos á la aldea donde vivia el padre de Juanita, futura Vascona de nuestra cuadrilla.

FIN DEL TOMO QUINTO.

MARTIN

EL ESPOSITO.



No me la pegan á mi....

MARTIN EL ESPOSITO,

ó

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CAMARA.

ORIGINAL DE EUG. SUE,

traducida por EL DONCEL.

TOMO VI.

MADRID—SOCIEDAD LITERARIA—1846.

Imprenta de D. Wenceslao Ayguals de Izco.

XV.

LAS CABELLERAS.

No olvidaré nunca el singular y triste espectáculo que presencié en el pueblo de Falleville, donde nos detuvimos á comprar cabelleras y á curar mi herida. El cirujano declaró que mi fractura era sencilla, que el primer vendaje habia sido puesto con habilidad por la tia Mayor, y que mi

completo restablecimiento no podia tardar.

Siendo la poblacion numerosa, y sabiendo Lebrelin que el primer viage, ó paso del hombre-pez, habia despertado la curiosidad general, consintió en dar lo que él solia llamar, una *pequeña representacion*, compuesta de la exhibicion del *fenómeno* y de algunos ejercicios por la tia Mayor y Bamboche. Para ahorrarse el tragin de montar nuestro teatro de lona, dispuso Lebrelin que la representacion se efectuaria en un establo, y que la tia Mayor cuidaria del recaudo, mientras él iba á la *cosecha* de cabelleras.

Herido no podia yo ni tomar parte ni ver los volatines; el cirujano me habia curado en una sala del piso bajo de la posada, y allí ví por primera vez á Lebrelin practicar una de sus estrañas industrias.

Sentado en una silla, con el brazo metido en un pañuelo, ví entrar diez ó doce mugeres casi todas jóvenes, de las cuales habria unas tres bonitas; pero los andrajosos vestidos que las cubrian indicaban la miseria mas completa, y en sus rostros se pintaba la tristeza y la confusion, como si las causára vergüenza hacer aquel postrer sacrificio á la miseria.

Muchos años han transcurrido y sin embargo no se ha borrado de mi memoria la menor circunstancia de aquella triste escena.

Una débil luz penetraba por dos estrechas ventanas cuyos vidrios opacos cubiertos de telarañas, interceptaban la claridad y dejaban casi á oscuras aquel gran cuarto del piso bajo del meson; las paredes blanqueadas mucho tiempo habia estaban ya ennegrecidas como las vigas del techo: dos leños medio apagados humeaban

en el hogar en medio de un monton de cenizas.

Las *parroquianas* de Lebrelin, segun las llamaba, le esperaban unas sentadas en bancos, otras recostadas en una larga mesa, y otras acurrucadas en unos banquillos chiquitos; una de aquellas infelices estaba sola en un rincon medio escondida, por la sombra que proyectaba la chimenea, y apenas podia yo distinguir en la oscuridad su cofia blanca, un pedazo de su zagalejo hecho pedazos y sus piés descalzos.

Comprendí por algunas palabras que aquellas pobres mugeres estaban doblemente inquietas, dudando que su pelo fuese del gusto de Lebrelin, y avergonzadas por ser las únicas del pueblo á quienes la pobreza obligaba á vender el solo adorno que conservaban aun.

Algunas sin embargo no parecian

afectadas y sí resignadas, una que otra sentada en la mesa, cantaba por lo bajo acompañándose con el choque de sus zuecos que golpeaba á compas, mas allá otra mordia con avidez un pedazo de pan duro y negro.

Se abrió la puerta y se presentó Lebrelin, vestido con su trage medio masculino y medio femenino, con su pantalon rojo, su saya verde oscuro, su chaquetin de pana negra ajustado y su pelo levantado á la china, como algunas mugeres. Al verle se levantaron todas las jóvenes con esa humilde deferencia propia de todo el que vende, que menesteroso necesita al comprador.

Mi patron tenia su aire sardónico habitual, y cierta alegria en los ojos, saludó de un modo grotesco, y volviendo la vista todo al rededor, miró á todas sus parroquianas.

—Felices, señoras, dijo con su

voz delgada, parece que el mercado no está desprovisto.... Ea presto! pichonas, despachemos, tengo prisa, pronto, pronto, abajo el rodete! y estendamos las trenzas... pero pesia mi! es preciso que sean las caballeras magníficas para que las compre, os lo prevengo; pues que por todas partes me las brindan casi de valde por la carestía del pan...

Estas palabras produjeron una penible ansiedad, y todos aquellos rostros lo demostraron claramente.

Lebrelin viéndome entonces me dijo:

—Martinillo, tienes un brazo bueno, ayúdame á acercar el banco lo mas posible á la ventana, no compro yo gato en saco, quiero buena luz para hacer mis negocios...

Ayudé á mi maestro á colocar el banco cerca de las ventanas, formando un ángulo recto de modo que la

luz, hiriendo de frente las cabelleras, descubria mejor su lustre ó sus vetas.

—Vamos pichonas, vamos, repitió Lebrelin, el mercado está abierto.

Todas aquellas infelices criaturas se apresuraron á sentarse en el banco... menos la que estaba escondida en la sombra de la chimenea, y de la cual solo veia yo la cofia blanca y los piés desnudos.

—Hola... mocita! le dijo Lebrelin, qué no venis?... aun hay sitio.

—Luego, señor mio... contestó una voz dulce y medrosa, que me pareció exalacion de lágrimas.

—Bien, bien, contestó Lebrelin, lo bueno para el postre verdad? quereis meterme en gana... vaya en gracia hija mia, pero esas *mañitas* no son nuevas... y no por eso subiré el precio de un maravedí.

Luego volviéndose hácia las mugeres sentadas en el banco repitió:

—Vamos, pichoncitas... fuera cofias!

Por unos segundos un sentimiento de pesar, de vergüenza, y casi de pudor, paralizó todas aquellas mugeres, pero al fin una de las que parecian mas resignadas se quitó bruscamente su pobre cofia de algodon.

Fué esto la señal, todas aquellas cabelleras cubrieron la frente, los hombros de aquellas mugeres: pelos rubios, castaños, negros, algunos escasos y finos, otros espesos y duros, mas allá poblados y crespos, y por otra parte alguna cabellera en la que á pesar de mucho disimulo, se veia aun alguna que otra cana, porque ay! como era fácil cerciorarse de ello, cada una de aquellas mugeres, segun la espresion de Lebrelin, *habia adornado su mercancía*... triste y última coqueteria!... todas se ofrecieron á la par.

—Hum, hum, no me la *pegan á mí*, repetia Lebrelin yendo y viniendo al rededor del banco, mirando, tocando, pesando y hasta midiendo cada cabellera, para juzgar bien de lo largo, flexibilidad, el peso... y color del pelo. No, no, no se me da gato por liebre... y añadió riyéndose y mofándose, á otro *perro con ese hueso*... pichonas. Ya sabemos lo que se aparenta con polvos de carbon, aceite y pomada... y como se trueca momentáneamente *una crin* en cabellera regular.

Y pasó un nuevo exámen á *la mercancía* y esclamó:

—Vive Dios, que tengo desgracia... en todas mis caminatas; este año... no hallo nada bueno..... aquí como allá malo... está visto... añadió con ademan desdeñoso y enfadado, despues de haber echado la última ojeada sobre todos aquellos cráneos

escondidos por abundantes cabelleras, decididamente nada de esto vale... greñas, género de pacotilla..... verdaderos pelos de *camello*.

Un hondo suspiro salió de todos aquellos pechos, comprimidos por el dolor y la incertidumbre, y por un movimiento maquinal al perder la última esperanza, inclinaron instintivamente las cabezas como abrumadas por el dolor.

—Qué diablos puedo yo hacer de lo que me ofreceis? Acaso soy mercader de crin ó de estopa? añadió mi patron con la brutal ferocidad del traficante, que ante todo desprecia lo que quiere adquirir.

—Vamos pichonas, repitió, poneos las cofias... nada me acomoda... nada.. lástima del tiempo que he perdido.

Durante aquella escena cuya infame crueldad yo no podia comprender en aquella época, pero que me partia

el corazon, habia visto á la muger de la cofia blanca, hasta entonces escondida en la oscuridad, salir quedito de su rincon, dirigirse á la puerta, tener ya la mano en el picaporte y pararse de repente... é inclinar luego la cabeza con abatimiento como si retrocediese.

Mucho he visto y rara vez he tenido la ocasion de ver facciones mas regulares que las de esta jóven: aparentaba tener como unos diez y siete años: un pañuelito de algodon colorado le tapaba escasamente el cuello y la espalda; su zagalejo remendado con pedazos de varios colores, se sostenia con unos tirantes de orillo. Preciso era que fuese de peregrina hermosura, para hacerse notable apesar de su flacura y de la palidez de su rostro, donde se veian aun las huellas de recientes lágrimas.

Despues de haberse parado unos

instantes en la puerta, la mano siempre puesta en el pestillo, hizo la jóven un esfuerzo violento sobre sí misma, y á pasos lentos volvió á colocarse en el puesto que ocupaba antes en la sombra que proyectaba la chimenea.

En aquel momento decia brutalmente Lebrelin:

—Vamos! volveos á poner las cofias no tengo nada que hacer aquí. Digo! la cosa valia la pena de perder el tiempo!

Y dando luego algunos pasos hácia la puerta añadió:

—Ea, buenas noches...

Una escena de regatio hubo lugar entonces; una escena repugnante y penosa á la par.

Penosa sí, porque daba lástima ver á aquellas infelices que harto sabian *que el pan estaba caro*, segun Lebrelin lo habia dicho, rogar, suplicar á aquel hombre algunas de ellas con lá-

grimas en los ojos, para que les comprara á cualquier precio sus cabellos, pobre y último recurso con el cual habian contado siempre.

Escena innoble, porque Lebrelin abusando con infame rapacidad de la miseria de aquellas desdichadas, regateaba tercamente sueldo á sueldo, repitiendo sin cesar que la adquisicion no le acomodaba y despreciándola sin miramiento alguno.

En fin, cansadas ya de luchar, sufrieron aquellas infelices las condiciones del comprador; pedian las pobres tres ó cuatro francos y Lebrelin consintió no sin mucho trabajo en darles veinte sueldos...

Aceptáronse estos... Con ellos tenian á lo menos pan para tres ó cuatro dias!...

Otro momento hubo que me causó cruel impresion: fué este, ver por decirlo así rasas como la mano aque-

llas cabezas que poco antes cubrían ondeantes cabelleras y que Lebrelin segaba, haciéndome luego formar ovillos de aquellos cabellos, atándolos con cintas.

La compra habia sido estupenda, á no dudarlo, pues el rostro de Lebrelin chispeaba de puro alegre, y sus malignas pullas afluian de lo lindo.

—Vaya! en vez de entristeceros debeis alegraros, pichonas mias, decia haciendo crugir las tigeras, hoz que recorria con avidez aquellas cabezas inclinadas á merced del impasible que las despojaba. Esos cabellos que de nada os sirven tendrán la honra de adornar las cabezas de las señoras de alto *copete*, algun tanto jamonas, sosten de pelucas y tupés... Turbantes de finísimo cachemir bordado de oro, plata, magníficas piedras, diamantes soberbios adornarán... vuestros cabellos, que de otro

modo se hallan condenados á verse constantemente cubiertos por grasientas gorras... Y además, vosotras pregoneras de miseria, podreis decir al menos, que una parte de vosotras mismas recorrerá en coche las fiestas mas lujosas de la capital... lo que es en alto grado lisonjero... yo hago de ello gala y sin embargo... nada vosotras me dais por esto..... todo lo contrario yo soy quien os dá..... Vamos, convenid, gachonas mias, en que soy un zote de puro bueno... pero no así de hoy en mas, porque os declaro que en adelante... no daré un ochavo... os honraré dignándome tomar vuestros cabellos...

Prosiguiera Lebrelin en sus repugnantes gestos á no interrumpirle la jóven de que hablé.

Acercóse la infeliz á la ventana, sentóse tímidamente en el estremo del banco, se quitó la gorrita y ba-

jó la cabeza sin pronunciar una sola palabra.

Al ver su frondosa y negra cabellera de azabache que se desplegó tan larga que besó el suelo replegándose en él junto á los desnudos piés de la jóven; tan espesa que ocultó el haraposo vestido, cual una capa negra, no pudo menos de esclamar Lebrelin á pesar de su costumbre de despreciar cuanto compraba :

—Soberbio! estraordinario!... no ví jamás una cosa igual!...

Las compañeras de la jóven que hasta entonces no la habian apercibido, acogieron con murmullo, que revelaba sorpresa, su aparicion; una de ellas dijo en voz baja :

—Mira, tambien Josefina... vende sus cabellos... y eso que vá á casarse ..

—Y con Justino, á quien tanto quiere; contestó otra.

En casi todos los rostros se leia una espresion de pesar y piedad... Josefina era la bondad y dulzura personificadas, puesto que tamaño interés inspiraba á sus compañeras, las que sin embargo acababan, cual ella, de resignarse á un sacrificio penoso y cruel.

—Vais á casaros, hermosa jóven, dijo Lebrelin contemplando con ávidos ojos la magnífica cabellera que ante él se habia desplegado y cogiéndola en sus manos con vértigo de alegría. A fé mia!... haceis bien en desprenderos de *eso*... es cosa inútil para una muger casada... vale mas un buen dote en su lugar, añadió con sarcástico acento Lebrelin. Y yo me encargo de este dote... Mirad... aquí esta... una moneda de cuarenta sueldos nuevecita y deslumbradora... vamos no se dirá que no hago las cosas á lo monarca, sin que por

ello necesite influencia alguna; todos los moños de estas señoras no se han pagado mas que á franco cada uno... bien que en verdad... hay tanta diferencia!...

—Quisiera... quisiera,.. sacar... cuatro francos... tartamudeó Josefina en voz baja y temblorosa.

—Cuatro francos, esclamó Lebrelin, cuatro francos!... Estais loca?... Segun eso quereis dar un banquete como el festin de Baltasar en vuestras bodas?... Cuatro francos!... Me es imposible favorecer tamañas prodigalidades,.. cuatro francos! Vaya tasémosla en cincuenta sueldos y negocio concluido.

Y al decir esto con ávida é impaciente mano se apoderó Lebrelin de los negros cabellos de la jóven.

—Pobre Josefina!... murmuró una de sus amigas, en tanto que las otras dejaban traslucir por sus mira-

das llenas de tristeza, que tambien ellas se dolian de aquella venta.

—Quisiera cuatro francos... los necesito...

Dijo la jóven cuyo rostro, antes pálido, se habia tornado de color de púrpura; tamaña vergüenza sentia la infeliz, que para disculpar su codicia apresuróse á añadir:

—No son para mí... pero los necesito... sin remedio.

—Cuatro francos, dijo Lebrelin con brutal acento... cuatro francos... Quiá! esto seria dejarme robar.

Josefina se levantó bruscamente. Aquel movimiento apartó de su rostro encantador la espesa cabellera que lo cubria... Las lágrimas se desprendian hilo á hilo de sus ojos rodando por sus mejillas. Lebrelin que en el ademan resuelto que hizo la jóven para recoger su gorra, temió

perder tan hermosa ganga, cogióla del brazo y esclamó:

—Vamos á ver, picarilla... se os darán los cuatro francos... pierdo en ello... Pero ahí van... dos francos mas.

Sentóse de nuevo Josefina en el banco, bajó la cabeza y en voz baja y temblorosa dijo:

—Quisiera ademas... cuando hayais cortado mi cabellera... una mecha de mis cabellos para guardarla...

—Tambien eso! gritó Lebrelin... sois insaciable, hija mia...

Y despues de una corta reflexion repuso:

—Vaya, de fijo me hechizais... os daré la mecha... pero muy delgadita, mucho.

Dicho esto levantó las fatales tigeras.

—Deteneos, señor... gritó una jóven parando el brazo de Lebrelin;

en resumidas cuentas no son mas que cuatro francos... y si escotáramos entre todas... añadió consultando con una mirada á las demas...

—Sí, sí... esto es... escotemos, repitieron muchas de entre ellas.

—Cómo! .. os moris de hambre y la echais de generosas, dijo amargamente Lebrelin desprendiéndose de la jóven que le impedia manejar las tijeras. Olvidais que el pan está á los ojos de la cara...

Ay! tambien aquella vez ahogó la miseria los mejores instintos; tambien aquella vez el imperioso acento de la necesidad ahogó el primer grito de generosidad que el alma dió!

Las rudas palabras de Lebrelin recordaron á aquellas pobres criaturas que eran demasiado desgraciadas para poderse mostrar compasivas. Cabe infortunio peor á semejante desgracia?

Al generoso ímpetu de las amigas de Josefina siguió melancólico silencio; esta que se habia abandonado por un momento á la esperanza dijo con viveza á Lebrelin:

—Despachad, presto..... presto, daos prisa... acabad.

No se lo hizo decir dos veces Lebrelin: sumió de pronto en la frondosa mata de pelo las tijeras y las manejó con presteza tal, que poco tardó aquella magnífica cabellera, cayendo por todos lados, en dejar ver el benigno y pálido rostro de Josefina anegado en llanto y la cabeza completamente rapada...

Fiel á su promesa, Lebrelin, remitió á la jóven una larga mecha que apenas tenia el diámetro del dedo meñique... hizo Josefina, un ovillo de ella y la guardó en su seno.

. . . . . .

Ya no pude contener por mas

tiempo mis lágrimas, y desde aquel dia he conservado siempre perenne el recuerdo de aquella terrible y dolorosa escena.

. . . . . .

Con desden profundo mirarán sin duda las gentes *positivas* cuanto acabamos de trazar, y con sarcasmo dirán:

—Dios mio! qué! tampoco se descuelga con pocas frases por algunos ovillos de pelo! Qué nos importa que aquellas aldeanas se vean rapadas cuál monaguillos?

En suma, tambien tienen un franco mas en el bolsillo...

Pero no así vosotras, mugeres, vosotras compadecereis esa consecuencia mas, hija de la miseria. (Engendra... tantas consecuencias... la miseria!) Sí, vosotras la compadecereis... vosotras las que sonriendo delante de un espejo, gozais en

adornar con flores y brillantes vuestros sedosos cabellos... ó bien en dejarlos desnudos de todo adorno... lo que encierra aun mayor coquetería.

Tambien vosotras, madres felices, tan envanecidas con las largas trenzas, corona angélica de los cándidos rostros de la hija que besais todas las noches, tambien vosotras sentireis vehemente compasion...

Tambien vosotros... amantes que mas de una vez llevásteis á vuestros lábios los húmedos y perfumados cabellos de vuestra adorada... tambien vosotros vertereis una lágrima de piedad...

Y en fin tambien... vosotros los que amais y respetais al Ser Supremo en su criatura, y que sufris amargamente de cuanto la marchita, afea ó degrada, tambien vosotros compadecereis á aquellas infelices víctimas de hórrida miseria.

. . . . . .

En estremo fructuoso habia sido la representacion compuesta de los ejercicios de la tia Mayor y de la exhibicion del hombre-pez.

Apenas amaneció el siguiente dia partimos, á fin de llegar aquella misma noche al lugar donde se hallaba la nueva Vascona de la cuadrilla.

La felicidad, la alegría y el amor tuvieron aquel dia entontecido, loco á Bamboche, iba por fin á ver á Juanita... á verla para no separarse de ella ya.

XVI.

LA VASCONA.

A medida que nos acercábamos á la aldea en que debiamos hallar á Juanita, era mayor la impaciencia de mi curiosidad; la tia Mayor guiaba el carromato donde iba el armatoste del hombre-pez. Ocupaba Lebrelin el asiento cubierto de nues-

tro carro, y Bamboche y yo estábamos solos en el interior. La alegría frenética de mi amigo, hija de sus esperanzas, cedia á veces á momentos de temor y abatimiento; en ellos con voz alterada me decia:

—Mira, si el padre de Juanita que la quiere tanto... no quisiera dársela ya á Lebrelin, mira... te juro que no se lo que haria.

Y en aquella frente de trece años, en sus concentradas facciones estallaba el choque de pasiones tan violentas como precoces.

—Tranquilízate, hombre, le decia yo, si no quieren dar Juanita á Lebrelin no te apures! nosotros tomaremos soleta y entraremos de criados en casa del padre de Juanita..

Encogióse de hombros Bamboche al oir las palabras de una imaginacion cándidamente romántica.

—Su padre está muriéndose de hambre, y quieres que tome criados?... y suponiendo que nos tomára no por esto adelantariamos nada.

—Cómo?...

—Vaya que eres necio!... el padre, la madre y los hermanos no me estorbarian acaso? qué! seriamos allí tan libres como lo seremos en la cuadrilla de Lebrelin hasta que llegue el momento de echar à volar?

—Cielos! esclamé de pronto asaltado por una idea repentina.

—Qué tienes?

—Tú enloqueces por Juanita, estás frenético, quieres huir con ella... pero y si no te amase... has pensado en esto?

—Algunas veces.

—Pues bien, qué harias en este caso?

—La sacudiria hasta que me amase...

—La pegarás, esclamé, pegarás á esa pobrecilla?

—Trabajo me costará... pero qué quieres...

—La pegarás para hacerte amar! repetí asombrado, no ves que te harás aborrecible.

Sonrióse Bamboche al ver mi candor, y con acento de feroz energía é increible conviccion me dijo:

—Para hacerse amar de las mugeres, es preciso hacerse temer antes... el anfisbena me lo repitió cien veces; tuvo queridas que se daban de puñaladas por él, por él se hubieran arrojado á las llamas, y le daban cuanto ganaban. Tanto miedo le tenian sin embargo, que le bautizaron con el dictado de *Tigre negro* y temblaban solo al verle.

Bajé la cabeza ante la esperiencia del anfisbena.

—Si estás seguro de esto... sea en

buen hora, dije con el corazon oprímido, pero no la pegues muy fuerte... pobrecilla...

—Si me ama de grado... no la pegaré hasta mas adelante... (no por gusto... porque si de no hacerlo alcanzára lo mismo, preferiria mil veces que me pegáran á mí) pero la pegaré para que me tema... porque como decia el anfisbena una muger que no teme... le lleva á uno que ya, ya...

—Es lástima que sea preciso pegar, dije á mi amigo lanzando un suspiro.

Quedóse Bamboche pensativo por algunos momentos, y despues de aquel silencio, con sombrío ademan y concentrado acento repuso:

—Hay una cosa que me aterra.

—Cuál es?

—Temo que Lebrelin... esté enamorado tambien de Vascona..... me contestó Bamboche rechinando los

dientes de puro rabioso y colérico.

—El... á su edad?

—No hizo de mí su amante la tia Mayor? me contestó brutalmente Bamboche, por eso tambien esa víbora odiará á Vascona... Y además, el payaso que debe llegar de un dia á otro es tan pillo como Alelí, el que se metió en el seminario... será capaz de enamorarse de Vascona tambien... Harto me acuerdo de qué modo atormentaba Alelí á la que murió.

Dando luego Bamboche una patada, echando chispas de ira frenética por los ojos, é hinchadas por la cólera las venas de las sienes, gritó:

—Mira... Martin, conozco que habrá desgracias por Vascona.

El hórrido, aunque posible amor de Lebrelin ó de nuestro futuro payaso, el ódio celoso de la tia Mayor, los medios raros á que debia recurrir Bamboche para hacerse amar,

me parecieron complicar tan horriblemente el porvenir de Vascona y de mi amigo que me quedé silencioso en tanto que Bamboche parecia abondarse mas y mas en sus tristes pensamientos.

Tan solo ahora, al trazar estos renglones, despues que tanto años han transcurrido desde aquellos acontecimientos, comprendo y siento cuantas monstruosidades en ellos se encerraban; desgraciadamente la esperiencia, esperiencia bien triste por cierto, me ha demostrado que aquellas monstruosidades distaban mucho de ser escepciones; los que no se han metido necesariamente en lo mas profundo de ciertos lodazales de la sociedad, no sabrán ni creerán jamás cuantos vicios y horrores engendran la miseria, la ignorancia y el abandono.

Pero en aquella época muy niño

aun, sin nocion alguna del bien ó del mal, salvo algunos instintos buenos, sumido en aquella esfera de cínica depravacion, poco tardé en acostumbrarme á ella y presto viví allí como en mi centro natural; lo que en el dia se me resiste y me odia, parecíame corriente entonces, por falta de punto de comparacion... acusaba yo, no los vicios de los otros, sino mi cándida ignorancia; es verdad que algunas veces me ADMIRABAN ciertos hechos tremebundos, pero no me INDIGNABAN..... y no podian indignarme..... En qué escuela de moral y de virtud hubiera mamado yo aquella indignacion?

En ninguna; y así como un niño educado con tierna y áustera solicitud, siente vagas preferencias hacia ciertas virtudes mas anejas, si podemos decirlo, á su talento, corazon y carácter, así tambien daba yo,

desde mi permanencia con Lebrelin vagas preferencias á ciertos vicios; la pereza, la estafa, la vagancia, y hasta el robo como espediente estremo, tenian para mí bastantes atractivos; pero violencias y crueldades me repugnaban y á pesar de las eróticas y amorosas confidencias de Bamboche no sentia aun la *necesidad de amar*.

Lo que prueba sin embargo que el hombre nace bueno ó capaz de seguir todos los sentimientos generosos por lo menos, es que á pesar de los repugnantes egemplos que me rodeaban, á pesar de las crapulosas tendencias que ante mis ojos se desarrollaban todos los dias, hallaba en mí la fuerza de llenar cuantos sacrificios impone la amistad... Lo mismo le sucedia á Bamboche; mas de una vez me habia probado ya su adhesion, aunque una escuela horrible hubiera sumido hacia mucho tiempo á aquel

infeliz niño en una corrupcion mucho mas profunda, mucho mas remachada que la mia.

. . . . . .

Las sombras del crepúsculo envolvian la tierra cuando llegamos al lugar; nos apeamos en el meson del Gran-Ciervo donde solia parar Lebrelin. Apenas echamos pié á tierra preguntó este al posadero que tal seguia el tio Paillet, el carretero de la aldea.

—Está á los últimos, contestó; ademas señor, si vierais que miseria! once hijos y una muger enfermiza... El comun les pasa dos panes de caridad por semana... pero de qué sirve esto para tanta gente?

—Muy bien! esclamó Lebrelin sin disimular su alegría.

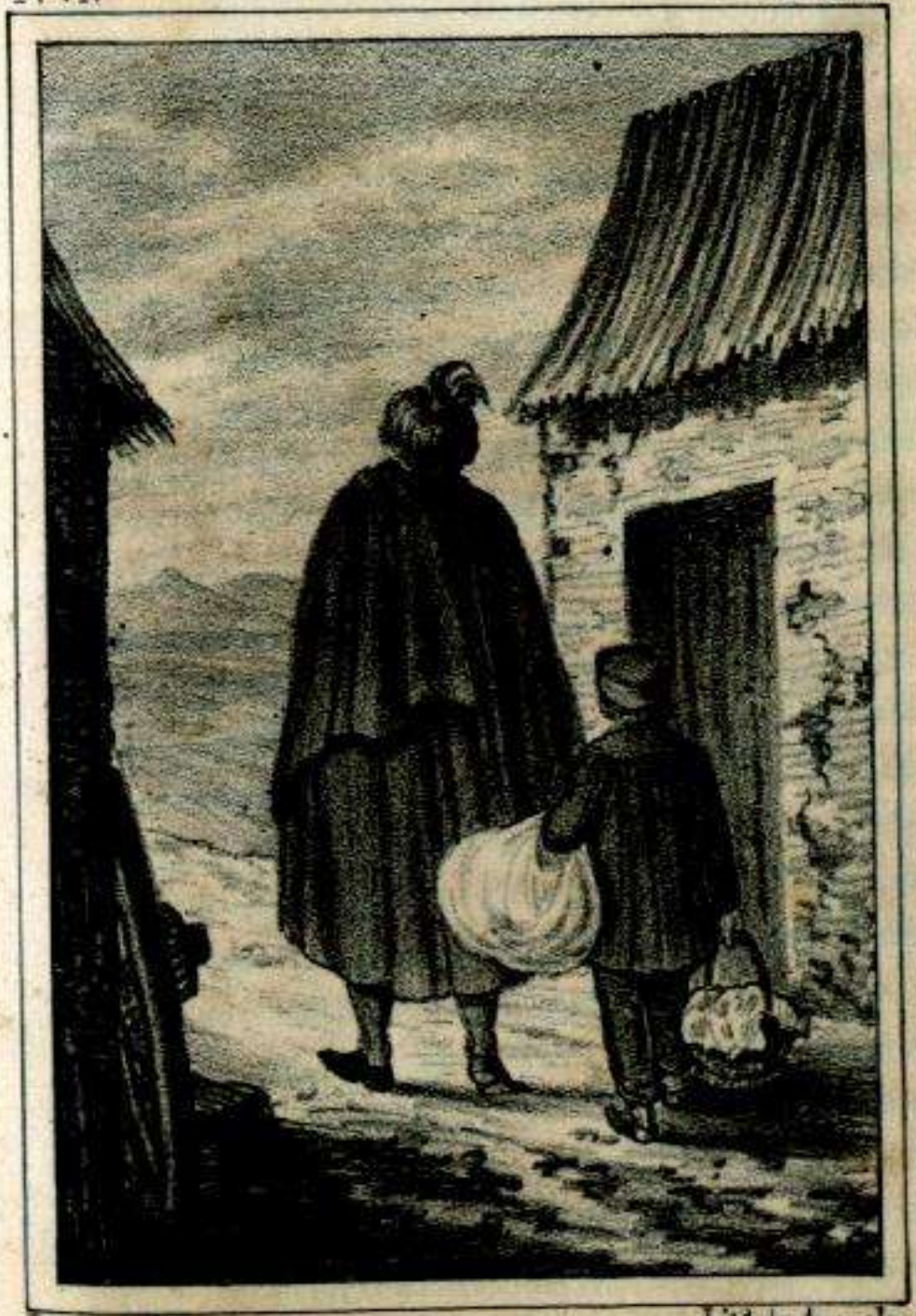
Y tomando luego un ademan compasivo dijo al posadero:

—Decid patron, teneis algunos

ner que desempeñar una comision que tan grata hubiera sido á mi amigo, comision que le hubiese hecho avistar desde aquel momento con Vascona. Echamos á andar en cuanto el posadero hubo traido un cesto asaz pesado, del cual se exhalaban olores harto apetitosos. Cogí la carga, y seguí á mi amo quien muy contra su costumbre se embozó en ancha capa; segun pude juzgar por su precipitacion y rostro estaba inquieto y receloso.

Llegamos á un callejon, lleno de lodo, que tenia una boca en la aldea y otra en el campo, algunas desmanteladas y viejas ruedas que obstruian el paso de la puerta, indicaban la habitacion del carretero.

A mas andar llegaba la noche cuando entramos en una especie de madriguera, que así servia de taller al artista, como de albergue á aquella



F. Perez Litº Litª de Ayguals.

numerosa cuanto infeliz familia.

Una importa con cristales, situada encima de la puerta y el pálido reflejo de un fuego de humeantes virutas, en derredor del cual se agrupaban unos diez niños, que el de mas edad tendria catorce años, todos macilentos, flacos, tiritando de frio, cubiertos apenas con algunos grasientos harapos, iluminaban aquella vasta cuanto húmeda madriguera. Destacándose de aquel grupo de criaturillas que la rodeaban, sobresalia una muger de melancólica mirada, hundidos ojos, enfermiza palidez y cuyos huesos agujereaban la piel, digámoslo así, sosteniéndose reclinada á lo largo de un banco de madera con respaldo de lo mismo. La parte inferior de aquella muger casi enteramente paralítica, desaparecia bajo tiras de colcha. En el momento de entrar nosotros muchos de aquellos ni-

ños gritaban, gemian... y su aun mas desgraciada madre, contestaba con doliente y opaca voz á sus degarradoras quejas:

—Dios mio!... Dios mio!... si ya no hay pan... qué quereis que os dé? Mañana... comereis, mañana os darán el pan de caridad; pero, hasta mañana... no hay medio; es preciso tener paciencia, pobres hijos mios.

—Mañana, está muy lejos, mamá... decian llorando los niños, tenemos aun hambre esta noche!!...

Ví en el rincon oscuro de aquella estancia, una miserable pajaza, en la que yacia acostado el carretero, padre de toda la familia, agonizando casi, quien, ora con la mirada fija, ora con los ojos medio cerrados parecia no sentir nada de cuanto pasaba. Uno de sus brazos ceñia el talle de Juanita su hija predilecta (la Vascona futura), quien estaba sentada al borde del mí-

sero lecho. Parecia quererla proteger instintivamente el anciano, teniéndola perenne á su lado por un movimiento convulso, y murmuraba de cuando en cuando en voz baja y con aterrado acento:

—*El hombre... el hombre...* vá á venir... guardate del *hombre*.

El hombre de quien temia la llegada el carretero, en su delirio, era sin duda alguna Lebrelin.

Nada habia visto hasta entonces, ni tampoco he visto nada despues, que se acerque ni de lejos al rostro encantador de aquella niña de ocho ó nueve años. Todo su vestido consistia en una camisa de amarillento lienzo, hecha tiras, y dejando al aire sus brazos y piernas algun tanto enflaquecidas, pero de alabastrina blancura; un bosque de rubios y sedosos cabellos naturalmente rizados, si bien desgreñados tapaban sus negros ojos

y cubrian su cuello y espaldas; nada supera en pureza ni gracia á las facciones de aquel rostro encantador, á pesar de hallarse ligeramente surcado por la miseria. Una tinta de tristeza se marcaba en su fisonomía; vi dos ó tres veces á Juanita llevar sus lábios á la descarnada mano de su padre y luego, merced á esa movilidad de impresiones aneja á los pocos años, tararear una cancion llena de dulzura y melancolía de la cual marcaba el compás haciendo chocar uno contra otro sus desnudos y lindos piececitos; nuestra llegada no habia interrumpido aquel sentido canto, pero cuando nos vió acercar á su madre cesó Juanita su tarareo y por un movimiento de gracia infantil, separó los cabellos que tapaban sus ojos; con la frente algun tanto inclinada, sumida la mano en su espesa cabellera apoyado el codo en la rodilla ob-

servónos entonces con ademan curioso é inquieto.

En presa á cruel agonía, no notó el carretero nuestra llegada; se le veia tan solo atraer á sí á su hija predilecta, y repetir de cuando en cuando con voz apagada y de terror:

—*El hombre... el hombre.*

El temor que infundia Lebrelin al padre de Juanita le perseguia en su delirio como una idea fija.

La muger del carretero conoció á mi amo, pues en cuanto le vió, levantó las manos y con acento en que se marcaban temor y esperanza á la par esclamó:

—Bendita seas oh! vírgen!!... es el hombre!

Mientras los niños constantemente agrupados volvian hácia nosotros sus admirados semblantes, cerró Lebrelin muy quedo la puerta, puso el índice en sus lábios con misterioso ademan,

para invocar silencio, cogió de mis manos el cesto de las provisiones, y viendo una mesa colocó en ella el pavo asado y el pastel, de modo... que estuviera bien en evidencia.

Al ver los famélicos niños aquellos comestibles se precipitaron en tumulto hácia la mesa, atropellándose unos á otros y sucumbiendo los menores...

Con imponente ademan y no menos imponente mirada les contuvo de repente Lebrelin, diciéndoles:

—Aun no;... estas cosas buenas no son vuestras aun... Pero de vuestra madre depende el que las comais.

—Cómo!... esclamó la muger del carretero.

Impuso de nuevo silencio mi amo por medio de un gesto, en tanto que los niños, combatidos por un hambre devoradora, escitada con la vista de los espléndidos manjares descono-

cidos para ellos, permanecian por decirlo así *presos* á algunos pasos de la mesa.

La muger del carretero miraba fijamente á Lebrelin, la sorpresa la habia hecho enmudecer. Quitándome entonces mi amo el saco verde que yo llevaba en la mano, sacó de él: un vestidito de seda color de rosa cubierto de plateadas lantejuelas, unos botitos de terciopelo verde tambien con lantejuelas, y una corona de rosas artificiales montadas en follage de plata; acercóse luego á la cama del muribundo, cuyos cárdenos lábios se agitaban aun, pero sin articular palabra alguna inteligible; y ostentando el vestido, lo colocó de modo que Juanita quedase herida por los reflejos de las lantejuelas.

Deslumbrada, no acertando á manifestar su admiracion juntó la niña sus manecitas, hízose toda ojos y esclamó:

—Oh! qué bonito!... qué bonito!

—Chist! chist!... todo es para tí, dijo muy quedo Lebrelin á Juanita indicándole que bajára del lecho de su padre.

—Ven, añadió, voy á ponerte este hermoso vestido para que tu papá te encuentre muy linda en cuanto dispierte... pero cuidado con dispertarle.... no metas ruido.

Con facilidad suma se desembarazó la niña del espirante lazo que la sujetaba, y Lebrelin hubo en un abrir y cerrar de ojos adornado á la futura Vascona con el vestido color de rosa, los botitos de terciopelo y la corona; dejábase vestir la niña con una admiracion en que se mezclaba cándida alegría de verse tan linda; mientras, decia la madre á Lebrelin:

—Pero, señor, por qué vestir á mi hija de?...

Llevó de nuevo Lebrelin el índice

á sus lábios, impuso silencio á la muger del carretero, y conduciendo á Juanita junto á ella le dijo:

—Mirad á vuestra hija... decid, no parece un ángel? Y vosotros, hijos mios, añadió volviéndose á los demas, ved cuán bonita está vuestra hermana.

Algunos de entre ellos, no habian quitado ojo á lo que cautivaba su famélica atencion; otros habian presenciado en silencio la transformacion de su hermana, pero en cuanto oyeron á Lebrelin gritaron todos á la vez:

—Oh! cuán linda está Juanita así... cuán hermosa!

—Parece un san Juanito de cera, dijo uno.

—Es un vestido de santa, esclamó otro.

Y la contemplacion de los deslumbradores atavíos que vestia Juanita

distrageron por un momento el hambre general.

Entonces mi amo, echando mano á su último medio de seduccion, dejó á la niña y sacó de su bolsillo un talego lleno de napoleones.

Apenas se vió Juanita libre corrió á la cama de su padre, subióse á ella y rebosando alegría, y sonriendo, acercó sus lábios al rostro lívido y frio del enfermo diciéndole:

—Papá... mira... mira... cuán bonita estoy.»

El carretero no contestó... sus ojos permanecieron fijos y medio cerrados! agitó débilmente los brazos y sus lábios balbucearon palabras sin órden.

—Papá duerme... y sueña, se dijo á sí misma la niña sentándose con mucha circunspeccion en el borde de la cama; esperando luego sin duda á que dispertára, púsose la ni-

ña á tararear jugando á la vez con la corona que se habia quitado de la cabeza, en la cual las rosas y argentino follage parecian cautivar, mas que los otros objetos, su atencion.

—Jamás, oh! jamás olvidaré la impresion profunda y singular que (á pesar de mi edad) me causó ver á aquella niña con su vestido de lantejuelas en campo rosa, sentada en el lecho miserable de su muribundo padre.

En ese intérvalo, cogiendo mi amo el saco por la parte inferior y acercándose á la muger, hizo caer una lluvia de napoleones encima de las tiras de colcha que cubrian sus rodillas... habria unos trescientos francos si mal no me acuerdo...

Sacando luego de su fraldriquera un papel preparado al intento, y uno de esos tinteros de que se sirven los cabos de escuadra, mojó una pluma

de acero y presentó pluma y papel á la infeliz madre diciéndole:

—Firmad esto, apreciable señora... y tendreis: esta suculenta cena para vuestros hijos, este dinero para vos... y la suerte de Juanita asegurada... sin contar que...

Un grito horrible que lanzó el carretero no dejó acabar á mi amo.

—No habia yo quitado ojo de Juanita, ni perdido de vista el menor movimiento de su padre...

Cuando el muribundo oyó el tintin metálico, incorporóse convulsivamente, llevó en derredor una mirada vagarosa y gritó:

—El *hombre del dinero!... es el hombre...* vá á quitarme mi Juanita... socorro!... socorro!...

Al oir aquellos gritos, al ver Juanita las facciones lívidas y alteradas de su padre, precipitóse desecha en llanto á su cuello colgándose en él,

mientras que el carretero, apretándola contra su seno con cuanto vigor le permitian sus agotadas fuerzas, repetia con voz de mas en mas ahogada:

—El hombre!!... el hombre... yo no quiero... no; prefiero morir de hambre y conservar mi hija... mi muger es la que escribió *al hombre*... y la que quiso... pero yo no queria... no... no quiero... ni...

No pudo acabar; una convulsion cruel se apoderó de su cuerpo todo; cayó de espaldas arrastrando consigo á Juanita, quien dando desgarradores gritos... enlazaba con sus pequeños brazos el cuello de su padre...

—Mi pobre marido!.... Vírgen santa, madre misericordiosa compadeceos de él!! Sed justa en fin .. Esclamó la infeliz muger con dolorosa amargura. Oh! Dios mio!... Verle así, no poder socorrerle... y mis hi-

jos allí... al rededor de aquella mesa... Desgraciados!! no piensan en su padre siquiera..... el hambre no mas... comer tan solo... y luego cual si se echase en cara estas palabras añadió:

—Pobrecillos!... tienen tanta hambre!...

—Firmad presto... firmad dijo Lebrelin cogiendo con impaciencia la mano de la muger. Firmad... todo ese dinero es vuestro; vuestros hijos no carecerán de nada, tendreis con que cuidar á vuestro marido... y yo me encargo de la felicidad de Juanita.

Y luego dirigiéndose á los demas niños añadió:

—Rogad á vuestra madre que firme, y no tendreis ya frio ni tampoco tendreis hambre:... ademas esa apetitosa cena será para vosotros... y tambien otras muchas como esta...

Las pobres criaturas sin comprender de que se trataba, obedecieron maquinalmente á Lebrelin y cayendo de rodillas á los piés de su madre gritaron á una voz:

—Mamá... fiirma... firma...

—Qué debo... firmar? dijo la infeliz madre medio loca oyendo los gemidos de su agonizante marido, los dolorosos gritos de Juanita y los ruegos de sus demas hijos.

—Firmad la obligacion de cederme á Juanita hasta los veinte y un años.... en ello asegurais su felicidad.

Cediendo la pobre muger al terror, á la conmocion y al deseo de poner coto á la espantosa miseria de sus hijos, firmó anegada en llanto y sin leer el contrato de Juanita.

—Hijos mios... esclamó Lebrelin... á la mesa ahora... comed... comed sin tasa...

Cual tigre que se abalanza al caza-

dor que le roba sus cachorros, asi aquellas desgraciadas criaturas se abalanzaron á la cena con frenesí carníboro, desgarrando y disputándose los pedazos, en tanto que mi amo, habiendo guardado el contrato en su faldriquera, se precipitaba á la cama del muribundo para apoderarse de su hija.

La infeliz criatura daba desgarradores gritos, al traves de sus sollozos se la oia decir:

—Papá!... quiero quedarme contigo!... Dejadme!... dejadme!...

No pudo la muger del carretero resistir á espectáculo tan cruel, hizo con un movimiento desesperado rodar á sus piés el dinero que Lebrelin habia dejado encima de sus rodillas y con el acento de una madre fuera de sí, gritó:

—Tomad, tomad vuestro dinero... dejadme mi hija... Dios hará de no-

sotros lo que quiera... pero no os llevareis al hijo de mis entrañas.

Nada Lebrelin contestó; encogióse de hombros y llevó facilmente á cabo el arrancar á Juanita del cuello del carretero, quien parecia haber perdido enteramente los sentidos; en cuanto mi amo cogió en sus brazos á Juanita, quien luchaba en vano, dirigióse hácia la puerta, y dijo á la muger:

—Es demasiado tarde para retractaros.... tengo el contrato firmado, en mi bolsillo.

—Mi hija!... quiero mi hija!... se lleva mi hija! gritó la pobre madre viendo que Lebrelin envolvia á Juanita con la capa. Socorro!.... hijos mios, socorro!... impedidles que salgan... corred á su alcance... Madre de misericordia, Vírgen pura, socorredme... me roban mi hija!... mi marido me matará!!!...

Enteramente ocupados en satisfacer su hambre devoradora, no acordándose de otra cosa los famélicos niños, no obedecieron á su madre y Lebrelin tardó muy poco en abrir la puerta llevando su ligera carga.

Habíame quedado yo aterrado, inmóvil en mitad del cuarto, fué preciso que mi amo se volviese para arrancarme de mi estupor cuando ya se hallaba en el dintel y que me gritára con terrible acento:

—Vienes?

Corrí maquinalmente hácia Lebrelin, y cuando hubo este cerrado prudentemente la puerta con llave, oí la voz de la muger del carretero que con acento de ferviente y desesperada súplica esclamaba:

—Vírgen Santísima..... compadeceos de mí; madre santísima del Redentor socorredme... os imploraré siempre en vano!!

Cogióme con su mano de hierro mi amo y me forzó á seguirle mas que de prisa.

Al revés de lo que yo esperaba, en vez de atravesar la aldea salimos al campo por la otra boca-calle; despues de haber andado así cosa de un cuarto de hora, dimos con nuestros carros que por órden de Lebrelin sin duda, habian ido á esperarnos al camino real.

Era enteramente de noche; presto dejamos muy á nuestra espalda el lugar, gracias al paso rápido que Lebrelin hizo tomar á nuestros caballos, cual si temiera verse perseguido.

. . . . . .

. . . . . .

Anonadada por un pesar profundo, llorando sin cesar, y pidiendo á gritos á su padre y hermanos, Juanita (á quien llamaré Vascona en adelante)

cayó en un principio, gravemente enferma; tanto, que se desesperó casi de salvarla; pero su juventud y la increible vida que naturalmente habia en ella, pudieron sacarla en bien; transcurrido algun tiempo volvió á renacer mas linda mas encantadora que nunca.

La llegada de Vascona que con tanto ardor deseaba Bamboche produjo en él un efecto singular... El amor primero y luego la punzante ansiedad que le habia agitado mientras esperaba la salida del paso que dió Lebrelin agitaron con tamaña violencia la enérgica naturaleza de aquel niño, que al saber por mí, la llegada de Vascona y que estaba en el faeton con la tia Mayor... toda la sangre de su corazon afluyó al cerebro; se sintió malo, declaróse en breve un tabardillo y aquella profunda sacudida dió por resultado una inflamacion.

Como Vascona cayó tambien enferma apenas llegó, vióse precisado Lebrelin, muy á pesar suyo, á detenerse cerca de un mes en una pequeña poblacion, á fin de hacer dar los cuidados necesarios á sus dos pupilos; no por cariño, ni tampoco por respeto humano, sino por el interes de su empresa, pues los ejercicios infantiles de Bamboche Vascona y yo, junto con la exibicion del hombrepez le aseguraban en el porvenir abundante lucro.

Muy estrechos eran ya los amistosos lazos que me unian á Bamboche; pero estrecháronse mas aun con los incidentes á que dió lugar su enfermedad y la de Vascona, y se estrecharon en tanto grado, que se hicieron indisolubles; voy á decir como fué.

Aprovechando Lebrelin aquella inesperada detencion para recorrer como buhonero y comprador de ca-

bellos, los alrededores del pequeño pueblo donde nos vimos precisados á permanecer, habia marchado con su asno Lucifer esperando lucrativa escursion.

Habíase reunido con nosotros el payaso de la cuadrilla; llamábase Puerro, y vino en reemplazo de Alelí, el antiguo gracioso de la cuadrilla, quien habia entrado luego al seminario por *vocacion*, segun me dijo Bamboche; debia convencerme mas adelante de que Bamboche no habia mentido.

Era Puerro un muchacho alto, todo piernas, tan insulso en su porte como su apellido; de facciones regulares, pero marchitas por habitual é innoble espresion de crápula y malignidad. En sus conversaciones ordinarias no decia nunca dos palabras seguidas sin acompañarlas con gestos obscenos, sucios y con repugnantes

groserias. Poco tardó aquel miserable en ser el *ojo derecho* de la tia Mayor, y aun cuando Bamboche no hubiese cepillado mi inocencia, el cinismo tranquilo con el cual aquella Mesalina de foso y el payaso se abandonaban, sin escrúpulo alguno, á su amor inmundo, me hubiese revelado lo que mi jóven compañero me enseñó..... me hubiese revelado lo que Vascona, aquella niña tan pura y cándida... debia saber muy presto... en aquel centro de audaz depravacion, donde estaba destinada á vivir de entonces en adelante..... ella! pobre corderito sin lunar alguno, arrojada casi al nacer, en aquel crapuloso lodazal.

Pero no quiero anticipar revelaciones horribles, revelaciones que trituran una á una las fibras del alma; harto llegarán de por sí, y necesito valor para recordar aquella épo-

ca de mi vida, y valor tanto mas grande por cuanto, merced á mi ingénuo contacto con el vicio, no esperimentaba entonces indignacion alguna contra lo que ahora me estremece.

Lebrelin en sus correrías, Puerro y la tia Mayor embebidos en sus *amores*, Bamboche y Vascona en cama, quedamos solos el hombre-pez y yo para velar á los dos enfermos y curar de los asuntos domésticos.

De estos, los que tenian relacion con la cocina, cuidado y arreglo de trages de la cuadrilla, materiales etc. estaban confiados al hombre-pez por órden de Puerro quien regia en dictador. Ignoro por qué este habia desde un principio tomado entre ojos á Leonidas al cual se solazaba en vejar, atormentar, zaherir y moler á palos con terca y cobarde malignidad; porque Leonidas, á pesar de su heróico

nombre, era el ser mas temeroso é inofensivo del mundo; pero en cambio el digno laureado universitario, cobijándose bajo la filosofía estóica y máximas de su divino Séneca, lo soportaba y sufria todo con increible resignacion.

«Mira, Martinillo, me decia aquella cándida y bonaza criatura. Aquí tengo comida, cama, casa y de vestir, tiempo para leer el Séneca mientras espumo el puchero ó condimento el principio de la tia Mayor y de ese... (aquí bajando Leonidas la voz miraba inquieto á todas partes temiendo que le oyesen) Puerro, pillo si los hay, que me tiene ojeriza, cual en otro tiempo me aborrecian los reácios del colegio celosos de mis triunfos... pero lo mismo me dá; estoy acostumbrado á ello y me doy todos los dias el parabien de haberme identificado con sufrir toda clase de golpes

:

desde mi mas tierna infancia; ademas no todo son rosas en la vida, Martinillo, y cuando recuerdo que despues de haber trabajado como un negro durante muchos años pasé luego hambre de dos dias sin tener donde albergarme, y que dominado por la desesperacion busqué la muerte en el Sena, no me atrevo á acusar la suerte... En cuanto á vengarme, añadió lanzando un suspiro en que se hermanaban sentimiento y confusion, tengo la fuerza de la pulga y el valor del conejo. Un puñetazo de las enormes garras de la tia Mayor bastaria para aplastarme como rana y un puntapié de las enormes patas de Puerro, me haria añicos; pero como es preciso no obstante que se haga justicia! como hay una Providencia vengadora para los oprimidos, como un laureado á quien S. E. el ministro de Instruccion pú-

blica abrazó cien veces, al son de guerreros instrumentos, y como aquel Excmo. Señor le apellidó, *esperanza de la Francia* y como tal laureado, no vino al mundo, en resumidas cuentas, para servir de pillo de cocina, ni de víctima á un payaso inmundo, y á un voluminoso pulpo.

Hércules-hembra, yo (y la voz de Leonidas volvia á bajarse, temerosa y misteriosa) yo les encajo muchas veces un puñado enorme de sal en el puchero..... y además..... qué diablo!... salga el sol por Antequera.... además... mira, confio este peligroso secreto á tu honor, Martin... yo me acurruco algunas veces en la oscura cocina como un malhechor y allí..... solo... y sin que nadie lo sepa... yo... yo escupo un poco... Bah! fuera cobarde reticencias contigo, Martinillo... escupo mucho en los guisos que me mandan prepararles... Y los mi-

serables los comen... sin sospechar nada!... sí, los comen Martinillo!... Creo entonces saciada mi venganza!! Pero no, renace cual la hidra, y vuelvo á empezar... Como esto siga, no podré resistirlo... me volveré tísico!!!

Al confiarme Leonidas, lleno de horror, aquel secreto, espiraba su voz en los lábios, y miraba azorado en torno cual si me acabara de confesar el crímen mas horrendo.

Ocupado esclusivamente Leonidas de sus funciones domésticas y culinarias, fácil es colegir que apenas podia ayudarme, quedando yo casi solo encargado de cuidar á Bamboche y á Vascona que ambos habian caido instantáneamente enfermos.... Esta de desesperacion al verse separada de su padre y familia, en quienes adoraba... y aquel por la violenta sensacion que le habia causado

la certidumbre de poder vivir en adelante al lado de aquella criatura, ídolo que amaba con pasion tan increiblemente profunda como increiblemente precoz para su edad.

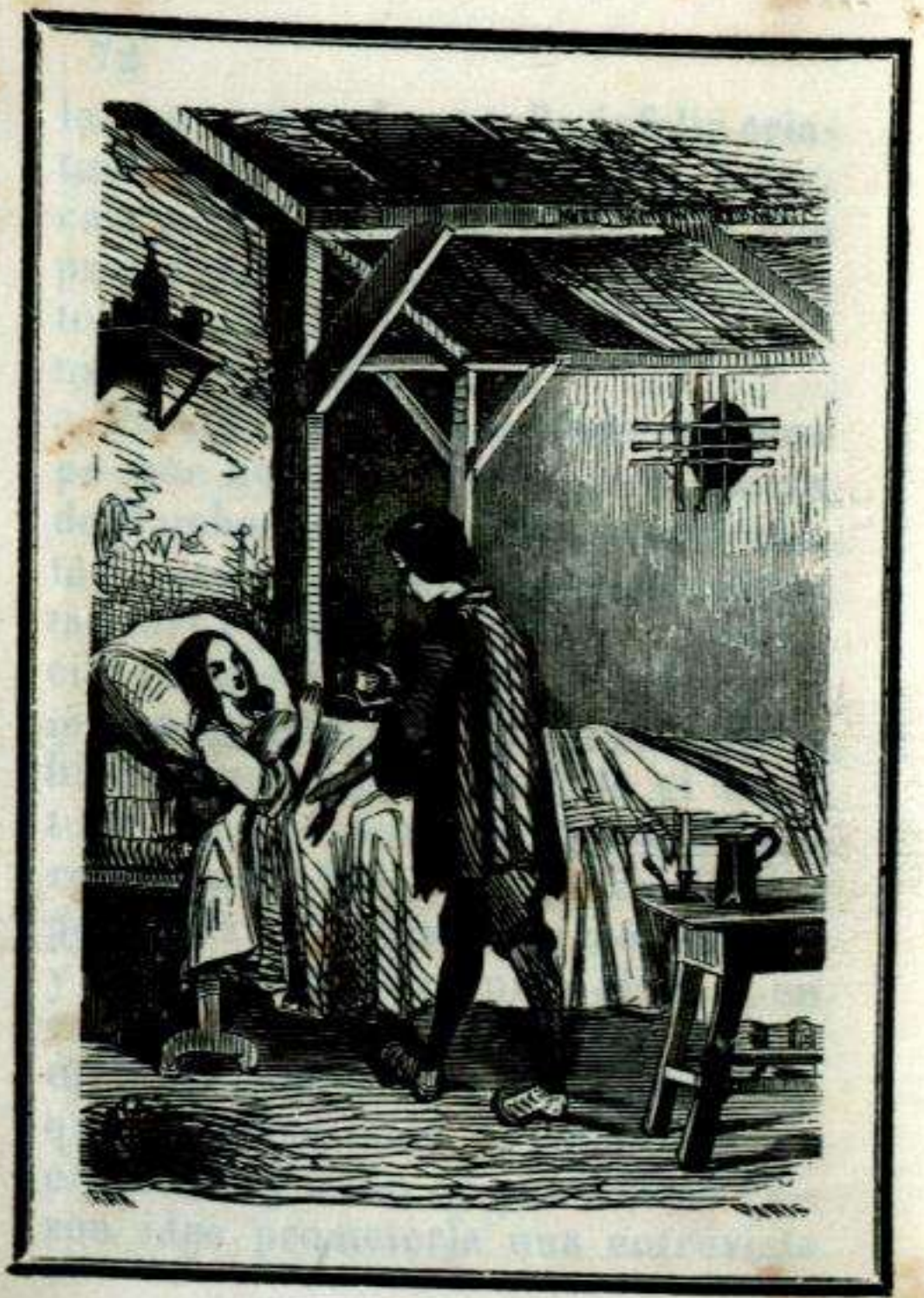
El tabardillo de Bamboche habia degenerado en calenturas tifoides, y por órden del médico se le habia separado de Vascona; así pues repartia yo mis cuidados entre mi nueva compañera y mi amigo.

Como Vascona habia llegado de noche, y se la acostó anegada en llanto en el gran facton cayendo gravemente enferma aquel mismo dia no pudo ver á Bamboche sino al mes poco mas ó menos de su ingreso en la cuadrilla.

Manifestóse en un principio la desesperacion de Vascona por incesantes sollozos entrecortados por los gritos: *papá... papá... socorro!...* como si su padre hubiese podido oir-

la; luego cuando aquella infeliz criatura no tenia ya fuerzas para llorar, caia en una crísis nerviosa, á la que presto seguia melancólico abatimiento ó sueño fatigoso agitado por siniestras pesadillas.

Pasaba yo á su lado todo el tiempo que no permanecia á la cabecera de Bamboche; la pobre parecia notar apenas mi presencia; sombría, taciturna y desconfiada no pronunciaba una sola palabra; mandóse venir un médico y la tia Mayor se habia parapetado enseñándole el contrato firmado por la muger del carretero, pero fué inútil precaucion... porque la niña guardó terco silencio y no contestó á pregunta alguna; en vano le ordenó medicamentos el doctor, la enferma se obstinó en no querer tomar nada de cuanto se le ordenaba; y á fin de ponerla en razon ideé prometerla una entrevista



Si te portas bien y quieres beber lo que hay en esta taza.....

con su padre si toda vez se mostraba dócil.

Me parece ver aun á Vascona, acostada en la vasta cama de un cuarto miserable y triste, su rostro encantador, pálido y marmóreo habia enflaquecido de un modo increible en pocos dias; sus hermosos cabellos rubios, rizados generalmente, pero lácios entonces por un sudor frio y calenturiento, caian en mechones casi rectos al rededor de su rostro y espaldas; tenia sus grandes ojos secos, enrojecidos é hinchados constantemente, fijos hácia al techo, en tanto que sus manitas se cruzaban encima de su pecho.

Cuando le dije:

—Escucha... Vascona... si te portas bien y quieres beber lo que hay en esta taza... verás muy pronto á tu padre...

Volvió con viveza suma la cabe-

za para mirarme, pues estaba demasiado débil para incorporarse; humedeciéronse sus negros ojos; anchas lágrimas brotaron de ellos á poco, temblaron sus lábios y con su voz aunque apagada llena de dulzura me dijo:

—No me engañas?

Turbado un momento por la inocencia de aquella mirada en la que se leian esperanza y dolorosa incredulidad titubee, mas luego con acento conmovido respondí.

—No... no miento.

Notó sin duda mi indecision Vascona, porque mirándome fijamente repuso:

—Mira... no mientas, harias llorar á la Santísima Vírgen...

—Aquella era la primera vez que oia nombrar á la Santísima Vírgen; sin embargo contesté con intrepidez.

—No... no miento!

—Volveré á ver á papá, si bebo esto? dijo Vascona sin quitarme ojo.

—Sí, de veras, le contesté.

—Dámelo, dijo la niña.

Y de un sorbo apuró lo que yo la presenté.

Desde aquel momento ya me manifestó alguna confianza, preguntándome sin cesar cuando volveria á ver á su padre.

Los consejos y ejemplos de Bamboche, el miedo á terribles tratamientos, la necesidad de ocultar ó paliar mis faltas á mis furibundos institutores, me habian familiarizado con la mentira; fuéme pues cosa fácil engañar el candor de Vascona haciéndola creer y esperar de dia en dia la llegada de su padre, quien, añadia yo, se la llevaria ciertamente en cuanto viniese.

Estos engaños, por lo menos coad-

yuvaron á su curacion; resignóse la pobre á seguir desde entonces todos los mandatos del médico, y tranquilizada con la esperanza de volver muy pronto al seno de su familia, obró en ella notable y progresiva mejoría.

Mis primeras é infantiles conversaciones con Vascona me han quedado indeleblemente grabadas, y al reunir ahora aquellos recuerdos imperecederos, me admira ver cuánta rectitud, honradez y lealtad habia en la educacion, ó mas bien en los ejemplos que el carretero dió á su hija, porque en general la educacion del pobre se reduce á los *ejemplos*, y sin temor de equivocarse puede casi siempre decirse, hablando de nosotros, gentes del pueblo, en lo bueno como en lo malo:

—*A tales padres, tales hijos...*

Así es que juzgando por Vascona,

debia ser su padre, laborioso, probo y hombre de conducta ejemplar. En cuanto á la muger del carretero, la pobre debia hallarse bajo la tierna supersticion de muchas madres infelices, víctimas del infortunio... debia tener fé cándida, sencilla y ciega en la intercesion de la bondadosa Vírgen, pues infinitas veces, durante su enfermedad habia la pobre niña mencionado á la bondadosa Vírgen...

Vascona! pobre angelito, al que la fatalidad debia iniciar muy presto, cual yo mismo lo estaba ya, en el obsceno y crapuloso lenguage de los corifeos de nuestra cuadrilla... y en cosas mucho peores aun! sí, porque me restan penibles cuanto vergonzosos hechos que referir. Tengo que hablar del singular papel que desempeñaba, en los precoces amores de Bamboche y Vascona, papel

que por otra parte desempeñaba yo con increible ingenuidad de corrupcion, cegándome cual me cegaba la afeccion profunda, á toda prueba, casi fanática que á Bamboche profesaba.

Ved aquí, como fue el nombrar á mi amigo por primera vez hablando con Vascona.

Placticando con ella, al principio de su convalecencia, hice recaer la conversacion en su padre, á fin de contentarla, pues la pobre niña me hablaba de él sin cesar y le dije que sin duda el infeliz carretero se veria precisado á trabajar mucho para dar de comer á tan numerosa familia.

Vascona me contestó:

—«Oh! sí... papá trabajaba mucho... ni los domingos descansaba siquiera, ni tampoco las mas de las noches. Bien lo veiamos nosotros... puesto que dormiamos con mamá

en el taller. Habia pasado mi padre tres noches sin dormir una vez... estaba yo durmiendo con mis hermanitas... cuando mamá nos disperló y lloraba.

—Mirad á vuestro padre, hijas mias... nos dijo.

«Miramos en efecto.»

«Habia papá empezado á agujerear un madero con una barrena muy grande, y estaba de rodillas, pero muy fatigado seguramente se habia dormido, teniendo con ambas manos cogidas las estremidades de la barrena encima de la cual apoyaba su frente. Permanecia en aquella postura... sin menearse. Seguia mamá llorando... y para no dispertarle nos dijo muy quedo:

—«Si vuestro padre se afana tanto, es para darnos pan!... Imploremos á la Santísima Vírgen á fin de que se apiade de él y de nosotros... á fin de

que le recompense porque no hay en el mundo otro padre mejor... Vamos, hijos mios... de rodillas... y decid lo que yo... pero muy bajito para no dispertar á vuestro padre.»

«Nos arrodillamos todos, y mamá empezó á decir lo siguiente: que nosotros repetiamos á medida que ella lo iba diciendo y á una voz:»

—«*Buena y santa Vírgen... no abandoneis en su gran penuria, si lo juzgais justo, á este pobre padre que trabaja tanto por nosotros: santa madre de Dios protectora de las madres y niños, oid á una madre y á sus hijitos, y recompensad á nuestro padre por su constante afan, si lo juzgais justo!*»

«Apenas acababamos nuestra oracion, y esto que la digimos en voz muy baja, dispertóse papá y viéndonos de rodillas y con las manos juntas, preguntó por qué estábamos de aquel

modo. Mamá se lo díjo... él entonces nos cogió en brazos, nos besó y lloraba mucho, mucho. Sí, sí, él lloraba porqne mientras nos tenia abrazados nuestras megillas estaban todas mojadas». . . . . .

Muchos años han transcurrido desde el dia en que Vascona me hizo aquel sencillo y tierno relato.. Muchos acontecimientos, desgracias é infamias, de las cuales he sido actor ó testigo debian haber gastado y endurecido mi corazon, y sin embargo con solo recordar la voz, el acento y la fisonomía de aquella pobre niña al referirme aquel episodio de la miserable y laboriosa vida de su padre, humedécense mis ojos, cual se humedecieron aquel dia escuchando á Vascona.

Profundamente conmovido por un lenguage tan nuevo para mí, lleno de entusiasmo con la fé y esperanza

que parecia tener Vascona en el infinito providencial poder de aquella Santa Vírgen, madre de un Dios de bondad, tierna y benévola patrona de madres y niños desgraciados, con síncero acento dije:

—Y la Santísima Vírgen recompensó á tu padre, verdad?

—Oh! no... me contestó candorosamente la niña, sacudiendo con triste ademan su hermosa y angelical cabeza, exhalando á la par un hondo suspiro: Oh! no... jamás...

Recordando entonces, lo que mi sensacion me habia hecho olvidar, el doloroso cuadro que habia visto en casa del carretero cuando el rapto de su hija, repuse:

—Es verdad, la Santa Vírgen no recompensó los afanes de tu padre... De qué sirve entonces... orar?

—Yo no sé... mamá nos mandaba orar para que fuésemos menos des-

graciados, y para que se recompensára á nuestro padre... Y nosotros orábamos..... como nos lo mandaba mamá.

Un pensamiento odioso asaltó mi espíritu; traje á mi memoria la muerte horrible del padre de Bamboche... Tambien aquel habia trabajado con incansable ardor... Tambien aquel amó tiernamente á su hijo... Y sin embargo, tambien aquel habia muerto abandonado de la Santa Vírgen y de los hombres... En fin, tambien el hombre-pez despues de haber trabajado sin descanso durante su infancia y su primera juventud, habia querido libertarse (segun decia) de la miseria y del hambre por medio del suicidio.

Bamboche, el discípulo del anfisbena, tenia pues razon en repetir sin cesar:

—Los que trabajan son unos bo-

los; perecen de hambre ó de miseria.

Las insanas máximas de Bamboche tomaban desgraciadamente cuerpo á mis ojos con el relato de Vascona, y la dolorosa escena que presencié en la casa de su padre.

Ufano con mi reciente y triste *ciencia de los hombres* dije á Vascona:

—Ya ves, tu padre se mataba trabajando y la Vírgen Santa, no se apiadó de él, ni le recompensó; el padre de Bamboche se mataba tambien trabajando y murió en un bosque solitario, presa de los cuervos. Mira Vascona, el trabajar es una majadería; tiene mas cuenta divertirse cuanto se puede, burlarse de los *bolos*... y luego...

Como el contagio del mal y del vicio no me habia gangrenado completamente aun, no pude proseguir,

tan honda mella hizo en mí la espresion del rostro de Vascona donde la admiracion, tristeza y curiosidad se marcaron al oirme hablar de aquel modo.

Lo poco bueno que en mi alma quedaba, se sublevó contra el pensamiento de dar, por decirlo así, la primera leccion de *desesperanza* y de corrupcion á aquella inocente criatura; así le dije:

—Por lo demas... Bamboche te esplicará esto mejor que yo.

XVII.

LA ADHESION.

on sorprendidos ojos me miró Vascona, al oirme pronunciar por primera vez el nombre de Bamboche.

—Quién es... Bamboche?

—Uno de nuestros compañeros... un niño como nosotros.

—Dónde está?

—Arriba en un gabinetito... está muy enfermo tambien... Pero si tú le conoces!

—Yo?

—Sí... Te acuerdas hace algunos meses, que Lebrelin queriendo llevarte fue á casa de tu padre?

—Ah! sí... me acuerdo, y cuando se hubo marchado... papá interrumpió varias veces aquel dia su tarea para abrazarme... Estaba muy contento y sin embargo lloraba. Oh! no se me lleva nadie así, como así, á Juanita... decia comiéndome á puro besos.

—Y al dia siguiente por la mañana?

—Al dia siguiente?...

—No te acuerdas que fue á tu casa un muchachito á buscar una cartera que el hombre habia perdido allí?...

—Ah! sí... pidió permiso para buscarla por todos lados... nosotros

le ayudamos... yo misma la busqué con él largo rato... y él me estuvo mirando siempre... siempre.., y una vez que yo me bajé como él para buscar, me dió un beso en el pescuezo sin que papá lo viera... lo que me hizo reir mucho...

—Pues bien!... aquel muchachito..... es nuestro compañero..... es Bamboche... tampoco él te ha olvidado... si supieras cuánto te quiere!

—Me quiere mucho?... y por qué?

—Toma! repuse no sin confusion, porque eres muy linda... muy dócil... muy buena; desde que te vió habla siempre de tí... en fin, aun cuando fueras hermana suya no te querria mas.

—Siendo así... yo tambien le quiero mucho.

—Oh! y haces muy bien... ha sido tan desgraciado!

—Él?

—Ya lo creo!... Figúrate que siendo muy chiquito, vió morir á su padre en un bosque, y que los cuervos se querian comer el cadáver... él hacia cuanto podia para espantarlos pero....

—Oh Dios mio!... Dios mio! dijo Vascona cuyos ojos se inundaron de lágrimas.

—Y no paró en eso. Habiendo quedado solo, y eso que era mucho mas pequeño que nosotros, se vió precisado á pedir limosna en los caminos reales.

—Pobrecillo!.. sin padre ni madre!

—Sin padre ni madre; en esto, encontró á un mendigo muy malo, que le hizo mendigar con él y que le pegaba casi todos los dias.

—Verse sin padre ni madre!... pedir limosna en los caminos!.. recibir golpes!... repetia lentamente

Vascona con sorpresa y conmocion crecientes, que harto revelaban que á pesar de la miseria en que ella habia vivido hasta entonces, no podia concebir una suerte en tamaño grado cruel como la de Bamboche.

—Y luego... le encontró Lebrelin pidiendo limosna y se lo llevó consigo... tambien este ha sido muy malo para con él, tanto que ese pobre Bamboche queria escapar... y podia haberlo hecho...

—Y por qué no se escapó?

—Por tí.

—Por mí?

—Sí... Desde que te vió al ir á buscar la cartera... hablaba siempre de tí, y como Lebrelin habia dicho que tarde ó temprano tu papá te dejaria venir con nosotros, Bamboche dijo: «Lo mismo me da que me pe-«guen como que no... me harán to-«do el mal que les plazca hacerme...

«no me escaparé... porque Vascona «vendrá quizas... y entonces yo no «me separaré de ella nunca.»

Ahora que la esperiencia y la reflexion me secundan para interpretar y completar aquellos recuerdos constantemente fijos en mi memoria, comprendo el asombro y emocion de Vascona al oirme referir las pruebas de afecto que ella habia inspirado á Bamboche; en la ignorancia de su edad, en el candor de su corazon la pobre niña sentia por nuestro compañero una conmiseracion grande sin duda, y se sentia tambien dispuesta á amarle como á un hermano, porque segun mis palabras, él la amaba á ella como á una hermana; queríale porque habia sido muy desventurado hasta entonces, y porque habia arrostrado los sufrimientos mas bárbaros para esperar el dia en que ella debia formar parte de nuestra cua-

drilla... Pero Vascoua parecia estar mas admirada que conmovida de aquel rasgo, para su edad, de cariño romántico; lo único que chocó á aquella cándida é inocente criatura fue la desgracia á que se habia visto entregado Bamboche desde su infancia, porque despues de haberme escuchado con reflexivo silencio me dijo:

—No sabes? será preciso que cuando papá venga se lleve tambien á Bamboche, ya que tan mal le tratan aquí... mira en casa pasamos hambre algunas veces, tenemos frio es verdad, pero no pedimos limosna, ni papá ni mamá nos pegan jamás, porque jamás hacemos daño alguno... No mentimos, somos buenos, aprendemos lo que mamá nos enseña... sino lo hiciéramos, mamá tendria un gran pesar; luego, imploramos á la Santísima Vírgen para nosotros y pa-

ra los mas infelices aun... Mira, esto habrá hecho sin duda, repuso con su gracia infantil, despues de reflexionar un momento, que yo implorase sin saberlo á la Santa Vírgen para que favoreciese á Bamboche, y ella le habrá protegido puesto que papá le llevará consigo... y no le pegarán mas aquí...

Aunque tambien la proteccion de la Vírgen me pareció en aquella circunstancia ser muy poco eficaz, no me atreví á menoscabar la esperanza de Vascona y contesté:

—Dices bien, tu padre se llevará á Bamboche.

—Y á tí tambien, añadió mirándome con dulzura inefable, y á tí tambien porque eres bueno conmigo y siempre estás á mi lado.

—Oh! si Bamboche no hubiera estado enfermo, mucho mejor te hubiese cuidado él.

—Te parece?

—Oh! no me cabe duda.

—Y por qué me hubiera cuidado aun mejor que tú?

Ese terrible *por qué* tan comun en los niños me desconcertó muy mucho; pero salí del paso diciendo:

—El te quiere mas... porque hace mas tiempo que te conoce.

Solo á medias pareció satisfacerla mi respuesta; quedóse pensativa corto espacio, y luego con sencilla curiosidad me dijo:

—Cuándo llegará el momento de ver á Bamboche?

—Cuando ya no esté enfermo.

—Segun eso, está mas enfermo que yo?

—Ciertamente... aun no me conoce...

—Bueno... pero yo puedo levantarme; iré contigo y juntos le cuidaremos. Mi hermana Elisa estuvo

enferma el año pasado... y bien iba yo con mamá á velarla.

—No puedes ir, te espondrias á coger el mal.

—Entonces, tambien te espones tú?

—No, porque yo no salgo como tú de una enfermedad.

Con pensativo ademan y despues de algunos momentos de silencio, repuso Vascona.

—Cuanto deseo, Dios mio! que papá venga para que nos lleve á los tres.

. . . . . .

Pasado algun tiempo de la referida conversacion, que no fué la única de aquel género, en la que yo le hablase de mi compañero en los términos mas favorables, parecióme que la afeccion de Vascona hácia Bamboche, iba en progresivo aumento; enfermo este gravemente, esperimentó

por fin visible mejoría; volvióle el conocimiento, me reconoció..... y despues de haber hecho por recordar lo pasado, las primeras palabras que pronunció fueron estas:

—*Dónde está ella?*

—Aquí... tambien ella cual tú..... ha estado muy mala.

—Tambien ella..... esclamó Bamboche con profunda zozobra; y ahora? añadió mirándome y temblando como en fuerte parasismo.

—Ahora... le dije... está fuera de peligro...

La contestacion de Bamboche fueron copiosas lágrimas; precipitéme en sus brazos, me estrechó contra su corazon en cuanto le permitian sus agotadas fuerzas; así permanecimos corto espacio, mudos, enternecidos y mezclando nuestro llanto.

Bamboche fué el primero en romper el silencio; imposible fuera tra-

zar la espresion de gratitud con la cual me dijo:

—Apenas conservaba conocimiento... y sin embargo..... te veia algunas veces ir y venir como en un sueño... noche y dia estabas á mi cabecera... no me cabe duda... y esto me aliviaba... esto tranquilizaba mi espíritu... pues no sé por qué se me figuró que la tia Mayor queria envenenarme...

Interrumpióse de pronto Bamboche y luego añadió:

—Díme... quien ha cuidado á Vascona?

—Yo...

—Tú!... si no te has apartado de mi cama?

—Te engañas..... cuando te veia mas calmado, de noche en particular... iba á la cabecera de Vascona.

—Tambien á ella cuidaste? esclamó Bamboche con nuevo impulso de

gratitud; siguió un momento de silencio y luego con grave, síncero y casi solemne acento añadió:

—Mira Martin, desde ahora puedes exigir que me arroje á las llamas por tí..... verás que no titubeo...

Calló; mas luego con nueva espresion de profunda gratitud repuso:

—Tambien... á... ella...

No bien hubo dicho las últimas palabras su pálido rostro palideció mas aun, anublóse la espresion de su mirada tornándose feroz, y noté un vértigo nervioso agitar el ángulo de sus lábios, síntoma infalible en él, de vengativa conmocion; retiró bruscamente una mano que en las mias tenia... y procurando leer hasta en lo mas recóndito de mi alma, fijó luego en mí sus ojos chispeantes de calenturiento fuego y con sorda voz me dijo:

—Segun esto, has pasado muchas noches junto á ella?

—Sí... le contesté sencillamente aunque muy sorprendido al ver el cambio repentino de su fisonomía, sí, he pasado á su cabecera todas las noches y todos los momentos que no estaba contigo...

—Y te quedabas con ella á solas? me dijo con voz de mas en mas concentrada.

—A solas; la tia Mayor está metida siempre con Puerro; el hombre-pez vino algunas veces, pero fueron pocas; porque cansado de cocinar y de los trabajos domésticos se acostaba temprano.

—Te quedabas á solas con ella? Repitió Bamboche y sus ojos brillaron feroces.

—Sí hombre!... me quedaba á solas con ella; pero... que demontre tienes?... me miras de un modo!...

Hizo Bamboche un movimiento rudo para echárseme encima, pero sus fuerzas le hicieron traicion y cayó casi fuera del lecho murmurando:

—Infame!.. tú la amas... sí, añadió agarrándose penosamente á la cabecera de la cama, pues yo lleno de estupor no pensaba en socorrerle... sí... tú la amas... estoy seguro de que... la has enamorado... que la has hablado mal de mí... pero yo os mataré á los dos...

Tan violenta sensacion agotó sus fuerzas apenas renacientes, y cayó de nuevo en la cama.

No habia comprendido al principio el sentimiento celoso que irritaba á Bamboche contra mí, pero cuando se hubo esplicado con mayor claridad... sentí doloroso enojo; presto siguió á la indignacion cierto gozo lleno de mansedumbre; estaba cierto de poder, no solamente calmar la zo-

zobra celosa de Bamboche, sino tambien de probarle hasta qué punto llegaba mi adhesion para con él.

Profundo abatimiento habia seguido al violento ímpetu de mi compañero; viéndole inmóvil me acerqué mas, y la espresion de su rostro me desgarró el corazon; ya no manifestaba cólera ni ódio, si no desesperacion acerba y dolorosa... gruesas lágrimas surcaban sus hundidas megillas.... me bajé hácia él con viveza, mas cerró los ojos para no verme y prosiguió derramando copioso llanto.

Aquel dolor, aquella especie de debilidad tan rara en un muchacho de rudeza y violencia estrema en general, me conmovieron profunda y tiernamente. Cuál será mi dicha luego, (pensaba yo) en desengañarle... en decirle... en probarle cuán lejos estuve de querer alejar de él á Vascona!

—Lloras... dije á Bamboche.

—Bueno! sí... lloro... es una cobardia... ya lo sé; me contestó con sentido acento, pero no puedo impedirlo... Ni un grito, ni un ay! hubiera salido antes de mis lábios aun cuando me hubiesen desollado vivo; pero ahora, mi corazon sufre cual si me lo retorcieran y lloró apesar mio.

Volviendo luego Bamboche á la violencia natural de su carácter añadió entre dientes:

—Sí, lloro, pero no siempre seré tan cobarde!!... anda..... anda... yo me vengaré de ella y de tí... oh! sí, me vengaré.

—Solo te pido, que ahora, le dije sonriendo, no cometas la menor imprudencia y que te restablezcas lo mas pronto posible.

Tomó Bamboche á sarcasmo mis palabras, y su contestacion fué un gemido sordo, álito de cólera y dolor.

—Sí, repuse, porque en cuanto puedas levantarte..... te llevaré al cuarto de Vascona y verás á quien de los dos ama...

Volvióse bruscamente Bamboche y me miró de hito en hito.

La sinceridad de mis palabras se marcaria en mi frente sin duda, porque serenóse de pronto su frente y esclamó:

—Ella me ama!...

—Oh! sí, no te quepa duda... mucho te ama ya!

—Pero si no me ha visto mas que una vez en casa de su padre...

—Pero yo... desde su llegada..... le hablé tanto de tí en cuanto pudo escucharme... le he hecho ver tantas veces cuán desgraciado eres, refiriéndole la muerte de tu padre, las miserias que pasaste con el anfisbena... y cuánto aquí te han hecho padecer... que...

—De veras le has dicho esto? esclamó Bamboche.

Y parecia sorber una á una mis palabras, cual si ellas fueran bálsamo de esperanza, felicidad y vida.... Su pecho se dilataba, renacia en fin.

—De veras, le has dicho esto? repitió.

—Si fuera solo esto... Le he dicho que tú hubieras podido escapar de aquí, donde se te atormentaba sin asomo de piedad, pero que te habias quedado por esperarla, porque desde el dia en que la viste en casa de su padre, no soñabas ni pensabas mas que en ella... Mas puesto que te ama ya no tendrás necesidad de pegarla, verdad?

Nuevamente cambiaron de espresion las móviles facciones de Bamboche; no revelaban ya gratitud, tampoco desconfianza, ni rencorosa desesperacion; revelaban confusion, dolo-

rosa vergüenza, mezcla singular de ternura, súplica y enfado contra sí mismo por haber tan cruelmente dudado de mí. Aquel indómito muchacho, juntó las manos, púsose de rodillas encima la cama con trabajo sumo, pues era mucha su debilidad aun, y con suplicante acento me dijo:

—Martin!... hermano mio... perdoname... apiadate de mí!

—Mira... cállate... me haces sufrir, dije desviando mis ojos del rostro de Bamboche, tamaño y síncero dolor espresaba; vaya! que ser feliz para atormentar á los demás... añadí luego enjugando mis lágrimas.

—Es preciso que me perdones... Martin; repitió Bamboche con febril ansiedad... oh! muy preciso.

—Necesito perdonarte acaso? esclamé precipitándome en sus brazos. Qué mas perdon? no eres feliz... no me llamas hermano?

—Oh! si hermano... único y verdadero hermano... y hermano mientras viva; murmuró Bamboche con voz, sello de inefable ternura.

. . . . . .

Mucho hemos envejecido Bamboche y yo desde entonces; muchas veces nos hemos hallado en distintas contrarias, terribles posiciones sociales... y jamás hemos podido contener nuestras lágrimas al recordar aquella escena de nuestra infancia. .

. . . . . .

A pocos dias de aquella conversacion estaba ya Bamboche completamente restablecido.

Cierta mañana en que el tiempo estaba sombrío y tempestuoso (ignoro por qué me habia chocado esta circunstancia) llevé por primera vez á mi amigo al cuarto de Vascona...

Apesar de la síncera alegría que me inspiraba la ventura de Bambo-

che, sentí opreso, despedazado mi corazon al pasar el umbral de aquel miserable cuarto...

Conocí, por instinto, que desde aquel dia... desde aquel momento... se llenaba fatalmente el destino de aquella niña desgraciada... y conocí ser yo involuntaria é ingenuamente uno de los instrumentos de la fatalidad.

Tanto por dicrecion cuanto por no turbar con repentina é involuntaria tristeza aquella primer entrevista... me alejé despues de haber dicho á Vascona:

—Aquí tienes á mi buen hermano, de quien tantas veces te hablé.

—Oh! sí... dijo con mucha candidez Vascona, por eso le quiero ya... mucho.

. . . . . .

Una hora habia transcurrido á corta diferencia, cuando aparecieron de

improviso la tia Mayor y Puerro, á quienes creiamos ausentes durante el dia; pero precisados por el mal tiempo volvian al meson. Como habiamos convenido entre nosotros que Bamboche y Vascona se harian los enfermos cuanto tiempo pudieran, á fin de diferir la época de nuestros ejercicios, entré precipitadamente en el gabinete donde les dejé para avisarles de la inesperada vuelta de nuestros amos.

Sentada Vascona en la cama jugaba sin recelo con los cabellos negros de Bamboche, que le habian crecido mucho durante la enfermedad; sentado él á los piés de Vascona, apoyados los codos en las rodillas y la barba en las manos, la contemplaba en silencio con tal espresion de inefable ternura y temerosa timidez que me chocó.

Mi repentina vuelta no pareció

sorprender en lo mas mínimo á mis dos amigos.

Levantóse Bamboche; me salió al encuentro y señalándome á Vascona me dijo:

—Hermano... ahí tienes á mi *mugercita*.

—Sí... y Bamboche será mi *maridito;* nos iremos todos con papá en cuanto venga á buscarnos... Bamboche le ayudará en su trabajo... y tú tambien Martin.

Hizóme Bamboche una señal de inteligencia y dijo á Vascona:

—Sí, tambien nuestro buen hermano Martin vendrá con nosotros... y nunca nos separaremos de él, verdad?

—Oh! nunca; porque Martin es tambien hermano mio contestó la niña con encantadora gracia.

. . . . . .

Supe despues por Bamboche que

aquella primera entrevista fué pura é inocente cual debia ser.

Y sin embargo, aunque admitidas en el idioma inocente de los niños las palabras: *maridito*, *mugercita* me causaron una impresion penosa é inesplicable; parecióme que aquella impresion hubiera sido totalmente distinta, si Bamboche y Vascona se hubieran dado los epitetos de *hermano* y *hermana*.

Aquella reflexion no encerraba el menor asomo de celos, porque á pesar de las eróticas confidencias de Bamboche mi corazon no habia hablado aun; pero me acosaba una inquietud vaga con respecto al porvenir de Vascona; en una palabra, aquellos dictados de: *maridito* y *mugercita* me recordaron involuntariamente los amores de Bamboche y el Alcides-Hembra y sentí de nuevo, con mayor violencia aquellas desgarrado-

ras punzadas que destrozaron mi corazon cuando llevé á Bamboche á su primera entrevista con Vascona, niña inocente, cándida, buena, educada antes en la virtud, metida entonces en inmundo lupanar.

XVIII.

GRAN REPRESENTACION.

Ocho meses hacia, poco mas ó menos, que Vascona formaba parte de la compañía, cuando á fines de setiembre, el curso de nuestras peregrinaciones nos llevó á Senlis.

Habiase determinado, para nuestra primer salida, empezar con una representacion

estraordinaria y desde la víspera ya, todas las esquinas del pueblo ostentaban un cartel colosal concebido en los términos siguientes:

GRAN REPRESENTACION.

En celebridad de inaugurarse en esta, la compañía aerobática del célebre José (vulgo Lebrelin.)

PRIMERA PARTE.

Escenas jocosas entre el payaso y el director. Canciones picantes, por la Vasconcita, niña de nueve años y su amigo el payaso.

SEGUNDA PARTE.

La gran pirámide humana, por el Hércules-hembra, Martin, Bamboche y Vascona (el mayor de estos niños no pasa de trece años).

SEGUIRÁ LUEGO:

El famoso HOMBRE-PEZ, *pescado en las aguas del rio Nilo por un aficionado á las redes. Ese increible fenómeno vive, come y duerme en el agua; su úni-*

co alimento son pescados crudos que ÉL MISMO *comerá ante el respetable público, y en vez de brazos la naturaleza fecunda le ha dotado de soberbias aletas.*

Es tan manso, cariñoso y está domesticado á tal punto ese fenómeno sorprendente, que habla cuatro idiomas: EL FRANCÉS, EL LATIN, EL GRIEGO *y el de su pais natal,* EL EGIPCIO DEL NILO. *Cuantos señores se dignen honrar al* HOMBRE-PEZ *con su visita, podrán, segun mejor les plazca, dirigirle la palabra en cualquiera de los cuatro idiomas ante-dichos seguros de ser contestados inmediatamente.*

Por fin de fiesta, la célebre Hércules-hembra tirará el florete con un prevoste de las academias de escrima de Moscow, Constantinopla, Persepolis, Caudebec etc. etc...

Como Lebrelin habia encontrado un local á propósito, contiguo á las

últimas casas del pueblo, sitas en el camino de París, establecimos nuestro campamento en aquel punto; una tienda de campaña muy vasta y cubierta, estaba destinada á los ejercicios; la entrada para el público se colocó al pié de los tablados portatiles, bastante altos, sosteniendo diferentes lienzos pintados, de los cuales el mayor representaba al hombre-pez.

Hallábase nuestro faeton nómada, albergue de todos nosotros, colocado detrás de la tienda que prolongándose allí, y separada del circo por un lienzo, servia á la vez, de cuadra y almacen de forrages para los tres caballos y el enorme cuanto negro Lucifer.

En cinco meses de correrías, ninguna de nuestras representaciones se anunció bajo mejores auspicios. El dia anterior habiamos tenido ensayo general y todos los ejercicios se ege-

cutaron con maravillosa precision.

Tamaño poder tiene la costumbre que, salvo las horas de leccion, horas de tortura casi contínua, soportaba yo asaz alegremente mi suerte; y ya delante de el público, ponia mis cinco sentidos en *trabajar* cuanto mejor sabia, y sentia muy lisonjeada mi vanidad cuando recogia mi parte de aplausos. A ciencia cierta me hubiese resignado *de veras* en aceptar para el porvenir la aventurada profesion de saltimbanquis, á no dominarme la siempre dispierta esperanza de llevar con Bamboche y Vascona aquella ociosa, agradable y vagabunda vida de bohemio, blanco perenne de nuestros constantes sueños.

Si preguntaba á Bamboche cuándo abandonariamos la compañía, me contestaba siempre con misterioso ademan:

—Aun no; mas ganas tengo yo

que tú de escaparme con Vascona, pero es preciso esperar una ocasion favorable.

—Pues no podemos dejar á Lebrelin todas las noches?... si ya no se nos encierra como antes.

—Lo sé... nada seria mas facil.

—Pues entonces?

—No es tiempo aun.

—Por qué?

—Primeramente.... *porque no he dado aun con lo que busco*, y luego... añadió Bamboche con acento de ódio concentrado, no puedo separarme de Lebrelin ni de la tia Mayor *sin pagarles lo que les debo*..... Tambien ha de llegar mi vez!

—No has encontrado lo que buscas! qué significa eso?

—Esto es un secreto, me contestó Bamboche con mayor misterio, ni tú ni Vascona podeis saberlo; pero no te dé cuidado, este secreto nos

interesa á los tres y en cuanto podamos, pondremos piés en polvorosa.

Con paciencia esperé pues, el momento fijado por Bamboche para nuestra huida, cuando un dia supe de pronto que la hora de nuestra libertad acababa de sonar.

Si el teatro, local de nuestros ejercicios se hallaba en el centro de las poblaciones, parábamos en la posada; pero si estaba en las afueras, dormiamos revueltos en el interior del faeton nómada, si bien distribuidos como en la cámara de un buque. Esta circunstancia imposibilitaba casi de todo punto las conversaciones secretas y nocturnas.

Durante la cena que siguió á nuestro ensayo general, refrigerio tomado al aire libre, me habia hecho varias señas Bamboche; y como al momento las comprendí, traté de hablarle en el corto espacio que me-

diaba del final de nuestra colacion á la hora de retirarnos.

—Cumplióse el plazo, Martin, me dijo Bamboche en voz muy baja, conmovida sin duda por lo grave de la noticia que me comunicaba; cumplióse el plazo, Martin; dí en fin con lo que queria.

Y mi compañero recalcó singularmente sus últimas palabras.

—Por esto, mañana, añadió..... nosotros y mi muger tomaremos la rauta.

—De veras! esclamé sin poder ocultar mi alegría; si es como dices, por qué no escaparnos esta misma noche?

—Imposible..... ya te diré por qué... Entre tanto cuida de no dormirte mañana á la noche, y cuando estemos todos acostados en el camarote cierra los ojos pero no duermas.

Y luego con espresion de triun-

fante y concentrada ventura añadió:

—En fin llegó... y mañana á la noche... libres como los pájaros..... y vengados... oh! sí, vengados... harto tiempo he trabajado en hallar un buen medio, y este medio es...

La voz varonil de la tia Mayor interrumpió nuestra rápida conversacion.

—Pronto! á la cama! ira de Dios! dijo el alcides-hembra cogiendo el brazo del payaso.

—Ya van... ya van á la cama, señora Campanario! respondió Vascona ahuecando su voz infantil.

Y soltando luego una estrepitosa carcajada, se echó corriendo en los brazos de Bamboche; alejarónse enlazados de aquel modo los muchachos, y Lebrelin al verlos lanzóles una mirada siniestra, sarcástica y ardiente.

A poco ya, las sombras de la no-

che envolvieron el faeton, en el cual estábamos unos sobre otros.

. . . . . .

Mis lábios se abrasan al tener que referir cuanto me resta para esplicar la transformacion de Vascona, de esa pobre niña poco há tan sencilla, tan cándida... sí, cuanto se liga con aquella horrible transformacion hiela la sangre de mis venas.

Ahora que miro con los ojos de la mente y de la inteligencia lo pasado, ignoro qué impera mas en mí, si la repugnancia, la indignacion ó el terror; pero tengo empeño en proseguir la tarea que me he impuesto y me doy el parabien de llevarla á cabo por medio de estas páginas.

Lo conozco, hay algo saludable para mí en volver la vista hácia aquel odioso pasado... Los movimientos de horror y enojo que en mí dispierta, me prueban que todos los dias me

arraigo mas en la senda del bien; la sensacion penosa que esperimento, la especie de vértigo que con solo pensar en que debo cruzar de nuevo aquel abismo de perversidad, corrupcion é infamia, me dicen con voz asaz potente que no basta aborrecer el mal, sino que todos mis esfuerzos deben tender, á pesar de lo humilde de mi condicion, á prevenir, impedir ó curar ese mal, hácia el cual siento ódio y salutífero terror.

Sí, lo repito, cuanto debo referir para esplicar la transformacion de Vascona me abrasa los lábios... Y sin embargo distaré mucho de decirlo todo... hay en ello revelaciones ante las cuales se me caeria la pluma de la mano, á pesar mio.

Aquella infeliz criatura habia salido de la casa paterna, inocente y pura cual debia serlo una niña de su edad, educada en el seno de una

familia honrada y laboriosa.....

A los ocho meses... qué digo? A los dos ó tres de su permamencia en la compañía, oyendo sin cesar las chanzonetas crapulosas ú obscenas del payaso, los juramentos, blasfemias y cínicas agudezas de los demas que presto estuvieron al alcance de sus ocho años, empezó Vascona por reirse de ellas y acabó por jurar y blasfemar como todos nosotros.... porque yo como ella y antes que ella, habia sido víctima de aquella influencia corruptora.

Enteramente restablecida de su enfermedad, Vascona, aunque pedia á menudo á su padre, veíasela distraerse poco á poco por nuestras groseras diversiones. A fin de disipar los accesos de tristeza que la acosaban algunas veces en cuanto pensaba en su familia, pusimos Bamboche y yo en juego mil y mil medios

diferentes; Vascona fué tambien tomando, aficion á las lecciones de baile y canto, ó mas bien de licenciosas canciones que la tia Mayor, Lebrelin y el payaso le daban; naturalmente dotada de agilidad y gracia increibles, no tardó en bailar con perfeccion dos ó tres pasos de *carácter;* su voz infantil y pura contrastaba singularmente con las palabras licenciosas de las canciones que le enseñaban.

La primera vez que Vascona se presentó en público, tuvo una acogida inaudita, frenética y el lucro fué asombroso. Desde aquel momento sintió la niña una inclinacion fatal hácia nuestra profesion; y por otra parte dígasenos qué criatura aun de mayor discernimiento resiste al arrobo de aquella especie de ovaciones, lisonjeras siempre, siempre fascinadoras aunque tributadas por

el público ignorante y grosero que se agolpa á los tablados de los charlatanes... único espectáculo accesible á su pobreza?

Despues de nuestras representaciones, es decir despues de cada triunfo, porque Vascona hacia *furor* como vulgarmente se dice, su hechicero semblante brillaba de felicidad y orgullo; y de tal modo se acostumbró á aquella vida aventurera de escitantes sensaciones, escabrosos viajes y groseros goces, que á los seis meses con pensativo ademan me decia:

—Me parece que moriria de pasion de ánimo, si me viese precisada á vivir ahora en mi casa cual en otro tiempo... y sin embargo cuando estoy pesarosa, es porque pienso en mi buen padre... en mi pobre madre... y en mis hermanas.

Vascona en efecto se acordaba

muy á menudo de su familia en los primeros tiempos; pero luego fueron mas raros en ella aquellos recuerdos; solo muy rara vez sorprendí lágrimas en sus grandes ojos negros que de pronto se ponian tristes y...

Recuerdo que en cierta ocasion ví á Vascona esperimentar una especie de involuntario é inesplicable terror. Era en una de nuestras funciones de paso en la que ella habia cantado y bailado con estremada gracia: frenético el público pedia que volviese á salir, mas habia desaparecido; buscósela por todas partes, encontréla acurrucada debajo de nuestro faeton, metida entre algunos haces de forrage, llorando á mares; su rostro estaba pálido y azorado.

—Qué tienes, hermanita? la dije.

—No sé, me contestó con alterada voz; he tenido miedo.

—Miedo! de qué?

—De toda la gente que me estaba llamando.

—Pero si te llamaban para festejarte! Les has gustado tanto, que voceaban como locos...

—Pues yo he tenido tanto miedo como si me hubiesen llamado para hacerme daño, y en voz baja he dicho lo que mamá nos hacia decir en casa: Vírgen Santísima... madre de Dios... tened misericordia de mí!...

Hablaba por instinto? Era en ella un presentimiento de cuán funesto debia serle aquella carrera en que daba los primeros pasos? Lo ignoro; pero aunque muy niño, sé que me chocó mucho la rareza de Vascona.

—De qué podias tener miedo, la dije, y por qué pedias á la Vírgen que tuviera misericordia de tí? Nunca mataste mejor la araña.

—Es verdad, repuso Vascona en-

jugando sus lágrimas, y sin embargo he tenido mucho miedo, es la primer vez que me sucede.

Y luego con voz temerosa añadió:

—Mira no le digas nada á Bamboche... me pegaria para castigar mi cobardía... y se martirizaria luego, cosa que me dá mucha pena.

Poniendo en efecto Bamboche en ejecucion los innobles principios del anfisbena sobre el *arte de hacerse amar*, sacudia á Vascona algunas veces; y en seguida como por compensacion se causaba á sí mismo un dolor físico diez veces mayor que el de la niña, diciéndole en tanto que con valor heróico resistia aquella tortura:

—Te he pegado para enseñarte que soy tu señor; pero no por gusto de hacerte daño; puesto que yo me le hago diez veces mas vivo.

Entre mil otras pruebas en apoyo

de aquella lógica insensata que nadie le apeaba, he visto á Bamboche clavarse con mucha sangre fria un alfiler entre carne y uña á unas cinco ó seis líneas... á pesar de lo agudo de tan atroz dolor, no daba su rostro la menor señal de sufrimiento, muy al contrario con exaltacion de salvage ternura decia:

—Te he sacudido, Vascona, es verdad, pero te adoro.

Y Vascona echándose en sus brazos le pedia, digámoslo así, perdon por haber sufrido los golpes.

La influencia de Bamboche sobre Vascona no se limitaba desgraciadamente á hacerle olvidar por aquella especie de feroz estoicismo, las brutalidades á que contra ella se dejaba arrastrar. Es tan sútil el veneno de los malos egemplos, se comunica con rapidez tan espantosa, que el contagio de los execrables principios

del anfisbena habia infestado tres víctimas ya... primeramente á Bamboche y á mí y luego á Vascona.

A fuerza de oir á Bamboche repetir que las gentes laboriosas y honradas eran mártires necios de sus trabajos y honradez (no se olvidó Bamboche de citar como ejemplo á su padre y al de la misma Vascona), á fuerza de oir preconizar la astucia, el engaño y en caso estremo el robo, como *medios* y como *fin* de una vida holgazana y vagamunda; á fuerza de oir repetir que en los ricos no se encontraba mas que desprecio y crueldad para los infelices abandonados, y que estos debian mirar á los ricos como á un enemigo; y ademas despues de haberla iniciado poco á poco (y esto es lo mas grave) á mirar que se podia hacer todo como en justa represalia, y predispuesta por otra parte Vascona á la corrupcion,

merced á la atmósfera en que vivia-mos, tardó poco en caer cual yo habia caido en los funestos errores de Bamboche. La influencia que sobre ella ejercia fue desde entonces en doble grado poderosa, y la pobre niña llegó á amar con frenesí á aquel muchacho, á sentir hácia él una afeccion llena de ternura y terror á la vez, pues el resentimiento de los malos tratamientos de que algunas veces podia quejarse, cedia siempre á á la admiracion profunda, indómita energía y rara intrepidez de aquel carácter.

Cuanto acabo de referir, es verdad que era en proporciones infantiles, pero estas, no dejaban de ser completas. Un hombre profundo ha dicho: *Creo que los niños son hombres pequeños*. Las escenas de que he sido testigo prueban la verdad de este axioma... sobre todo cuando la fermen-

tacion de una corrupcion precoz ha dado un desarrollo demasiado rápido á la inteligencia, y ha hecho brotar las pasiones en los niños.

Añadiré algunas palabras mas indispensables para los acontecimientos, pero solo rozando ese impuro lodazal.

El apasionado amor de Bamboche á Vascona fue en un principio objeto de chanzonetas obscenas, y luego de los estímulos infernales de toda la cuadrilla, y en particular de Lebrelin. (He sabido despues el odioso cálculo de aquel hombre contra el cual alimentaba Bamboche instintivos celos).

En cierta farsa vergonzosa y sacrílega, se fué hasta parodiar un casamiento entre Vascona y Bamboche.

Hacia Lebrelin de padre del novio y la tia Mayor de madre de la novia.

El payaso dió la bendicion nupcial en términos burlescos y licenciosos entre la hilaridad de los espectadores.

Digo mal, solo uno protestó por una lágrima furtiva contra aquellos horrores encubiertos bajo una apariencia grotesca.

Hizóme la casualidad fijar los ojos en Leonidas-Tiburon el hombre-pez, quien desde el fondo de su piscina asistia á la ceremonia... su fisonomía espresaba dolorosa indignacion y dos lágrimas que ocultó bajando la cabeza rodaron por sus megillas...

Celebróse tan indigna ceremonia en Troyes, en la noche de una de nuestras representaciones, y en presencia de las gentes de la posada en que parabamos. Estos no vieron ni podian ver en aquella parodia mas que una broma, asaz autorizada por los dictados contínuos de *mugercita*,

maridito dictados inocentemente permitidos entre niños aun por los padres mas escrupulosos. . . . .

. . . . . .

Al dia siguiente marcó Bamboche en el pecho con caractéres indelebles lo siguiente:

VASCONA, MIENTRAS VIVA,
SU AMOR Ó LA MUERTE.

. . . . . .

Tales eran Bamboche y Vascona en la víspera de la gran representacion que se anunció en Senlis, despues de la cual debiamos fugarnos Vascona, yo y Bamboche, quien, segun dijo, *habia dado ya con lo que queria.*

XIX.

CANCIONES JOCOSAS.

No recuerdo haber visto nunca dia de otoño mas hermoso como el que amaneció en Senlis destinado para dar muestra gran representacion.

Brillaba puro y radiante sol; sobre las cuatro de la tarde serian cuando la entrada de nuestro teatro se llenó de espectadores, riendo á carcajadas de

las muecas de nuestro payaso y de su amo Lebrelin, quien hacia grotescas farsas para atraer y agolpar la multitud; aquellas muecas, fueron como siempre, acompañadas de prodigiosos bofetones é increibles punta-piés; cosas ambas prodigadas por Lebrelin con burlesca gravedad, y aceptadas por el payaso con los gestos, quejas y esclamaciones de costumbre:

Despues de aquellos preludios seguia la *escena jocosa* cantada por Vascona y el payaso.

Apenas apareció la niña, precedida por la fama vocinglera, enmudeció todo el público de pronto; mas luego circuló en la multitud sordo murmullo de admiracion.

—Qué linda es!...

—Esta bien puesta, hé!

—Parece una mugercita.

—Cuán hermoso pelo!

—Tampoco tiene sandunga!

—Y qué linda cara!

—Dentro de cinco ó seis años tal como está... con ese palmito... y..... dí no te parece?

—Y dónde me dejas... su talle?

—Y la pierna... y la pierna! mira esa pantorrillita...

—Pues no digo nada de las espaldas!

—Y qué aire tan picaresco... tan sandunguero!

—Dicen que cuando canta chocarrerías, es cosa de irsele á uno... la chabeta.

—Me alegro, porque cantará; han dicho que la escena con el payaso es picante de lo lindo.

—Qué me place!

—Es un diablito muy salado...

—En efecto; vaya un aire de condenacion!

—En vez de Vascona debian llamarla... Diablona.

Escuchaba yo estas y otras esclamaciones de la multitud, medio oculto detrás de uno de los lienzos que guarnecian lateralmente nuestro proscenio. Unida ahora la esperiencia á mis recuerdos me doy perfectamente cuenta de la impresion, que en el público produjo aquella niña.

Si Vascona estaba desconocida en lo moral, no estaba ménos transfigurada en lo físico, sus facciones encantadoras siempre, habian perdido la suave espresion de candor infantil, y sus megillas, permítasenos décirlo, carecian ya de frescura é inocente redondez; su tez aunque de brillo y transparencia, anuncios de fuerza y salud, era pálida y no tenia ese color rosa lácteo, sello peculiar de la infancia... sus grandes ojos de azabache velados por larga franja de pestañas, tímidos, casi temerosos en otro tiempo, se dirigian entonces vi-

vaces, resueltos y con segura mirada á la multitud, mientras maligna sonrisa vagaba por sus lábios de coral, antes asiento de cándida pureza.

El singular y descarado trage con el cual se habia vestido á Vascona, debia agradar mucho al público en vez de chocarle.

Encima de sus rubios cabellos partidos en dos trenzas que barrian el suelo, llevaba Vascona un gorrito griego de seda escarlata sembrada de plateadas lantejuelas, terciado en la coronilla; un corpiño desmesuradamente descotado, de igual tela que el gorro, dibujaba su talle esbelto sujetando su basquiña por medio de unos tirantes de oropel, los cuales dejaban así en toda su desnudez garganta, pecho, espaldas y brazos tersos, blancos y lustrosos como el marfil; corta la basquiña de plateadas lantejuelas en campo de raso azul

claro, terminaba muy encima de las rodillas y descubria un pantalon de punto de color de carne pegado á seductores y torneados contornos; en fin, borceguies de tafilete bordados con pieles imitando herminia servian de cárcel á dos piececitos de gaditana.

Ví y pude admirar despues la marmórea estátua que representa el *amor antiguo;* las formas puras y esbeltas de esta obra maestra, me recordaron la encantadora Vascona.

Tal era su trage cuando pareció en las tablas, para cantar su escena con el payaso.

Sin ser feo tenia el rostro de este, una espresion baja; llevaba el trage de su papel, una casaca y un pantalon de tela de colchon, un sombrero puntiagudo y una peluca roja.

Profundo silencio reinó instantáneamente en el auditorio. Empezó la

escena por una especie de recitativo cantado é intercalado con coplas, trivialidades populares consagradas desde tiempo inmemorial que tenia por título: *El amor del Payaso.*

Con ademan contrito se adelantó el payaso, y echando hácia atrás la pierna izquierda saludó toscamente á Vascona cantando luego lo que sigue intercalado con el recitativo de su compañera:

Payaso.

Oid, oidme señorita;
me mata vuestro salero.

Vascona. (Con desden).

Venga pronto agua bendita
que se muere un majadero.

Payaso. (Procurando abrazar á Vascona quien se defiende riendo):

Yo te adoro
salerosa,
mas hermosa,
que el amor.

Deja tonta
darte un beso.

Vascona. (Dándole un bofeton).
Vaya aqueso...
por favor.

Payaso. (Llorando, dando chillidos, restregándose los ojos con los puños y con voz doliente y burlesca):
Jí, jí, dale
me lastimas
porque mimas
á arlequin.
Os he visto
la otra noche
junto al coche...

Vascona. (Con burla).
Parlanchin!

Payaso. (Como antes).
Y los dedos...

Vascona. (Con descaro)...
Del mocito?

Payaso. Cabalito
de arlequin.

Qué tocaba
despacito?...

Vascona. (Con desenfado).
Mi fandango...
favorito.

Payaso. (Con grotesco rubor).
San Crispin!!

De este jaez proseguia la escena entre las carcajadas de la multitud.

Aquellos equívocos groseros en malos versos, apenas medidos, aquellos miserables diálogos servian de pretesto para los *juegos escénicos*, y crapulosas reticencias del payaso, y para realzar como contraste la gracia infantil y provocadora de su compañera.

Nunca me pareció tan licenciosa la verba inmunda del charlatan como aquel dia; su descarado porte, obscenos gestos y chispeantes ojos al acercarse dos ó tres veces á Vascona pa-

ra abrazarla, le habian de tal modo alejado de su cínica pantomima, que algunos espectadores le silbaron si bien la mayor parte aplaudieron con groseras carcajadas.

A favor de un agugero practicado en uno de los lienzos del circuito asistia invisible á aquella escena cuando á algunos pasos de mí, y sin que ella me viese, apercibí á la tia Mayor... La espresion de cólera, de ódio casi feroz, que sorprendí en su rostro cubierto con una capa de colorete chillon, porque iba vestida de *salvaje*, me dejó aterrado.

El brillo de sus ojos era siniestro; sus gruesos lábios sombreados por ligero bigote, se agitaban convulsos, y tendió tres ó cuatro veces sus brazos cerrando los enormes puños cual si amenazára á alguien.

Al principio, ni por un momento pensé que aquella vengativa furia,

teniendo por amante al payaso podia estar celosa de aquel miserable, cuya innoble pantomima, en su escena con Vascona, habia exasperado hasta la ferocidad los celos de la *Alcides-hembra*.

Así pues no pensé en buscar la causa de su cólera y ademas la tia Mayor desapareció rápidamente por una escalera secreta, en cuanto concluyó la escena de Vascona con el payaso.

Levantando yo entonces uno de los lienzos que circuian las tablas, acerquéme á Vascona para felicitarla, pues su triunfo habia sido inmenso... fuí á felicitarla repito, aun cuando nada debió ser mas penoso é indignar tanto, como oir la voz argentina y pura de aquella niña enlodándose en la inmunda crápula de horrendos lupanares.

Y sin embargo, tal era el encan-

to, melodía y flexibilidad de la voz de Vascona, la alegría, gracia y rozagante lindeza de su vocalizacion, que la repugnante trivialidad de aquella escena desapareció; acogiéronla frenéticos aplausos, llegó á tal punto el entusiasmo que una lluvia de sueldos y hasta de *monedas blancas* inundaron las tablas; generosidad tanto mas espontánea, por cuanto aquella escena destinada únicamente á atraer gente al interior de nuestro establecimiento, se ejecutaba en medio del campo, y se concedia gratis sin que por ella se hiciese la menor *colecta*.

Un momento despues de tamaña popular magnificencia, retumbaron por todas partes frenéticos gritos de: *otra! otra!*

Siguiendo oculto tras de los lienzos habíame acercado á Vascona alegre y envanecido con poderla dar el

parabien, porque lo que ahora me entristece me llenaba de entusiasmo entonces.

—No te quejarás del triunfo! dije quedo á Vascona levantando el lienzo.

No me lo digas, me tiene loca.... halaga tanto! contestó la niña radiante de puro animada, con las megillas encendidas, y los ojos echando chispas.

En este momento los gritos de *otra* retumbaron con mayor fuerza.

Vascona cuya agitacion se hallaba ya calmada algun tanto encogióse imperceptiblemente de hombros é indicándome el público con una mirada burlona me dijo palpitando aun de emocion y triunfo:

—Ves como se inflama el *avechucho*? (1) pues esto no es nada... En

(1) El público.

cuanto repita voy á abrasarle.

—Y yo te ahogo... como repitas... No quiero que el payaso vuelva á tocarte, ni que te mire como lo ha hecho, murmuró detrás de mí una voz con sordo y enojado acento.

Volví la cabeza.

Era Bamboche pálido y agitado por la cólera y los celos

—Hombre!... yo no tengo la culpa... el papel lo marca así, dijo Vascona dirigiéndose temblando hácia el lugar del lienzo donde Bamboche se ocultaba.

—Otra! otra!... repítase la escena de Vascona y el payaso! gritó fuera de sí la multitud.

—Te prohibo hacer *otra* oyes? repuso Bamboche levantando un poco el lienzo para lanzar á Vascona una mirada terrible.

Y dicho esto desapareció.

—No repetiré la escena, me dijo

muy quedo la pobrecilla, cuyos ojos se llenaron de lágrimas; luego repuso.

—Vé, díle que no esté enfadado...

A los repetidos clamores del público, gozoso Lebrelin con el triunfo de su pupila se puso de un brinco al lado de Vascona y le dijo al oido:

—El *avechucho* grazna... Vamos! en que estas pensando? ven, pronto ven!

—No; contestó con fuerza Vascona, é hizo un movimiento retrógrado para retirarse detras del lienzo, únicos bastidores de nuestro teatro.

Los gritos seguian mas furibundos, saludó Lebrelin tres veces al público con grotesca mueca, y manifestó que intercedia para obtener la repeticion pedida; pero apesar de su risueño y burlesco ademan en airado tono dijo á su pupila:

—Bribonzuela, vas á irritar al *avechucho* y á hacernos perder un lucro enorme.

—Me se dá un bledo, respondió Vascona tan brusca y resueltamente. que no contando ya Lebrelin con vencer su resistencia añadió por lo bajo-

—Tú me la pagarás!...

Dando luego á su rostro su impasible espresion burlesca y dirigiéndose al público, que enmudeció al instante, despues de haber saludado tres veces dijo:

—Me tomaré la libertad de decir á los honorables concurrentes que la niña... la inimitable niña podia fatigarse demasiado pronto, repitiendo el trozo que tanto ha gustado y debiendo como debe tomar parte en otros ejercicios de canto y baile.

Mas viendo Lebrelin que la ansiosa multitud creyéndose burlada acogia con gritos sus palabras, levantó

su penetrante voz y dominó el tumulto:

—Tranquilícese la respetable sociedad! Nada perderá... los ejercicios acabarán por la repeticion del trozo que ha tenido la dicha de agradar tanto á los dignísimos concurrentes...

Pero como esta promesa, lejos de satisfacer á la multitud ávida aun por oir á Vascona, fuese recibida con nuevos clamores, mostrándose ya político profundo hizo Lebrelin una seña á Vascona para que desapareciese, y dijo al del bombo, á los tres clarinetes y á las cuatro trompas que componian toda nuestra orquesta.

—Rompa la música... rompa de firme!... aturdid al *avechucho*!...

A esta órden, estalló la infernal orquesta y el payaso hombre ducho, unió el tintan de una campana enorme al ruido atronador de los músi-

cos, que en breve dominó las reclamaciones del público; entretanto Lebrelin y el payaso sacando medio cuerpo fuera de las tablas gritaban á grito herido:

—Entrad, señores... entrad... las bagatelas de la puerta no son nada comparadas con lo que vais á ver... Entrad, señores entrad!!

A pesar de la diestra maniobra de Lebrelin, un gran número de espectadores arrastrados por el enojo se precipitaron á las tablas; siguióse de esto un tumulto espantoso á duras penas comprimido por algunos gendarmes, accesorio preciso de nuestras representaciones; imperó la fuerza. Fueron detenidos algunos aficionados demasiado frenéticos del talento de Vascona, y la representacion interior pudo empezar ante una afluencia asombrosa porque aquel incidente habia dado naturalmente

nuevo incentivo á la curiosidad general.

Habíame yo salido de las tablas, antes que Vascona, á fin de correr á juntarme con Bambocbe y de calmar sus celos...

Al cruzar un pequeño entoldado que nos servia de *salon de descanso* oí la gruesa voz de la tia Mayor. Paréme á escuchar pues aunque ella trataba de hablar bajo y de contenerse llegaron hasta mis oidos sus palabras!

—Te digo que tú quieres jonjabarla, tuno; y que yo mataré..... esa maldita serpiente, murmuró la furia, hace ya mucho tiempo que le voy á la mano.

—Como no mates un mosquito, gordiflona... eres demasiado cobarde, contestó con su repugnante y ronca voz el payaso.

—Qué no la mataré? Anda.., an-

da... *sé toser*, repuso la tia Mayor, recalcando singularmente la última frase.

Completó sin duda el significado de sus palabras por una pantomima espresiva, porque á los pocos segundos de silencio el payaso dijo gravemente.

—Ah! TOSIENDO. Sí; puede hacerse; pero te desafío á que lo hagas... no te atreverás... delante de tanta gente..,

A un movimiento que percibí detras del lienzo en que estaban aquellos á quienes yo escuchaba, desaparecí con presteza.

Comprendí entonces la causa del furibundo acceso de la tia Mayor, y temblé por Vascona; mas de una vez me habia esta llamado en su ayuda para defenderse de las brutalidades del payaso, suplicándome temerosa de alguna desgracia, ocultase a-

quellas tentativas á Bamboche cuyos celos eran susceptibles si los hay. La infeliz niña tenia pues que temer los celos de la tia Mayor y el ódio del payaso.

Estuve á pique de revelárselo todo á Bamboche: pero pensando que segun me lo habia confiado debiamos abandonar la cuadrilla aquella misma noche, y no viendo en las palabras de la tia Mayor mas que una amenaza lejana (palabras ademas incomprensibles para mí, puesto que decia que *tos iendo* podia matar á Vascona) juzgué prudente callarme pareciéndome poco eminente el peligro.

Vascona y yo llegamos donde estaba Bamboche, casi á un tiempo.

Acercóse á él la pobrecilla con las manos juntas, húmedos los ojos, suplicante é impregnada su fisonomía de indefinible deferencia ternura y espanto.

—Pronuncia una sola palabra... y no salgo mas esta noche; murmuró la niña con alterada voz añadiendo luego muy resueltamente: No, mira, si me lo prohibes no salgo aunque Lebrelin me haga cuartos...

—Ahora, lo mismo me dá... ya no has de trabajar sino conmigo ó con la tia Mayor... contestó Bamboche rudamente procurando dar mayor dureza á su voz, en tanto que su mirada y su rostro revelaban el efecto que le causaba la adhesion y enérgica resolucion de Vascona.

—Por eso, queriendo ocultar su enternecimiento se volvió diciendo:

—Me llaman.

—Separóse rapidamente de nosotros, pero ví sus lágrimas.

—Dios mio!... qué tiene ahora; me dijo Vascona que no habia podido notar el enternecimiento de Bamboche.

—Llora... y no quiere que le vean, contesté.

—Llora... y por qué?

—Porque tú le has enternecido con tu oferta: de aventurarlo todo antes que volver á salir esta noche, como él no quisiese.

—Oh! mira... mira... á pesar de todo cuán bueno es! esclamó Vascona profundamente conmovida.

XX.

LA PIRÁMIDE HUMANA.

APENAS llegamos al salon de descanso, cuando entró de pronto la tia Mayor; iba puesta de salvage, una corona de altas plumas negras y encarnadas, ceñia su frente; llevaba una casaca de tela atigrada, simulacro de una piel de pantera; aquel trage no cubria sus nervudas y salientes rodi-

llas, que dibujaban un pantalon de punto color de carne. Bajo la espesa capa de colorete que envolvia su rostro, notábase suma palidez; sus negras cejas parecian contractarse á pesar suyo; la espresion de su mirada era siniestra.

Me chocaron tanto mas las anteriores observaciones, por cuanto nos dirigió la palabra con dulzura inusitada.

—Presto, presto, hijos mios, nos dijo cordialmente; apenas tenemos tiempo de preparar nuestra *salida* para la *pirámide humana*... cuyo obelisco serás tú, angelito, añadió en tono chancero la tia Mayor dirigiéndose á Vascona, acariciándole y dándola un beso en la frente.

Aquella hipócrita caricia me hizo temblar...

Era evidente que el peligro de Vascona, peligro que yo creí lejano,

estaba muy próximo... mas, cual era aquel peligro?

—Y dónde anda ese Bamboche, ese atolondrado? repuso con dulzura la tia Mayor; vá á hacernos retardar nuestra salida...

—Bamboche! grité.

—Aquí estoy... aquí estoy! dijo mi compañero acudiendo al llamamiento.

Bamboche y yo debiamos tambien formar parte de la pirámide humana; nuestros trages eran en un todo de legítimos saltimbanquis; elásticos de punto color de mahon, desde los piés al cuello; pantalon encarnado fofo, y sembrado de lantejuelas y borceguíes colorados y guarnecidos con pieles de gato.

—Vamos, Vascona... arriba, dijo la tia Mayor tendiendo su espalda y apoyando las manos en sus rodillas.

En menos de un segundo hubo

trepado Vascona el enorme espinazo que le presentaban, y pasando en seguida á los hombros, verdadera plataforma, mantúvose firme allí la niña con los brazos cruzados y un pié en cada lado. Cogiónos luego de la mano la tia Mayor á Bamboche y á mí.

Levantóse uno de los lienzos, y entramos de aquel modo en el pequeño circo, lugar de nuestras representaciones.

Pronto noté que la tia Mayor, á quien daba yo la mano, temblaba por momentos cual si hubiese resentido una conmocion concentrada y violenta. Los temores que por Vascona tenia aumentaron, y levanté con viveza los ojos hácia aquella furia; palpitó su enorme pecho tan poderosamente, que se agitó dos ó tres veces la piel de pantera, y aquel movimiento comunicándose á las espaldas, único punto donde se apoyaban los

piés de Vascona, hizo que la niña se viese precisada á hacer dos movimientos casi imperceptibles á fin de restablecer y conservar perfecto equilibrío.

Las palabras del payaso: *puedes matarla tosiendo* asaltaron de pronto mi espíritu.

Todo lo comprendí.....

Para que el ejercicio de la pirámide humana fuese completo, debiamos Bamboche y yo reemplazar á Vascona en los hombros de la tia Mayor, á fin de que elevándose la niña sobre los nuestros, pudiese mantenerse en ellos con los brazos cruzados y en pié.

Como la tia Mayor nos sostenia á los tres, bastaba una sacudida suya para ocasionar el hundimiento de la pirámide humana y la caida de Vascona, caida desde una altura de nueve ó diez piés, quizás mortal, pero

F Perez lit.º

Litª de Ayguals.

indudablemente peligrosa para una niña de tan corta edad... Esto supuesto, podia la tia Mayor sencilla é impunemente dar aquella sacudida, fingiendo un ataque de violenta tos, que haciendo tambalear de pronto su maciza humanidad, nos hiciese perder á los tres un equilibrio, bastante difícil de conservar por sí solo.

Con la rapidez del rayo, cruzó mi espíritu esa reflexion, en el instante mismo que la tia Mayor paraba en el centro del circo y que Vascona acababa de bajar, para dejarnos subir á nosotros encima los hombros del coloso femenino.

Prevenir á Bamboche de mis temores... imposible: nos hallábamos separados aun por la mole enorme de la tia Mayor. Hubiera debido yo rehusar á secas tomar parte en aquel ejercicio, á fin de impedir la formacion de la *pirámide humana*, impi-

diendo así la desgracia temida; pero en medio de mi terror y turbacion, no tuve aquel pensamiento; y obedeciendo á una costumbre maquinal (habiamos repetido infinitas veces aquel ejercicio), me encaramé por la derecha en tanto que Bamboche lo hacia por la izquierda.

Con la espalda ligeramente encorbada, apoyadas las manos en las caderas é inmóvil como una cariátide de granito, permaneció la tia Mayor bajo nuestro doble peso; apenas sintió que estábamos ya en equilibrio, cuando dijo muy quedo á Vascona:

—Anda... pronto.

Pasábase esto con rapidez increible; los ejercicios como aquel, muy fatigosos y espuestos, duraban solo algunos momentos.

Apenas colocado encima el hombro de la tia Mayor, y antes de pen-

sar en prevenir á Bamboche de mis temores, mi primera y forzosa ocupacion fué buscar el equilibrío como tambien lo hizo él; enlacé luego el talle de mi compañero con mi brazo izquierdo, mientras el efectuaba lo mismo con el derecho.

Aproveché aquel intérvalo, que duraria un segundo, para decir rápidamente y en voz muy baja á Bamboche.

—Recela por Vascona.

—No temas, contestó Bamboche interpretando mis palabras como vago consejo de prudencia.

—No me entiendes... le dije con mayor viveza, recela de la tia Mayor... ojo alerta.

Ya Bamboche no me oia; Vascona despues de haberse cogido á la túnica y hasta al moño de la tia Mayor para trepar hasta los hombros de esta, donde permaneció un momento

detrás de nosotros; Vascona, al advertir yo á Bamboche, apoyaba ya su piececillo en el hueco de la mano de nuestro compañero; mano que tenia esto á la altura de su cadera á guisa de estribo; de solo otro ligero y nuevo bote se puso Vascona en el hombro derecho de Bamboche, donde apoyó su pié derecho, en tanto que el izquierdo buscaba un apoyo en mi hombro izquierdo: cruzóse de brazos luego y saludó al público con un movimiento lleno de seductora gracia.

Al ver la maravillosa agilidad, intrepidez y soltura con que dió cima Vascona á aquella dificultad, partieron frenéticos aplausos de los admirados espectadores.

Sentí de pronto, si toda vez puedo espresarme así, hincharse lenta y progresivamente los hombros de la tia Mayor, como si se dispusiese á to-

ser con violencia... y en aquel momento mismo escitada Vascona por los aplausos tomó la postura de la estátua de la *Fama*, retirando su pié derecho que se apoyaba en Bamboche y echando pausadamente su pierna atrás; el único sosten de la pobre niña, entonces, era la punta de su pié izquierdo que apoyaba en mi hombro.

Obedeciendo á un movimiento instintivo, pues no tuve tiempo de calcular consecuencias, me eché de repente hácia atrás estendiendo los brazos en el instante que la tia Mayor tosia violentamente... Vascona, sin mas apoyo que yo se halló con el cuerpo ligeramente inclinado hácia delante y cayó rozando mi rostro..... tuve la increible felicidad, en nuestra comun caida, de poder cogerla en mis brazos á la altura del hombro de la tia Mayor... y de caer de pié

teniendo á Vascona de aquel modo abrazada.

Perdió Bamboche el equilibrio con aquellos movimientos inesperados, pero ningun peligro habia para él ni para mí en aquel salto, y salió perfectamente del paso.

Habiamos caido los tres de pié. Creyó el público que el ejercicio debia terminar de aquel modo y aplaudió frenético en tanto que yo llevando á Vascona medio atontada, en mis brazos decia á Bamboche:

—Ven... ven...

Y los tres desaparecimos detrás del lienzo, dejando á la tia Mayor en mitad de su fingido acceso de tos y turbada en tanto grado por aquel incidente, que burlaba su funesto proyecto, que se quedó algunos minutos como estátua, con la boca abierta y cual enclavada en su postura de cariatide; postura que le valió una si es

no es silba y rechifla por parte del público.

Para calmar el chasco de aquella víbora, en cuanto me hallé fuera del circo, dije al preboste de las academias de San Petersburgo, Candebec etc. quien esperaba el momento de ejecutar su asalto de florete con la tia Mayor:

—Se ha invertido el órden de la funcion, llegó vuestra vez; id, id, que la tia Mayor os aguarda.

Queria por este medio procurarme yo un momento de libertad, á fin de participar á Bamboche y á Vascona el peligro á que la última habia estado espuesta.

Como lo habia previsto, dióse prisa el preboste en presentarse en la arena, donde al momento de llegar se puso en guardia respetuosamente en frente de la tia Mayor, á fin de proponerle con galantería suma se dig-

nára empezar el asalto por tirar á estocada limpia.

Era el preboste un hombre de mediana edad, bajito, enjuto y flaco, listo y ágil; llevaba con asaz coquetería su chaleco de esgrima y un pantalon blanco de punto, encima del cual se destacaban perfectamente sus sandalías de tafilete colorado; á no dudarlo, no le cabia á aquel dignísimo varon poder vanagloriarse de haber tenido por profesor á Bertrand, quien (segun he oido decir á uno de mis amos) ha sabido reunir la gracia, la nobleza de la academía clásica á cuanto encierran mas terrible y devastador los caprichos de la esgrima; Bertrand, que, rareza sin igual! da al acero un poderío enteramente nuevo... imprimiéndole cálculo, pensamiento y discrecion. A pesar de todo, no se habia mostrado sin gracia, ni firmeza el preboste al ponerse en

guardia frente á la tia Mayor; pero furiosa entonces la *furia* viendo que Vascona burló su ódio, y sumamente gozosa en poder saciar en alguno su cólera, cogió la careta, el guante, el peto y el florete colocados encima de una mesa, y poniéndose á su vez en guardia, empezó á tirar estocada tras estocada al infeliz preboste con el furor de un huracan, sin esperar quite ni respuesta, atacando con tan iracundo ímpetu, que despues de haber en una quinta roto el florete en el pecho del preboste, y viéndose desarmada, prosiguió esgrimiendo el alcides-hembra en su ciega ira con sus enormes puños, de modo que el asalto de florete concluyó por lucha de pugilato.

Con trabajo sumo y acompañamiento de carcajadas progresivas de los espectadores se pudo en fin arrancar al preboste, lleno de contusiones

y cardenales de las terribles manos de la tia Mayor; prosiguió la representacion sin otro incidente y se terminó por la exhibicion del hombre-pez.

Leonidas-Tiburon desempeñó noblemente su cometido; comió una soberbia anguila cruda y viva; un sollo de dos libras, y una docena de gobios que saltaban aun, despues de haber hecho golpe desde su piscina, merced á sus lindas aletas azules de resorte, que artísticamente soldadas á un corpiño de conchas de hoja de lata, que vistas de lejos á la humeante luz de nuestros quinqués, producia una ilusion muy suficiente. Llevaba ademas Leonidas cubierta la cabeza con un gorro de dormir, en cuyos lados habia ingeniosamente adaptado sendos oidos de hule, cosa que le daba la fisonomía mas rara que imaginarse pueda.

Solo un pequeño incidente, estuvo á pique de comprometer aquella feliz ilusion; pero felizmente un lance semejante hacia que el hombre-pez anduviera ya prevenido y muy sobre sí.

Acababa Leonidas, con general aplauso, de tragar el postrer gobio crudo, y parecia manifestar cuanta alegría le daba verse repleto tan á su sabor, rebulléndese gozoso en su piscina, moviendo sus aletas como un pájaro que aletea, cuando se levantó un espectador tan indiscreto como escéptico y dijo en alta voz:

—Doy medio franco por ir á ver de cerca las aletas del *señor!*

Aquella peligrosa manifestacion de incredulidad, halló desgraciadamente eco, y gran parte de espectadores levantándose á su vez repitieron:

—Tambien nosotros..... tambien nosotros.. damos diez sueldos para examinar de cerca el baño.

—Y por tocar las aletas del hombre-pez, añadió un escéptico de entrañas damasquinas.

Temiendo Lebrelin una invasion de curiosos indiscretos, hizo seña á dos gendarmes que vigilaban para mantener el órden, y ya guarecido con aquel apoyo dijo al público:

—Empiezo por poner al hombre-pez bajo la proteccion de la fuerza armada y de la ley... porque de ningun modo se anunció en nuestro cartel que se dejaria acercar á nadie al hombre-pez y mucho menos que se llevarian las manos á sus aletas...

Viendo Lebrelin que risitas irónicas acogian aquella protesta, apresuróse á añadir magestuosamente:

—Sin embargo... para manifestar á la dignísima concurrencia, que mi fenómeno jamás tuvo ni tiene que temer nada del exámen mas prolijo, ni la verificacion mas minuciosa..... a-

cepto cuanto me proponen los concurrentes, pero con una condicion...

—Ah... ah!.. no veis, ya pone una condicion, gritaron los incrédulos.

—Sí, señores; exijo una condicion, repuso Lebrelin, pero una condicion muy sencilla... y es que cuatro personas á lo mas, escogidas por la dignísima concurrencia puedan acercarse al hombre-pez.

—Y por qué solo cuatro personas? gritaron.

Bajó Lebrelin modestamente los ojos y contestó:

—Señores, mi fenómeno, en su calidad de hombre-pez, vive en el agua sin asomo de trage siquiera..... pero esa costumbre no quita que el hombre-pez sea en estremo púdico... Pudor laudable y que le honra... pero pudor tan susceptible, que yo no respondo de que solo la presencia de

los cuatro respetables concurrentes que vendrán, por decirlo así, á escrutar á mi fenómeno hasta en el fondo de su piscina, no hiera de muy sensible manera ese mismo pudor de que le hago un mérito!

Un gemido lamentable del hombre-pez pareció confirmar las palabras de Lebrelin; pero este dirigiéndose á Leonidas con grave y sentido acento, repuso:

—Hijo mio, no hay remedio; cuestenos lo que nos cueste, debemos someternos á la investigacion del público; nuestra *piscina debiera ser de cristal*, á fin de que no se pusiera en duda vuestra *fenomenal* probidad. Resignaos pues, amigo mio; sacrificad una vez mas vuestro susceptible pudor.

A estas palabras nuevo y doloroso gemido fué la contestacion de Leonidas, quien sumergiéndose en su pis-

cina hasta quedar enteramente cubierto desapareció del todo.

—Tranquilizaos, señores, dijo Lebrelin, con ademan de hombre seguro de su saber, dirigiéndose al público que empezaba á dar muestras de agitacion; no tardará en parecer de nuevo á la superficie del agua para respirar un aire puro, cual lo hacen los cetaceos y otras ballenas.

Y dirigiéndose en seguida á los gendarmes añadió:

—Gendarmes, permitid que cuatro personas se acerquen... Pero antes creo deber advertir que retiro el permiso que he dado, si esos distinguidos señores se obstinan en querer pagar medio franco... por un derecho que tengo el honor de ofrecerles gratis.

Era imposible estar mas generoso que Lebrelin.

En el momento de aparecer otra

vez á la superficie del agua el hombre-pez, precipitándose los cuatro elegidos se apresuraron á sondear con ávidos ojos las misteriosas cavidades de la piscina; entonces con solemne tono Lebrelin prosiguió:

No olvideis, señores, que os he prevenido ya de que el hombre-pez era escesivamente púdico.

—Vaya una embajada! qué nos importa á nosotros? repuso uno de los curiosos.

—No puedo ser mas esplíto, contestó Lebrelin con sentencioso acento; ahora señores podeis satisfacer vuestra curiosidad... puesto que así lo quereis.

—«Cuando aquellos cuatro curiosos imbéciles se acercaron á mi armatoste, me decia el hombre-pez, reliriéndome aquella escena, me hice todo pudor ó fingí ser cual tímida doncella, azorándome en mi cubeta

cual ánade zarandeada por un rio; pero en el momento en que apoyándose en el borde de la cuba frotaban sus ojos los cuatro curiosos para ver mejor... hice un movimiento muy ligero... y crac... el agua hasta entonces límpida, tornóse negra como tinta y exhaló ademas un olor sulfuroso, pestífero en tanto grado que mis cuatro contrincantes sofocados y echándose atras y llevando las manos á sus narices, se retiraron precipitadamente mirándose unos á otros en tanto que Lebrelin gritaba:»

—Es el pudor, señores, harto os lo habia dicho yo, es el pudor herido; porque así como la *Sépia* que huyendo del Tiburon tiene el don de envolverse con líquido negro que enturbia el agua, y detiene de aquel modo al enemigo en su persecucion, así tambien el hombre-pez para libertarse de las miradas que hieren

con demasiada fuerza su pudor tiene el don de envolverse en una nube que...

« No le dejaron tiempo á Lebrelin para estenderse mas sobre las propiedades de la nube, porque el hedor de veinte baños sulfurosos hubieran exhalado aromas, ambar y jazmines comparado con el que salia de mi piscina; yo mismo estuve á pique de asfixiarme, pero tenia la satisfaccion de ver la cáfila de espectadores agolparse para tomar frenéticos la puerta, sin querer ver lo demas, y muy castigados por haber querido examinar mis aletas de demasiado cerca valiéndose de los ojos de cuatro *delegados*... Juzgo inútil deciros mi querido Martin que llegando al desesperado caso en que me veia precisado á envolverme en mi nube para libertarme de una curiosidad peligrosa, agujereaba en se-

guida con un clavo una bejiga oculta en el fondo de mi piscina, bejiga rellena de color negro desleido, y de una dósis asaz fuerte de cuanto hay mas sútil entre las preparaciones mas infectas de hidrógeno sulfuroso y otros aromas no menos pestilentes... asaltó mi espíritu aquella invencion de la bejiga, cárcel de emponzoñados álitos á consecuencia de el compromiso en que me hallé una vez con respecto á otro curioso del mismo calibre que las cuatro de hoy; para libertarme de él armé tal rebullicio en elagua con pies y manos, que cada vez que el curioso se acercaba á la cubeta quedaba hecho una sopa y cegado. *Así me* zafé de él; pero la bejiga es un método en mucho superior al otro, dejando á un lado que sus vapores reunen la ventaja de echar mas que de prisa á la gente, y que despues de la representacion no se quedan re-

zagados para guiñaros de soslayo atisbando al rededor de mi piscina.»

. . . . . .

Serian las nueve de la noche, cuando ya apagadas todas las luces de nuestro circo nos dispusimos á sentarnos á la mesa para cenar.

Bamboche quien, adrede habia afectado sin duda, no hablarme para nada, pasó junto á mí y en voz baja me dijo:

—Todo marcha á pedir de boca!... todo está dispuesto... esta noche, esta misma noche nos largamos!

XXI.

LA CENA.

Como el sitio que se nos habia designado para dar nuestras funciones distaba mucho de la última casa de Senlis, nos servia de casa el faeton nómada.

A pesar de haber sido bastante considerable el lucro de la representacion la cena que la siguió fue triste y parca. Enojada en sus adentros,

sin duda, la tia Mayor por habérsele escapado la ocasion de matar ó herir mortalmente á Vascona, permanecia silenciosa lanzando de vez en vez feroces miradas al payaso. Bebia este á todo beber, pero su crapulosa y obscena fecundia se hallaba enteramente amortiguada aquella noche. Tímido como siempre el hombre-pez se rebajaba para no incomodar á nadie, procurando no llamar la atencion á fin de libertarse de las acostumbradas brutalidades del payaso.

Lebrelin parecia estar hondamente preocupado; aunque en general fuese bastante sóbrio, vaciaba grandes vasos de vino, tras grandes vasos de vino; se hubiera creido que trataba de embriagarse, sorprendí varias veces su brillante y escandescente mirada planar en Vascona con espresion que me turbaba y hacia estremecer, en tanto que nuestra compañerita, obe-

deciendo probablemente á las instrucciones de Bamboche, se esforzaba en mostrarse de petulante alegría; pero á aquellas esplosiones de bullicioso contento seguian frecuentes intérvalos de silencio, porque aquellos destellos de júbilo ficticio cubrian angustias que yo mismo sentia al pensar que en aquella noche debiamos abandonar para siempre la cuadrilla.

Bamboche por el contrario afectaba estremo desabrimiento, y habló poco, bostezó y cual si el cansancio le abrumára estiraba los brazos, y luego cuando creyó que nadie le veia se levantó de la mesa lanzándome una mirada significativa; pero en el momento de pasar por detras de la silla de Lebrelin, quien no habia dado la menor señal de notar la salida de Bamboche le detuvo bruscamente y le dijo:

—A dónde vas?

—A acostarme; no puedo tenerme en pié!

—Nadie se acuesta antes ni despues que los demas, quédate!... añadió Lebrelin con sarcástico acento.

—Lo mismo me dá, contestó Bamboche, voy á tumbarme en el suelo, aquí dormiré tan bien como allí; ya me dispertareis cuando concluyais de cenar.

Y dicho esto se tumbó á lo largo de uno de los lienzos de nuestra tienda que la separaba de un local que servia de cuadra al enorme asno negro de Lebrelin.

—Cuidado con regalarme alguna coz por encima del lienzo, amigo Lucifer, dijo Bamboche fingiendo sucumbir al sueño, y se colocó en el suelo lo mejor que pudo para dormir.

Vascona me lanzó á hurtadillas una mirada llena de tristeza; nos habia

advertido Bamboche que so pretesto de acostarse, se levantaria de la mesa á media cena á fin de terminar algunos preparativos indispensables para nuestra huida recomendándonos muy eficazmente no sobresaltarnos si tardaba; pero viendo á Lebrelin detenerle al paso y mandarle permanecer allí, lo creimos todo á rodar; creí que nuestro amo habia sorprendido ú adivinado nuestros proyectos y que nos tendia algun lazo fatal.

Presto crecieron mis temores, porque á poco rato sacó Lebrelin de su bolsillo una cartera y escribió con lápiz algunos renglones en una hoja que rasgándola en seguida alargóla á la tia Mayor por encima de la cabeza del hombre-pez.

Cogió la tia Mayor el papel sin leerlo y fijó una mirada de asombro en el buhonero.

—Los niños no pueden oir esas

cosas, le dijo mirando á Vascona de un modo particular.

Leyó la tia Mayor... de pronto una espresion de infernal gozo animó sus facciones y esclamó:

—Acomoda...

Remitiendo entonces el papel al payaso en tono de feroz desconfianza le dijo:

—Y á tí, te acomoda?

—Toma! mucho qne sí.... repuso el payaso con sonrisa innoble, despues de haber leido. Por mucho que tomen... algo quedará...

—Sí, pero no cuentas con la huéspeda, gritó la tia Mayor con acento feroz.

—Acomoda sí ó no? repuso Lebrelin sin parecer curarse de la esclamacion de la *furia*.

—Sí... acomoda; repuso esta.

—Acomoda; añadió el payaso.

Y devolviendo el papel á Lebrelin

tarareó con su ronca voz el refran popular. El niño do... el niño do... El niño dormirá señó...

Dicho esto soltó una carcajada, mientras, quemaba Lebrelin la hoja á la llama del quinqué.

Cruzé una mirada con Vascona, ví que ella, cual yo, temia que las misteriosas palabras que acabábamos de oir ocultasen algun peligro para nosotros, y que se ligaran al descubrimiento de nuestros proyectos de evasion.

Dirigí maquinalmente la vista al parage donde se tendió Bamboche... habia desaparecido arrastrándose sin duda, y levantando el lienzo que nos separaba de Lucifer, el enorme asno de color de tinta.

Habia desaparecido de aquel modo Bamboche antes ó despues de la lectura del papel que Lebrelin transmitió á sus acólitos? Lo ignoraba y

por lo tanto creció mi ansiedad.

De repente llenó un vaso de vino, hizo señal al payaso y á la tia Mayor que le imitáran, y llenos ya los vasos con acento particular que me pareció siniestro dijo:

—A la salud del bromazo!

Estrepitosas carcajadas del payaso y de la tia Mayor acogieron aquel brindis, carcajadas forzadas y feroces.

Levantándose de la mesa en seguida, la tia Mayor con ronca voz gritó.

—Ea, Martin, Vascona, Bamboche, vamos á la cama, polilla...

—Estás sordo? dijo Lebrelin volviendo la cabeza hácia donde se habia echado Bamboche.

—Oiga!... ha tomado pipa, añadió sorprendido Lebrelin, Bamboche no está.

—Bueno!... mejor!! esclamó la

tia Mayor como asaltada por una idea repentina, si ha ido al coche le sacaremos fuera y para enseñarle... dormirá al raso.

—Sí, sí, repuso Lebrelin cruzando una mirada de inteligencia con la tia Mayor, eso es... que duerma fuera ese tuno.

—Y no se le dará vino con azúcar como á Vascona y á Martin antes de hacer do... do... añadió la vivora.

—Pues yo he mirado todos los rincones del coche, dijo el payaso volviendo despues de una corta ausencia; Bamboche no está allí.

Y al decir estas palabras me pareció que el payaso ponia un lio en manos de la tia Mayor.

—Nada, nada, ya que Bamboche hace una de las suyas, dijo Lebrelin, es preciso que la haga completa y durará toda la noche.

Esperaba ver llegar á nuestro

compañero de un momento á otro, pero no vino...

Creer que huia solo y nos abandonaba, era imposible. El ya nos habia dicho, que debiamos huir aquella misma noche, pero en cuanto á los medios de evasion, ignorábamos cuales fuesen y esperábamos á saberlo de sus propios lábios en el momento mismo de escapar.

Vascona y yo nos habiamos levantado en cuanto la tia Mayor dijo: Vamos! á dormir.

Despues de haber estado Lebrelin en pié á la puerta de nuestra tienda, hablando algunos momentos en voz baja á la tia Mayor, llamó al payaso y le habló tambien al oido.

Como aquellos tres personages se hallaban en la oscuridad no pude distinguir sus movimientos; creí tan solo percibir el choque de dos botellas.

Mientras se pasaban los referidos

incidentes, el hombre-pez que hasta entonces habia parecido no tomar parte alguna en cuanto pasaba, iba, venia y volvia de un lado para otro de la mesa ocupándose como de costumbre en recoger nuestros cubiertos de hierro, nuestros vasos y nuestros platos de estaño.

Acercóseme Vascona y con voz alterada me dijo muy quedo:

—Bamboche no vuelve..... dónde anda?... qué haremos?

—No sé, le dije, sumamente preocupado.

—No bebais vino con azúcar... y estad alerta esta noche... nos dijo rapidamente y en voz muy baja Leonidas pasando junto á nosotros cargado con una bandeja llena de útiles.

—Vamos... mostrencos... á la perrera.

Saltó la tia Mayor dirigiéndose á nosotros.

—Peor para ese arrapiezo de Bamboche que duerma con Lucifer si le acomoda.

Algunos momentos despues mataron las luces, encerrando los quinqués en una caja muy gruesa, junto con la vasija; no quedaba fuera mas que nuestra tienda, algunas sillas, las tablas y Lucifer, el cual dos ó tres veces se echó á rebuznar atrozmente; entramos luego todos en el coche donde, debiamos pasar la noche como de costumbre.

Aquel enorme faeton, verdadera casa con ruedas, muy solidamente construido, estaba dividido en tres compartimientos; el delantero servia de almacen separado por una puerta del vestuario que se hallaba en el centro; otra puerta separaba el vestuario del camarote, solo habia una portezuela de salida en la trasera del faeton; pequeñas ventanillas con rejas

comunicaban aire y luz á lo interior; Lebrelin corrió uno tras otro todos los cerrojos de la portezuela, y despues de dar la vuelta á las llaves nos dijo á Vascona y á mí llevándonos al compartimiento del centro donde se hallaba el vestuario:

—Como habeis zarpado mucho hoy angelitos mios, y como necesitareis pasar una buena noche, en lugar de acostaros en el camarote con todos nosotros, dormireis solos, pero separados para no incomodaros uno á otro; tú Martinillo en el almacen, y tú Vasconcita aquí en el vestuario... ademas por lo bien que hoy os habeis portado os daré un vaso de vino con azúcar y canela, á cada uno, antes de acostaros... esto os dará un sueño de lironcitos... y fuerza y piernas para la representacion de mañana; miren los tunos! ya se les hace la boca agua...

Dirigió luego la voz hácia al camarote y añadió:

—Vamos á ver tia Mayor, viene ese vino?

—Voy al punto, estoy deshaciendo el azúcar.

—Vaya Martinillo, anda á tu nuevo cuarto, que voy yo en seguida con el vino; me dijo Lebrelin abriendo la puerta del almacen, seccion delantera de nuestro faeton.

—Hallarás un colchon en el suelo, túmbate en él y dormirás como un príncipe.

Erame imposible eludir esta órden ó negarme á ejecutarla, obedecí pues maquinalmente echando á Vascona una mirada de consternacion, é iba á entrar en lo que él llamaba el *almacen*... Pero de pronto abrió la tia Mayor la puerta del camarote y dijo á Lebrelin:

—Ven, ven... se le ha ocurrido á

Puerro una idea estupenda.

Dejónos Lebrelin solos y al volver al camarote cerró tras sí la puerta del vestuario.

—No bebamos ese vino con azúcar y tú no te apartes de mi lado... esta noche, esclamó Vascona.

Y pálida, temblando, con el rostro descompuesto, se echó en mis brazos diciendo:

—Oh! tengo miedo.

Sin contestar á Vascona fuí veloz á correr el cerrojo de la puerta por donde acababa de salir Lebrelin.

Tenia puesta la mano aun en el cerrojo cuando Lebrelin queriendo volver á entrar en el vestuario donde nos hallábamos, esclamó con acento de cólera y sorpresa:

—Cómo!..... os habeis encerrado!..

Llenos de pavor y respirando apenas, nada contestamos.

—Vamos á ver, dijo Lebrelin dul-

cificando su voz, queriendo hacerla melosa.

—Abrid *tontuelos*. Os habeis dado de ojo hoy? Bamboche se esconde vosotros os encerrais... Es muy singular, muy divertido, no lo niego; pero es preciso que no dure demasiado. Vamos á ver, abrid; os traigo el vino con azúcar.

—No abramos, me dijo Vascona cada vez mas aterrada, porque la desdichada niña comprendia lo que en mi ingenuidad yo no podia comprender. Hundirán la puerta si quieren... podrán matarme, pero felizmente Bamboche se ha escapado, esclamó con exaltacion la pobrecilla.

—Martin!.... Vascona... abris de una vez, gritó Lebrelin sacudiendo la puerta.

De pronto, sordos y repetidos golpes sonaron por fuera hácia la portezuela del coche:

Oí entonces en el camarote á la tia Mayor diciendo á Lebrelin:

—Oyes... hay alguien en la portezuela.

—Es el bribon Bamboche que llama para entrar, dijo la voz del payaso, no le abramos.

—Aquí está Bamboche... nos hemos salvado, esclamó Vascona fuera de sí de puro gozosa y estrechándome ambas manos.

—Acabamos! abris ó no? quereis que hagamos saltar el cerrojo? gritó furibundo Lebrelin.

—Ganemos tiempo... Bamboche está aquí, dije muy quedo á Vascona ya mas tranquila.

Indicóme con la mano Vascona que no hablase, y procurando disimular su agitacion contestó:

—Quién llama?

—Cómo quién llama? quién ha de ser? yo, Lebrelin.

—Luego abriré, dijo Vascona.

—Y por qué no en seguida?

—Ah! porque...

—Por qué... qué?

—Porque quiero *embromaros*, contestó Vascona procurando dar á su voz un acento de alegría.

—Ah! bien lo pensaba yo, era una broma, dijo Lebrelin con menos alteracion, pero hija mia, la broma se hace pesada; vamos, abrid.

—Nos dareis de veras vino con azúcar?... de veras?... repuso Vascona.

—Si digo que tengo dos vasos enormes en la mano, uno para Martin y otro para tí, diablilla.

Mientras pasaba aquel coloquio, encaramado á una ventanilla del coche me hacia todo ojos para ver algo en la parte de afuera ú oir á Bamboche; con asombro inaudito, sentí por ráfagas un olor de azufre muy

fuerte y percibí en medio de la oscuridad un resplandor muy débil en un principio, pero que aumentando rápidamente proyectó pronto sus rogizos reflejos en los blancos lienzos de nuestra tienda-teatro.

Bajéme de un bote de la silla á que me habia subido; iba á decir á Vascona cuanto acababa de notar en el campo, cuando de repente una tabla del piso del vestuario donde nosotros nos hallábamos desprendióse casi debajo de nuestros piés como si hubiera estado serrado de antemano y sostenido hasta entonces esteriormente; en seguida vimos aparecer por aquella abertura de diez y ocho pulgadas en cuadro, la cabeza y los hombros de Bamboche.

—No perdamos tiempo, nos dijo, venid.

—Pasa tú primero, dije á Vascona.

Desapareció esta por aquella espe-

cie de trampa en un abrir y cerrar de ojos.

Con violencia suma se desquiciaba la puerta cediendo á los esfuerzos de Lebrelin y casi instantáneamente oí la voz de la tia Mayor que gritaba con espanto:

—Fuego!... Fuego!...

Cuando, despues de haber andado casi á gatas por entre varios haces de paja destinados á servir de lecho á Lucifer, salí de debajo del faeton á corta diferenia que Vascona... quedé deslumbrado por una llama muy vasta que á guisa de inmensa cortina de fuego brillaba á mi izquierda iluminando el campo á lo lejos y ví delante de mí á Bamboche que en la mano llevaba un monton de paja encendida.

Cogerme del brazo con la mano que le quedaba libre, separarme violentamente del punto donde estaba, y lanzar su incendiaria tea en medio de

la paja estendida debajo del coche por la cual acababamos de cruzar, fué en Bamboche cosa de un segundo.

Atizado el fuego por la corriente de aire que estableció el agujero que acababa de darnos salida, propagábase con estrema rapidez, y presto se vió el coche entregado á las llamas interior y exteriormente, porque Bamboche habia amontonado varios haces de paja á lo largo de la portezuela, única salida que tenian cuantos en el coche se hallaban.

—Fuego... esclamé en cuanto pude hablar, pues lo que llevo referido se pasó con la rapidez del rayo.

—Sí... fuego...

Me contestó Bamboche, pálido, contraidas las facciones por espresion de feroz alegría.

—Sí... fuego... se asaran en aquel brasero como á demonios que son, porque se hallan encerrados en el

camarote; la puerta del vestuario está cerrada y yo he clavado por fuera la portezuela...

—Oh!..... cómo gritan..... no les ois?... dijo Vascona tan aterrada como yo por los aullidos que salian del coche, cuyo suelo se abrasaba.

—Presto dejarán de gritar, dijo Bamboche y luego con precipitacion añadió:

A caballo en Lucifer ahora... dentro de dos horas estaremos en el bosque ya.... sé perfectamente el camino.

—Los tres en Lucifer, esclamé... es imposible, no podemos ir, montad tú y Vascona.... yo haré por seguiros.

—Harás lo que te digo! gritó Bamboche con terrible acento.

Y haciéndome dar una voltereta, me lanzó por decirlo así encima de Lucifer que ensillado y enteramente

dispuesto y asustado por las llamas del incendio, refunfuñaba, agachaba las orejas, daba patadas y procuraba romper la cuerda que le sugetaba á un poste.

—Como eres mas ligero que yo, me dijo Bamboche estás bien aquí, sienta á Vascona delante de tí, sujetala por mitad del cuerpo qne yo moutaré á la grupa... vivo, vivo.

Ligero como un pájaro púsose Vascona de un brinco delante de mí.

Los gritos de las víctimas encerradas en el coche eran horribles, desgarradores.

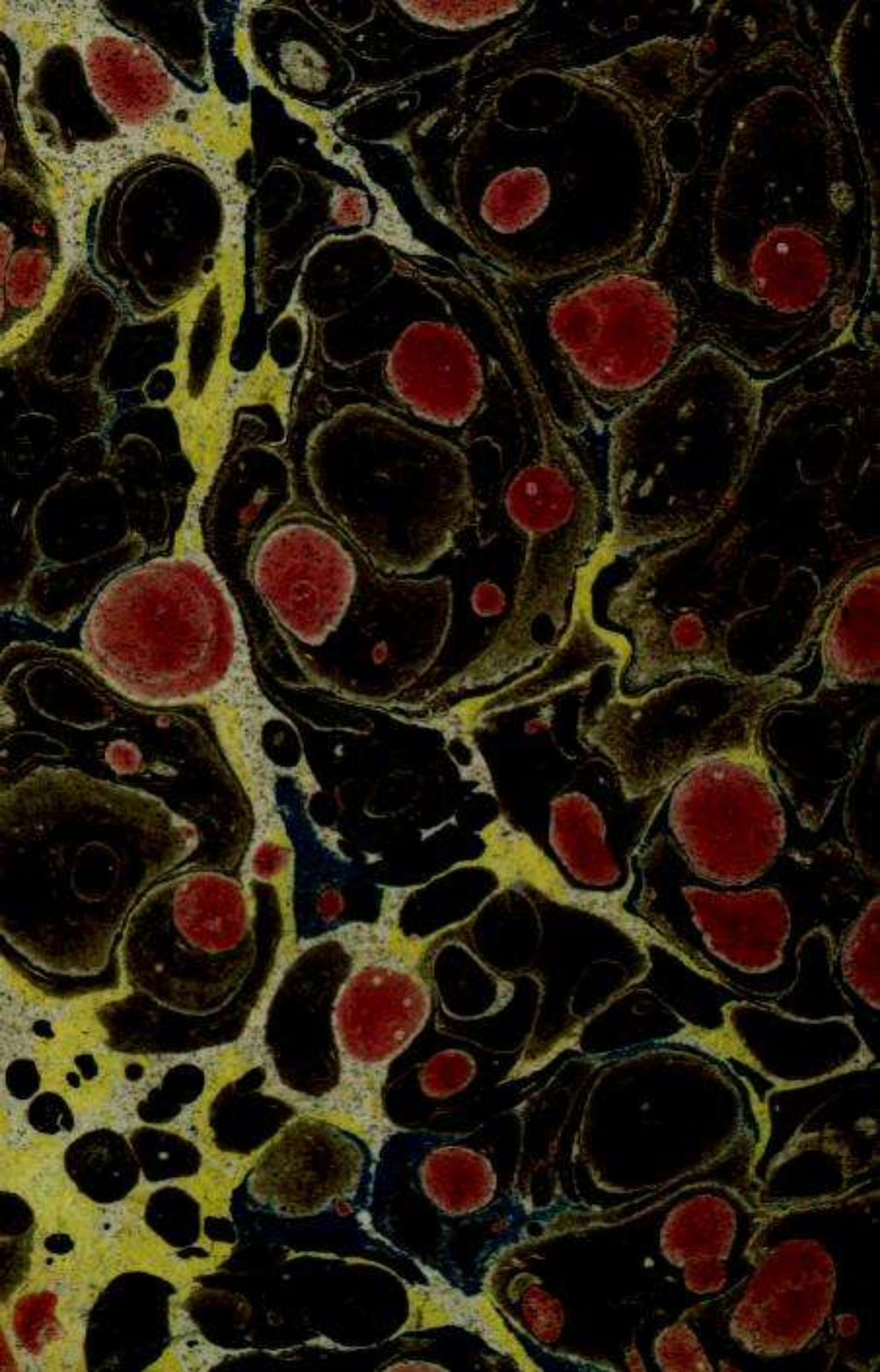
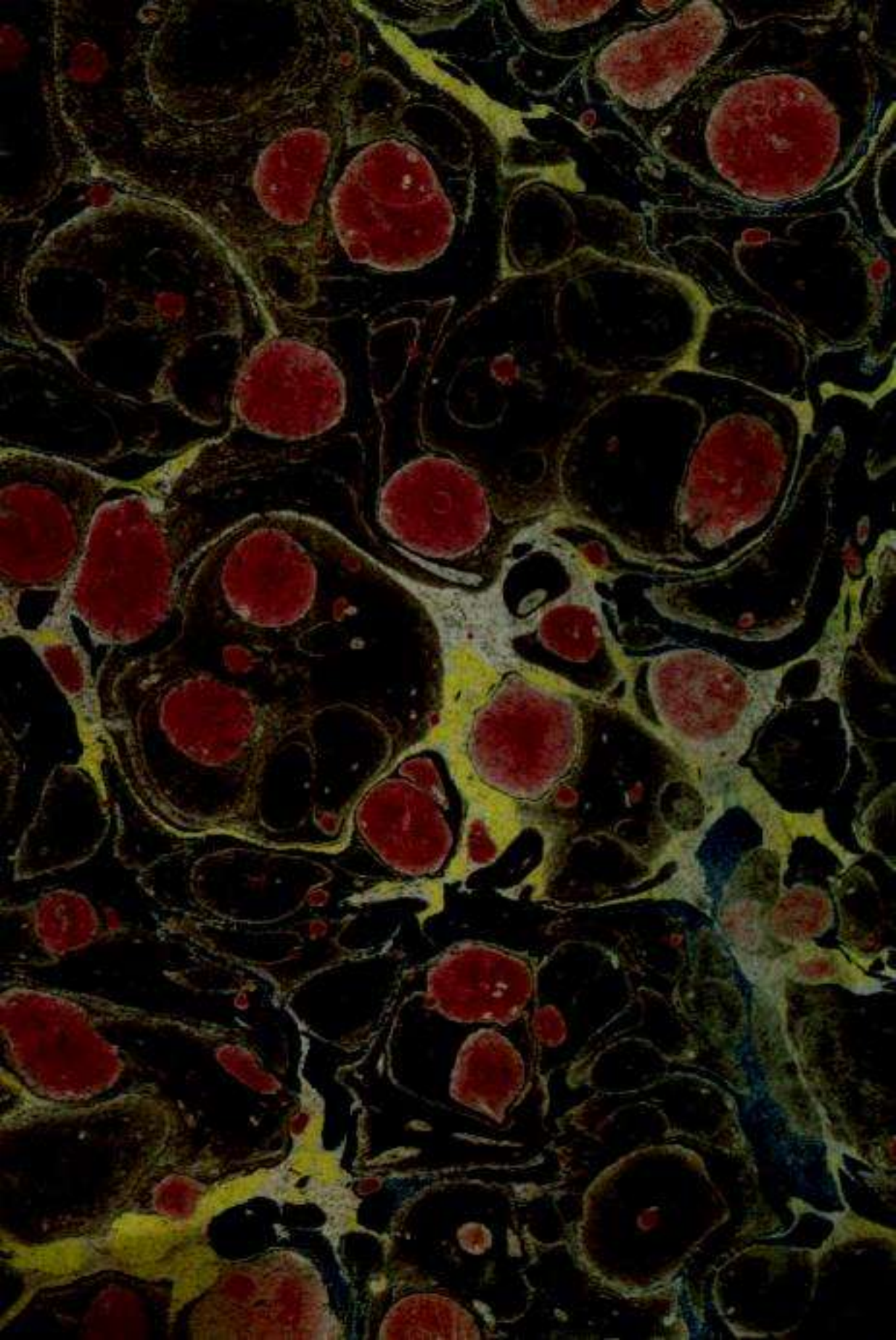
Cortó Bamboche de un navajazo la cuerda que aprisionaba á Lucifer... Viéndose libre el asustado animal, dió un bote bárbaro y partió como una flecha en el momento en que Bamboche saltando á la grupa y quedando tras de mí esclamaba:

—Dejad á Lucifer, vuelve la cola

al fuego... Está en el camino que nos conviene.

Nuestro peso era una bicoca para aquel asno de estraordinario vigor; para aquel asno no solo ambulante almacen de cuantos géneros necesitaba el buhonero para su ilícito comercio, sí que tambien de los enseres del teatro muchas veces, sin contar con la carga del mismo Lebrelin cuando los terrenos estaban pantanosos; pero aun cuando hubiésemos pesado tres veces mas no hubiera sido menor su velocidad, merced al terror que el incendio le causaba.

Apretando fuertemente con sus rodillas la grupa de Lucifer al cual taconeaba de lo lindo, volvióse Bamboche para lanzar su último grito de ódio, venganza y maldicion al coche muy lejano ya, convertido en pura llama; y tendiendo el puño en aquella direccion gritó.

Largo tiempo espere, malvados... pero llegó tambien mi vez... Y seguimos de frente siempre, al través de una noche muy oscura, alumbrada tan solo de cuando en cuando por las chispas que despedian los pedernales al sentirse heridos por las herraduras de nuestra cabalgadura en su furibundo galope..... galope del cual hacia Bamboche aumentar la velocidad, aguijoneando con la punta de su navaja, á guisa de acicates, los hijares del azorado Lucifer.

FIN DEL TOMO SESTO.